

LIBRO-5
GENESIS

CAM

MARICELA
GUTIÉRREZ

CAM

GÉNESIS

LIBRO-5

MARICELA
GUTIÉRREZ

Título: CAM
© 2020 Maricela Gutiérrez
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Septiembre, 2020

Diseño de Portada: China Yanly
Maquetación: China Yanly
chinayanlydesign@gmail.com

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

*Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
sin el permiso del autor.*



SINOPSIS

PRÓLOGO

1

CAMERON

2

SKYE

3

CAMERON

4

SKYE

5

CAMERON

6

SKYE

7

CAMERON

8

SKYE

9

CAMERON

10

SKYE

11

CAMERON

12

SKYE

13

CAMERON

14

SKYE

15

CAMERON

16

SKYE

17

CAMERON

18

ALEXY

19

CAMERON

20

SKYE

21

CAMERON

22

SKYE

23

CAMERON

24

SKYE

25

CAMERON

26

SKYE

27

CAMERON

28

SKYE

29

CAMERON

30

SKYE

31

CAMERON

32

SKYE

33

CAMERON

34

SKYE

35

CAMERON

36

SKYE

Epilogo

CAMERON

Para todas mis queridas lectoras enamoradas de Cam,
que desde la primera entrega de la serie Génesis creyeron en su magia
y abrieron sus corazones a este personaje.
Decirles gracias sería poco, ya que, con sus palabras de apoyo,
ustedes fueron las artífices de esta historia.

**El amor no conoce de razas, sexos o condiciones,
el amor, como por arte de magia
o tal vez como un regalo divino,
simplemente ocurre.**

SINOPSIS

Aunque Cameron pasa las noches sirviendo tragos en la barra de un bar y mostrando su mejor sonrisa, en el fondo sabe que eso no es lo que quiere, pues ese lado oscuro que lo habita pide a gritos ser liberado y él no conoce una mejor forma de hacerlo que luchar contra los demonios que, ocultos en las tinieblas, acechan a diario a los humanos. Cuando su mejor amigo es asesinado tratando de protegerlo, la resolución de Cam se verá manchada por la culpa y los deseos de venganza y a todo esto deberá sumarle una nueva lucha, esta vez con sus sentimientos, cuando una noche se presente en la puerta el pequeño Steven.

Skye no deseaba otra cosa que poder vivir su propia vida, la que le arrebataron luego de la muerte de sus padres en un trágico accidente. En cambio, se vio encerrada en un mundo de fanáticos religiosos, con un tío sin escrúpulos capaz de hacer cualquier cosa por conseguir sus propósitos. En su afán por huir de aquello que se negaba a aceptar, terminó por convertirse en Steven y entonces descubrió que tenía un nuevo problema: confesarle al hombre que la ve y la trata como un amigo su más grande verdad y la profundidad de sus sentimientos.

PRÓLOGO

Cuando la tierra se cubrió de tinieblas

Makhale, desde la puerta que daba al huerto, observó a Ylahiah, que estaba sentada amasando la tierra mientras sembraba plantas medicinales. Se había preguntado muchas veces para qué lo hacía, si ellos no enfermaban, hasta que descubrió que su esposa las enviaba como regalo a los habitantes del pueblo cercano. Él no sentía ninguna empatía por aquellos seres, a los que consideraba menos que mascotas, y, en algunos casos, incluso su propio alimento; sin embargo, su amada los apreciaba demasiado.

Ylahiah sonrió y se acercó una de las plantas al rostro para aspirar su dulce aroma, luego continuó cavando mientras tarareaba una antigua canción que solía cantar para sus hijos cuando estos eran pequeños. La luna llena se proyectaba sobre ella como si de esa forma pudiera compensar la luz que le había sido arrebatada. De pronto, su espalda se tensó y levantó la cabeza con violencia, enfocándola en el horizonte, casi como si estuviera viendo algo, aunque Makhale sabía que eso era imposible. Se movió, hasta quedar de rodillas a su lado.

—¿Qué sucede, mi amada? —preguntó, rodeándole los hombros con su brazo.

Ella cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, estos eran totalmente blancos. Entonces, comenzó a hablar como si recitara una profecía.

—Ellos vienen —respondió en un susurro—. Mis hijos vendrán pronto, Medhan por fin regresará a casa. —El hombre la miró desconcertado, hacía miles de años que no sabían nada de su hijo mayor, aunque su esposa siempre podía sentirlo—. Pero no vienen solos, el mal los persigue, el mal que cubrirá la tierra y dejará a su paso desolación. El que nunca debió ser liberado por quienes no tenían la capacidad de saber cuán grande e incontrolable podía ser. — Lágrimas de color carmesí comenzaron a brotar de sus ojos, sobresaltando a Makhale—. Tanto dolor y muerte.

Cuando terminó de hablar, su cuerpo cayó laxo en brazos de su esposo, quien se apresuró a levantarla y llevarla al interior del castillo. La depositó en la cama y rebuscando en el baño consiguió una toalla, la humedeció y regresó para comenzar a limpiar el rostro de su esposa, por el que dos grandes líneas de color rojo caían, manchando el prístino blanco de las almohadas. Sus manos temblaron por la preocupación de no saber qué ocurría con ella, aunque lo tranquilizó comprobar que su corazón latía con normalidad, lo que significaba que solo estaba en una especie de sueño.

Luego de limpiarla y cubrirla con la manta, se sentó a su lado y tomó su mano, se la llevó a los labios y depositó un suave beso en sus dedos. Makhale también podía sentir el mal que se acercaba, el que acechaba a sus hijos y que a diario le exigía su regreso. Suspiró y cerró los ojos, sabiendo que solo tenía dos opciones: luchar contra su naturaleza o rendirse a ella. Girando la cabeza, dirigió una mirada a su amada Ylahiah, la razón de su vida, y en ese momento comprendió que su elección había sido hecha desde el momento en que decidió amar a un ser que le estaba prohibido.

1

CAMERON



Edimburgo, Escocia, 1867

Me acurruqué en un rincón y aparté las ratas que se subían sobre mí; las odiaba, a pesar de vivir con ellas. A mi alrededor todo olía mal, y de nuevo quise llorar; no sabía por qué estaba en la calle ni dónde se encontraban mis padres, a lo mejor había sido un niño malo y por eso ellos no me quisieron. Limpié una lágrima que rodó por mi mejilla y me apresuré a tomar un trozo de pan duro que un transeúnte lanzó cuando pasaba antes de que mis compañeras me ganaran. Lo comí con avidez, y sentí mi estómago contraerse; era la primera vez en varios días que ingería algún alimento. Las ratas comenzaron a acercarse y les gruñí sintiendo la furia recorrer mi cuerpo, las vi salir despavoridas en todas las direcciones y continué comiendo.

A veces no comprendía mi naturaleza, todo era extraño para mí, especialmente durante el día, cuando al salir el sol mi vista se nublaba y no podía ver; esos eran los momentos más aterradores y cuando más lloraba, desesperado, por no tener a nadie que me ayudara. Había aprendido a esconderme, aunque también era consciente de que no importaba si me quedaba en el basurero, pues las personas solían pasar por mi lado sin apenas notarme, era como si fuese invisible. Incluso llegué a plantearme aquella teoría de que tal vez no me veían y por eso nadie intentaba ayudarme. Entonces decidí hacer una prueba y una noche, cuando vi pasar un hombre que parecía muy ebrio acompañado de una mujer, estiré mi mano y le pedí que me diera algo de comer. Él me golpeó y me llamó vagabundo. Así supe que no era invisible, al menos no de forma literal; lo era porque a nadie le interesaba verme, porque no tenía para ellos más importancia que cualquiera de las ratas que me rodeaban.

Terminé mi comida y me recosté mirando el cielo, me gustaba pasar el tiempo contando estrellas y tratando de adivinar cuántas había. A veces alargaba el brazo y jugaba a fingir que podía tocarlas, en esa tarea se me iban horas. Mis compañeras de hogar comenzaron a chillar mientras se peleaban por algo que habían hallado en la basura, las ignoré y continué contando las luces brillantes que iluminaban el firmamento. Escuché pasos, pero no le di demasiada importancia, aunque no solía pasar mucha gente por el callejón, tampoco era extraño que, de vez en cuando, una que otra persona se desviara por ahí para acortar el camino.

Vi tres sombras acercarse, y, en lugar de pasar de largo, se detuvieron frente a mí. Enseguida me puse en guardia y me levanté, los tres eran tan intimidantes que mis rodillas temblaron y sentí que me pondría a llorar a nuevo. Me moví, pegando mi espalda a la pared y los miré con terror;

uno de ellos se separó del grupo y se acercó. Era muy alto, tanto que tuve que inclinar la cabeza por completo hacia atrás para poder mirarlo, vestía completamente de negro y su largo cabello flotaba en su espalda como una especie de capa. Inclínándose, se puso de cuclillas y me miró directamente a los ojos. Le gruñí, él me sonrió y en sus ojos logré vislumbrar algo que nunca antes había visto: compasión; aunque eso no me alivió mucho, y usando toda la rapidez posible me moví y corrí tratando de huir de ellos. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando me atrapó.

—Tranquilo, amiguito, no queremos hacerte daño. ¿Dónde están tus padres? —Moví la cabeza negándome a hablar—. ¿Tienes hambre? —Esas palabras lograron captar mi atención y esa vez asentí.

—También necesita un baño, huele bastante mal y está muy sucio. Su cabello parece un nido de ratas —dijo otro, muy rubio y con unos ojos que me recordaban al hielo del invierno.

—¿Quieres venir con nosotros para que podamos conseguirte algo de comida? —preguntó el primero que se me había acercado.

Dudé unos segundos, tratando de discernir los motivos que tenía para querer ayudarme. Mi estómago escogió ese momento para gruñir, recordándome que aquel pequeño trozo de pan no me había saciado. Me vi asintiendo, no sabía por qué estaban siendo amables, pero no iba a negarme la posibilidad de comer.

Me llevaron con ellos y mis ojos se abrieron cuando ingresaron a un hotel, era un sitio al que jamás se me había permitido entrar, solo lo veía desde la entrada cuando los clientes que iban en sus carruajes elegantes se detenían ahí. El señor de la recepción hizo mala cara cuando me vio entrar.

—Ese zarrapastroso no puede entrar aquí, señor —dijo dirigiéndose al hombre que me había llevado.

—¿Quién va a impedir que entre? ¿Tú? —le preguntó él y vi al señor retroceder.

—Es que... solo los clientes pueden entrar —dijo tartamudeando.

—Ah, ¿sí? Qué bueno, porque él es un cliente, encárguese de que suban algo de comida a la habitación y mande un mensajero a que consiga ropa —ordenó, depositando dinero sobre el mostrador.

—Por supuesto, señor, ya mismo me pongo en ello.

Seguí a los hombres por la escalera hacia el segundo piso y allí cada uno fue en una dirección; él que me había llevado me hizo entrar en su habitación.

—Entonces, amigo, es hora de que te des un baño —me dijo, empujándome hacia otra puerta. Comencé a negar, asustado, no me había bañado en... bueno, creo que no me había bañado nunca—. ¿Acaso no sabes hablar? —preguntó frunciendo el ceño. Lo miré, pensando si salir corriendo de nuevo y como si leyera mi pensamiento, se puso frente a la puerta—. Ni lo pienses, ¿acaso te gusta vivir en medio de las ratas y sin comida? —su pregunta me despertó un poco.

—No, no me gusta.

—Parece que tienes voz después de todo —comentó con una sonrisa—. ¿Cómo te llamas? —Arrugué la frente y me encogí de hombros—. ¿No tienes un nombre? —Moví la cabeza en señal negativa—. ¿Y qué edad tienes? —Esa era otra respuesta que no conocía, así que de nuevo me encogí de hombros—. Bueno, eso sí que es un problema. ¿Qué te parece si buscamos un nombre que te guste? Por la edad no nos inquietemos, supongo que estarás en los seis o siete.

Nunca me había preocupado no tener nombre. ¿Para qué lo necesitaba si no tenía a nadie que pudiera llamarme por él? Pero en ese momento la idea me resultó llamativa, porque tener uno me convertía en alguien. Asentí, contento, porque por fin tendría algo que me pertenecería. Él se

quedó pensando un rato, poniendo el dedo en sus labios, como si tratara de hallar el nombre correcto. De pronto su rostro se iluminó, como si la idea más brillante hubiese acudido a su cabeza.

—¿Qué te parece Cameron?

Lo medité un momento, repitiéndolo en mi mente. Cameron sonaba importante y enseguida me gustó.

—Cameron me gusta —dije con una amplia sonrisa.

—Cameron será entonces, ahora ve a bañarte antes de que traigan la ropa y la comida.

Mientras hablaba se movió hacia un armario y sacó una toalla, me la pasó y me dio un pequeño empujón en la espalda.

—¿Cómo se llama usted, señor? —pregunté antes de perderme detrás de la puerta.

—Alexy, mi nombre es Alexy.

Le sonreí y decidí que, ya que él me estaba dando tantas cosas, bien podía pagarle dándome un baño. Después de todo me había mojado muchas veces con la lluvia, otro poco de agua no me mataría.

A partir de aquel día mi vida cambió por completo. Alexy se encargó de comprarme ropa y comida, incluso me llevó a que me cortaran el cabello, que estaba bastante largo y enmarañado. Tres días después me dijo que tomaría un barco que lo llevaría a otro lugar, uno muy lejos de allí, y por un momento me sentí triste, pensando que volvería a mi antigua vida. Entonces, él me dio la mejor noticia: iba a llevarme.

El viaje en barco fue toda una aventura, durante el día estábamos encerrados en el camarote, pero en la noche podíamos salir y ver cómo el inmenso océano nos rodeaba. El viento agitaba mi corto cabello y mientras respiraba el aire salado, pensé que nunca había visto algo tan magnífico. Alexy se puso de pie a mi lado y acarició mi cabeza.

—¿Estás contento, Cam? —preguntó mirando en la misma dirección que yo.

—Lo estoy, nunca había sido tan feliz en mi vida. —Él sonrió y lo miré agradecido. Desde el momento en que me rescató del basurero no había sido otra cosa que amable conmigo—. ¿Sabes? Si tuviese un padre me gustaría que fuera como tú —dije expresando en voz alta mis pensamientos.

—Y si yo tuviera un hijo, me encantaría que fuera como tú —dijo, poniendo su mano en mi hombro.

Lo pensé un momento, dándole forma a una idea.

—Supongo que, ya que yo no tengo un padre y tú no tienes un hijo, podríamos convertirnos en eso el uno para el otro.

—Me parece una buena idea —respondió con una cálida expresión.

—A mí también me lo parece, papá.

Me acerqué a él y rodeé su cintura con mis brazos. La fortuna me sonreía: además de sacarme de las calles, Alexy se había convertido en mi padre.

San Francisco, Estados Unidos, otoño de 2017

Miré por la ventanilla del avión privado de Aidan a las oscuras nubes que poblaban la noche

deseando que pasara el tiempo rápido y por fin aterrizara. Estaba ansioso y desesperado por regresar, un mes fuera era demasiado tiempo después de lo que tuvimos que pasar, estar de vuelta parecía casi un milagro. Todavía pensaba en las batallas que habíamos librado en las diferentes ciudades en las que estuvimos. No pude evitar que una sensación de fatalidad sacudiera mi cuerpo: el resultado final y las vidas perdidas estarían en mi memoria siempre, muchos humanos habían muerto a causa de los demonios que comenzaban a poblar la tierra. Luego de la muerte de Razvan, la calma había durado muy poco, él con su ritual hizo posible que esas sanguijuelas vagaran libremente por el mundo, ahora todos eran capaces de salir del infierno.

—¿Todo bien? —preguntó Aidan sentándose a mi lado.

—¿Tú? —pregunté de vuelta.

Lo vi soltar un largo suspiro mientras se reclinaba en su asiento.

—Llevo un mes sin respirar —dijo de forma solemne, refiriéndose al tiempo que llevaba separado de Abby.

—Ha sido complicado.

—Complicado ni siquiera se acerca, todos estamos ansiosos, comienzo a temer que, si no llegamos pronto, Marcus enloquecerá y cortará nuestras cabezas —comentó, haciendo un gesto hacia nuestro hermano, que estaba en el sitio más alejado con un gesto sombrío—. Alexy apenas habla y Tarek se queja todo el tiempo de que se ha perdido los mejores días de su hijo y que este no lo va a recordar cuando lleguemos, sin importar que le explique que el bebé apenas tiene cuatro meses, y que no hay forma de que lo recuerde. Sonreí sabiendo que nada de lo que le dijeran respecto al bebé calmaría la ansiedad de Tarek, él era nuestro hermano más testarudo y cuando se le metía una idea en la cabeza, no había forma de sacársela—. Tú también parece estar deseando llegar, ¿alguna chica que te esté esperando? —preguntó de pronto.

Me removí en mi puesto y negué girando la cabeza para volver a mirar por la ventanilla.

—Ninguna chica, es solo que extraño estar en mi hogar.

—Todos extrañamos nuestro hogar, Craig.

Él seguía llamándome por ese nombre y aunque lo intentara, no lograba encajarlo en alguna parte de mi vida. No podía negar que era un gran sujeto que se esforzaba por llegar a mí, y no era que lo rechazara, simplemente me resultaba complicado haber encontrado a mi padre después de tanto tiempo, así que seguía intentando hacerle un espacio. Durante ciento cincuenta años Alexy había cumplido ese papel de forma impecable, todavía tenía el recuerdo del momento en que me rescató y me llevó con él. Nunca comprendí qué lo había motivado a hacerlo; después de todo él, Tarek y Marcus iban detrás de una venganza y un niño pequeño resultaba un estorbo; no obstante, jamás me hizo sentir como tal. Todo lo que era se lo debía a Alexy.

Mi cuerpo se relajó cuando escuché por los altavoces al piloto anunciar que pronto estaríamos aterrizando; las luces de San Francisco aparecieron a lo lejos y mi corazón se agitó de anticipación por el regreso. Los minutos parecían no correr cuando el avión comenzó a descender y por fin sus llantas tocaron tierra. El piloto se dirigió al hangar privado y cuando se detuvo, me lancé fuera de mi asiento, aunque parecía que yo no era el único apurado por salir, pues Tarek y Marcus estaban listos frente a la puerta y en cuanto esta se abrió, bajaron corriendo las escaleras. Henry nos esperaba al lado de la camioneta de Aidan, junto a la cual había otro vehículo. Se apresuró a saludarnos cuando nos acercamos.

—Señor, es un gusto tenerlo de vuelta —dijo estrechando la mano de Aidan.

—Lo mismo digo, Henry. ¿Cómo está todo?

—Tranquilo, señor, las chicas querían venir, pero las convencí de esperar en la casa, me pareció más seguro.

—Eso estuvo bien —aprobó, caminando hacia su camioneta—. ¿Vienes con nosotros, Craig?

Miré a Alexy y a los demás que se acercaban al otro auto.

—Supongo que iré contigo —dije, encogiéndome de hombros y sentándome en la parte de atrás.

Permanecí en silencio durante el trayecto escuchando cómo Henry lo ponía al día de todo lo acontecido en la casa los últimos treinta días. Recosté la cabeza en el espaldar del asiento y cerré los ojos, desconectándome de la conversación. No comprendía la felicidad que me invadía con cada kilómetro que nos acercaba a nuestro hogar, pero de alguna forma era como si el nudo que apretaba mi corazón se fuera aflojando a medida que acortábamos la distancia.

2

SKYE



Estábamos organizando todo para la llegada, habíamos preparado una fiesta de bienvenida y no lograba descifrar cuál de nosotras estaba más feliz por el regreso de los hombres. Habían estado un mes fuera y durante ese tiempo ninguna tuvo paz, todas temíamos que alguno no regresara, cada vez que el teléfono de cualquiera sonaba nos poníamos en alerta esperando recibir malas noticias.

—Casi me parece mentira que por fin vaya a ver a mi Aidan —dijo Abby colgando el último globo—. No he podido dormir una noche completa, preocupada y sin saber cómo estaban.

—Ni que lo digas —intervino Alana—. Yo no puedo comer porque cada vez que intento llevarme un bocado a la boca, pienso que Alexy puede estar herido y entonces se me quita el hambre.

Emily estaba frente a la ventana esperando a que aparecieran. Ella durante todo ese tiempo se había mantenido retraída, apenas salía de su habitación y cuando lo hacía se quedaba con la cabeza baja. Ángela se entretenía un poco con el bebé, pero aun así la veía caminar de un lado a otro, desesperada, y yo tenía cada noche pesadillas donde Cam moría y nunca podía confesarle que lo amaba. Ellos fueron a la batalla, pero nosotras nos quedamos en el infierno, sabiendo que nuestros corazones los acompañaban.

Ví a Emily moverse y correr a la puerta, y todas la seguimos cuando escuchamos el sonido de los autos. Salimos en estampida y cada una de ellas corrió a los brazos de su amado; ellos las recibieron con júbilo, y entre lágrimas y besos se decían cuanto se amaban. Yo me detuve, observando la escena con el estómago encogido y el corazón destrozado, pues anhelaba tener lo mismo que ellas y por culpa de mis miedos era una posibilidad cada vez más lejana. No obstante, la felicidad me embargó cuando Cam caminó en mi dirección con una enorme sonrisa, esa que lograba que mi mundo se iluminara y me hacía pensar que no todo estaba perdido.

—¡Enano! —gritó, y sin importarme que pudiera parecer raro, me lancé y lo rodeé con mis brazos—. Parece que alguien me extrañó —dijo, revolviendo mi cabello.

—Claro que te extrañé, idiota —declaré, alejándome y limpiando una lágrima de forma disimulada—. Aquí es aburrido sin tus tontos chistes.

—Yo también te extrañé, amigo —comentó, acercándose, y rodeando mi cintura con un solo brazo. Me llevó cargada al interior de la casa como si fuera un muñeco de trapo que un niño lleva de cualquier forma.

—¡Bájame, imbécil! —grité, dándole un puñetazo en la espalda.

—Sí, definitivamente extrañé estar en casa —dijo, dejando salir una carcajada.

La fiesta se extendió y mientras repartíamos comida, todos contaron las aventuras, excepto Marcus, que se mantuvo en silencio con Emily sentada en su regazo; ella apoyaba la cabeza en su hombro y él la rodeaba con sus brazos. No parecían necesitar hablar, de alguna forma se comunicaban con gestos o simplemente permanecían pegados uno al otro. Tarek cargaba a su bebé dormido y a cada rato besaba a Ángela. Aidan estaba de pie abrazando a Abby, y Alexy besaba a Alana de forma apasionada. En cualquier momento todos desaparecerían en sus habitaciones.

—¿Dónde está Nayleen? —preguntó Alexy. Todas compartimos miradas, pero ninguna respondió. Él nos observó enarcando una ceja—. ¿Y bien?

—La verdad es que no lo sabemos, no ha venido mucho desde que ustedes se fueron, solo aparece de vez en cuando para saber si tenemos alguna noticia y luego vuelve a desaparecer —respondió Alana—. La última vez que vino le pedí su teléfono o dirección y se negó a dármelos.

—¿Tú confías en ella? —preguntó Cam dirigiéndose a Alexy, que se encogió de hombros antes de responder.

—La verdad no sé qué pensar. Me resulta algo confusa, estoy seguro de que esconde algo y pienso averiguar qué es. Puede que sea mi hermana, pero también es hija de Razvan y no podemos pasar por alto cómo traicionó a Medhan.

—Haces bien en no confiarte —intervino Tarek—. No lo tomes a mal, hermano, pero exceptuándote, no confío en nada que provenga del hijo de puta de Razvan.

—Vaya —dijo Alexy con una mueca—. Supongo que debo estarte agradecido entonces por no haber decidido cortar mi cabeza mientras duermo.

Todos reímos de la broma y por un rato se olvidó el tema de la hermana recién aparecida. Una hora después se despidieron y la sala quedó desolada. Comencé a recoger el desorden sin poder borrar la sonrisa que me causaba la felicidad de las chicas que se habían convertido en mis hermanas.

—¿Quieres que te ayude con eso, enano? —preguntó Cam apareciendo en la entrada descalzo. Se había duchado, tenía el cabello mojado y solo vestía unos *jeans*. Por un momento me olvidé de todo y mi mirada se centró en su torso desnudo, los músculos marcados de su abdomen hicieron que tuviera ganas de rogarle que me permitiera besarlo. Los tatuajes de sus brazos le daban ese aire de chico malo y sexy que tanto me gustaba—. ¿Enano? ¿Está todo bien? —preguntó, lanzando una servilleta a mi cara.

—¿Ah? ¿Qué? —inquirí saliendo de mi aturdimiento.

—Pregunté si sucede algo, te quedaste ahí de pie como ido, ¿qué estabas pensando? Por favor, no me digas que estabas admirando mis abdominales, ya sé que soy bastante guapo, pero no te ofendas si te digo que prefiero que me miren las chicas.

Negué y continué recogiendo, nunca confesaría los pensamientos que cruzaban por mi cabeza, al menos no hasta que también tuviera el valor de revelar la verdad y decirle cuánto lo amaba.

—Nos seas raro —bufé—. Además, no te creas tanto, el hecho de que las tontas descerebradas del bar se tiren a tus brazos cada cinco minutos no significa que de verdad seas tan irresistible. Y para tu información, yo también prefiero admirar chicas. —Cada vez que la mentira salía de mis labios sentía como si me ahogara, si era verdad lo que el tío nos decía a Ángela y a mí de que los mentirosos irían al infierno, era seguro que allí me esperaban desde hacía un largo tiempo. Él se rio con fuerza y comenzó a ayudarme a recoger—. Solo estaba pensando en lo bueno que es que hayan vuelto, las chicas están felices.

Lo escuché suspirar y tirar las sobras de la comida en una bolsa.

—Sí, fue bueno volver, la verdad es que hubo momentos en los que pensé que no lo lograríamos.

—¿Tan malo fue?

Asintió sin levantar la cabeza.

—Ví muchos humanos morir, los demonios lograron llevarse muchas vidas.

—¿Qué hay de Medhan y Nithael? ¿Ellos no van a regresar?

—Sí, lo harán, pero Medhan quiso acompañar a su hermano a hacer algo, no sé qué se trae ese sujeto, es muy extraño.

Pensé un momento en Nithael, a mí en realidad me agradaba, era cierto que podría tener un comportamiento extraño, pero en el fondo me hacía pensar que era más una máscara que intentaba ocultar un dolor muy profundo.

—¿Cuáles son los planes ahora? ¿Vamos a quedarnos más tiempo aquí? —pregunté y lo vi encogerse de hombros.

—No lo creo, Alexy y Tarek van a querer abrir el bar de nuevo, al menos hasta que sepamos qué va a pasar.

—Me gusta la idea de volver al bar —dije. Extrañaba el lugar que durante un año había sido mi hogar.

—Aunque suene algo descabellado, yo también quiero regresar.

—Creo que esto es todo —dije cuando terminamos de ordenar—. Es hora de ir a dormir. Deseaba quedarme más tiempo con él, pero no tenía una excusa para hacerlo, o eso pensé hasta que me dio una.

—¿Estás muy cansado? ¿No quieres que veamos una película o algo?

Mi corazón se aceleró y mi estómago se llenó de lo que parecían abejas, no mariposas, como solía decir la gente, que me parecían demasiados pasivas comparadas con lo que me hacía sentir Cam. Fingí pensarlo un momento, aunque lo que más deseaba era correr a sus brazos y besarlo.

—Está bien, pero solo si yo puedo escoger la película —demandé, pasando por su lado.

—No me jodas, te mataré si escoges alguna maldita película rosa —declaró pasando su brazo por mis hombros y apretándome a su costado.

Sabía que era un gesto de amigos, no obstante, el anhelo que se embargaba cada vez que me tocaba de alguna forma era tan grande que no podía controlarlo.

3

CAMERON



Desde mi posición, recostado en la cama con los brazos detrás de la cabeza, observé a Steven reír con una escena tan sangrienta que cualquiera hubiese gritado de miedo. El chico podía ser un lunático a veces, pero la verdad era que me gustaba pasar tiempo con él, teníamos los mismos gustos cinematográficos y musicales, y solíamos hablar de cualquier tema sin problema, incluso podría decir que había llegado a confiar más en él de lo que alguna vez lo hice en mi antiguo amigo Raven. Por un momento me embargó la loca idea de que lo único que le faltaba a Steven para ser perfecto era convertirse en una chica. Negué, apartando de mi mente el pensamiento estúpido, y seguí viendo la película.

—No puedo creer que la gente de verdad se asuste con esa mierda, en serio, es tan falso —dijo acomodándose mejor y dejando los pies colgados por un costado del sillón donde se encontraba.

—Deberías dejar de matar la emoción —exclamé lanzando un cojín a su cabeza.

—No entiendo dónde está la emoción en ver a un tipo con una sierra descuartizando personas.

—Pues justamente en eso —dije riendo—. A Raven le habrías gustado, eres casi tan cínico como él —comenté, pensando en las veces en que mi amigo se quejó de lo mismo.

—¿Lo echas de menos? —preguntó, apartando su atención de la pantalla.

Lo pensé un momento. Había conocido a Raven veinte años atrás, al principio era un tipo tan huraño que resultaba difícil incluso estar cerca de él, pero con el tiempo comenzó a ceder y pudimos trabar amistad. Él no tenía la seriedad de Alexy, ni la socarronería de Tarek y mucho menos la oscuridad de Marcus. Podía parecer un sujeto frío y serio, pero en el fondo era bastante inseguro, tenía miedo de confiar demasiado y en ocasiones parecía que intentaba desconectarse del mundo. Le costaba superar lo sucedido con la mujer humana de la cual se había enamorado y que lo traicionó; por eso, aunque me fue difícil creer a Marcus cuando me dijo que pensaban que se pasaría al lado oscuro, luego comprendí que esa era una posibilidad bastante grande.

—Supongo que sí, aunque lo que de verdad me carcome es saber que está muerto por mi culpa —confesé, sabiendo que nunca iba a poder superarlo.

—No seas tan duro contigo mismo, no sé qué pasó exactamente, pero estoy seguro de que Raven no lo vio como un sacrificio. Ustedes saben que cada vez que se enfrentan a los demonios corren el riesgo de morir, simplemente esa vez le tocó el turno a él.

Quise que sus palabras me hicieran sentir mejor, pero la culpa no era algo de lo que me pudiera desprender fácilmente, de hecho, parecía una llaga que crecía cada vez más. Asentí, volviendo mi atención a la pantalla y dando el tema por terminado.

—¿Cómo fueron las cosas con Aidan? —preguntó y me sentí aliviado de que no mencionara

más a Raven.

Me erguí, y quedé sentado, con la espalda apoyada en el cabecero y los brazos en mis rodillas.

—Fueron bien, supongo, la verdad es que me resulta complejo lo que está pasando, no me entiendas mal, Aidan es un tipo genial, pero la mayor parte del tiempo no sé cómo actuar cuando estoy cerca de él. A eso agrégale que insiste en llamarme Craig cuando le he dicho que mi nombre es Cameron.

—Dale un respiro —me regañó—, el pobre te perdió cuando eras un bebé y te estuvo buscando todo ese tiempo, imagina cómo se sentirían Ángela y Tarek si alguien se llevara a Gunnar y no volvieran a verlo por siglos.

Moví la cabeza, sabiendo que tenía razón.

—Lo sé, si te soy sincero, pienso que he puesto un muro para impedirle a Aidan entrar, pero lo hago más bien porque no quiero que de alguna forma Alexy se sienta traicionado.

Terminé por confesar lo que me había estado guardando desde el momento en que supe que Aidan era mi padre. Steven me sonrió, tranquilizador, y me hizo sentir bien haber compartido con él mis sentimientos.

—Alexy es el sujeto más centrado que conozco y parece conocernos a todos mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos; ten por seguro que no va a sentirse mal de ninguna forma porque tú quieras acercarte a tu padre. Deberías aprovechar que, en lugar de uno, ahora tienes dos, no todos podemos darnos ese lujo —dijo con la voz cargada de emoción.

—Extrañas a los tuyos —afirmé más que preguntar.

—Mi vida ya nunca fue la misma desde que ellos se fueron, acabar viviendo con el loco de mi tío fue el peor de los infiernos.

Cuando terminó de hablar, su expresión siempre afable había adquirido un gesto de amargura. No conocía su historia, nunca mencionaba el tiempo que pasó con la familia de Ángela, era extraño, parecía como si antes de llegar al bar, Steven no hubiese existido.

—¿Qué te parece si vamos mañana al concierto de esa banda que te gusta? —propuse, intentando aligerar el ambiente—. Cuando veníamos en el avión me di un paseo por la red y descubrí que se presentan mañana en la noche en el Chase Center.

—No podemos, los boletos ya se agotaron, lo vi la semana pasada en la televisión.

—Enano, me ofende que desconfíes de mis habilidades —exclamé con fingido enfado.

Busqué mi computadora y la abrí tecleando con rapidez, me observó un momento con una ceja enarcada y luego, como si de verdad creyera que era imposible, volvió a fijarse en la película que estaba por terminar. Varios minutos después di por finalizado el trabajo y llamé su atención cuando golpeé mis palmas juntas.

—Hecho, mañana un mensajero vendrá a traerlos.

Sus ojos se abrieron y se levantó del sillón como un resorte.

—¿En serio lo conseguiste? No lo puedo creer.

—Yo siempre consigo lo que me propongo, amigo. —No agregué que acababa de gastar una pequeña fortuna para lograr que el tipo que los tenía me los vendiera.

—Entonces tal vez deberías proponerte dejar de ser un idiota la mayor parte del tiempo —dijo riendo.

—Imposible, eso hace parte de mi encanto —exclamé, estirándome en la cama.

—Guau, genial, será divertido, eso sin contar con que será lo último que hagamos estos días; si de verdad deciden reabrir el bar ya no tendremos mucho tiempo libre.

—Muerdo por que abran el bar, de verdad necesito alguna noche intensa con una de las chicas,

tal vez debí llamar a Corine. Ahora mismo todos están teniendo sexo salvaje mientras tú y yo estamos aquí como un par de perdedores viendo sangre en una pantalla.

—Siempre estás pensando en el sexo —me gruñó, volviendo a sentarse enfurruñado.

—Y tú deberías hacer lo mismo, ya va siendo hora de que encuentres una chica con la cual puedas usar a tu amigo, en serio, se te va a morir si no lo usas —me burlé y lo vi tensar la espalda. Por alguna razón, el tema de las mujeres con Steven siempre parecía una especie de tabú.

—Deberías estar agradecido por no poder contraer enfermedades, si no, seguro ya habrías muerto de sífilis o algo.

—Lo agradezco, enano, no sabes cuánto. —Me reí a carcajadas, lo que logró que él también riera.

—Eres un cerdo —dijo en medio de risas.

—¿Ahora quién es el idiota? —pregunté.

—Sí, bueno, al menos yo tengo que esforzarme, a ti, en cambio, te sale natural.

Terminamos de ver la película y cuando comenzaron a salir los créditos, se puso de pie bostezando.

—Creo que ahora sí me voy a dormir, que descanses —dijo caminando hacia la puerta.

—Hasta mañana, enano.

Me dejé caer sobre la almohada con la mirada clavada en el techo. Era cierto que me alegraba estar de regreso, aunque, por otro lado, volver a pasar las veinticuatro horas con Steven y de nuevo experimentar esa sensación extraña al tenerlo cerca era algo que me ponía nervioso. Me giré y puse otra almohada sobre mi cabeza, reprendiéndome a mí mismo por ser un estúpido. Steven se había convertido en mi mejor amigo y no iba a arruinarlo solo porque a veces me asaltaban pensamientos ridículos.

A la mañana siguiente, un ambiente festivo inundaba la casa. Las chicas habían preparado el desayuno y los hombres mostraban unas sonrisas de imbéciles de las que no resultaba difícil adivinar la razón.

—Tarek, Marcus y yo pensamos que tal vez en una semana podríamos reabrir el bar —comentó Alexy.

—Alabado seas —dije metiéndome un trozo de pan a la boca—. Necesito regresar ya.

—¿A qué se debe la urgencia? —preguntó, con una mirada significativa.

—A que me aburro sin hacer nada —respondí restándole importancia.

Lo que no podía reconocer en voz alta era que necesitaba estar rodeado de mujeres y tal vez llevarme alguna a la cama, eso sin contar con que el ambiente de decadencia que reinaba en el bar de alguna forma me hacía sentir tranquilo.

—¿Qué hay de ustedes? —preguntó Alexy dirigiéndose a Aidan.

—Abby, Kevin y yo regresaremos al apartamento, creo que por ahora lo mejor será tratar de retomar nuestras vidas, al menos hasta que tengamos noticias de Medhan y Nithael.

—Sí, eso es justo lo que necesitamos, regresar a algo de la normalidad en que vivíamos —intervino Tarek.

—Buenos días —saludó Steven entrando en ese momento.

Vestía uno de esos pantalones que le quedaban dos o tres tallas más grandes y una camiseta que casi le llegaba hasta la rodilla. Terminaba su atuendo una gorra de béisbol de color negro. Se

sentó a mi lado y alargó el brazo para tomar un pan.

—Se te pegaron las sábanas —le dije, quitándole la gorra y volteándola hacia atrás.

—En realidad no dormí mucho —respondió dando un sonoro bostezo.

—Bueno, más te vale descansar, no sea que te quedés dormido en el concierto.

—¿Piensan salir? —preguntó Aidan mirándonos.

—Ajá —respondí con la boca llena.

—Hoy se presenta una banda que me gusta —contestó Steven—. Cam consiguió los boletos y pensábamos ir, ¿hay algún problema si salimos?

—No lo creo, por ahora todo está tranquilo —le respondió Alexy.

—Solo tengan cuidado —agregó Aidan con ese tono paternal que me ponía nervioso.

En ese momento, Alana le preguntó a Steven por la banda y enseguida el tema se dirigió allí.

—Abby y yo nunca hemos ido a un concierto —comentó con pesar.

—Nosotras nunca hicimos cosas de chicas —respondió la aludida—. Ni siquiera conozco la banda de la que hablan.

Ví el ceño de Aidan fruncirse y mirar a su mujer con algo parecido al dolor.

—¿Te gustaría ir, *mo chridhe*? —le preguntó besando su mejilla.

Por alguna razón que luego me pareció egoísta, rogué porque ella dijera que no, y cuando la vi negar, dejé salir el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—En realidad no, no sé nada de esas cosas y las multitudes me ponen nerviosa, era solo curiosidad.

—Deberían venir —propuso Steven. Le di un golpe con mi bota debajo de la mesa; me lo devolvió haciendo una mueca y luego actuó como si no pasara nada—. Podrían hacer cosas de chicas alguna vez, ya saben, como ir a un concierto o salir con amigas.

—Nosotras no somos esa clase de chicas —declaró Alana—. Creo que las demás están de acuerdo conmigo en que preferimos pasar tiempo con nuestros esposos.

—Sí, eso sin contar con que tengo un bebé que cuidar —dijo Ángela—. Y que ya tuvimos bastantes conciertos cuando teníamos que escuchar el coro de la iglesia —terminó con una sonrisa.

—Cielos, no me recuerdes eso —se quejó Steven—. Todavía me duelen los oídos de solo pensarlo.

—Por cierto —se escuchó la voz de Tarek—. ¿Qué pasó con esa prima tuya? —preguntó en dirección a su esposa.

Ella se puso tensa y a mi lado Steven escupió el jugo que estaba bebiendo, empapando su lugar en la mesa. Le entregué una servilleta para que se limpiara sin comprender su exagerada reacción.

—¿Prima? —preguntó Ángela de vuelta tomando un sorbo de agua de su vaso. Me fijé en que su mano temblaba un poco.

—Sí, aquella chica un tanto rara que te ayudó a sacar tus cosas de la casa cuando huiste, la que vimos en el parque. Es extraño, pero creo que nunca me dijiste su nombre o simplemente no presté atención y por eso no lo recuerdo.

—Ah, esa prima.

Por alguna inexplicable razón, ella se veía muy nerviosa. Miré a Steven, que la observaba con los ojos muy abiertos y la servilleta apretada en un puño.

—Bueno, en realidad no sé, se fue de la casa después que yo y no he vuelto a saber nada de ella —respondió por fin bajando la mirada.

—¿También era prima tuya, enano? —pregunté, pensando que nunca había mencionado que

tuviera más familia.

—¿Cómo?

—¿Qué si también era tu prima? —insistí, dándole un leve empujón en el hombro para que reaccionara.

Al menos yo pensaba que era leve, porque estuvo a punto de caerse de su silla. Se sostuvo del borde de la mesa acomodándose de nuevo y me lanzó una mirada asesina.

—No, éramos parientes lejanos, yo no la conozco mucho —dijo y se llenó la boca de comida, en un claro gesto de que no quería seguir hablando.

Lo dejé pasar pensando que tal vez tuvo algún enamoramiento con la chica mencionada y era por eso que no quería hablar de ella ni se fijaba en nadie más.

4

SKYE



Lancé la camiseta que sostenía en la mano. Odiaba la ropa de chico que tenía que usar, pero más odiaba ser una cobarde y no atreverme a decir la verdad. Tomé el pantalón e hice una mueca, en ese punto incluso extrañaba los horribles vestidos que nos obligaba a usar la mamá de Ángela cuando vivía en su casa. Y hablando de mi prima, en ese instante la puerta se abrió y ella entró como arrastrada por un fuerte ventarrón.

—Necesitas decir la verdad —soltó sin preámbulos.

—Ángela...

—Ángela nada, Skye —me interrumpió antes de que terminara—. No quiero seguir haciendo esto, no quiero engañar más a mi Tarek, cada vez que repito esa mentira siento como si estuviese masticando un enorme trozo de hiel.

—Lo lamento.

—No quiero que lo lamente, quiero que digas la verdad de una vez por todas, si esperas más tiempo, tal vez las cosas no tengan remedio.

Mi prima era por lo general muy tranquila, pocas veces levantaba la voz y nunca la había visto molesta, pero en ese momento era obvio que apenas si podía controlar su temperamento.

—Lo haré —dije bajando la cabeza y sabiendo que en el momento en que abriera la boca y lo dijera todo, aquel dejaría de ser mi hogar y todos ellos mi familia.

—¿Skye? —Comenzó acercándose y posando sus manos en mis hombros—. Yo acepté mentir por ti porque sentía que te lo debía, cuando fuiste a vivir a casa con mis padres tuviste que soportar todo lo que sucedía allí, además de que papá te robó el dinero de tu herencia y te impidió continuar con tus estudios.

—Nada de eso fue tu culpa. —Le había repetido muchas veces lo mismo, pero no parecía comprenderlo.

—Tampoco fue culpa tuya lo que te pasó y lo que callaste para no herirme —comentó, mirándome directo a los ojos.

Mi espalda se tensó y traté de alejarme de su agarre.

—No te entiendo.

—Claro que me entiendes, ¿crees que no sé lo que él intentó hacerte, y que escapaste de casa no porque te estuviera obligando a casarte con ese anciano, sino porque quería aprovecharse de ti?

—Ángela, yo...

—Grigore me lo dijo cuando me llevó con él, me lo explicó de una forma tan desagradable y

repulsiva que quise vomitar. Tú eres como mi hermana, debiste ser como una hija para mi padre y, en cambio, él no solo te despojó de todo, sino que además intentó algo tan bajo como violarte.

Las náuseas subieron por mi garganta cuando la imagen de lo sucedido aquella noche vino a mi cabeza.

El hermano Peter llegó a la hora de la cena diciendo que quería hablar conmigo sobre los detalles de la boda, una de la que yo no había tenido noticia hasta el momento en que lo mencionó. Enseguida me negué y le dije que se fuera al infierno, que era un viejo asqueroso y repugnante. Mis insultos murieron cuando la palma de mi tío impactó en mi mejilla lanzándome al piso, una vez allí me tomó por el cabello con fuerza y me abofeteó varias veces más hasta hacerme dudar de si no me habría aflojado los dientes. Entonces tomó la vara con la que tantas veces lo vi golpear a Ángela, gateé para ponerme de pie y huir del lugar, pero mi tía se interpuso en mi camino y detuvo mi escape, permitiéndole a su marido descargar su ira contra mí. La vara golpeó mi espalda y mis piernas tantas veces que los cardenales sangraban en varios sitios y quedé casi desmayada. Ese fue el único momento en que mi tía mostró un poco de piedad, cuando me ayudó a llegar a mi habitación, aunque me reprendió por mi mal comportamiento, antes de irse y dejarme sin siquiera prestarse a curar mis heridas. Por fin experimentaba en carne propia todo lo sufrido por Ángela y entendía por qué había decidido irse de aquel maldito lugar. Y yo haría lo mismo, en cuanto tuviese fuerzas para ponerme de pie me largaría lo más lejos que pudiera de aquel infierno.

Estaba dormida cuando sentí mi cama moverse, desperté sobresaltada para encontrar a mi tío cerniéndose sobre mí completamente desnudo. Me alejé de él, pateándolo y gritando por ayuda, en ese momento mi tía entró y solo se quedó en la puerta observando lo que sucedía sin hacer el menor movimiento, y cuando su esposo le gritó que se fuera, ella solo lo hizo, cerró la puerta y me dejó a merced del lobo. Salí de la cama como pude y corrí hacia el baño, donde logré encerrarme con seguro. Desde ahí lo escuchaba gritarme todas las cosas sucias que pensaba hacerme antes de entregarme al hermano Peter para que me convirtiera en su esposa, y de solo pensar en el anciano que podría ser mi abuelo me asaltaba la repulsión. Pasaron lo que parecieron horas y cuando por fin los ruidos cesaron, me atreví a abrir la puerta. Al ver que ya no estaba salí, empaqué las pocas cosas que tenía y hui de allí.

Regresé mi atención de nuevo al presente y al rostro de mi prima, nunca le contaría los detalles, ni cómo su madre de cierta forma participó en lo que su padre quería hacerme; ya era suficiente malo para ella que sus progenitores fueran unos monstruos en algunos aspectos.

—No quiero hablar de eso —dije, alejándome y dándole la espalda.

—Algún día tendrás que hacerlo, no solo hablar de lo que sucedió cuando me fui y te quedaste sola en casa, sino de la decisión que tomaste después de vestirte como chico y venir aquí con mentiras. Skye, en ese momento era comprensible porque tenías miedo de que papá te buscara y te hiciera daño de nuevo, pero él ya está muerto, ¿ahora a qué le temes?

—Le temo al odio de Cameron, él jamás va a perdonarme.

—Él es demasiado bueno, si alguno de ellos puede comprenderte, ese es Cam.

—Yo no estoy tan segura de eso, además, ni siquiera entiendo cómo es que no se han dado cuenta, ellos no son humanos, deberían ser más perceptivos.

—Y lo son, el problema es que su percepción se ve opacada por la confianza que tienen en nosotras y jamás dudarían de nuestra palabra. Si les decimos que eres un chico, ellos no lo van a

dudar y no se preguntarán que hay de raro en ti.

—Lamento que te vieras metida en esto, todas ustedes, porque las demás también mienten por mí.

—Yo solo quiero que seas feliz —dijo abrazándome—. Y eso solo lo conseguirás cuando dejes de esconderte detrás de una imagen que no es la tuya.

—Lo sé —respondí sintiendo las lágrimas derramarse por mi rostro.

—Tú te mereces la felicidad que tenemos todas al lado de los hombres que amamos. Cam está ahí, a solo un brazo de distancia, no lo pierdas por tu necedad —comentó, secando mis lágrimas con sus dedos, luego besó mi mejilla y se fue, dejándome sola con mis pensamientos y dudas, y, sobre todo, con la certeza de haber perdido a Cam incluso antes de tenerlo.

Me puse frente al espejo y me despojé de la venda que cubría mis pechos y los ocultaba de los demás. Me quedé viendo la imagen desnuda que me ofrecía y comprendí que no me reconocía: Steven era un fantasma, alguien que no existía, y Skye se había perdido hacía mucho tiempo. Lo peor de todo era tener la certeza de que no podía culpar a nadie más que a mí misma, porque tal vez mi tío me obligó a huir de su casa, pero fui yo quien decidió mentir y mantener esa mentira.

5

CAMERON



-Hora de irnos —grité al otro lado de la puerta de la habitación de Steven, que salió apurado acomodándose su gorra.

—Estoy listo —dijo y ambos nos encaminamos a la salida.

Cuando entramos al salón, nos encontramos con Aidan y Alexy sentados conversando.

—Ya nos vamos —dije a modo de despedida.

—Toma, llévate la camioneta —gritó Aidan a mi espalda lanzándome las llaves, las alcancé y las puse en mi bolsillo.

—Maldición, estoy tan emocionado —exclamó Steven un rato después cuando nos acercábamos al sitio donde se llevaría a cabo el concierto. Tuvimos que estacionar varias calles más lejos, con tanta gente fue imposible encontrar un lugar libre cerca—. Espero que no lo rayen —dijo mirando el auto—. Aidan nos matará si lo llevamos con algún rasguño.

Hice un gesto restándole importancia, un auto no era problema para Aidan, podría comprar diez más como ese si quisiera.

Nos mezclamos con el río de gente y cuando por fin logramos ingresar, el lugar estaba abarrotado. Steven saltaba de arriba abajo como un niño pequeño. Nos hicimos campo en medio de la gente y nos acomodamos listos para disfrutar del espectáculo.

Una hora después todo era una locura, la banda tocaba y el lugar estaba a reventar, los asistentes gritaban y cantaban las canciones a modo de coro, Steven no había parado de cantar. De pronto sentí una mano apoyarse en mi brazo y giré para encontrarme a una chica que me sonreía mordiéndose el labio.

—Creo que la vista aquí es mejor que la del frente —dijo recorriéndome con la mirada.

Le sonreí de vuelta guiñándole el ojo.

—¿Tú crees? —pregunté dándole un repaso.

Era linda, con unos *shorts* cortos y un top ajustado, su cabello estaba recogido a un lado dejando un bonito cuello al descubierto.

—Podría jurarlo —respondió pegándose más a mí.

Le permití pensar por un momento que correspondía a sus avances, pero lo cierto era que nunca me había acostado con ninguna humana, no porque tuviese algo en contra, sino más bien porque pensaba que eran demasiado frágiles y a mí me gustaba el sexo duro. Sentí un codazo y cuando giré, Steven negaba con una sonrisa.

—Ella es tan obvia —dijo alargando la palabra.

Él conocía mi regla de no humanas en mi cama. Reí dejando caer la cabeza hacia atrás, sabiendo que la chica esperaba que la invitara a ir conmigo al final del concierto, cosa que no sucedería, por supuesto.

Durante el resto del concierto, la chica siguió insistiendo, no paraba de acariciar mi brazo y hacer comentarios sobre lo guapo que le parecía. En medio del gentío, sin darme cuenta me fui alejando de Steven, quien se encontraba tan inmerso en la música que apenas si notó que ya no estaba a su lado. Por fortuna mi estatura me ayudaba a sobresalir por encima de los demás y eso me ayudaba a mantener un ojo puesto en él, al tiempo que intentaba librarme de la indeseada mujer que no se daba por aludida cada vez que ignoraba uno de sus avances.

La banda por fin terminó de tocar y se despidieron de los asistentes, el problema vino cuando la multitud se movió y perdí a Steven por completo, grité su nombre, pero sabía que no iba a escucharme en medio de tantas voces. El río comenzó a arrastrarme a la salida y dando algunos empujones me abrí paso buscando a mi amigo, que no se veía por ninguna parte, lo bueno fue que también perdí de vista a la acosadora. Comencé a ponerme nervioso sin saber si el enano estaba bien, pero luego se me ocurrió que él era lo bastante inteligente como para salir por sus propios medios, así que tomé la decisión de esperarlo cerca de donde habíamos dejado el auto.

La masa de personas se movía tan lento que deseé poder cambiar de forma y desplegar mis alas para volar por encima de ellos y salir pronto de ahí. Les gruñí a algunos que estaban demasiado borrachos para apartarse a la velocidad que necesitaba y luego los alejé de mi camino sin miramientos. Una vez fuera, respiré aliviado, giré la cabeza en todas las direcciones para ver si Steven se encontraba cerca y luego me dirigí al lugar donde estaba el auto y me detuve allí a esperarlo. Pensé en llamarlo, pero cuando busqué mi teléfono, no lo encontré por ningún lado. Lancé una maldición por mi descuido.

Pasaron quince minutos sin que apareciera y fue entonces cuando supe que algo no andaba bien. Corrí a una velocidad superior a la que sería aceptable para un humano, pero no me importaba, solo necesitaba saber que mi pequeño amigo estaba bien. Regresé al lugar del concierto y solo algunos permanecían todavía allí, fui en la dirección contraria y me alejé unas cuantas calles sin que todavía diera señales de vida. Di la vuelta a la manzana y fue cuando escuché los sonidos que provenían del estacionamiento de uno de los edificios aledaños, que quedaba en la parte baja en un sótano. Me incliné para mirar por unas de las pequeñas ventanas que daban acceso a la calle, y desde ahí pude distinguir las figuras de dos demonios. Maldije cuando me vi en la encrucijada de si dejarlos y continuar buscando a Steven, pero entonces uno de ellos se movió y me dio un vistazo de mi amigo.

Sin perder tiempo, rompí el cristal y me lancé dentro. Uno de los demonios me escuchó y giró para enfrentarme. Me quité la camiseta y cambié de forma, le enseñé mis colmillos y gruñí en su dirección. No esperé a que atacara, levanté el brazo haciendo un barrido y él saltó hacia atrás, pero logré hacerle un tajo en el pecho, rugió y quiso devolverme el ataque, así que me elevé alejándome de su alcance y eso lo desorientó un momento, dándome tiempo de volverlo a herir. Esta vez clavé las garras en su espalda, haciendo que se doblara hacia atrás y corté su cabeza. Volteé hacia el que acechaba a mi amigo y estaba tan concentrado en su presa que ni siquiera me prestó atención.

—Quiero tu alma, humano —lo escuché decirle.

—Púdrete, sanguijuela —le respondió Steven sin el menor asomo de temor en su voz.

Esta vez no hubo una pelea, solo me acerqué por detrás y corté su cabeza, salpicando el rostro

del enano con su sangre en el proceso.

—¿Estás bien, amigo? —pregunté y por fin vi el miedo en sus ojos.

—La chica —dijo señalando un cuerpo que se encontraba en el piso y en el cual no había reparado antes.

Caminé hasta llegar a su lado y fue cuando me di cuenta de que era la acosadora del concierto.

—¿Por qué estabas aquí? —pregunté sin molestarle en tomarle el pulso, era obvio que estaba muerta.

—Te perdí de vista, luego la encontré a ella y me dijo que sus amigos la habían dejado sola, me pidió que la acompañara a su auto. Te estuve llamando, pero creo que olvidaste tu teléfono en la casa o en el auto.

—Mierda, sí, lo dejé en casa.

—¿Ella está...?

—Sí, debemos irnos —dije recogiendo mi camiseta del piso.

—No, tenemos que llamar a la policía —sugirió, mirando el cuerpo con horror.

—Enano, no podemos hacer nada. Llamar a la policía sería involucrarnos en esto y ya sabes que no nos metemos en asuntos humanos, déjala, ya la encontrarán cuando amanezca.

—¿Y los demonios? ¿Qué pasa si alguien los encuentra antes de que se desintegren?

—Sus cuerpos se descompondrán pronto, no creo que alguien venga por ahora.

Lo vi mirar a la chica reacio y lo tomé del hombro para obligarlo a moverse. Caminamos hacia la puerta de salida y todo el tiempo se mantuvo en silencio. Se detuvo para limpiarse la cara con su camiseta y continuó caminando a mi lado sin decir nada.

—¿Estás bien? —pregunté cuando ya nos encontrábamos en el auto rumbo a la casa.

—Esa chica no parecía mucho mayor que yo, su familia debe estar esperándola en casa.

—No pienses en eso, tú también estabas ahí y pudiste correr su misma suerte.

Negó y se pasó la mano por el corto cabello desordenándolo, su gorra se había perdido en algún lugar.

—Los demonios aparecieron de la nada, ella comenzó a gritar, lo escuché pedirle que le entregara su alma y le dije que no lo hiciera, pero estaba tan histérica que no me hizo caso.

—Ellos habrían encontrado la manera de que ella se las diera de todos modos.

—Lo sé, y yo solo pude quedarme ahí viendo como él drenaba su vida, dejándola como un cascarrón vacío.

—Lamento haberte dejado solo —me disculpé.

Se encogió de hombros.

—No fue tu culpa.

—¿Quieres que te dé mi camiseta? —pregunté, mirando la suya manchada de sangre de demonio.

—No, gracias.

Su respuesta fue enfática, por alguna razón que desconocía, Steven era reacio a quitarse la camiseta frente a mí, a pesar de que me había visto desnudo en varias ocasiones. Supuse que se trataba de alguna especie de timidez debido a que su cuerpo era menudo y delgado. En realidad, para tener veintiún años se veía bastante pequeño.

Cuando llegamos a la casa eran las cuatro de la mañana, estacioné el auto y ambos bajamos al mismo tiempo, comenzamos a caminar y él lo hacía con la cabeza baja. Sin meditar en mis acciones solo puse la mano en su cuello, lo atraje hasta dejarlo pegado a mi pecho, y lo atrapé con

mis brazos.

—Todo está bien, enano.

—Gracias —respondió rodeando mi torso con sus brazos.

Ninguno hizo el intento de moverse, y me negué a pensar en la razón por la cual abrazar a mi mejor amigo se sentía tan bien. Un carraspeo proveniente de la puerta nos sacó de nuestra burbuja y nos separamos tan rápido que parecía que hubiéramos sido descubiertos cometiendo algún crimen.

—¿Cómo les fue en el concierto? —preguntó Aidan de pie con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Qué haces ahí a esta hora? —interrogué sin responder a su pregunta.

—Solo quería asegurarme de que llegaban bien.

Dejé salir un bufido y pasé por su lado, molesto.

—No necesito que me vigiles como si fuera un niño —le dije cuando nuestros hombros casi chocaron.

Salí de la ducha con una toalla envuelta en la cintura y me detuve, sorprendido, cuando me encontré a Alexy sentado en mi cama con la espalda apoyada en el cabecero.

—¿Qué haces? —pregunté yendo al cajón de la ropa interior para encontrar unos *bóxers*. Me los puse y lancé la toalla al cesto de la ropa sucia mientras buscaba unos *jeans*.

—Quería saber cómo les fue a ti y a Steven en el concierto.

—Nos fue bien —respondí sin dar más detalles.

—¿Solo así? ¿Bien sin más?

—¿Qué es lo que en realidad quieres preguntar? —demandé, mirándolo a los ojos. Conocía bien al hombre que me había criado como a un hijo; ciento cincuenta años a su lado me ayudaban a saber cuándo quería tocar un tema que sabía que no era de mi agrado.

—Lo que quieras contarme —dijo, fingiendo despreocupación.

—Bien —comencé, cruzándome de brazos—, había mucha gente, la banda tocó de puta madre, Steven estaba más feliz que gato estrenando bola de lana nueva y una chica humana coqueteó conmigo todo el tiempo.

—Vaya.

—Oh, sí, por cierto, también aparecieron dos demonios, atacaron a Steven y a la chica, y le robaron su alma, así que la pobre ahora debe de estar tirada en algún estacionamiento de mierda esperando que alguien encuentre su cuerpo y avise a su familia.

—¿Cómo? —Su reacción fue inmediata, se puso de pie enseguida, acercándose—. ¿Tú estás bien?

—¿Por qué no preguntas si Steven está bien? ¿O por la chica humana muerta? Soy un puto demonials, Alexy, como tú y los demás, puedo enfrentar a los demonios igual que ustedes, pero parece que a ti y a Aidan se les va de las manos el papel de padre obsesivo.

—Yo sé que Steven está bien, lo vi hace un rato y no parecía herido, en cuanto a la humana, ¿qué quieres que te diga, que lo lamento? Pues no, era solo una humana.

—Tu mujer es humana, al igual que las de tus hermanos.

—Ellas son las únicas que me importan, y tal vez sea porque son nuestra familia y no pienso en ellas como humanas. Cam, no esperes que oculte lo que soy o que cambie mi naturaleza, que, por

cierto, es también la tuya. El simple hecho de permanecer todo el tiempo en el bar y mezclarte más con los humanos no te convierte en uno de ellos; esto es lo que somos, en algún lugar de nuestro interior también tenemos una parte oscura y esa es la que no nos permite sentir compasión por la humanidad.

—¿Cuál es tu punto aquí? No creo que hayas venido a hablarme de mi alma negra, ¿verdad?

—No, es cierto, en realidad quería hablar sobre Aidan, me dijo lo que pasó en la madrugada cuando llegaron. —Me tensé, pensando que iba a mencionar lo de haberme encontrado abrazado con Steven—. Me explicó que reaccionaste mal cuando lo encontraste esperándote en la puerta.

—Eso es porque me molestó, no soy un niño, ¿por qué les cuesta tanto entenderlo?

Al parecer Aidan mantuvo solo para él la parte que involucraba al enano, cosa que le agradecí.

—Nosotros no te vemos como un niño, Cam, ¿por qué sigues empeñado en no ver que Aidan solo busca que le des una oportunidad?

—Y yo solo quiero que deje de asfixiarme —grité frustrado.

—Ahora te comportas como un imbécil inmaduro y pretendes que te tratemos como un adulto.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —pregunté, dejándome caer en el borde de la cama.

Alexy se sentó a mi lado y dejando salir un sonoro suspiro, se inclinó, apoyando los codos en sus rodillas.

—Cameron, yo solo quiero que estés bien, puede ser que no te haya engendrado, pero eso no te hace menos mi hijo y como padre solo busco que encuentres un lugar en el mundo. Y eso mismo es lo que quiere Aidan, él no busca presionarte.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué sigues levantando barreras entre ustedes?

—No estoy seguro, a veces creo que lo hago de forma inconsciente, o tal vez...

—Tal vez piensas que al aceptarlo a él me estás rechazando a mí —terminó por mí. Él acababa de poner voz a las palabras que rondaban en mi cabeza y yo no sabía cómo expresar. Era bueno que me conociera tan bien, pues eso me aliviaba de tener que decir cosas que no me atrevía a verbalizar—. Eso es algo que nunca se me ocurriría y deberías saberlo —dijo, poniendo una mano en mi hombro—. ¿Acaso tú te sentirías rechazado por mí si alguna vez ocurre el milagro de que Alana se embarace como lo hizo Ángela? ¿Piensas que te amaría menos si tengo otro hijo?

—Claro que no —declaré rotundo. Había sido receptor de su cariño durante tanto tiempo que sabía cuán incondicional podría llegar a ser.

—Entonces ahí tienes tu respuesta, aunque te acerques a Aidan, yo seguiré siendo tu padre y estaré allí cuando lo necesites.

—A veces te pones demasiado cursi cuando das esos discursos sentimentales de mierda, lo sabes, ¿verdad?

Soltó una carcajada que pocas veces le había visto y esto ayudó a aligerar el ambiente tenso en que nos habíamos visto envueltos unos minutos atrás.

—Te recordaré eso la próxima vez que necesites un consejo para levantar tu lamentable culo de algún lugar donde lo hayas dejado caer.

Me acerqué y rodeé con mis brazos al hombre que durante toda mi vida me había hecho sentir seguro y me había enseñado cuán fuerte podía ser.

—Gracias.

—Cuando quieras —dijo poniéndose de pie.

Me quedé viéndolo mientras se marchaba y cuando estaba en la puerta, me decidí a hacerle una pregunta a la que le había dado vueltas durante varias semanas.

—¿Alexy?

—¿Sí? —preguntó girándose para enfrentarme.

—Esa noche, cuando murió Razvan, yo estaba viéndolo todo y sé que fuiste tú el que finalmente acabó con su vida, te observé mientras cortabas su cabeza, ¿tú...? ¿Es decir tú...?

—¿Quieres saber cómo me siento al respecto? —Asentí, esperando su respuesta—. No siento nada, ni pena, ni felicidad, solo un absoluto vacío y tal vez un poco de tranquilidad por haber salvado al mundo de una basura como él. No me siento afectado por haberle dado muerte, porque hay algo que siempre tuve claro y es que, aunque Razvan me engendró, él nunca fue mi padre.

—Comprendo —dije y lo vi salir y cerrar la puerta detrás.

6

SKYE



Caminé o más bien corrí por el pasillo rumbo a mi habitación para usar el baño. Nunca, ni muerta, usaría el de los clientes, a pesar de que Cam se burlaba de mí diciendo que parecía una nena. A la mierda él y sus burlas, no pensaba poner un pie en ese sitio por nada del mundo, todavía no superaba la semana que tuve que pasar limpiando luego de que hiciéramos una apuesta y yo perdiera, aunque estaba segura de que el idiota hizo trampa. Ni siquiera podía pensar en las cosas asquerosas que encontré sin sentir deseos de vomitar.

Abrí la puerta que conducía al sótano y lo primero que noté fue el cabello rojo de Emily, que se encontraba sentada al final de la escalera. Bajé las gradas de dos en dos hasta llegar a ella y le puse la mano en el hombro para llamar su atención. Levantó la cabeza con violencia y pude notar que sus ojos estaban rojos y unas lágrimas bajaban por sus mejillas.

—¿Pasa algo? —Moví las manos al tiempo que me sentaba a su lado. Una triste sonrisa se dibujó en sus labios antes de negar.

—Acabas de preguntar si me duele el estómago —dijo y tuve que hacer una mueca.

El lenguaje de señas era algo que me resultaba complejo, si bien todos habíamos intentado aprenderlo, los hombres lo consiguieron más fácilmente. Cam se burlaba de mí cada vez que usaba el gesto equivocado y decía una cosa cuando en realidad quería decir otra totalmente diferente.

—¿Pasa algo malo? —volví a preguntar, esta vez intentando no equivocarme.

Ella se limpió las lágrimas con la manga de su suéter antes de responder.

—Ángela me pidió que cuidara a Gunnar mientras ella y Alana cocinaban. —Hasta ahí no vi el problema, siempre nos turnábamos para cuidar al pequeño, a todas nos gustaba hacerlo, éramos como las tías consentidoras—. Entonces él se quedó dormido, yo me recosté a su lado, y sin darme cuenta me dormí también. El problema fue que se despertó y se puso a llorar. —Bajó la cabeza con un suspiro antes de volver a hablarme—. No sé cuánto tiempo lloró, ni siquiera me percaté, cuando desperté, Ángela estaba a mi lado con el pequeño en brazos, él tenía su carita roja y el rostro bañado en lágrimas, ¿te das cuenta? Yo no lo estaba escuchando llorar, no lo ayudé.

—Emily, eso pudo pasarle a cualquiera.

Negó moviendo la cabeza con fuerza.

—No, ustedes lo habrían escuchado y se hubieran despertado enseguida. Yo no lo hice, y entonces pensé que, si alguna vez pudiera embarazarme, como lo hizo Ángela, y tuviera un bebé, no sería capaz de cuidar de él. Yo no podría ser una buena madre. —Un río de lágrimas volvió a

cubrir su rostro haciéndome sentir mal por ella. Nunca daba muestras de que su discapacidad fuera un problema, siempre era la más alegre, la que nos animaba todo el tiempo—. Amo a Marcus, él es mi mundo entero y no sé cómo es el sonido de su voz —dijo, con un gesto de tristeza.

Alcancé a ver algo con el rabillo del ojo y giré un poco para encontrarme con el aludido, que tenía la vista fija en las manos de Emily mientras estas se movían, y un brillo de dolor dibujado en su rostro. Marcus parece odiar al mundo la mayor parte del tiempo, es frío e inexpresivo, pero eso es hasta que su mirada encuentra a su esposa, entonces descubres que en realidad en su interior se ocultan un montón de sentimientos guardados solo para ella.

—No te sientas mal por eso —dije, tratando de hacerla sentir mejor—. Nosotros podemos escuchar y aun así no conocemos mucho su voz tampoco.

Esto consiguió una pequeña sonrisa. Sentí los pasos y me hice a un lado, Marcus se inclinó tomando a Emily por sorpresa, y la levantó en brazos, acunándola como un bebé. Hacía eso todo el tiempo, la llevaba de un lado a otro cargada. Los observé perderse en el pasillo que iba a su habitación y me quedé sentada con la espalda recostada en la pared, sintiendo una pequeña punzada de envidia. Deseaba alguna vez encontrar a un hombre que me amara de esa forma.

—Oye, enano, ¿qué haces ahí perdiendo el tiempo? —gritó Cam abriendo la puerta—. Mueve el culo que tenemos trabajo que hacer.

—Que te jodan —dije enseñándole el dedo medio.

No, yo no tendría un amor como el de Emily, porque la verdad era que estaba enamorada de un imbécil que pensaba que era su mejor amigo.

Luego de usar el baño regresé al bar y me encontré a Cam apoyado en la barra coqueteando con una de las bailarinas.

—Oye, idiota, ¿qué haces ahí perdiendo el tiempo? —le dije dándole un puño en el hombro que él apenas notó y a mí me dolió bastante.

La mujer le sonrió y se alejó para comenzar con su baile.

—Amigo, mira eso, ahí tienes una verdadera mujer —comentó mirándola mientras ella se movía sobre la tarima vestida solo con un diminuto tanga y acariciaba sus pechos provocando a los clientes.

—Si tú lo dices —respondí con indiferencia mientras le servía un trago a uno de ellos.

—Estoy por creer que en serio no te gustan las chicas —dijo sin apartar la mirada de su presa.

—No seas imbécil, claro que me gustan, solo que de otro tipo —mentí.

Me había convertido en una experta mentirosa, incluso comenzaba a pensar que había olvidado cómo era antes de empezar a vestirme de chico. Por un momento recordé los motivos que me llevaron a hacerlo y de nuevo un nudo se formó en mi estómago, sacudí la cabeza queriendo apartar los desagradables recuerdos.

—¿Cómo las de tu iglesia? —se burló.

Estaba tan perdida en mis pensamientos, que por un momento olvidé de qué hablaba.

—¿Ah? —pregunté confundida.

—¿Qué si te gustan las chicas como las de tu iglesia? —preguntó, esta vez mirándome.

Cada vez que lo hacía, sentía que iba a derretirme, aunque también sentía un puñal clavándose en mi corazón cuando lo veía ir a una de las habitaciones con cualquier mujer.

—¿Qué tienen de malo las chicas de la iglesia? —cuestioné molesta.

—Amigo, en serio estás mal de la cabeza cuando ni siquiera les das un vistazo a estas —

declaró, señalando las mujeres que se paseaban sirviendo tragos o bailando.

—Eso tal vez se debe a que cuando pienso lo hago con la cabeza y no con mi pene.

El maldito tuvo la osadía de reírse.

—Chico, eres un romántico sin remedio, por favor, no me digas que sigues siendo virgen porque estás esperando que aparezca la mujer correcta, eso me haría perder la fe en la población masculina del mundo entero. —Lo miré comenzando a perder la paciencia, y odiando que en realidad no estuviera tan alejado de la realidad: aún seguía siendo virgen. Había tenido dos novios, uno en mi último año de preparatoria y otro en el primero de la universidad, pero ninguno de ellos fue lo suficiente especial como para que considerara dar el siguiente paso. Cuando no respondí, creyó confirmar sus sospechas—. No puedo creerlo —dijo con un gesto de asombro—. Debes ser el único hombre que conozco que no ha tenido sexo.

—Yo no veo nada de malo en querer esperar para hacerlo con la persona indicada, además, qué te importa a ti si tengo sexo o no, contigo esparciendo esperma por todas partes es suficiente, no necesitamos más de esa mierda por ahí —me defendí.

—Jodido infierno, sueñas como una chica —exclamó soltando una carcajada.

Hice una mueca, a veces no podía evitar ser yo misma.

—Y tú sueñas como un cavernícola sin cerebro.

En ese momento la canción terminó y él regresó su atención a la mujer, ella se bajó de la tarima y lo buscó con la mirada.

—Como quieras, mientras tú esperas por la mujer indicada, yo disfrutaré de todas las que pueda, atiende la barra por mí —ordenó, dándome un golpe en el hombro que me hizo derramar el contenido de un vaso que acababa de servir.

Luego saltó por encima y se abrió paso entre los clientes hasta llegar a donde lo esperaba la mujer con una sonrisa. Lo vi decirle algo al oído y a ella mover las pestañas en un gesto de claro interés, debía de ser masoquista, pues me quedé con la mirada fija mientras Cam metía la lengua hasta la garganta de su compañera de la noche, luego comenzaron a caminar hacia el pasillo de las habitaciones. Al pasar por mi lado me guiñó un ojo mostrando su sonrisa, le lancé una mirada fulminante y me giré para seguir sirviendo.

—Eres un estúpido —dije, aunque sabía que no me escuchaba.

—Oye, tú, pequeño, sírveme otro trago —gritó uno de los borrachos que se encontraba sentado al otro lado de la barra.

—Pequeño tu pene —dije en voz baja—. Estás buscando que escupa en tu bebida.

—Eso sería un poco asqueroso.

Di un respingo y giré para encontrarme a Marcus mirándome fijamente.

—Amigo, debes dejar de aparecer como si fueras un fantasma —le reocriminé.

—Las mujeres son un poco susceptibles —dijo sin ninguna expresión en su rostro.

Lo miré de forma especulativa, intentando descifrar la trampa oculta tras sus palabras. Al igual que los demás, Marcus nunca había dado muestras de saber que yo era una chica, así que enseguida deseché la idea de que supiera la verdad que escondía. Él no era de los que se interesan en sus semejantes, podría decir con certeza que, si el mundo se extinguiera, le daría exactamente lo mismo, siempre y cuando pudiera tener a su lado a su amada Emily.

—Entonces es una suerte que yo no sea mujer —dije girándome para atender al cliente.

—Sí, una verdadera suerte —comentó a mi espalda—. Por cierto, si vas a escupir en su bebida, asegúrate que sea un gran escupitajo, el cabrón se lo merece.

Hice una mueca de desagrado ante la idea y contuve una sonrisa, era la primera vez que lo

escuchaba hablar tanto y debía reconocer que, aunque no fuera su intención, resultaba divertido. Continué sirviendo y entregando tragos.

—Lo tendré en cuenta.

—Solo vine a darte las gracias por ayudar a Em —declaró antes de desaparecer tan silencioso como había llegado.

Unos minutos después apareció una mujer, se acercó al mostrador y apoyó los codos en él. Vestía unos ajustados *jeans* y un top que dejaba al descubierto un *piercing* en su ombligo. Su estatura y belleza me dejaban claro que pertenecía a la raza demonials.

—Sírreme una cerveza —dijo con una voz como las que escucharías en algún servicio de línea caliente.

Tomé la botella y un vaso, y los deposité frente a ella.

—No eres de por aquí —dije, segura de no haberla visto antes.

—Acabo de llegar a la ciudad, estoy buscando un poco de acción y aquí parece haber mucha —comentó abriendo los ojos cuando vio a Alexy acercarse.

Debía reconocer que él era impresionante, moviéndose con esa gracia felina en medio de un grupo de hombres, caminaba seguro y decidido. Vestido con ropa de cuero negra y cubierto de tatuajes, su largo cabello suelto se movía a cada paso.

—Steven, ¿has visto a Cam? —preguntó al llegar hasta el mostrador.

La mujer se inclinó más, dejando a la vista una gran porción de sus pechos y se lamió los labios. Negué queriendo reír de su intento por llamar la atención de su objetivo.

—Está en una de las habitaciones —respondí, limpiando algo de líquido que se había derramado sobre la superficie lisa.

Él hizo una mueca de fastidio y movió la cabeza.

—Cuando regrese, dile que lo estoy buscando, que lo espero en mi oficina.

—Se lo diré.

Al ver que se giraba para irse, la mujer se irguió esperando que esta vez la notara, pero pasó por su lado sin prestarle la más mínima atención.

—Pierdes tu tiempo —dije con una sonrisa y volteé para atender a otro cliente que estaba pidiendo una botella de vodka.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué? —interrogó ella, aún con la vista fija en Alexy, que ya se perdía en medio de la multitud.

—Porque tiene una compañera de la que está perdidamente enamorado, yo diría que casi besa el piso por donde ella pasa, resumiendo, podrían encontrarse ustedes dos solos en una habitación de dos por dos metros y tú estar desnuda, que igualmente él no te notaría —respondí con suficiencia y algo de satisfacción al ver que su sonrisa se borraba por completo ante mi declaración.

7

CAMERON



Me quedé recostado en la cama viendo a Lila hacer un baile privado solo para mí. Con sus manos se estrujaba los pechos al tiempo que movía las caderas de forma sensual. Era eso por lo que los clientes iban cada noche al club, esperando ver a las despampanantes mujeres que bailaban semidesnudas para ellos. Hacía una semana que habíamos vuelto al bar, y en cuanto abrimos, los hombres se apilaron en la entrada como enjambres de abejas. Las manos de Lila bajaron para enganchar sus dedos en el borde de su diminuto tanga, que apenas si lograba cubrir algo. Con una sonrisa comenzó a deslizarlo por sus largas piernas y luego lo dejó a un lado, quedándose solo con los tacones.

—Suficiente de baile, ven aquí —ordené estirando la mano, mi enorme erección clamaba por atención.

Ella sonrió y se movió gateando sobre la cama.

—Creo que alguien por aquí me desea —comentó dando un lametón desde la base hasta la punta.

Mis caderas se sacudieron y su risa se hizo más profunda.

—Pensé que eso era obvio —dije atrayéndola para besarla.

Tener sexo era algo que me gustaba y resultaba gratificante, liberador. La giré, dejándola bocabajo sobre la cama y la penetré desde atrás con fuerza. Ella gimió aferrándose a las sábanas. Golpeé sus nalgas con mi mano mientras la seguía embistiendo; sus gemidos de placer llenaban la habitación. La levanté haciendo que se apoyara en sus palmas y rodillas, y alargué mis manos para estrujar sus pechos. Pellizqué sus pezones, tiré de ellos con fuerza, y la escuché soltar un pequeño chillido. Era por eso que no tenía sexo con humanas, sabía que no soportarían mi rudeza. Lila gritó cuando el orgasmo la alcanzó y se estremeció, pegando más su trasero a mi ingle. Dos embestidas más y la seguí en el éxtasis.

—Maldición, cada vez que tengo sexo contigo termino adolorida en lugares que ni siquiera imaginaba que pudieran doler —dijo moviéndose para recostarse en la cama.

—¿Te estás quejando? —pregunté enarcando una ceja.

—Claro que no, eres de los mejores que he tenido en mi vida.

Reí, acomodándome a su lado. No sabía cuándo había nacido Lila, pero por su forma de hablar y las expresiones que a veces usaba, suponía que varios siglos atrás.

—Eso es bueno, así pensarás en mí cuando estés con tu próximo amante.

Soltó una risita y golpeó mi hombro de forma juguetona.

—Solo habrá un próximo si consigo que el sujeto deje de verme como si fuera la peor ramera y

se fije en mí —comentó, levantándose para buscar el tanga, que era su única pieza de ropa.

—¿No me digas que te gusta algún estúpido humano?

—Claro que no —exclamó con un gesto de horror—. Jamás me fijaría en un sucio humano. Él es demonials, pero por alguna absurda razón decidió ser sacerdote. ¿Te imaginas a uno de nuestra raza sirviendo a una iglesia y pregonando el amor al prójimo?

Reí con fuerza ante lo que me estaba contando, era algo que nunca había escuchado antes. En nuestro interior habita una parte oscura que en muchas ocasiones logra dominarnos, eso del amor al prójimo no nos cuadra en absoluto.

—Eso sí que es interesante —exclamé.

—Eso es inimaginable —agregó ella—. Pero estoy decidida a que se fije en mí y se comprometa, y deje toda esa mierda de la iglesia.

—Suerte con eso.

—La tendré —dijo guiñándome un ojo antes de salir de la habitación.

Entré a la habitación de Steven sin llamar y lo encontré recostado en su cama con los ojos pegados a un libro de historia. El chico tenía un interés por este tipo de lectura que yo no acababa de comprender, pero parecía que sus momentos favoritos eran cuando le narraba algunas de las cosas que había visto cambiar durante mi existencia.

—Hey, enano —saludé, dejándome caer a su lado.

—Hey —respondió sin apartar su atención del texto.

—¿Quieres hacer algo? Estoy aburrido —propuse y lo vi negar.

—No.

—¿Prefieres quedarte ahí leyendo ese tedioso libro?

—Sí.

Sus escuetas respuestas comenzaban a molestarme, así que arranqué el libro de sus manos y lo lancé al otro lado de la habitación.

—¿Qué te pasa? —preguntó irguiéndose y mirándome como si quisiera golpearme.

—Eso, así está mejor, ¿puedes dejar de ignorarme?

—¿Y tú puedes dejarme tranquilo?

—¿Por qué estás tan molesto? —interrogué asimilando la furia que desprendían sus ojos.

—Yo no estoy molesto, solo quiero que te largues con alguna de las putas con las que duermes y me dejes en paz —gritó levantándose y se dirigió al baño, cuya puerta cerró con fuerza.

Por un momento consideré la idea de que estuviera celoso, pero luego la deseché. Steven no me veía de esa forma, ¿verdad? Me puse de pie y caminé hasta donde había lanzado su libro, lo recogí y regresé para depositarlo en la cama. Luego me fui.

Sin mucho que hacer regresé a mi habitación y encendí la computadora, tal vez pudiera hacer alguna inversión en la bolsa de valores, al menos eso me mantendría ocupado un tiempo y también nos haría ganar más dinero a todos. Estaba sumergido en mi trabajo cuando mi teléfono sonó, lo ignoré y continué con lo que estaba haciendo, pero volvió a sonar. Con un suspiro me estiré para agarrarlo de la mesa de noche y cuando miré la pantalla, el nombre de Aidan aparecía en ella. Pensé en no responder, pero mi conversación con Alexy de dos semanas atrás, cuando todavía nos encontrábamos en la casa de la costa, seguía rondando en mi cabeza. Aidan no había intentado

ponerse en contacto ni hablar conmigo, por lo que consideré que tal vez sería bueno escucharlo esta vez.

—¿Qué tal, Aidan? —saludé poniendo el teléfono en mi hombro para continuar tecleando.

—Cam, hola, ¿cómo estás? —preguntó con su marcado acento escocés. No se me pasó por alto que esta vez no me llamó Craig.

—Estoy bien, gracias, ¿y ustedes?

—Muy bien, Kevin ya comenzó con sus terapias y lo está haciendo genial —comentó como un padre orgulloso. Lo había visto interactuar con el hermanito de Abby y lo trataba como a un hijo.

—Me alegra, espero escucharlo hablar pronto.

—La terapeuta tiene muchas expectativas al respecto, dice que ayuda que Kevin ya hubiese aprendido a hablar antes de perder la audición.

—Eso es maravilloso.

—Sí, bueno... en realidad te llamé para preguntarte si te gustaría que nos viéramos esta noche, no sé, tal vez salir y tomarnos algo. Sé que los lunes no abren el bar, así que estarás libre.

Dudé un momento antes de preguntar.

—¿Cómo en plan tipo “padre que quiere regañar a su hijo por algo que hizo mal”? —pregunté y escuché su risa al otro lado.

—Más bien como en plan “dos amigos que hablan de cualquier cosa”.

—Está bien, dime dónde y a qué hora.

Presté atención a la dirección que me decía y luego de quedar a las ocho, colgué.

A las ocho y quince minutos crucé la puerta de un restaurante demasiado lujoso para mi gusto, que me hizo sentir fuera de lugar con mis *jeans* rotos, botas de motero con hebillas, camiseta y chaqueta de cuero. Estaba acostumbrado al estilo de vida sencillo que llevábamos en el bar, la opulencia de la vida de Aidan me abrumaba un poco, era una suerte que no tuviese que compartirla todo el tiempo, pues no estaba seguro de poder soportarla.

Un hombre vestido de pingüino se acercó a mí con una mirada sospechosa, como si tuviese aspecto de asesino en serie y fuera mi intención acabar con todos en el lugar.

—¿Puedo ayudarte? La zona de bares está un poco más alejada.

Me crucé de brazos alzándome en toda mi estatura y lo observé desde arriba, agradecido de que fuera al menos treinta centímetros más bajo que yo.

—Si lo sabré yo —declaré en tono de burla—, pero resulta que tengo un amigo imbécil al que le gustan los sitios aburridos de mierda y por eso me citó aquí.

Un gesto de conmoción se dibujó en su estúpido rostro. Su cabello rubio estaba peinado hacia los lados y por alguna razón una imagen de la caricatura de Hey Arnold que tanto le gustaba ver a Steven apareció en mi cabeza.

—Yo no creo que ninguno de nuestros distinguidos clientes sea su amigo —comentó con abierto desdén.

En ese momento alcancé a ver a Aidan sentado en la terraza que mostraba una bonita vista de la ciudad. En cuanto me notó, se puso de pie haciendo un gesto con la mano y en la mesa contigua a la suya un par de mujeres parecía que iban a desmayarse en cualquier momento. Nunca comprendería esa fascinación de los humanos por la belleza física, pero quién era yo para juzgar sus rarezas.

—Parece que, después de todo, tus distinguidos clientes si tienen amigos como yo —expliqué con una sonrisa de suficiencia, tomando su corbatín y estirándolo para luego soltarlo—. No te preocupes, Arnold, no necesitas acompañarme, conozco el camino—dije, dándole una palmada en el hombro con tanta fuerza que lo hizo tambalearse.

—Hola —saludé sentándome en la silla frente Aidan.

—Cam, me alegro de que hayas venido.

Vaya, me había dicho Cam dos veces el mismo día, eso era un gran logro, casi comenzaba a sentirme a gusto con él, solo esperaba que no lo arruinara adoptando el papel de padre amoroso.

—Interesante elección de lugar —comenté estudiando el entorno.

—Si no es de tu agrado, podemos ir a otro lado, la verdad es que no conozco tus gustos en cuanto a lugares.

Eso me hizo sentir un poco culpable, Alexy tenía razón, el sujeto estaba intentando muy duro llegar a mí y yo solo me comportaba como un imbécil inmaduro.

—No te preocupes, al menos parece que la comida estará buena —dije tratando de aligerar las cosas, que por un momento amenazaron con ponerse tensas por mi actitud de mierda.

—Lo es, por eso lo escogí.

Llamó la atención de una mesera y esta se acercó enseguida luciendo una deslumbrante sonrisa.

—Señor McKenna, qué gusto verlo esta noche.

—Igualmente, Lucy.

—Hace mucho que no venía por aquí, y veo que hoy viene muy bien acompañado.

—Así es, él es mi hi...

—Soy su hermano —respondí interrumpiéndolo.

—Sí, imaginé que eran familia por el gran parecido —comentó la chica mirando de uno a otro.

—¿Puedes traernos la carta, por favor? —pidió Aidan serio.

—Claro que sí, enseguida regreso. —La mujer nos dio un descarado repaso a ambos antes de alejarse a cumplir el pedido.

Lo observé mientras su rostro sombrío giraba hacia las parpadeantes luces de San Francisco nocturno.

—¿Tanto te molesta que sepan que soy tu padre? —preguntó de repente con un gesto adusto.

—No es por eso —contesté jugueteando con la copa de vino vacía.

—¿Entonces qué es?

—¿Alguna vez te miras al espejo? —indagué frustrado.

—¿Perdón? —La confusión brilló en sus ojos.

—¿Que si alguna vez te miras al espejo? ¿Cómo se supone que ibas a explicarle a la chica que tu hijo y tú parecen tener la misma edad? No estoy seguro de que la humana pueda procesar ese hecho.

La comprensión apareció en forma de una sonrisa, luego movió la cabeza a ambos lados, negando.

—Tienes razón, lo lamento, a veces olvido que a pesar de sentirme mucho más viejo que tú, en apariencia somos iguales.

—Lo imagino, por eso mismo les decía a todos que Alexy era mi hermano, al igual que tú, no se lo tomó muy bien al principio.

—Háblame de tu vida con él —pidió, relajando su postura.

La mesera volvió con la carta y una jarra de agua que sirvió en dos copas, luego se retiró esperando que decidiéramos qué pedir. Tomé la carta y la abrí ojeando los platos mientras

pensaba qué contarle a Aidan.

—No recuerdo mucho de mi vida antes de que me encontrara —comencé girando las páginas sin ver nada en realidad—. Solo recuerdo la basura que me rodeada. —Escuché su audible suspiro, pero no lo miré, solo continué hablando—. Y las ratas, recuerdo las ratas, incluso me peleaba con ellas por los trozos de comida que las personas lanzaban.

—¿Craig?

Ahí estaba el maldito nombre. Lo ignoré y proseguí con mi relato.

—También tenía frío, y aunque quería decirme a mí mismo que fuera valiente, la mayor parte del tiempo estaba asustado, en especial durante el día, cuando no podía ver nada y no comprendía por qué pasaba aquello. No fue hasta que Alexy me explicó mi condición que por fin entendí que yo no era humano. Es curioso, pero en aquel entonces me sentía invisible cuando las personas pasaban por mi lado sin notarme, sin embargo, ahora me siento agradecido por ello, pues de haber descubierto alguien mi verdadera naturaleza, seguramente ahora no estaría vivo. Imagina, un niño cuyos ojos brillaban de color rojo cuando se enojaba hubiera sido más impresionante que una cacería de brujas.

—Lamento todo eso que tuviste que pasar —dijo sonando consternado.

En ese momento por fin aparté la mirada de la carta que ni siquiera había visto y lo enfrenté. Tuve que reconocer que el dolor en sus ojos era genuino, que el hombre frente a mí de verdad sufría por lo que yo había vivido, pero también tenía que reconocer que aquello no había sido su culpa y que él lo pasó incluso peor.

—No tienes que sentirte culpable, lo sabes, ¿verdad? No fue tu elección la que me llevó a las calles y el tiempo que estuve ahí fue mínimo comparado con lo que tuviste que vivir en manos de Razvan. Yo no conocí al sujeto, pero debió ser un bastardo muy retorcido para hacer lo que les hizo a las familias de Alexy, Tarek y Marcus.

—Lo era, un hijo de puta que se excitaba simplemente causando dolor. A veces pienso que debí estar allí para ayudar a los demás a acabar con él, que debí tomar un trozo de su maldito corazón oscuro.

—Bueno, no todo fue malo —dije cambiando de tema a uno menos escabroso—. Luego Alexy me encontró y me adoptó, el resto no es muy emocionante, me trajo con él y los demás a los Estados Unidos. Nos pasamos muchos años recorriendo el país de un lado a otro, hasta que decidieron abrir el bar. Como ves, mi vida no fue tan emocionante, aparte de que Alexy era bastante sobreprotector y siempre me estaba vigilando.

—A veces lo envidio, él te vio crecer y conoce todo de ti —expresó con pesar.

—No lo hubieras envidiado mucho en mi adolescencia, tuve momentos difíciles, odiaba tener que aceptar mi condición, en aquella época la tecnología no era lo que ahora y no podía comprender muchas cosas. Yo solo veía a un padre que me controlaba todo el tiempo, así que en un ataque de rebeldía me fui de casa y me escondí durante un mes en un destartado hotel. Quería demostrarle que podía valerme por mí mismo. Incluso fumé hierba, un montón de ella, y la decepción llegó cuando me di cuenta de que no tenía en mí el mismo efecto que en los humanos, no había estrellitas ni luces parpadeando ante mis ojos. —Aidan comenzó a reír y yo reí con él—. Lo único que conseguí en mi huida fue que una prostituta de un bar me embaucara y se escapara llevándose todo mi dinero. Sin un centavo con el cual pagar el hotel terminaron echándome de ahí y tuve que regresar a casa con la dignidad rota.

—¿Y qué hizo Alexy?

Sonreí ante el recuerdo.

—En cuanto me vio me atrajo en un abrazo y me dijo: “Si quieres ser adulto, tendrás que aprender a actuar como tal, mientras tanto, serás solo un niño imbécil sin rumbo”.

Las carcajadas de Aidan se hicieron más fuertes y consiguieron que me uniera a ellas. Por un momento me olvidé de que era mi padre y que buscaba tener ese puesto en mi vida, y vi solo a un amigo con el cual podía charlar de forma relajada.

Pasamos un tiempo más comiendo y charlando, le conté otras anécdotas de mi pasado y él me habló un poco del suyo, aunque por lo que pude notar no había mucho que contar allí, parecía que su vida giraba en torno al tiempo que fue esclavo. Eso hizo que lo mirara de otra forma y lo admirara a un nivel superior, nadie que lo viera con su pose elegante y modales sofisticados sospecharía nunca que aquel hombre había vivido tres siglos encerrado en una sucia mazmorra sin esperanzas de obtener la libertad.

8

SKYE



Cansada de dar vueltas en mi cama, me levanté y miré el reloj, eran las dos de la mañana. Me puse un suéter bastante ancho y salí de la habitación, el pasillo estaba en silencio, a esa hora todos debían estar dormidos o tal vez ocupados en otros asuntos.

Era obvio que no volvería a dormir, así que decidí ir al bar y buscar qué hacer para entretenerme, tal vez limpiar algo o lo que fuera que me ayudara a pasar el tiempo. Subí las escaleras que llevaban afuera del sótano donde vivíamos y caminé a lo largo del pasillo fijándome en las puertas a cada lado de este, las habitaciones que usaban regularmente los clientes, las que usaba Cam para llevar a sus conquistas. Sacudí la cabeza con pesar, no lo había visto desde que fue a buscarme y prácticamente lo eché.

Todo estaba a oscuras, así que encendí las luces y cuando lo hice, algo se movió dándome un gran susto, grité llevándome la mano al pecho. Cam estaba sentado en una silla con los pies puestos sobre la mesa bebiendo una cerveza.

—¡Maldición! ¿Qué haces ahí como un espectro? —demandé mirándolo furiosa.

—Acabas de gritar como una niña —dijo riendo. Lo ignoré y caminé hasta el interior de la barra, comencé a sacar vasos y tomé un paño para limpiarlos—. ¿Sigues enojado? —preguntó poniéndose de pie y caminando hasta ubicarse a mi lado.

Me quedé callada un momento y luego negué.

—Lo lamento, actué como un idiota —me disculpé.

Lo escuché suspirar y me quedé a la espera de que soltara alguna de sus bromas, en cambio dijo algo que me sorprendió.

—A veces me gustaría entenderte, o mejor aún, me gustaría entenderme a mí mismo —declaró en voz baja.

Giré la cabeza y lo encontré con sus ojos fijos en mí. En las profundidades de estos vi algo tan intenso que incluso me asustó. Me quedé atrapada en aquellos lagos del color de las esmeraldas y juro que llegué a pensar que en cualquier momento se inclinaría para besarme. Luego me reprendí por mi estupidez cuando lo vi cerrar los ojos y negar, para luego poner distancia entre nosotros.

—Voy a irme a dormir, tú deberías hacer lo mismo, enano, es muy temprano para dejar salir tu obsesión por el orden —comentó mientras se alejaba.

—Lo haré en un rato —contesté en voz baja, sabiendo que aun así me escucharía.

Limpié todos los vasos, incluso los que no necesitaban ser limpiados, la mañana me atrapó en medio de cristales y pensamientos sobre el hombre que invadía por completo mi corazón. Cuando ya me sentí lo suficientemente cansada como para saber que dormiría, solté el paño y me fui a mi

habitación, el reloj junto a mi cama marcaba las seis de la mañana. Me metí bajo las sábanas y cerré los ojos, lo último en lo que pensé antes de que el sueño me alcanzara fue en Cam, mirándome como si buscara alguna respuesta en el interior de mi alma.

Limpié hasta el último rincón de la habitación y puse a un lado el montón de sábanas que lavaría. Tenía obsesión por la limpieza, las chicas solían decirme que sufría un trastorno obsesivo compulsivo, pero la verdad era que solo se trataba de control, intentaba recuperar el control de mi vida que perdí cuando murieron mis padres y tuve que ir a vivir con la familia de Ángela. El tío vigilaba cada aspecto de su casa, qué comíamos, cómo nos vestíamos o sentábamos, incluso con quién hablábamos. Entonces fue que comencé a obsesionarme con el orden: teniendo todo tan impecable como fuera posible, sentía que de cierto modo podía controlar algo en mi vida. El problema fue que con mi huida y la posterior muerte de mi tío ese aspecto no cambió, porque una vez más sentía que todo estaba fuera de mi alcance y que nada iba de la forma en que debería ir.

Mi teléfono sonó en la mesa de noche y me moví para responder, en la pantalla brillaba el nombre del abogado de mi familia.

—Hola, John —saludé de forma amistosa.

Conocía a John y a su esposa Lauren desde niña, ellos eran los mejores amigos de mis padres, casi como parte de mi familia. Su hijo Zane fue mi primer novio cuando estábamos en preparatoria.

—Skye, querida, qué gusto escucharte.

—Lo mismo digo, ¿cómo están las cosas? —Me recosté en el sofá dejando que mis pies colgaran sobre el apoyabrazos.

—Todo bien, cariño, estamos esperando a Zane que vendrá de visita en unos días.

Zane era un buen tipo, nos llevábamos bien, pero nuestra relación no prosperó debido a que él decidió irse a estudiar a Europa y yo permanecí en Estados Unidos.

—Eso es bueno, Lauren debe estar feliz.

—Lo está, no te imaginas, la tengo que escuchar a diario contando los días.

Sonreí ante la imagen, su esposa era una mujer agradable, ella y mamá estaban muy unidas.

—Dale saludos de mi parte.

—Lo haré, ambos estamos esperando que vengas de visita pronto, hace mucho que no te vemos. Tal vez podrías venir cuando esté aquí Zane.

No, no había posibilidad alguna que estuviera en el mismo lugar que mi exnovio, eso sería muy raro, aunque no tuve el valor de decirlo.

—Veré qué puedo hacer —fue mi vaga respuesta.

—Skye —comenzó cambiando su tono de voz y supe que su llamada no era una mera cortesía, llevaba un tiempo ayudándome a recuperar la herencia de mis padres. Aún no se sabía qué había sido de ella tras caer en manos de mi tío—. Lamento decirte que no todas las noticias son buenas. —Hice una mueca, ya imaginaba lo que iba a decir—. Estuve investigando y logré rastrear tu dinero, o, mejor dicho, el destino que tuvo. Tu tío lo estuvo gastando, invirtiéndolo en una supuesta fundación que ayudaba a mujeres y niñas con problemas. El asunto es que dicha fundación no existe, el lugar es en realidad una casa de prostitución.

—¿Cómo?

—Así como escuchas, tu tío estaba mezclado con una red de narcotráfico liderada por un sujeto llamado Clint Fontana, intenté contactar con él, pero lo único que pude averiguar fue que lleva meses desaparecido y que nadie sabe qué pasó con él.

Cerré los ojos, suspirando, y me pasé la mano por el rostro tratando de controlar mi furia. Yo sabía lo que había pasado con el tal Clint, Abby nos contó cómo lo mató, aunque esa era una información que nunca divulgaría. Lo que no imaginaba era que el padre de Ángela estuviera involucrado con él.

—¿Entonces...? —comencé, pero no terminé la pregunta.

—Tu tío, el honorable pastor George White, despilfarró todo el dinero que tanto esfuerzo le costó a tu padre conseguir durante años de trabajo, no queda nada. Excepto la casa de Chicago, que, debido a que se debe mucho dinero en impuestos, está a punto de ser rematada por el banco.

—Entiendo —dije, pero la verdad era que no entendía nada, solo deseaba que el hijo de puta del pastor White se estuviera revolcando con su socio Clint Fontana en el infierno.

La casa era lo que más amaba mi madre, ella y papá la habían comprado cuando yo era niña, la recordaba decorándola y poniendo sus objetos antiguos favoritos en los estantes. Nos pasábamos horas arreglando las flores del jardín, donde papá puso un columpio para mí en el que jugaba todas las tardes, el mismo donde estuve sentada durante horas llorando sus muertes.

—Skye, tú sabes que Lauren y yo te queremos como a una hija, déjanos ayudarte, dime dónde estás e iré por ti.

Comencé a negar con la cabeza y entonces caí en cuenta de que no podía verme por el teléfono.

—Estoy bien, John, de verdad, ya te he dicho varias veces que vivo con mi prima Ángela y su esposo, y que tengo un trabajo decente donde me pagan bien.

Lo que nunca le diría al mejor amigo de mi padre era que vivía en un bar de moteros, cuyos dueños no eran humanos, y que mi trabajo estaba detrás de una barra sirviendo tragos. Y menos aún le mencionaría que me disfrazaba de chico.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, por favor, no dudes en llamarme.

—Muchas gracias por preocuparte.

—No me agradezcas, se lo debo a tu padre y me siento responsable por no haber estado pendiente de tu tío y evitar que gastara todo tu dinero y te dejara en la calle.

—No te preocupes por eso, estaré bien.

Me despedí, colgué y permanecí en la misma posición mirando al techo. No tenía nada, ni siquiera una vida propia. La puerta se abrió y giré esperando ver a Cam, pero en su lugar fue la sonrisa de Emily la que me encontré. Me moví para sentarme y ella fue a acomodarse a mi lado.

—Hola —saludó haciendo un gesto con la mano.

—Hola —dije de vuelta y nos quedamos allí sin decir nada un rato—. ¿Dónde están las demás? —pregunté y se encogió de hombros.

—Ángela está con el bebé y Alana hablaba por teléfono con Abby.

—Eso nos deja a nosotras dos solas —comenté sonriendo, pero dejé de hacerlo cuando de pronto me soltó una noticia inesperada.

—Acabo de ver en las noticias que mi abuela murió.

—¿Estás bien? —la interrogué, sabiendo que Emily no se llevaba bien con su abuela.

Frunció los labios girando un poco la cabeza, su mata de rizos rojos se derramó por sus hombros.

—No sé qué pensar, mi abuela no era buena conmigo.

—Pero eso no quiere decir que no te sientas mal, después de todo era tu única familia.

Negó moviendo la cabeza de forma enfática. Sus rizos se balancearon a ambos lados.

—Marcus es mi familia, ustedes son mi familia. Ella era una extraña.

—Supongo que tienes razón, nuestros familiares de sangre no necesariamente son buenos para nosotros.

—Lo dices por ti misma, ¿verdad? Algo te está preocupando, lo veo en tus ojos.

Emily era bastante intuitiva, tal vez por su discapacidad, pero de alguna forma siempre lograba conocer nuestros sentimientos sin que tuviéramos que pronunciar palabra. Pensé un momento en si debía contarle lo de mi herencia perdida. De todos modos, necesitaba hablar de eso con alguien. ¿Por qué no con ella?

—Hace un rato llamó mi abogado, él me estaba ayudando a recuperar la herencia de mis padres que me había quitado el tío George.

—¿Y?

—Y no solo descubrí que no hay herencia que recuperar, sino que también me enteré de que el padre de Ángela estaba metido en negocios de prostitución y drogas y que trabajaba con el tipo que tuvo encerrada a Abby.

Sus ojos se abrieron con asombro.

—¿Vas a decírselo a Ángela? —Moví la cabeza en negación—. Tú siempre la proteges, por eso no le dices las cosas que piensas que la harán sentir mal.

Fruncí el ceño, pensando que eso no era algo que hubiera notado, tal vez era cierto que no le contaba a mi prima lo que pensaba que la lastimaría.

—Ella ya tuvo una vida bastante mala, no es necesario que yo le agregue más a su dolor. A veces pienso en lo diferentes que fueron nuestros padres a pesar de ser hermanos. Mi papá era un hombre cariñoso conmigo y con mamá. Ella sonreía cada vez que lo veía llegar a casa, como si de pronto en un día nublado saliera el sol. —Me detuve un momento, recordando esos momentos, cerré los ojos y dejé de usar las manos, sabía que Emily leería mis labios—. Mamá era amorosa, ese tipo de madre que te lee un cuento antes de dormir y te escucha cuando le hablas del beso que te dio ese chico que te gusta. Éramos felices, vivíamos en Chicago y recuerdo que de vez en cuando veníamos de visita a casa de Ángela. La última vez que los visitamos, mi prima tenía diez años y yo ocho, papá y el tío discutieron muy fuerte y desde entonces nunca regresamos. No volví a saber de la chica con la que compartía juegos, incluso dejé de pensar en ella luego de unos meses de preguntar y no tener respuesta. Mi vida continuó como siempre, tranquila y sin contratiempos, fui a la escuela y luego entré a la universidad. Hasta que mis padres murieron y tuve que ir a quedarme en la casa que llevaba más de diez años sin visitar. Fue entonces que conocí su estilo de vida, vi la forma en que Ángela era tratada, su padre la golpeaba constantemente y su madre parecía un zombi que no hacía nada por ayudarla. Me sentí culpable por mi vida perfecta y me pregunté cómo era que papá se había desentendido de su sobrina y nunca había hecho nada por sacarla de ese infierno.

Terminé y abrí los ojos para enfrentarla, Emily tenía una sonrisa compasiva en su rostro.

—A lo mejor tus padres no sabían nada —explicó.

Quise creer que era cierto, que mi padre nunca supo lo que pasaba. Era mejor eso a pensar que se mantuvo indiferente ante el dolor de alguien que llevaba su sangre.

9

CAMERON



Faltaba poco para abrir el bar, Steven y yo estábamos terminando de organizarlo todo. Mi amigo tarareaba tranquilo mientras bajaba las sillas y las acomodaba en las mesas. De pronto se paralizó con una de las sillas suspendida en sus manos.

—¿Enano? —lo llamé, pero parecía en estado de trance, sus ojos estaban muy abiertos y su boca se abría y cerraba como la de un pez—. Steven, ¿qué te pasa? —grité, y eso lo hizo reaccionar, pero cuando me miró en sus ojos había tal horror que yo mismo me asusté.

Un extraño hormigueo subió por mi espalda, y por un instante me pareció que había alguien más en el bar, pero un vistazo a nuestro alrededor me dijo que no había nadie.

—¿Qué fue eso? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Qué fue qué? —interrogué, inseguro.

—Eso, la sombra...

—¿Sombra? ¿Cuál sombra? —Fruncí en ceño, intentando averiguar a qué se debía su extraña actitud.

—Era... era... ¿de verdad no lo viste? —volvió a preguntar girando la cabeza a todos lados como si buscara algo en particular.

—Amigo, tienes que dejar de ver esas películas de terror, estás imaginando cosas —dije, aunque no podía quitarme la sensación extraña de que unos minutos atrás había alguien más con nosotros.

Lo vi negar y bajar la silla; luego, mientras continuaba su tarea, varias veces levantó la cabeza, asustado, y eso era mucho decir del enano, que no parecía tener miedo a nada. Cuando tuvimos todo listo, se apresuró a abrir la puerta. Durante el resto de la noche lo observé para asegurarme de que no volvía a actuar de forma extraña, pero al parecer el incidente fue olvidado, pues se comportó de manera normal con los clientes.

A la madrugada, cuando faltaba poco para el cierre, vi aparecer a Medhan y Nithael, quienes llevaban varias semanas desaparecidos. El hermano mayor se dirigió a la mesa habitual de Alexy, Tarek y Marcus, mientras que el pequeño vino directo a la barra.

—¿Qué tal, Cam? —me saludó el sujeto, cuyos ojos violetas parecían brillar.

—Hey, Nithael, ¿qué tal su viaje? —pregunté alcanzando una cerveza y poniéndola frente a él.

—Bastante tranquilo, por la calma nadie diría que el infierno tiene sus puertas abiertas y en cualquier momento se desatará sobre nosotros.

Steven se acercó con una bandeja y se detuvo a un lado del recién llegado.

—Hola, tú —lo saludó sonriendo.

—Hola, Dríade —respondió.

Algo muy parecido a los celos se agitó en mi interior cuando escuché el apodo y lo vi clavar la mirada en el enano. En ese momento no me detuve a pensar en lo que significaba lo que le acababa de decir, no era raro que él y su hermano usaran palabras incomprensibles para los demás.

—Es bueno que hayan regresado —comentó mi amigo, limpiando la bandeja y sin prestar mucha atención al escrutinio al que lo estaba sometiendo Nithael.

—¿Eso crees? —preguntó, bebiendo un sorbo de cerveza y sin apartar los ojos del pequeño. Apreté los puños deseando estampar un golpe en su cara y obligarlo a cambiar de dirección su estúpida mirada.

—Claro que sí, me hace sentir más tranquilo pensar que si pasa algo malo estarán todos para resolverlo —contestó el aludido, pareciendo ajeno al aparente interés que despertaba en el otro.

Tomé una botella de whisky y la estampé con fuerza sobre el mostrador, sobresaltando a Steven. Nithael ni se inmutó.

—Lleva esto a la mesa del fondo —ordené en un gruñido.

Él asintió y tomándola, se giró para cumplir la orden. Fue entonces que escuché la risa de Nithael. Lo fulminé con la mirada perdiendo todo rastro de cortesía.

—¿Tanto te molesta que alguien más tome aquello que tú no te atreves? —preguntó con sorna.

—Vete a la mierda, no sé a qué te refieres ni me interesa.

Se puso de pie sin dejar de sonreír y se inclinó un poco sobre la superficie, taladrándome con sus ojos.

—Nunca dejará de sorprenderme la ceguera de quienes se niegan a aceptar la realidad —dijo antes de asentir ligeramente y marcharse para reunirse en la mesa con los demás.

La furia no me abandonó, a partir de ese momento fui brusco con los clientes, me molestaba que me pidieran algo e incluso le grité a Lila cuando se puso demasiado cariñosa. Culpé al imbécil de Nithael de mi mal humor y me sentí aliviado cuando, antes del amanecer, él y Medhan se fueron.

—Fue una noche agitada —comentó Steven bostezando.

—Ve a descansar, yo termino de limpiar —dije viendo que sus ojos casi se cerraban.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí, enano, parece que vas a quedarte dormido ahí parado —comenté pasando la mano por su cabello para despeinarlo.

Él la atrapó entre las suyas y por unos instantes nuestros dedos terminaron enlazados. La fuerza de lo que sentí me asustó, al punto de hacerme retroceder.

—Está bien, nos vemos luego.

Cuando pasó por mi lado, su hombro rozó mi brazo dejando un extraño hormigueo en el lugar donde nos tocamos. Apoyé los codos en el mostrador, sosteniendo mi cabeza con las manos, ¿qué demonios me estaba pasando? Era Steven, el mismo chico que había visto durante un año, ¿por qué entonces se sentía como si fuera diferente? Sacudí la cabeza intentando alejar los insanos pensamientos. De no ser porque resultaba imposible, hubiera pensado que estaba volviéndome loco.

Me dediqué a limpiar tratando de alejar los pensamientos que comenzaban a consumirme. A veces golpeaba las sillas con demasiada fuerza buscando que el ruido los apagara y dejaran de girar en mi cabeza. Si no hubiera sido tan tarde, habría llamado a Lila para que pasáramos un rato

juntos, tal vez tener el cuerpo desnudo de una mujer en la cama me ayudara.

10

SKYE



Abrí la llave de la ducha y dejé que el agua caliente mojara mi cuerpo llevándose todo el cansancio y la pesadez de la noche. El trabajo en el bar resultaba agotador. Lavé mi cabello, que debía oler a humo y a quién sabe qué otras cosas. Pasé las manos por los cortos mechones y recordé la época en que lo llevaba largo; a decir verdad, no lo extrañaba, lo había cortado al pensar en mi disfraz, pero pronto me convencí de que resultaba más cómodo de esa forma. Además, era agradable cuando Cam jugueteaba con él para despeinarme. Eso me hizo pensar en su extraña actitud de unos minutos atrás, últimamente era así a menudo, a veces no estaba segura de lo que pasaba por su cabeza, aunque con él siempre era difícil saberlo.

Con un suspiro resignado, cerré la llave y me envolví en una toalla. Al salir del baño, mi piel se erizó y la sensación de ser observada me embargó, miré a todos lados e incluso de forma tonta lo hice debajo de la cama. La imagen de lo que había visto en el bar me llegó como un flash, no estaba segura de lo que era, y cuando Cam aseguró no haber visto nada, me convencí a mí misma de que tal vez lo había imaginado. Me reprendí cuando caí en cuenta de que estaba actuando como una niña asustada, así que me puse la enorme camiseta y el bóxer que usaba como pijama. Me metí en la cama, apagué la lámpara de la mesa de noche y cerré los ojos dejando que el sueño me envolviera.

—*Skye, esta vez no podrás escapar.*

Me senté sobresaltada, segura de haber escuchado esa voz susurrándome, encendí la lámpara y miré a todos lados. Mi corazón latía agitado, aquel susurro había sido como una advertencia. Sentí como si alguien estuviera respirando en mi cuello y mi piel se erizó. Di un grito ahogado y de un salto salí de la cama, sabía que no podría dormir ahí, no con el terror que estaba sintiendo. Tomé mi manta favorita y mi almohada, y salí corriendo a la habitación de Cam. Llamé a su puerta con urgencia y él abrió con solo una toalla rodeando de forma precaria en sus caderas, su cabello estaba mojado como si acabara de salir de la ducha.

—Enano, ¿qué haces aquí? —preguntó mirando mis pertenencias.

—Creo que hay bichos en mi cama y no me dejan dormir —respondí pasando por debajo de su brazo, que sostenía la puerta—. Así que dormiré en tu sofá.

Mientras hablaba, acomodé mi almohada, mi manta y me acosté. Él me observó todo el tiempo con una ceja enarcada.

—A veces actúas como un niño —comentó riendo. Desde mi posición lo estudié mientras se acercaba a mí y se ponía en cuclillas para quedar a mi altura—. ¿Estarás bien ahí? —interrogó y me sorprendió la ternura en su voz.

—Sí, estoy bien, gracias por dejarme dormir aquí.

—Cuando quieras.

Se puso de pie y caminó hacia su armario, abrió uno de los cajones y sin ningún pudor dejó caer la toalla al suelo mientras se inclinaba un poco para meter sus piernas en un bóxer. Mi garganta se secó cuando aprecié su desnudez; no era la primera vez, él a menudo se quedaba desnudo frente a mí. Sentí la excitación recorrer mi cuerpo y un ligero cosquilleo en medio de mis piernas; aspiré una bocanada de aire y me moví tratando de aliviar mi incomodidad. Cuando se metió bajo sus sábanas, cerré los ojos antes de que descubriera que lo miraba de forma pecaminosa y pudiera notar en mi rostro el hambre que despertaba en mí.

En la mañana todo parecía normal. Decidí no hablarle a nadie de lo sucedido, sobre todo porque ni yo misma tenía una explicación al respecto. Si mencionaba que estaba escuchando voces y viendo una sombra, seguro iba a terminar encerrada en el mismo manicomio del cual había escapado Emily.

Me encontraba en la cocina preparando mi desayuno y mientras cortaba tomate para hacer un sándwich, le daba vueltas en la cabeza a aquella extraña voz.

—Vaya, te levantaste temprano.

Di un grito y los tomates cayeron al piso haciendo un desastre.

—Mierda, Ángela, avisa que estás entrando —la regañé.

—Lo siento, no sabía que estabas tan distraída.

Me incliné para recoger el desorden y tirarlo a la basura, después busqué otros tomates en el refrigerador.

—Discúlpame tú, es que no te escuché llegar.

—¿Estás bien? —preguntó poniendo una mano en mi frente para medir mi temperatura.

—Sí, es solo que no dormí muy bien.

—Estoy pensando en hablar con Tarek y Alexy para que no tengas que trabajar todas las noches en el bar, eso no es bueno para ti.

Negué mientras continuaba con mi desayuno.

—No, está bien, si no trabajo me aburriré.

—¿Estás segura? Sé que si se los pedimos ellos no tendrán problema.

—Estoy bien, de verdad, solo necesito descansar un poco más. En cuanto desayune regresaré a la cama y dormiré otro rato.

—Como quieras, pero te estaré vigilando, si veo que te pones mal, así tenga que obligarte te sacaré del bar. —Sonreí negando—. Voy a llevarle el biberón a Gunnar, cada vez come más y mi leche ya no es suficiente.

—Será un gigante igual a su padre —comenté con cariño.

Era cierto, el pequeño Gunnar a sus cuatro meses tenía el tamaño de un bebé del doble de su edad.

—Sí, amo que se parezca tanto a Tarek —expuso con orgullo—. Nunca imaginé que podría encontrar un hombre como él, que me amara de la misma forma que lo hago yo.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? Eres una buena chica, además de hermosa.

—Papá siempre me dijo que yo era poco atractiva —confesó con tristeza.

—No te ofendas, pero el tío George estaba tan lleno de basura —solté con odio. A pesar de que estaba muerto no podía evitar sentir repugnancia cada vez que era mencionado.

—¿Alguna vez me contarás todo lo que pasó? —interrogó.

—Eso ya no importa, está muerto y con él los malos recuerdos. Yo los dejé ir, haz tú lo mismo.

—Tal vez tengas razón y sea mejor dejarlo ir, intento hacerlo, olvidar todo lo que pasó y continuar con mi vida. Por eso no le he preguntado a Tarek cómo fue que murieron mis padres; en el fondo sé que ambos tuvieron lo que merecían.

—Así es, y ese es el motivo por el cual tampoco voy a hablarte de lo que pasó, eso ya no importa, hay que seguir adelante.

—Seguir adelante, esas son las dos palabras a las que tendremos que aferrarnos siempre.

Asentí; aun sabiendo que algunos aspectos del pasado no se iban nunca, estaba de acuerdo.

Cuando me quedé sola, terminé de prepararlo todo. Una vez listo, tomé mi sándwich, mi taza de café y fui a sentarme a la mesa. Apenas había dado un par de mordiscos cuando apareció Cam.

—Buenos días, enano, eso parece bueno —comentó y lo arrebató de mis manos.

—Oye, imbécil, no te comas mi desayuno —grité cuando lo vi caminar hasta la encimera mordiendo mi sándwich mientras se servía un vaso de jugo.

—Tómalo como el pago por dejarte dormir en mi habitación —dijo sentándose a mi lado.

—Tú has dormido en la mía muchas veces y yo no te cobro por eso.

—No es mi culpa que no sepas negociar —Se encogió de hombros.

—Idiota —bufé alcanzando una manzana.

—¿Así que... estabas muy feliz porque Nithael regresó? —preguntó sacando el tema sin ningún motivo aparente.

—No sé si feliz es la palabra correcta —respondí—. Solo me pareció bueno que él y Medhan volvieran, Nithael es agradable.

—¿Y desde cuándo son “tan” amigos? —interrogó, alargando la palabra como yo lo hacía a veces.

Arrugué el entrecejo sin comprender a que se debía el interrogatorio.

—Pues no somos “tan” amigos como dices, solo lo conozco un poco. Cuando ustedes fueron a rescatar a Aidan, él se quedó y fue amable, no solo conmigo, también con las chicas.

Soltó un bufido y estaba a punto de comerse el último trozo de mi sándwich cuando se lo quité y me lo metí en la boca. Me miró entornando los ojos y comenzó a negar.

—No me digas, el tipo batió sus pestañas enseñándoles sus maravillosos ojos y todos, incluido tú, cayeron bajo su encanto —exclamó haciendo una imitación bastante mediocre de batir pestañas.

Solté una carcajada y lo empujé con el hombro.

—Eso es algo estúpido, no puedo creer que lo dijeras, además, Nithael no es el único que tiene ojos bonitos.

—Ah, ¿no? ¿Y quién más los tiene?

Abrí la boca para decirle que los suyos me gustaban más, cuando caí en cuenta de lo que estaba a punto de decir.

—No sé, ¿qué quieres que te diga? Eso de fijarse en los ojos de la gente es cosa de chicas, deja de ser raro.

—¿Raro? Lo dice el tipo que llegó corriendo anoche a mi habitación como una niña pidiendo dormir en mi sofá porque su cama tenía bichos —se burló.

—Yo no corría como niña —me quejé.

—Como sea, espero que no te dejes engatusar por las pequeñeces de Nithael, eso sí sería raro. Al tiempo que hablaba se puso de pie y fue al refrigerador. Lo observé mientras sacaba

ingredientes y preparaba más sándwiches, cuando terminó regresó a la mesa con dos platos depositando uno frente a mí. Lo comí con una sonrisa tonta. A veces, sin que se diera cuenta, Cam tenía detalles que me hacían sentir especial.

—Esta noche saldremos a hacer una ronda —comentó.

—¿Hay problemas de nuevo?

—No, todo parece muy tranquilo, pero eso es lo que preocupa a los demás. Tanta calma no es buena.

—¿Con quién irás?

—No lo sé, Alexy no me dijo si iríamos solos o en parejas.

—¿Qué pasa si voy contigo? Corine puede hacerse cargo de la barra.

—Olvidalo, es peligroso.

—Tonterías, recuerda que yo también he matado demonios —le recordé, inflando el pecho con orgullo.

—Digamos que esa vez tuviste suerte.

—Vamos, Cam, te prometo que me mantendré alejado de los problemas y te dejaré matar tú solo a cualquier sanguijuela que aparezca.

—Voy a pensarlo —dijo levantándose—. Y tú lavas los platos.

En cuanto se fue, me puse a planear la salida de esa noche. Aún conservaba la pequeña espada que había usado en casa de Aidan; cuando descubrió mi fascinación por las cosas antiguas, me permitió conservarla. La llevaría conmigo, porque estaba decidida a ir con Cam, así tuviera que torturarlo todo el día con mis ruegos.

Esperé a Cam afuera de su puerta, recostada en la pared y con los brazos cruzados, en una pose despreocupada que mostraría cualquier chico. Me pasaba todo el tiempo estudiando el comportamiento de los hombres, queriendo parecer uno de verdad. Sentía el peso de la espada escondida debajo de mi camiseta y me moví para intentar acomodarla mejor.

—¿Qué haces ahí? —me preguntó al salir.

—¿Qué parece que hago? —respondí con sarcasmo—. Pues esperarte para ir contigo.

—Yo no dije que podías ir —respondió pasando por mi lado.

—No seas un aguafiestas, ya te dije que me mantendré lejos de los problemas —supliqué caminando, casi corriendo para alcanzarlo.

—Es peligroso, enano, tendré que estar doblemente preocupado, por cuidarte y por matar sanguijuelas.

—Yo no necesito que me cuides, puedo hacerlo solo.

—Sí, claro, como lo hiciste la noche del concierto, ese demonio estaba a punto de mandarte a una cita cara a cara con la parca.

Hice una mueca y me estremecí al recordarlo.

—Solo porque nos tomaron desprevenidos y la chica aquella estaba gritando impidiéndome pensar con claridad.

—Sí, claro.

—Por favor —supliqué por última vez cuando ya nos encontrábamos afuera del bar, donde estaba estacionada su motocicleta. Estaba perdiendo la esperanza al verlo subirse en ella.

—¿Sabes que eres muy molesto para ser tan pequeño? —preguntó mirándome ceñudo—. Sube

—ordenó señalando la parte trasera y me apresuré a hacerlo antes de que cambiara de idea.

En cuanto puse mis manos en sus costados para sostenerme, su espalda se tensó y lo escuché respirar con fuerza.

—¿Está todo bien? —interrogué, inclinándome hacia un lado para tratar de ver su rostro.

—Sí, solo deja de hablar tanto y sostente fuerte.

El viaje fue emocionante, nunca antes había subido en su motocicleta, y en ese momento me pareció que era la experiencia más arrolladora. Si tan solo hubiera podido recostar mi cabeza en su espalda y abrazarlo por completo... Pero ya tenía más de lo que incluso merecía.

La adrenalina corrió por mi cuerpo cuando, luego de recorrer varios lugares de la ciudad, por fin encontramos a un demonio. Cam detuvo la motocicleta y se lanzó a la calle, quitándose la camiseta en el proceso. Me bajé detrás de él, pero me mantuve alejada, dispuesta a cumplir mi promesa de no buscar problemas. Lo seguí con la mirada cuando saltó sobre su presa tomándola desprevenida. El demonio siseó y lanzó sus garras en dirección a Cam y tuve que contenerme para no comenzar a gritar; verlo pelear me aterraba, odiaba la idea de pensar que podría salir herido. Este demonio no parecía tan fácil de vencer como los del parqueadero, era más fuerte y bloqueaba cada ataque con facilidad, pero Cameron se veía tranquilo, como si solo estuviera jugando con su víctima, haciéndole creer que tenía una oportunidad.

11

CAMERON



Me moví, rodeando a la sanguijuela, que gruñía, furiosa. Pensaba que podía conmigo y yo lo dejaba creer que así era, no obstante, iba a disfrutar cortando su jodida cabeza. Cada vez que me enfrentaba a un demonio recordaba la noche en que Raven murió, era como si matarlos significara de alguna forma vengar a mi amigo. Como si de esa manera compensara un poco su partida, aunque en el fondo sabía que nunca nada lograría repararlo. Raven ya no estaba y eso me pesaba cada día.

La boca de mi adversario se abrió con un rugido que a los humanos podría sonarles aterrador, pero que a mí solo me resultó molesto. Me detuve y permanecí inmóvil estudiándolo y esperando su siguiente movimiento, su posición me dijo que intentaría alcanzar mi costado derecho, que era donde se encontraba Steven, y sonreí cuando comprendí que no estaba equivocado. Un demonio hambriento es bastante predecible, pues en ese estado solo quieren alcanzar su comida a costa de lo que sea. Cuando sus garras se movieron en mi dirección, solo tuve que apartarme unos cuantos centímetros y, girando, lo atrapé por la espalda, derribándolo al tiempo que apresaba sus brazos. Se retorció, rugiendo e intentando liberarse de mi contención, sus garras alcanzaron a rozar la piel de mi vientre, pero el daño no fue grave. Entonces levanté la cabeza y mi mirada se cruzó con la del enano, que parecía expectante ante el desenlace de la lucha, aferrando la pequeña espada con ambas manos.

—¿Quieres intentarlo? —pregunté, haciendo un gesto hacia la cabeza del demonio.

—¿Quieres decir que yo... que yo?

—Sí, que vengas a cortar su maldita cabeza, que me estoy aburriendo de estar aquí.

Ni siquiera lo pensó, para ser un humano y uno tan pequeñito, el enano era valiente. Se apresuró en llegar a mi lado y apenas se apartó un poco cuando la sanguijuela gruñó en su dirección. Con la decisión brillando en sus ojos, levantó su arma y la descargó justo en el cuello de mi presa, por supuesto, no tenía la fuerza que se necesitaba para desprender la cabeza del cuerpo, así que lo volvió a intentar. El demonio se retorció y rugía, furioso, pero esto no logró amilanar a Steven. Lo intentó una vez más causando otro poco de daño, aunque no todo el que se necesitaba.

—En serio, amigo, tienes que darte prisa, voy a quedarme dormido aquí esperando que consigas decapitar al bastardo.

—No me presiones, esto no es tan sencillo —se quejó, sin cesar en su empeño. Al cuarto intento por fin lo consiguió y saltó, esquivando la cabeza que rodó en su dirección—. ¡Mierda! —exclamó.

—Vaya, pensé que nunca ibas a conseguirlo, eres un debilucho.

—Puedo ser debilucho, pero muy persistente, ya ves, conseguí que me permitieras venir y, además, me dejaste matar a un demonio —comentó con suficiencia.

—Sí, bueno, no te acostumbres a mi bondad.

El rugido de una motocicleta nos sorprendió y apenas tuvimos tiempo de reaccionar cuando Alexy se detuvo a un lado de la acera. Sin pronunciar una palabra estudió a la víctima y luego a Steven, quien aún sostenía su espada en la mano.

—Asumiré por el estado del cadáver que su cabeza no fue cercenada de la manera habitual —dijo con falsa tranquilidad, pero yo lo conocía como para saber que en realidad estaba molesto. Nuestras garras hacían un corte limpio, y este cuerpo presentaba varios cortes imprecisos, debido a que, en sus cuatro intentos, el enano no había logrado encajar su espada siempre en el mismo sitio—. No debiste traer a Steven y menos permitirle participar en tu lucha. Esto no es un juego, Cameron, él podría resultar herido... o muerto —me reprendió con voz fría.

—Fui yo quien quiso venir —intervino mi amigo.

Alexy le dirigió una mirada reprobatoria.

—Entonces no deberías ser tan irresponsable contigo mismo, puedes ponerte en peligro y, de paso, a Cam —lo regañó.

La furia me invadió cuando vi al pequeño bajar la cabeza, sabía que Alexy podía ser intimidante, pero que me condenaran si dejaba que lo hiciera con Steven.

—Yo puedo cuidar de ambos, no necesitas estar vigilando cada paso que doy —gruñí y de forma imperceptible lo vi sobresaltarse, la irritación fue obvia en mi tono de voz—. No vuelvas a hablarle así, no tienes derecho.

—Solo me preocupo por ustedes —declaró, sonando más tranquilo y observándome como si supiera algo que yo no.

—Entonces te lo agradezco —respondí, sarcástico—. Vámonos, enano. —Y me encaminé a mi motocicleta cambiando de forma en el proceso.

Escuché que Steven me seguía y cuando me acomodé, él subió detrás. De nuevo, al sentir sus manos posarse en mis costados, una extraña corriente bajó por mi espina dorsal; no sabía descifrar la sensación que me provocaba y la verdad era que tampoco quería buscar respuestas, pues en el fondo les temía bastante.

Conduje hasta salir de la ciudad, crucé de largo el puente Golden Gate, y tomé la primera salida que conducía a la colina que llevaba al mirador Battery Spencer. El lugar estaba desierto y ese era el motivo por el que me gustaba visitarlo en la madrugada.

—¡Guau! —exclamó Steven cuando detuve la motocicleta para permitirle bajarse. Sabía lo que estaba pensando, desde allí la vista del puente era impresionante con las luces de la ciudad detrás de él.

—¿Nunca habías venido aquí? —pregunté extrañado. Aquel era el sitio preferido de turistas y lugareños, casi siempre estaba atestado de personas.

—La verdad es que no, nunca estuve aquí antes —respondió sin apartar la vista de las brillantes luces—. ¿Tú vienes a menudo? —indagó, viéndome sentarme en el piso, e imitándome.

—A veces me gusta venir a esta hora, porque está solo aquí.

—Sí, es muy tranquilo.

Nos quedamos en silencio, solo enfocados en los autos que cruzaban el puente de un lado a otro.

—Lamento que Alexy se molestara contigo por mi culpa —dijo un rato después.

—En realidad no fue tu culpa y no le prestes mucha atención a todo lo que diga Alexy, haber vivido más de quinientos años lo hace algo paranoico.

—¿Qué se siente? —preguntó, confundíndome.

—¿Perdón?

—Sí, ¿qué se siente al no ser humano?

Medité un momento en su particular pregunta.

—La verdad es que no es algo en lo que haya pensado, es como si yo te preguntara a ti: “¿Qué se siente ser humano?”.

—La respuesta es sencilla —declaró con un extraño brillo en sus ojos. Parecía triste y eso no me gustó; Steven tenía el poder de hacerme sentir feliz por cualquier motivo, era como si él mismo fuera un faro andante—. Se siente frágil. Si yo fuera como tú, a Alexy no le habría importado que me trajeras contigo, pero es verdad lo que dijo, soy frágil, como lo somos todos los seres humanos; a diferencia de ustedes, la vida no es algo que podamos dar por sentado.

—Nosotros tampoco damos la vida por sentada, enano, técnicamente no somos inmortales, solo un poco más resistentes, pero si un demonio logra poner sus garras en nuestro cuello, estaremos tan muertos como cualquiera.

Eso lo hizo sonreír.

—Asegúrate de mantener tu cuello lejos de ellos, no me gustaría que murieras —dijo en voz baja mirando directo a mis ojos.

Su declaración me tomó por sorpresa y por varios minutos no pude apartar la mirada de él. Era Steven, el mismo chico que veía a diario, con el cual llevaba compartiendo el último año, sin embargo, era demasiado consciente de que algo comenzaba a cambiar. Carraspeé, dirigiendo mi atención de nuevo a la vista del puente y la ciudad, intentando que lo que fuera que se agitaba en mi pecho no me siguiera asfixiando de la forma que lo estaba haciendo.

12

SKYE



-Eso fue divertido, gracias por permitirme ir contigo —le dije a Cam cuando regresamos al bar. —Sí, lo fue, parece que después de todo sí puedes matar demonios —bromeó.

—Búrlate todo lo que quieras, pero con un poco más de práctica, seré imparable.

Su risa nos acompañó todo el trayecto hasta el sótano donde vivíamos.

—Que descanses —dijo antes de dirigirse a su habitación.

No tenía mucho sueño, así que en lugar de ir a dormir fui a la cocina. Cuando entré me encontré a Emily y Alana sentadas en la mesa.

—¿Qué hacen despiertas a esta hora? —pregunté sentándome con ellas.

—Esperamos a Alexy y Marcus —respondió Alana—. ¿Y tú qué haces levantada?

—En realidad acabo de llegar, salí con Cam.

Ambas mostraron sorpresa ante mi declaración.

—Vaya, ¿así que ustedes...? —comenzó Alana dejando la pregunta en el aire.

—Nosotros nada, yo sigo siendo Steven para él. Por cierto, vimos a tu marido, quien no estaba muy contento de que Cam me hubiera permitido ir —comenté, cambiando de tema.

—Alexy siempre se preocupa por todo ¿Quieres un poco de té? Emily lo preparó.

Hice una mueca en dirección a la aludida. Emily provenía de una clase social alta y tenía modales muy refinados, por lo que para nadie era extraño que pareciera una dama inglesa y bebiera té todo el tiempo. Incluso había contagiado su costumbre a Alana y Ángela, pero yo era una chica de café y no pensaba cambiar eso por nada.

—Lo siento, Em, pero ya sabes que prefiero el café.

Ella sonrió haciendo un gesto despreocupado con la mano.

Nos quedamos un rato charlando de nada en especial, hasta que sus esposos llegaron y me dejaron sola. Acababa de prepararme un café y estaba a punto de darle un sorbo, cuando escuché de nuevo la voz.

—*Skye, tu tiempo se acaba.*

Di un grito y la taza resbaló de mis manos, apenas si registré el sonido sordo que hizo al caer al piso y romperse, manchándolo todo de café. Corrí tan rápido como pude al único lugar y con la única persona que me sentía segura. Aporreé la puerta de Cam y cuando abrió, ni siquiera lo dejé hablar, solo me apresuré a entrar y acomodarme en su sofá.

—Enano, ¿qué mierda...?

—Bichos, en mi cama —dije con voz temblorosa. En realidad, todo mi cuerpo temblaba.

—¿Te sientes bien? Luces asustado.

—No me gustan los bichos.

No sabía por qué no le hablaba de lo que estaba sucediendo, tal vez era el miedo a que pensara que estaba perdiendo la razón, que era justo lo que yo misma estaba creyendo. Me tapé la cara con un cojín intentando calmarme y de pronto me sobresalté al sentir que algo me rozaba. Me senté de un salto y ahí estaba Cam, con una manta en las manos, intentando cubrirme.

—Lo lamento —dije tomándola y poniéndola sobre mi cuerpo.

—En serio, estás actuando muy extraño y comienzas a preocuparme.

—Estoy bien.

Me tapé hasta la cabeza pronunciando todas las oraciones que recordaba. No soy muy religiosa, pero sí creyente, y en esas circunstancias me hubiera aferrado a cualquier cosa que se llevara mi miedo. Pasado un rato y ya un poco más tranquila, me atreví a destaparme la cabeza. Con sorpresa, me di cuenta de que la lámpara de la mesa de noche de Cam estaba encendida, y él estaba sentado en el borde de la cama con su atención puesta en mí, como si me vigilara.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Eso es justo lo que quiero saber, ¿qué te pasa?

—Ya te dije que nada.

Me estudió un rato con una expresión que decía que no creía en mis palabras.

—Duérmete —ordenó.

—¿Tú no piensas dormir?

Negó, acomodándose mejor con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, una rodilla levantada y el brazo estirado sobre esta.

—Me quedaré despierto.

No necesitó explicarme por qué lo haría y mi amor por él creció un poco más si era posible.

—Gracias —susurré cerrando los ojos.

Era noche de sábado y el bar era un caos; odiaba los fines de semana, parecía que los clientes consumían el doble de alcohol esos días. Estaba sirviendo varios tragos cuando por accidente derramé uno sobre un enorme sujeto barbudo que se encontraba sentado en la barra.

—Maldito estúpido —rugió, poniéndose de pie.

De un manotazo, derribó las botellas y vasos que estaban sobre el mostrador, intentando alcanzarme para golpearme. Su brazo se alargó en mi dirección y antes de que pudiera tocarme, algo lo lanzó lejos, haciéndolo caer sobre otros clientes que, molestos, lo empujaron a los lados. Volteé a ver a Cam, que lucía una expresión furiosa en su rostro.

—Sal de aquí antes que termines muerto —advirtió al hombre.

Este pareció que quería enfrentarlo, pero algo debió de ver en las profundidades de sus ojos — a pesar de mantener su color verde normal, parecían desprender fuego —, que lo hizo cambiar de idea, y abriéndose paso a empujones, abandonó el lugar. Los demás clientes no se inmutaron; las peleas eran normales y nadie parecía preocuparse por ellas.

—¿Te hizo daño, enano?

Negué mientras comenzaba a recoger los destrozos.

—Lo detuviste a tiempo, creo que ahora mismo estaría camino al hospital si el tipo logra atraparme —dije acercando un cubo para tirar los cristales rotos.

—No habría permitido que te golpeará —declaró con firmeza—. Putos borrachos, los mataría a todos con gusto.

—Y yo te ayudaría si no fuera porque nos quedaríamos sin clientes —agregué y escuché su carcajada.

Cuando terminé de recogerlo todo, fui a lavarme las manos, lo hice lo más rápido que pude, sabiendo que, si me quedaba mucho tiempo sola, la voz me atormentaría de nuevo. Salía secándome las manos en los *jeans* cuando vi acercarse a la mujer que días atrás había intentado coquetear con Alexy. Esa noche lucía un ajustado enterizo sin mangas de cuero negro, y su corsé era tan estrecho, que me pregunté como hacía para mantener sus pechos dentro de él.

Llegó a la barra y apoyó sus codos en ella, Cam estaba de espaldas y no la había visto. Contuve el aliento esperando que girara y la notara, y cuando lo hizo, sentí un nudo en mi estómago. Ella era tan despampanante que casi chocaba verla.

—Hola, ¿qué puedo servirte? —preguntó él, amable, aunque sin el tono coqueto que usaba normalmente con las chicas.

La mujer sonrió, pasándose la lengua por los labios antes de responder.

—¿Qué tal a ti desnudo?

Apreté los puños, furiosa, queriendo borrar su maldita sonrisa. No obstante, resignada a la derrota que me embargaba cada vez que lo veía con alguna mujer, me dispuse a seguir con mi trabajo; por eso me tomó por sorpresa su respuesta.

—¿Acaso tengo un letrero que dice “disponible para cualquiera”?

Giré, asombrada, y noté que la mujer tenía un gesto similar en su rostro, aunque se recompuso rápido y volvió al ataque.

—Claro que no, pero pareces de los que les gusta divertirse.

—Así es, pero hoy no estoy interesado —dijo y fue a alcanzar una cerveza que puso frente a la mujer—. Toma, esto va por cuenta de la casa, que te diviertas intentando encontrar un tipo dispuesto entre todos los que están aquí, pero te recomiendo que no lo intentes con esos tres que están en el rincón de allá —explicó señalando a Marcus, Tarek y Alexy—, pues te van a despachar más rápido y con peores modales de los que usé yo.

Ella tomó la cerveza y con un gesto airado nos dio la espalda y se marchó, perdiéndose en medio de la multitud. Lo único que pude hacer fue quedarme de pie con la boca abierta, sin saber qué demonios había pasado.

—Mierda, ¿estás enfermo? —pregunté cuando logré salir de mi estupor.

—¿De qué hablas? —interrogó.

—De ti rechazando a lo que tú mismo llamarías “una mujer de verdad”.

—No sé a qué te refieres, no es como si aceptara dormir con todas la que se ofrecen —declaró con el ceño fruncido—. Mejor ve a llevar esta botella de vodka a los tipos de la veinte —dijo, pasándome una bandeja.

Hice piruetas tratando de cruzar en medio de las demás mesas sin dejar caer lo que llevaba en las manos y estaba tan concentrada en mi tarea, que casi tropecé con alguien. Cuando levanté la cabeza para disculparme, me sorprendió ver a Nayleen; hacía semanas que no sabíamos nada de ella.

—Hola, chica, ¿qué haces aquí? —pregunté, viéndola mover la cabeza como si buscara algo.

—Hola, Steven, vine porque quería hablar con Alexy, ¿él se encuentra?

—Así es, está por allá —respondí haciendo un gesto en la dirección donde estaba sentado su

hermano.

—¿Él está... está...?

—Está con Tarek y Marcus, Medhan no ha venido.

Su rostro fue una mezcla de decepción y alivio.

—Yo... comprendo, gracias.

—Tal vez deberías explicarle a Medhan por qué robaste su libro, eso podría ayudar.

Dejó salir un suspiro derrotado y sus hombros se hundieron.

—Lo haría si él quisiera escucharme.

—Tal vez podamos pedirle a los demás que nos ayuden a atraparlo y lo encerramos en una habitación contigo, así se verá obligado a escucharte.

Sus ojos se abrieron con horror.

—Santo cielo, no, yo no sería capaz de hacerle eso.

—Era una broma —expliqué, intentando tranquilizarla—. Sabes lo que son las bromas y el sarcasmo, ¿verdad?

—Oh, he leído sobre ello, sí.

—Leído no es igual a practicado, lo capto.

—¿Qué es lo que captas? —preguntó, aparentando inocencia. De no haber sabido que en realidad engañó “al gran Medhan” y robó el texto, pensaría que no había en ella un solo gramo de malicia.

—Es una forma de decir, de todos modos. ¿Cómo fue que conseguiste llegar aquí?

—Alana, ella me habló de este sitio alguna vez, así que decidí buscarlo. Llevo casi todo el día intentando encontrarlo, pero la ciudad es muy grande y las personas no sabían darme razón, ellos no me entienden mucho cuando hablo.

Sabía a lo que se refería y sentí un poco de pena por ella. Nayleen tenía el mismo acento rumano de Alexy, solo que más marcado, por lo que resultaba difícil entenderla cuando hablaba de corrido.

—Es mejor que vayas con Alexy, estuvo preguntando por ti, yo tengo que ir a llevar esto.

—¿Quieres que te ayude? —Estiró sus brazos, solícita, intentando tomar la bandeja.

—No, déjalo, estoy bien. Además, hay un montón de clientes borrachos que te están mirando como si fueras su festín de la noche y tu hermano los mataría a todos si te ponen la mano encima.

—Hermano, me gusta cómo suena eso, nunca tuve otra familia aparte de mi...

Se detuvo antes de terminar la frase y supuse que iba a mencionar a Razvan.

—Es bueno que ahora tengas a alguien más, nos vemos luego, no te pierdas tanto.

—No lo haré —dijo, haciendo un gesto de despedida con la mano.

—¿A qué vino Nayleen? —preguntó Cam cuando me vio regresar con la bandeja.

—Dice que necesita hablar con Alexy —respondí encogiéndome de hombros. En ese momento los aludidos pasaron por nuestro lado, supuse que rumbo a la oficina. Vi a Cam mirar a la chica con algo de recelo—. ¿Tú desconfías de ella?

—No lo sé, la mayor parte del tiempo no estoy seguro de qué esperar de esa hermana recién aparecida. Es difícil confiar en alguien que traiciona a la persona que creyó en ella.

Su respuesta me golpeó con la fuerza de un mazo, sentí el dolor atravesar mi pecho y tuve que tragar el nudo que amenazaba con ahogarme. Por fortuna, él no se dio cuenta de mi cambio de humor y continuó trabajando.

El resto de la noche fue tranquilo, por suerte, aunque no por eso menos agotador. Regresé a mi habitación temerosa, pero por esa vez la voz me dejó en paz y no tuve que correr a refugiarme en

el sofá de Cam. Un rato después, cuando ya me hallaba en la cama, él abrió la puerta llevando varias mantas y una almohada bajo el brazo, y, sin pronunciar palabra, comenzó a improvisarse una cama en el piso.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté viéndolo recostarse.

—Vigilar que los “bichos” de tu cama no te asusten —respondió haciendo la señal de comillas con los dedos. Estuve a punto de decirle que se largara, pero me contuve a tiempo, su cercanía era lo único que me hacía sentir segura.

—Gracias —dije apagando la lámpara y tapándome con la manta.

13

CAMERON



Me quedé observándolo mientras acomodaba algunas botellas en los estantes, de pronto la bodega pareció estrecharse y mi corazón se aceleró. Abrí y cerré las manos, luego las apreté en puños. ¿Qué mierda me estaba pasando? ¿Acaso había enloquecido? Era un maldito hombre, pero yo en ese mismo instante me estaba sintiendo excitado y lo único en lo que pensaba era en devorar su boca. Sacudí la cabeza tratando de alejar esos pensamientos que en los últimos días se hacían más persistentes. Tal vez se había apoderado de mí alguna especie de locura que atacaba a los de nuestra raza y de la que no teníamos conocimiento.

—Creo que estas son las últimas —comentó poniéndose de pie y limpiándose las manos en su pantalón, luego se las llevó a su corto cabello para apartarlo de los ojos—. ¿Hace algo de calor aquí o es mi impresión? —preguntó, apilando las cajas vacías. Cuando se dio cuenta de que no le había respondido, se giró para mirarme—. Cam, ¿estás bien?

Tenía que dejar de hablarme, tenía que callarse ya. Me enfoqué en esos hermosos ojos de color marrón que siempre parecían expresarlo todo. A pesar de ser un hombre tenía unos rasgos finos y delicados. Maldición, nunca había observado lo suficiente a otro tipo para fijarme en sus rasgos, sin embargo, ahí estaba, empapándome de cada detalle, de sus largas pestañas y sus labios carnosos, me pregunté cómo se sentiría besarlos. Tomé una bocanada de aire, buscando controlarme, pero era más fuerte que yo. Sin detenerme a pensarlo lo empujé contra la pared y me encontré con su mirada de asombro.

—¿Cam? —Una sacudida de placer recorrió mi cuerpo cuando pronunció mi nombre casi en un susurro.

No dejé que hablara, simplemente bajé mi cabeza y me apoderé de su boca. Al principio pareció sorprenderse, pero luego sus manos se aferraron a mis hombros y correspondió a mi beso. En efecto, sus labios eran tan suaves y cálidos como se veían, y parecía que estuviesen cubiertos de miel. Me pegué más a su cuerpo, restregando mi erección en su vientre; ese gesto hizo que soltara un jadeo y aproveché para introducir mi lengua en su boca. Lo besé con desenfreno, totalmente poseído por algo más fuerte que yo, no podía detenerme. Sentí sus manos colarse por debajo de mi camiseta y acariciar mi pecho, al tiempo que una corriente eléctrica me atravesaba. Bajé mi mano para quitarle la camisa, pero cuando comencé a levantarla, me detuvo, y ese fue el golpe que necesité para despertar.

Me aparté, horrorizado de lo que acababa de pasar. Steven seguía a poyado en la pared con la respiración agitada y los labios hinchados, sus ojos brillaban con pasión, maldito infierno, él

también me deseaba.

—¿Qué...?

No permití que terminara de hablar, levanté la mano para que se callara.

—No, esto fue un error, un maldito error —dije y salí de la bodega corriendo.

En mitad del pasillo me detuve sin saber qué hacer. Me incliné y apoyé las manos en mis rodillas mientras respiraba agitadamente. Infiernos. ¿Qué mierda acababa de hacer? Más confundido que nunca acudí en busca de la única persona que podría ayudarme.

Alexy no se encontraba en su oficina, así que fui a su habitación. Escuché las voces de las chicas provenientes de la habitación de Ángela, afortunadamente, estaban todas con el bebé. Cuando llegué hasta la puerta entré sin llamar. Se hallaba sentado en un sofá leyendo un libro de aspecto antiguo, de los pocos que había podido recuperar cuando los demonios incendiaron su casa. Nadie pensaría que un tipo rudo vestido con ropas de cuero y cubierto de tatuajes fuera aficionado a la lectura, pero definitivamente, él lo era. En cuanto me vio, un gesto de preocupación se dibujó en su rostro, me conocía mejor que nadie.

—¿Está todo bien? —preguntó dejando el libro a un lado y poniéndose de pie para acercarse a mí.

—Yo... no lo sé —confesé sin encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que estaba sintiendo.

—No comprendo. Ven, siéntate, debes calmarte, tu corazón late tan fuerte que parece que va a salirse de tu pecho.

Lo sabía, yo mismo lo estaba escuchando. Me quedé mirándolo sin saber cómo decirle lo que acababa de pasar, y decidí ir directo al grano. Con Alexy era más fácil de esa forma.

—Acabo de besar a un hombre. —Esperé algún tipo de reproche o algún gesto de desagrado, pero él simplemente me miró—. ¿Escuchaste lo que te dije? —pregunté, molesto por su reacción o más bien por la falta de esta.

—Te escuché perfectamente, pero no comprendo por qué eso te causa tanta agitación.

—Maldición, Alexy, acabo de besar a Steven como si estuviera poseído —grité, paseándome por la habitación—. Infiernos, incluso me puse duro, sigo estando duro.

Lo escuché reír y le lancé una mirada amenazadora.

—Lo siento, mucha información —se disculpó, regresando a su semblante serio—. ¿Steven no quería que lo besaras?

Pensé un momento en su pregunta, rememorando el momento, aún sentía el cosquilleo en la piel que me provocó su roce.

—Sí, sí lo quería, él me correspondió, incluso puso sus manos sobre mí, me... acarició. —No sabía por qué le estaba dando tantos detalles, necesitaba sacarlo todo antes de que me atragantara.

—Entonces, ¿dónde está el problema? Él te gusta y tú le gustas.

—¿Te olvidas de que es un chico? —pregunté comenzando a exasperarme.

—Lo veo a diario por aquí, eso no es algo que pudiera olvidar tan fácilmente. Cam, creo que es sencillo, te gustan los hombres, ¿qué hay de malo en eso?

—Mierda, no, ¿de dónde sacas que me gustan los hombres? —demandé sintiéndome horrorizado con la idea.

—Bueno, acabas de decir que te gusta Steven —expresó con voz tranquila, aquella que usaba siempre cuando quería dejar algo claro.

—Sí, Steven, pero no los demás hombres.

—Hum.

—¿Hum? ¿Qué mierda se supone que significa eso? —inquirí, deteniéndome para mirarlo. Se encogió de hombros.

—Solo eso, una expresión —dijo calmado. Esa calma suya podía resultar algunas veces tan exasperante, como otras, tranquilizante.

—Jodido infierno, esto es tan confuso.

—¿Por qué no tratas de calmarte? —propuso poniendo su mano en mi hombro de forma paternal—. Tal vez ahora estés confundido porque pasas demasiado tiempo con el chico, si tú quieres puedo pedirle que se vaya, si eso te hace sentir mejor.

La respuesta vino enseguida.

—No, Steven no se va, él se queda conmigo.

Una sonrisa concedora se dibujó en su rostro.

—Creo que acabamos de resolver el misterio.

—Eres un cabrón, me tendiste una trampa, nunca lo ibas a echar.

—Digamos que lo habría hecho si tú me lo pedías, pero te conozco lo suficiente como para saber que no lo ibas a hacer.

Dejé salir un ruidoso suspiro y luego confesé la verdad que me había negado incluso a mí mismo.

—Creo que sí, me gusta, al principio pensé que estaba confundido, pero llevo meses sintiéndome así.

—Entonces ya no hay motivos para atormentarte, si tus sentimientos están tan claros.

—Eso lo dices porque no es a ti al que te está pasando, imagina si en lugar de Alana te hubieses enamorado de alguno de los tipos que viene al bar.

Negó con un gesto de espanto, como si le hubiese planteado la idea de caer al lado oscuro y convertirse en un demonio.

—Imposible, no puedo imaginarme amando a nadie que no sea mi ángel y menos a uno de esos borrachos. — Tuve que reír ante su cara, para él era casi un sacrilegio pensar en no amar a su esposa. Permanecimos en silencio un momento, entonces me abrazó—. Todo estará bien, Cam, no importa a quién tu corazón elija, él siempre será más sabio que tú y escogerá a la persona correcta, el corazón nunca se equivoca.

Sus palabras me hicieron sentir aliviado, había tomado la decisión correcta al ir a buscarlo.

—Gracias —dije, apoyando la palma en su hombro—. Eres el mejor padre que mi corazón pudo escoger.

—Y tú el mejor hijo que pudo escoger el mío.

Me envolvió en un abrazo y fue como si un enorme peso se levantara de mis hombros. Por primera vez en meses no me sentía ese ser extraño a quien sus sentimientos parecían jugarle una mala pasada, manteniéndolo en vilo.

—Tarek se burlará de mí cuando se entere —declaré imaginando la reacción de mi hermano vikingo.

—Claro que no —dijo, apartando mi cabeza para mirarme a los ojos—. Y si se burla, te prometo que yo mismo patearé su culo.

Asentí, riendo, sabía que lo haría.

—¿Reunión familiar? —Escuchamos la pregunta y nos giramos para ver a Alana de pie en la puerta—. Esto me gusta.

Corrió hasta quedar en medio de los dos, abrazando a cada uno con sus pequeños brazos. Era

tan pequeñita que casi se perdía entre nosotros.

Salí de la habitación de Alana y Alexy sintiéndome más tranquilo y de alguna forma liberado. Sabía que me costaría un poco aceptar por completo la situación en la que me encontraba, pero estaba seguro como el infierno de que iba a intentarlo, porque en definitiva podía ser muchas cosas, pero un puto cobarde no era una de ellas. Con esa convicción fui en busca del enano, no obstante, al llegar a su puerta me detuve. Era cierto que yo lo estaba aceptando, la pregunta era: ¿lo aceptaría él? Si bien me había correspondido cuando lo besé, eso no significaba que estuviera dispuesto a tener una relación con otro hombre, ¿qué ocurría si se sentía tanto o más confundido que yo?

Me paseé delante de su puerta un buen rato, tratando de ordenar mis ideas y buscando la mejor forma de plantearle lo que estaba sintiendo.

—Maldición, es solo Steven, él me conoce —me dije a mí mismo cuando, pasado un tiempo, no lograba convencerme de entrar. Al final decidí que era mejor acabar con ello y descubrir de una vez y por todas qué era lo que iba a ocurrir, así que entré sin llamar.

14

SKYE



Me paseé de un lado a otro, me senté en el sofá y me levanté de nuevo para volver a sentarme en el piso con la espalda apoyada en la pared. Tiré de mi cabello intentando que el dolor causado en mi cuero cabelludo se llevara algo de la angustia que estaba sintiendo. No entendía qué estaba haciendo, había ido al bar para pedirle ayuda a Ángela, mis planes eran quedarme solo unos pocos días, pero ya llevaba un año y no había tenido el valor de irme. Quería estar cerca de mi prima, del bebé, o al menos eso era lo que me decía a mí misma cada día, pero mi corazón conocía la verdad, estaba profundamente enamorada de Cameron, sabía que si me iba nunca lo vería otra vez, por eso le seguí mintiendo, haciéndole creer que era Steven, aun cuando el peligro de mi tío George ya no existiera. Quería quedarme a su lado, aunque solo fuera como su amigo, estaba tan necesitada de él que aceptaba cualquier cosa que me ofreciera. Desde mucho tiempo atrás podía haberle dicho la verdad, sin embargo, temía tanto a su odio, que no me atrevía a hacerlo. Me convertí en un monstruo mentiroso que engañaba y hacía que los demás mintieran por mí: Ángela, Alana e incluso Emily y Abby, ellas mentían a sus esposos cada día cuando me llamaban Steven.

Me abracé las rodillas, apoyando la frente en mis brazos y lloré. Me preocupé tanto por protegerme que me olvidé de los demás, era un ser egoísta y mezquino, tal vez me parecía más al pastor White de lo que quería admitir, seguramente tanto tiempo viviendo en su casa había hecho alguna clase de mella en mí.

—¿Steven? —Hundí mi cara en el círculo de mis brazos, queriendo que esa voz fuera producto de mi imaginación y sollocé con más fuerza—. Todo está bien, ven aquí —dijo Cam, levantándose del piso para abrazarme—. No me importa que seas un chico —susurró mientras acariciaba mi espalda.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con la cara enterrada en su pecho, mojando su camiseta con mis lágrimas.

—Eso, Steven, que no me importa que seas hombre, te amo igual.

Su declaración, en lugar de tranquilizarme, me llenó de pánico. Él no podía amarme, no a una mentira.

—Cam, no. —Lo empujé para que me dejara ir y sus brazos me liberaron, caminé hacia atrás negando—. No, tú no puedes amarme.

—Sí, sí te amo, sé que estás enojado por lo que pasó hace rato, perdóname por irme y dejarte así, estaba asustado y no comprendía lo que pasaba. —Sus palabras seguían destrozándome, era

yo la mentirosa y él me pedía perdón—. Solo dame la oportunidad de demostrarte que puedo amarte.

—No lo entiendes, tú no me conoces, no sabes quién soy —exclamé en un intento desesperado por que comprendiera.

—Sé lo que eres y eso es lo que importa, eres un buen chico, amas a tu prima y al bebé de forma incondicional, me has soportado todo este tiempo, aunque muchas veces fui un cabrón contigo. —Seguí negando—. Solo estás asustado, y yo también lo estoy ¿Alguna vez estuviste con otro hombre? —preguntó.

—¿Qué? — Su pregunta me había desconcertado — . No, claro que no.

—¿Con alguna chica? —preguntó de nuevo.

—Cameron, ¿qué clase de preguntas son esas? No, tampoco estuve con ninguna chica, me gustan los hombres. —Cuando terminé de hablar, supe que había cometido un error, habría sido más fácil seguir mintiendo y decirle que me gustaban las mujeres, así tal vez se olvidaría de su idea loca de estar enamorado de una farsa como yo.

—Yo tampoco estuve con ningún hombre, de hecho, no me gustaban antes de ti —comentó con una sonrisa—. De las chicas no hablemos, creo que eso tú lo sabes.

Por supuesto que lo sabía, lo había visto con más mujeres de las que podía recordar.

—Creo que no me estás entendiendo, tú no me amas realmente, no a Steve, al menos.

—Ya deja de decir eso, ¿quieres? Por supuesto que te amo, Alexy me ayudó a comprender que no importa quién seas, porque mi corazón te eligió y estoy seguro que este nunca se equivoca.

—Yo no soy...

No terminé la frase, sus brazos me atraparon de nuevo y su boca se pegó a la mía, quería resistirme, ser fuerte, apartarlo y decirle la verdad, pero era egoísta y sus besos se sentían demasiado correctos. Comenzó a empujarme y retrocedí hasta que mis rodillas tocaron la cama y caí sentada, Cam estuvo a punto de caer sobre mí y rio, quedando con las manos apoyadas a ambos lados de mi cuerpo. Suspiré levantando las palmas para apoyarlas en su pecho.

—Esto es un poco loco, ¿no crees? —preguntó, inclinándose para morder mi labio con fuerza, luego pasó la lengua por él.

Cuando vi que bajaba para acomodar su cuerpo sobre el mío lo empujé, haciendo que cayera de espaldas; temía que pudiera sentir las protuberancias de mis pechos, a pesar de que estaban fuertemente vendados. Se dejó empujar sin problema, y quedó recostado. Por un momento me invadió una sensación surrealista al tenerlo en mi cama, era una imagen que había dibujado en mi mente muchas veces y aun así me parecía tan imposible.

Esta vez fui yo la que busqué sus labios, saboreándolos, pasé mi lengua por ellos y me sentí poderosa cuando gimió agarrando mi cabeza para impedirme moverme y devorar mi boca. Su lengua entró con violencia, así era todo con Cam, con él no había nada a medias, nada era simple o calmo, pero era eso lo que más amaba, que siempre estaba seguro de lo que quería y no dudaba a la hora de tomarlo. Nos besamos durante tanto tiempo que mis labios se sentían hinchados. Nuestras lenguas se enredaron en un excitante baile, mientras mis manos, colándose por debajo de su camiseta, exploraban su torso. Su pecho era duro y firme, con los músculos marcados. Si alguien me lo preguntara, diría que no había hombre más perfecto que el que se encontraba debajo de mí. Mis dedos acariciaron la cinturilla de sus *jeans* y un loco deseo de ir más allá se apoderó de mí. Por primera vez me sentí valiente y lo suficiente osada como para tomar lo que quería, así que aflojando el botón introduje mi mano en el interior de sus *jeans* y bóxers. Cam gimió, y levantó sus caderas cuando mis dedos rodearon su pene erecto; sabía que tenía un tamaño

considerable, pues al pensar que yo era un chico nunca tuvo pudor al desnudarse delante de mí, sin embargo, en ese momento se sentía incluso más grande de lo que recordaba. Se lo liberé de las ropas y sin dejar de besarle, lo acaricié de arriba abajo. Su piel se sentía suave y con el pulgar esparcí una gota de líquido que escapó de la punta.

—Enano —gimió—. Mierda, eso se siente bien.

Una idea loca pasó por mi cabeza, una que de haberme detenido a pensarlo mejor jamás habría llevado a cabo, al menos no antes de confesarle quien era; pero en ese momento todo lo que me importaba era él, el hombre que se había adueñado de mi corazón y mi voluntad desde el primer momento en que lo vi. Me separé de sus labios besando su mentón y bajando por su cuello, tomé su camiseta y la subí dejando su pecho al descubierto. Besé y lamí todo el camino hasta el sitio que mi mano no había abandonado.

—Enano, ¿qué...? —La pregunta murió en sus labios ante el primer roce de mi lengua en la punta de su miembro.

Nunca antes había experimentado algo así, sentirme totalmente hechizada por darle placer a alguien. Me sentí fuerte y capaz de todo cuando lo introduje por completo en mi boca y sus gemidos llenaron la habitación. Si esa fuera mi única oportunidad de compartir algo tan íntimo con Cam, sería el mejor momento de mi vida y habría valido la pena. Succioné con fuerza llevándolo casi hasta mi garganta, una de sus manos se aferró a mi corto cabello y movió sus caderas entrando y saliendo, haciéndole el amor a mi boca. Acaricié sus testículos y esto pareció encenderlo aún más, pues sus movimientos aumentaron.

—Mierda, voy a venirme en tu boca si no te alejas —gruñó.

Sin embargo, no me alejé, quería todo lo que pudiera darme. Una lágrima resbaló por mi mejilla, sabiendo que cuando se diera cuenta de la verdad iba a odiarme incluso por esto.

Un grito escapó de sus labios y su cuerpo se tensó cuando el chorro de tibio líquido llenó mi garganta, lo absorbí entre dichosa y triste, porque aquel momento que debía haber sido mágico tenía un tinte agrisado que no podía borrar. Me aparté sin dejarle ver mi rostro lloroso, me acomodé a su lado rodeándolo con mi brazo y enterrando mi cara en su pecho.

—Te amo, Cam —confesé, sabiendo que esa era la única verdad universal en mi vida.

—Yo también te amo, enano.

Sus palabras, en lugar de alegrarme, hicieron que mi corazón se destrozara. Yo quería que me amara a mí, a Skye, no a la farsa que había inventado en un momento de miedo.

Permanecimos en silencio, como si al movernos se rompiera el falso hechizo en el cual nos encontrábamos, él no se molestó en acomodarse a su ropa y yo aproveché para regar caricias en su pecho con mis dedos.

—Para ser virgen, eres bueno con la boca —comentó de pronto—. ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—No lo sé, ¿acaso es algo que se aprende? —pregunté, deteniendo el movimiento de mis dedos.

—Supongo, no se lo he preguntado a ninguna chica antes, pero tú eres hombre y nunca has estado con nadie. — Cerré mis dedos formando un puño, lo llevé a mi boca y lo mordí con fuerza, rogando que el dolor se llevara toda la angustia que me estaba consumiendo—. ¿Quieres que haga lo mismo por ti?

—¿Cómo dices? —pregunté, sin saber de qué estaba hablando.

—Lo que me hiciste, ¿quieres que te lo haga a ti?

Me levanté, aterrorizada de siquiera imaginarlo. Alejándome de la cama, puse distancia entre

nosotros mientras un nudo obstruía mi garganta.

—No —dije negando con vehemencia—. Cielos, no, de ninguna manera.

—¿Te vas a poner tímido conmigo? —preguntó sentándose—. Acabas de tener a mi amigo en tu boca y ahora luces como si te hubiera pedido que corras desnudo por las calles de San Francisco.

—No, no es eso, es solo que se nos hace tarde y tenemos que abrir el bar. —Di gracias por encontrar una excusa que me salvara de dar alguna explicación por mi comportamiento.

—Tienes razón —dijo mirando el reloj de mi mesa de noche con pesar—. Aunque lo odie, tenemos obligaciones que cumplir.

Lo observé mientras se ponía de pie y acomodaba su ropa, cuando terminó, caminó en mi dirección y rodeó mis hombros con su brazo. En cuanto salimos y la puerta se cerró, me empujó contra la pared y se apoderó de mi boca, comenzaba a hacerme adicta al sabor de sus labios y mis rodillas se sentían como gelatina, en poco tiempo ya no podrían sostenerme.

—¡Santa mierda! —Nuestros rostros giraron al mismo tiempo ante la exclamación, para encontrar a Tarek mirándonos con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —replicó Cam sin hacer el intento de separarse de mí.

El vikingo abrió la boca como si fuera a decir algo, volvió a cerrarla, y la volvió a abrir.

—Estás besando a Steven —dijo, impactado.

—¿Y? ¿Acaso no puedo besar a mi chico? —Esta vez mis rodillas fallaron y estuve a punto de derrumbarme cuando Cam me sostuvo—. Tranquilo, enano —susurró en mi oído.

—¿Ustedes? ¿Ustedes...? —preguntó Tarek, señalándonos a ambos como si formular la pregunta completa le estuviera costando.

—Nosotros —respondió Cam con una sonrisa.

Sentía que no podía respirar, estaba admitiendo sus sentimientos por mí, era típico de él ser abierto en todo. No acostumbraba a esconder lo que sentía o pensaba, era tan transparente como el agua; yo, en cambio estaba envuelta en una oscura bruma.

—Pues, felicitaciones, supongo —dijo al fin, pareciendo salir de su estupor.

Bajé la cabeza tratando de recuperar el aire, pero Cam me obligó a levantarla de nuevo cuando puso su mano en mi barbilla.

—Oye, no estarás avergonzado, ¿o sí?

Lo estaba, pero no por las razones que él pensaba, sino por mí misma, por la falsedad de mis actos. Negué y me moví separándome un poco de su calor.

—Es mejor que vayamos a abrir, se hace tarde.

—Es cierto, vamos.

Una vez más rodeó mis hombros con su brazo y me guio al bar. Todo el camino sentí el peso de su brazo y de su confianza en mí, una confianza que no merecía, que me quemaba con la culpa y la vergüenza.

15

CAMERON



Pasé la noche pendiente de cada movimiento que hacía el enano, todo resultaba demasiado surrealista y me sentía preso de la excitación y el miedo. Una parte de mí estaba eufórica y la otra temerosa, algo en mi interior me gritaba que había una faceta de Steven que aún desconocía; pero en cuanto miró en mi dirección y sonrió, esa sensación quedó olvidada. Me acerqué a él y sin importarme nadie, tomé su rostro entre mis manos y lo besé delante de todo el mundo. Escuché los chiflidos y bromas a nuestro alrededor, pero podían irse a la mierda, nadie sería tan estúpido como para lanzar algún comentario al respecto. Los clientes me conocían lo suficiente: sin importar cuán sonriente me viera, no era un tipo con el cual pudieran jugar.

Cuando nos separamos, sus ojos brillaban igual que siempre que se posaban sobre mí, eso me hizo sentir tonto por no haberme dado cuenta antes de sus sentimientos. Le sonreí y lo empujé de nuevo a sus tareas, mientras intentaba concentrarme en las mías.

—¿Se puede saber qué fue eso? —preguntó Lila, acercándose.

—¿Qué fue qué? —indagué, tomando una botella para llenar varias copas que tenía alineadas sobre la barra.

—Tú, besando al chico ese. ¿Acaso perdiste una apuesta donde la penitencia era besar a otro hombre? —La miré, frunciendo el ceño, molesto por su conclusión.

—¿Me ves cara de ser el tipo que besa a otro solo por una apuesta? —Antes de que pudiera responder, lo hice yo por ella—. No, no perdí ninguna apuesta, estoy enamorado de Steven, ¿tienes algún problema con eso?

Esperaba que me hiciera algún comentario ofensivo, pero solo se encogió de hombros.

—No puedo juzgar tus gustos, ya ves, yo sigo persiguiendo a un cura que lo único que hace es rezar por mi alma perdida —comentó con una mueca de fastidio—. Lo que me extraña es que no sabía que te gustaban los hombres, pensé que lo tuyo eran solo las mujeres, y no, no estoy cuestionando tus preferencias sexuales —aclaró, antes de que pudiera decirle algo—. Solo me sorprenden.

—Comprendo lo que quieres decir, y en realidad no es que me gusten los hombres, o yo no lo veo de esa forma, solo me gusta Steven.

Ella ladeó la cabeza, estudiando la pequeña figura que se movía de un lado a otro sirviendo tragos.

—Él es algo particular —dijo sin apartar los ojos del enano—, no sé por qué, pero a veces me resulta desconcertante —comentó volviendo a centrar su atención en mí. Me encogí de hombros sin saber qué más agregar, pues yo tenía esa misma sensación—. Me alegro por ti, aunque me

entristece por mí misma, porque debo asumir que la diversión entre nosotros terminó, ¿verdad?

—Así es —respondí sin dudar.

—Eso pensé, acabo de perder a uno de mis mejores amantes, ni siquiera sé si lograré encontrar otro que me haga vibrar como tú.

No me sorprendió su afirmación, y no porque fuera arrogante, sino porque en nuestra raza no existe eso de la falsa modestia, las medias tintas o las verdades decoradas. Solemos decir las cosas como son, sin tapujos, y la franqueza es parte de nuestra naturaleza, aunque en ocasiones esta nos traiga más problemas que beneficios.

—Tal vez el cura tenga lo suyo debajo de la sotana —dije, riendo.

Ella acompañó mi risa y cuando giré, encontré a Steven mirándonos con los ojos brillando con algo parecido al dolor. Él sabía de mis aventuras con Lila y por su expresión no me fue difícil comprender que pensaba que yo estaba coqueteando con ella.

—Ya averiguaré qué hay con el cura, mientras tanto, tú diviértete y ve a ver qué le sucede a tu chico, que parece que alguien desplumó las alas de su ángel de la guarda.

Estirándose por encima de la barra, besó mi mejilla y se marchó. Cuando me acerqué al enano, se giró dándome la espalda y fingiendo atender a los clientes que acababan de llegar.

—¿Qué es lo que más aprecias de mis hermanos? —pregunté, deteniéndome a su lado.

—¿Perdón?

—Formularé mejor mi pregunta. ¿Qué hace especiales las relaciones que tienen mis hermanos con sus mujeres?

Por un momento pareció confundido como si no comprendiera de que estaba hablando.

—No lo sé, supongo que la devoción que sienten por sus chicas, ¿a qué viene tu extraña pregunta? —inquirió sin prestarme mucha atención.

—A que nosotros nos lo tomamos en serio cuando elegimos a alguien, no le mentimos, no le hacemos daño y sobre todo no lo engañamos. Esas son formas de actuar de los humanos, no de los demonials.

—Sigo sin comprender...

—No estaba coqueteando con Lila, no voy a hacer eso con ella ni con nadie —expliqué y esta vez conseguí toda su atención.

—¿Sabes que es lo triste aquí? —preguntó con pesar. Negué, acercándome para acariciar su rostro—. Que si alguna vez me engañaras no podría reclamarte.

—¿Por qué no?

—Porque...

No supe que más iba a decir, en ese momento alguien llamó su atención y se alejó para ocuparse de servir algunos tragos.

Yo seguí observándolo, en ocasiones se veía distraído, incluso derramó varios tragos y confundió algunos pedidos. Más de una vez tuve que intervenir cuando un cliente, molesto por recibir la bebida equivocada, arremetió contra él. Eso no era propio del enano, lo que me llevó a pensar que tal vez no estaba afrontando bien lo que sucedía y me hizo preguntarme si no había sido un error confesarle cómo me sentía. Cuando el último cliente salió o más bien lo eché a empujones, cerré la puerta, me giré y apoyando la espalda en ella, me quedé viendo cómo Steven acomodaba los vasos recién lavados.

—Déjalo, yo lo limpio después —dije, comenzando a caminar en su dirección.

Negó sin dejar su tarea.

—No hay problema, no estoy cansado —respondió sin mirarme, aunque la forma como se

movía y las ojeras que marcaban sus ojos me decían otra cosa. A veces olvidaba que era humano y que trabajar todas las noches en el bar debía resultarle agotador.

—Son casi las cinco de la mañana, anoche fue una locura, no me vengas con ese cuento de que no estás cansado. Dame eso —ordené, arrebatándole el paño con el que limpiaba y el vaso que tenía en las manos—. Ahora vamos a descansar.

Lo empujé por los hombros y cuando vi que no se movía, lo levanté con un brazo rodeando su cintura.

—No seas idiota, bájame —gritó, pataleando. Reí, vislumbrando de nuevo a mi enano, tenía que reconocer que esa noche lo había extrañado. Caminé por el pasillo y bajé las escaleras que llevaban a la vivienda, pasé de largo por su habitación y me dirigí a la mía. Lo lancé en la cama y lo vi rebotar en el colchón al tiempo que me sacaba la camiseta. Cuando intentó bajarse, caí sobre él, cuidando de no aplastarlo.

—Solo duérmete —dije, rodeándolo con el brazo y poniendo una pierna sobre las suyas.

—Ni siquiera me he duchado y huelo a borrachos y humo —se quejó, intentando huir.

—Ahí estás de nuevo actuando como una chica —le recordé y eso hizo que se quedara quieto. Enterré mi rostro en su cuello y aspiré su olor. Era cierto que olía un poco a humo, pero aparte de eso seguía siendo como de costumbre—. Descansa —dije, girando su rostro con mi mano para depositar un beso en sus labios.

—Tú también —respondió sin apartar sus labios de los míos.

Me quedé quieto y a los pocos minutos escuché su respiración acompasada; estaba dormido. Nunca había compartido mi cama con nadie, las mujeres con las que me acostaba no se quedaban toda la noche y jamás las llevaba a mi habitación, siempre usaba las del bar, que estaban destinadas a los clientes. No obstante, ese momento se sentía bien, correcto, como si la persona en mis brazos fuera la que siempre debió de estar allí. Con ese pensamiento, cerré los ojos y me dormí.

Sentado frente al televisor cambiaba canales sin nada mejor que hacer. A veces odiaba no poder salir durante el día, las horas pueden pasar demasiado lentas cuando tu vida solo transcurre con normalidad durante las noches. Miré en dirección a la cama donde el enano dormía tranquilo, era extraño cómo podía mantenerse en la misma posición toda la noche. Apenas si se movía un poco, sonreí y volví a enfocarme en la pantalla. Al final me detuve en un documental sobre islas paradisíacas. Me centré en las imágenes que pasaban y en los lugares que nunca tendría la oportunidad de conocer. Por un momento, me asaltó una duda. ¿Qué pasaría si alguna vez Steven quería ir a un sitio de esos que no se me permitían? Yo ni siquiera sabía cómo se sentía que el sol tocara mi piel. Antes de que Alexy me encontrara, estaba perdido en las calles de Edimburgo y allí, por lo que recordaba, no era muy soleado, luego nunca más salí durante el día. Suspiré, preguntándome si alguna vez los demás se preocupaban porque sus mujeres tuvieran que vivir solo de noche como ellos; en mi caso, comenzaba a inquietarme condenar a Steven a la oscuridad que era mi vida. Lo escuché removerse y giré para verlo sentarse de golpe.

—Cielos, ¿qué hora es? —preguntó, restregándose los ojos.

—Es la una de la tarde.

—Mierda, ¿por qué me dejaste dormir tanto? Teníamos que limpiar el bar —exclamó levantándose y corriendo al baño.

—Yo ya limpié, no te preocupes por eso.

—¿Lo hiciste? —inquirió asomando la cabeza por la puerta con la cara mojada y el cabello desordenado, antes de volver a perderse en el interior.

—Claro que sí, apenas me llevó una hora. Sirve que soy rápido.

Escuché el agua correr y luego cuando cerró el grifo.

—Sí, bueno, no tienes que humillarme con tus superpoderes —dijo al salir.

—Ven acá y te enseño mis verdaderos superpoderes —propuse, pícaro. Se quedó de pie, dudando y mirando a todos lados menos a mí—. ¿Puedo saber qué te pasa?

—Yo... es que debo ir a darme una ducha. —Mientras hablaba, comenzó a moverse hacia la puerta.

—Tal vez deberías comer primero —sugerí, haciendo un gesto a la bandeja que descansaba sobre la mesa de centro.

—¿Tú cocinaste? —preguntó, mirándola de forma sospechosa.

Me reí de su aparente temor, si había alguien que cocinaba peor que yo, ese sin duda era el enano.

—No, lo hicieron Alana y Emily, yo solo ayudé un poco y luego te traje tu almuerzo.

—Ah, bueno, eso es otra cosa —comentó cambiando su semblante y sentándose a mi lado.

Lo observé mientras comía y por primera vez me di cuenta de algo: Steven no atacaba su comida como lo haría un chico, de hecho, cortaba cada trozo con delicadeza y se lo llevaba a la boca con demasiada parsimonia. Los hombres, si tenemos hambre, nos dedicamos a engullirlo todo, pero él no.

—¿Qué? —preguntó luego de tragar un bocado, al darse cuenta de mi escrutinio.

—Estaba pensando que juntarte con las chicas te está afectando, comes como ellas. —Su rostro se ensombreció y dejó los cubiertos—. Te estoy molestando, no dejes de comer y yo dejaré de ser un idiota, ¿está bien?

Asintió, pero no parecía muy convencido, así que renuncié a mirarlo y regresé a la televisión.

—¿Por qué demonios estás viendo documentales sobre playas? —Ahí estaba, él podía comer como una chica, pero definitivamente no hablaba o actuaba como una.

—¿Por qué no? —pregunté de vuelta.

Un audible suspiro salió de su boca y los cubiertos apenas hicieron ruido cuando los depositó en el plato.

—¿Tú quieres ir allí? —interrogó, poniendo su mano en mi brazo.

—Mi grado de idiotéz no alcanza tales límites, ¿para qué querría ir a un lugar que no podré ver?

—Tienes razón, lo lamento, mi pregunta fue tonta.

Cuando comenzó a retirar la mano de mi brazo, se la atrapé con mis dedos, y entonces hice otro descubrimiento. Era delicada y suave, con los dedos delgados y finos ¿Por qué no me había fijado en eso antes?

—Si pudiera verlo, seguro me gustaría ir —confesé mirándolo a los ojos—. De hecho, si pudiera verlo todo, me encantaría recorrer el mundo. Ya sé que suena tonto viniendo de mí, pero, aunque no sea humano, también sueño con algunas cosas estúpidas.

El gesto de pesar en su rostro no me pasó desapercibido, ni tampoco la forma en que sus ojos brillaron con lágrimas contenidas.

—Tal vez podemos hacerlo alguna vez, irnos a recorrer el mundo, no tiene que ser la playa, podemos ir a lugares donde haya algo que podamos hacer durante la noche, y si se nos ocurre

irnos a Bora Bora o algún lugar del Caribe, podemos asegurarnos de ver muchos documentales antes, hasta que aprendas los sitios de memoria y luego cuando estemos allí te diré en cuál de ellos estamos, y podrás imaginarlo. Al menos tenemos la ventaja el que sol solo te deja ciego, no te derrite ni te hace polvo como a los vampiros de las películas —terminó con una sonrisa.

Me acerqué, posé mis labios en los suyos y solté su mano para poder aferrar su cabeza e impedirle apartarse; aunque eso no era necesario, pues sus brazos rodearon mi cuello mientras me devolvía el beso con desesperación. Introduje mi lengua en su boca y bebí su sabor. La suya salió a mi encuentro y ambas se enredaron en una danza cargada de urgencia y pasión. Jamás nadie me había correspondido a un beso con tanto ímpetu, como si en ese gesto se encontrara su salvación.

—Te amo, Cam... te amo —repitió sin alejarse, pero sus palabras sonaban más a un ruego que a una confesión.

Sus brazos abandonaron mi cuello y bajaron por mis bíceps y torso hasta llegar al borde de mis caderas donde se colaron debajo de mi camiseta. La levantó para sacarla y me moví, ayudándolo en su tarea. Cada roce de sus dedos dejaba una ardiente estela en mi piel. Me empujó, dejándome recostado, sus labios rozaron mi mentón y bajaron por mi cuello, hasta mi pecho, donde su lengua jugueteó con mi pezón. Siseé cuando lo mordisqueó, enviando una oleada de placer que se concentró en mi ingle. Su lengua siguió trazando un camino descendente, se detuvo un momento en mi ombligo, introduciéndose en la cavidad. Sabía a dónde se dirigía y una imagen de lo que me hizo la noche anterior se dibujó en mi mente. Cuando intentó desabrochar mis *jeans*, me apresuré a ayudarlo. Los bajó junto a mi ropa interior, liberando mi pene erecto, que bailó jubiloso frente a sus ojos sabiendo lo que recibiría a continuación. Y fue plenamente recompensado, cuando la cálida lengua de Steven lamió una fina gota que brotó de su punta y luego lo chupó. Apreté los dientes tratando de no hundirme con fuerza en la profundidad de su boca, que era lo que estaba deseando hacer, pero queriendo que la decisión de tomarme fuera solo suya. Una mezcla de excitación e impaciencia se apoderó de mí cuando su lengua siguió trazando círculos en la punta, torturándome, sin llevarme a donde más deseaba.

—Enano, por favor —supliqué en un jadeo.

Su mirada se alzó encontrándose con la mía y, sin apartarla, por fin me transportó a la gloria. Su calidez me envolvió por completo, lamió y succionó, mientras con una de sus manos acunaba mis testículos. Juro por mi vida que, a pesar de haber compartido ese acto con muchas mujeres, jamás había sentido que mi alma escapara de mi cuerpo mientras lo hacía. No estaba seguro de si era porque se trataba de la persona a quien le había entregado mi corazón y esto lo hacía de alguna forma especial, pero estaba convencido de que no quería que terminara jamás. Mi mano aferró su corto cabello y haciendo un esfuerzo sobrehumano por no embestir en su interior como quería, dejé que fuera él quien llevara el ritmo. Estaba cerca y pensé en alejarme antes de derramarme en su garganta, pero cuando me moví para intentarlo, me aferró por las caderas y succionó con más fuerza. Eso fue todo, un grito de placer salió de mi boca al tiempo que el chorro de líquido caliente salía disparado. Pareció que el orgasmo no terminaba nunca y de haber sido humano, podría haber muerto de un infarto.

—Mierda, si no supiera que es imposible, pensaría que estoy muerto.

—¿Estas admitiendo que lo hice muy bien? —preguntó con una sonrisa, apoyando su barbilla en mi estómago.

—Claro que lo admito, eso fue... ni siquiera puedo decir cómo fue —respondí acariciando su cabello—. Pero creo que ahora es mi turno —dije empujándolo para que se moviera.

Tomé su rostro y lo besé, su boca todavía tenía mi sabor. Aferré el borde de su camiseta y

comencé a sacarla, entonces negó y me empujó para apartarme.

—Cam, no —gritó poniéndose de pie.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tú puedes darme placer y yo a ti no?

—Yo no... no puedo.

—¿Qué no puedes? ¿Acaso eso es todo lo que haremos siempre? —pregunté, sintiendo mi irritación crecer. Me puse de pie acomodando mi miembro dentro de mis *jeans* para luego abrocharlos. Si quería tener una conversación seria, era mejor no tener a mi amigo a la vista—. No me malinterpretes, amo cómo se siente tu boca en mí, pero quiero más y pensé que tú también lo querías.

Su cabeza se movió a ambos lados y sus ojos se empañaron.

—No hay nada que desee más en el mundo que hacer el amor contigo.

—Entonces explícame qué es lo que pasa.

—Es mejor que me vaya —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Me moví, lo alcancé y lo detuve aferrando su brazo.

—¿Enano?

—Ojalá fuera alguien más y pudiera darte todo lo que quieres.

—Yo no quiero que seas alguien más, te quiero a ti.

—Y yo te amo más de lo que puedo explicar, por favor no olvides eso si alguna vez tienes un motivo para odiarme —suplicó con los ojos empañados de lágrimas.

Se fue, dejándome frustrado y más confundido que nunca. Si fuera posible diría que hasta tuve dolor de cabeza.

16

SKYE



Contuve el llanto todo el camino hasta mi habitación, temerosa de encontrarme a alguien y tener que dar explicaciones. Cuando por fin estuve segura en mi guarida, dejé que el llanto explotara. Me lancé a la cama bocabajo y enterré mi rostro en las sábanas, sintiendo mi mundo caerse a pedazos. No había forma de evitar la catástrofe que estaba por suceder, era hora de confesar la verdad y perder a Cam. Pensar en eso me estaba matando, pero seguirlo engañando me hacía sentir el peor ser humano del mundo. Merecía su odio y su desprecio.

—¿Skye? —Escuché la voz de Ángela y luego sentí su mano apoyarse en mi hombro—. ¿Qué te pasa? —Lloré con más fuerza, incapaz de dar voz a la confesión enferma que tenía que hacerle—. Skye, háblame, me estás asustando.

—Soy un monstruo —sollocé.

—Cariño, no sé por qué estás diciendo eso, pero...

—Cam piensa que está enamorado de Steven y yo le permito creerlo, él y yo... —Me interrumpí sin saber cómo explicarle lo que le había hecho a Cam en dos ocasiones.

—Tarek me contó que los vio besarse. ¿Ustedes han estado más cerca de... lo normal?

A pesar del dolor que estaba sintiendo, no pude contener la risita que afloró en mis labios, Ángela no podía evitar ser algo mojigata al hablar, aunque no la culpaba por ello, toda una vida de maneras aprendidas dentro de la iglesia resultaba difícil de cambiar.

—No besamos y yo... yo le hice... —Iba a soltarlo así no más, pero decidí no ser tan directa para no herir su sensibilidad.

—Ya —dijo comprendiendo a dónde iba—. Y ahora no sabes cómo confesarle la verdad.

—Voy a decírselo, tengo que hacerlo.

—Lo sé, y creo que es la mejor decisión; no te preocupes, yo estaré contigo. Trata de calmarte y pensemos en una forma de hacerlo, ya que en este asunto no serás la única que tendrá que dar un montón de explicaciones.

Mi estómago se anudó, sabía a lo que se refería, ella y las demás iban a tener que aclarar por qué me ayudaron a mentir.

—Lo lamento, Ángela, lo lamento tanto, nunca debí venir ni pedirte ayuda y mucho menos que mintieras por mí, ni tú ni las demás.

—Tú no nos pediste que mintiéramos, nosotras quisimos ayudarte por voluntad.

—¿Y si no les dicen que ustedes sabían?

Una sonrisa triste apareció en sus labios y acarició mi cabello de forma maternal.

—No voy a mentirle más a Tarek, además, tampoco me creería que no supiera lo que eres en

realidad. Aunque sí podemos decirles a Alana, Abby y Emily que ellas decidan si quieren fingir que no lo sabían.

—Ellas no lo harán, una cosa es que guarden silencio y otra que mientan deliberadamente a sus esposos.

—Tienes razón, así que ahora todas estamos en un lío. —Eso hizo que llorara de nuevo—. Deja de llorar y mejor vamos a buscar a Alana y Emily, para comunicarles la decisión que tomaste, así tendrán tiempo de prepararse para encontrar una excusa.

Asentí, poniéndome de pie y la seguí, encontramos a las chicas mientras se dirigían a la lavandería.

—¿Estás bien, Skye? Parece que estuviste llorando —preguntó Alana en cuanto me vio.

—Decidí que hoy mismo voy a hablar con Cam y decirle la verdad.

El alivio fue evidente en su expresión.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer. —Limpié las lágrimas que se derramaron por mi mejilla y asentí—. ¿Qué tal si vamos a la cocina y nos tomamos algo? Esto amerita un trago, así sea uno de esos té para los nerviosos de Emily.

La aludida asintió y dejó caer la canasta con ropa que llevaba en sus manos. Amaba a esas chicas, a veces pensaba que de haber tenido hermanas de sangre seguro no hubieran sido tan buenas como ellas. Nos dirigimos a la cocina, donde Emily se apresuró a poner una tetera con agua para el té. Las demás nos sentamos en la mesa y esperamos a que ella terminara su labor.

—¿Deberíamos avisarle a Abby? —preguntó Ángela.

Alana negó.

—Creo que no es necesario, esperemos a que Skye se lo diga a Cam y ya veremos cómo resulta todo. Saben que ellos van a estar muy molestos, ¿verdad? —preguntó, con una mirada significativa.

De nuevo me sentí culpable, mis acciones las estaban salpicando a todas.

—Hace rato le dije a Ángela que podrían decir que ustedes no sabían nada, es mejor si yo solo cargo con la culpa.

La mirada de Alana se suavizó y una sonrisa se dibujó en su bonito rostro, haciéndola ver aún más joven de lo que era.

—Una cosa es que hayamos callado y otra mentirles deliberadamente. Eso nunca lo haremos, ninguna tiene el corazón para engañar al hombre que ama y luego mirarlo a los ojos con tranquilidad como si no pasara nada. Así que vamos a enfrentarlos y decirles la verdad, y luego, si es necesario, cada una de nosotras rogará por su perdón.

—No saben cuánto lamento haberlas metido en esto. —Hice una pausa, porque en ese momento Emily se acercó con una bandeja que contenía cuatro tazas. Depositó una frente a mí y le sonreí al percatarme de que, en lugar de té, la mía contenía café—. Gracias. —Ella respondió con un asentimiento—. Les decía que estoy muy apenada por todo esto, nunca debí involucrarlas.

Bajé la cabeza sintiendo que mi garganta se apretaba y los ojos me picaban por las lágrimas no derramadas. Una mano se posó en mi barbilla, haciéndome levantar la cabeza de nuevo y cuando lo hice, me encontré con la mirada compasiva de las chicas.

—Tú no nos involucraste —comenzó a decir Emily, moviendo sus manos—. En realidad, fue nuestra elección, nadie nos obligó a ocultar lo que estaba pasando, solo quisimos ser solidarias contigo, seguro tú habrías hecho lo mismo por nosotras. Por algo somos hermanas, ¿no?

Sonreí, sintiéndome un poco mejor con sus palabras, estiré mis brazos para rodearla con ellos y luego Alana y Ángela se unieron al abrazo grupal. Si, era cierto, yo haría cualquier cosa por

ellas, después de todo eran mi familia.

Pasado un rato, me encontraba paseándome de un lado a otro bajo su atenta mirada. La calma había pasado y de nuevo me hallaba ante el hecho de que en poco tiempo iba a perder a Cam de forma definitiva. Eso era algo que tenía demasiado claro y que me estaba destrozando.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —pidió Ángela—. Nos estás poniendo nerviosas.

—Es que no sé qué hacer, ¿cómo le explicas al hombre que amas más que a tu vida que le estuviste mintiendo durante un año? ¿Qué permitiste que creyera que estaba enamorado de otro hombre? —Sus gestos me dieron todas las respuestas que necesitaba, ellas sabían que no había forma de que aquello saliera bien—. ¿Ven? Ustedes también lo saben.

Ángela se levantó de su lugar y se acercó a mi lado, poniendo sus manos en mis hombros.

—Skye, al final no hay una buena forma de decirlo, como sea que lo hagas sonará mal, lo que tienes que hacer es buscar la manera de que Cam te perdone.

Me aparté suspirando con fuerza y pasé la mano por mi cabeza, tirando de las puntas de mi cabello y despeinándolo.

—¿Entonces qué debo hacer? ¿Solo pararme frente a él y decirle: “Mira, Cam, lo lamento, no era mi intención mentirte, pero en realidad soy una chica”?

—¿Cómo? —Esa voz me dejó paralizada. Nunca tuve tanto miedo en mi vida como cuando giré y vi a Cam de pie en la puerta con un gesto de consternación. Detrás de él se encontraba Alexy—. ¿Qué demonios acabas de decir?

—Cam, yo... —Me acerqué, alargando un brazo para alcanzarlo, pero retrocedió como si la sola idea de que lo tocara le resultara repulsiva.

—Dime que eso que acabo de escuchar es una maldita broma.

—Cam, por favor, yo no... —Mi voz tembló.

—¡¿Tú qué?! —gritó con la furia reflejada en su voz.

—Yo quería decírtelo.

—Tuviste mucho tiempo para hacerlo, pero preferiste tratarme como a un imbécil.

—No, eso no es cierto. —El desprecio con el cual me miró fue más fuerte que cualquier golpe, sin decirme nada se giró para irse y corrí para aferrarme a su brazo—. Por favor, te lo suplico, déjame explicarte.

—¡Suéltame! —gritó y cuando lo hizo sus ojos cambiaron a un profundo color rojo.

Nunca lo había visto de esa forma y saber que su ira estaba enfocada en mí me asustó. Lo dejé ir con la esperanza de que una vez calmado quisiera escucharme, pero esta murió cuando escuché las siguientes palabras de Alexy.

—Recoge tus cosas, te quiero fuera de aquí.

—¿Alexy? —intervino Ángela.

Él le lanzó una mirada fría.

—Ahora mismo no pienso hablar contigo, con ninguna de ustedes —declaró de forma severa, dándonos un repaso a todas.

—Mi amor. —Esta vez fue Alana la que intentó hablarle, se acercó a él, pero su gesto adusto la detuvo.

—Dije que no quiero escuchar a ninguna, Alana, eso te incluye.

Jamás lo había visto molesto con su esposa y ver el dolor de la pequeña chica me hizo sentir aún peor. Un pesado silencio cayó sobre nosotras cuando nos quedamos solas, nadie dijo nada, pero la pena y la vergüenza pintadas en sus rostros eran un reflejo de cómo me sentía yo misma.

Emily se acercó para abrazarme y acepté un consuelo que no merecía, aunque lo necesitaba demasiado.

CAMERON



S alí de la cocina con la furia bullendo en mi interior, sintiéndome como un toro a punto de embestir a cualquiera que se pusiera frente a mí. Pasé por el lado de Marcus y Tarek, sacudiendo sus hombros e ignorando sus quejas. En ese instante lo único que deseaba era golpear algo y podían ser ellos los elegidos si se atrevían a pronunciar alguna palabra.

—¡Cameron, espera! —gritó Alexy.

No hice el intento de detenerme, en ese momento lo último que necesitaba era su mierda de compasión. Me dirigí a mi habitación y cerré la puerta en su cara cuando logró alcanzarme.

—¿Se puede saber qué está pasando? —escuché que preguntaba Tarek.

No me importaba qué respuesta recibiera, lo único que deseaba era descargar toda la furia que estaba sintiendo. Golpeé con fuerza la pantalla de la televisión haciéndole un agujero justo en medio; luego comencé a patear la mesa de centro, que se rompió en pedazos; descargué mis puños contra la pared haciéndole varias perforaciones. Un par de brazos me rodearon y lanzando la cabeza hacia atrás, logré asestar un golpe en la nariz de quien se hubiese atrevido a interrumpirme.

—¡Maldición, Cam! —se quejó Alexy—. Deja de hacer eso.

Cuando giré estaba sosteniendo su nariz, que sangraba manchando su barbilla.

—¡Lárgate! —le gruñí dispuesto a golpearlo de nuevo si no se alejaba.

—Detén tu mierda ahora —ordenó Tarek y esta vez enfoqué mi ira en él.

—Fuera de aquí los tres —demandé.

Estaba dispuesto a atacarlos, no me importaba saber que seguro saldría perdiendo. Marcus se mantuvo alejado, como si no le importara nada de lo que estaba pasando, lo cual agradecí, ya era suficiente tener a Alexy y a Tarek entrometiéndose.

—Vamos a irnos cuando alguien me explique por qué enloqueciste —declaró mi hermano vikingo—. Se supone que aquí el puto loco que enloquece y nos ataca a todos es Marcus, así que a menos que esa mierda sea contagiosa, vas a hablar.

—Porque descubrió que Steven es mujer —respondió Alexy por mí—. Ella lo engañó y de paso hizo que nuestras mujeres nos engañaran a nosotros.

—¿Qué demonios? Dulce no me mentiría nunca —expresó Tarek seguro.

Enarqué una ceja y me hubiese reído de su seguridad de no estar tan enfadado y dolido al mismo tiempo.

—Tengo noticias para ti, amigo, es una mentirosa igual que su supuesto primo, que ve tú a saber quién es realmente —le dije, acercando mi cara a la suya.

Tarek pareció que iba a decir algo y luego sus ojos se abrieron con reconocimiento.

—La prima del parque, Steven es la maldita prima del parque. ¿Por qué motivo en el infierno nos engañaron? Marcus, ¿Emily no te lo dijo tampoco? —preguntó mirando al hermano que no se había movido de su sitio.

Este negó con la cabeza antes de hablar.

—No era necesario que me lo dijera, “el puto loco que enloquece y los ataca a todos” ya lo sabía —declaró.

Una nueva ola de furia subió por mi espina dorsal. Mis garras se alargaron y sentí como si mis ojos quemaran.

—Dame una razón para no patear tu estúpido culo ahora mismo —exigí enseñándole afilados dientes.

—¿Porque yo patearía el tuyo de vuelta? —preguntó con su misma expresión vacía de siempre.

Me lancé hacia él dispuesto a desgarrar sus entrañas, pero Tarek logró interceptarme y me derribó antes de que pudiera alcanzarlo. Marcus ni se inmutó, su posición no cambió ni un milímetro.

—Tranquilo —dijo el vikingo sin soltarme—. Matándonos entre nosotros no solucionamos nada.

—Tal vez no, pero seguro que me haría sentir mejor. — Me moví para quitármelo de encima y salté para ponerme de pie—. No puedo creer que no hayas dicho nada —le reproché a Marcus.

—No era mi secreto.

—Esa es una excusa de mierda.

—¿De verdad eres tan tonto que no te diste cuenta? —preguntó. Antes de que pudiera responderle, continuó, parecía estar en uno de esos lapsus donde lográbamos que pronunciara todo un párrafo de corrido—. Nuestras mujeres son solo unas chicas humanas, nosotros somos mitad demonios, hemos vivido veinte veces más de lo que han vivido ellas, conocemos todas las cosas oscuras del mundo, el odio, la venganza, la mentira... —Esto último lo dijo con parsimonia, dejando que la verdad calara en nosotros—. Si quieren saber lo que pienso, creo que en realidad no mintieron, solo dieron una información que todos decidimos aceptar con gusto. Era obvio que Steven tenía algo extraño, pero fueron ustedes quienes consintieron en creer que era un hombre y lo hubiesen seguido creyendo así la chica se hubiera paseado desnuda frente a sus ojos, solo porque sus mujeres, las que aman y en las que confían, dijeron que era hombre. ¿En qué los convierte eso?

—En unos completos imbéciles —respondió Tarek.

Apreté los puños y los dientes tan fuerte que parecía que iban a romperse, pero no sin cierta reticencia, tuve que reconocer que Marcus tenía razón. En el fondo siempre supe que Steven, o como sea que se llamara, escondía algo, pero preferí ignorarlo y fingir que todo estaba bien. Eso no evitaba que me sintiera herido y engañado, mi sangre aún hervía.

—Necesito que los tres salgan de aquí, no quiero seguir escuchando su mierda.

—¿Cam?

—Alexy, no quiero volver a golpearte, no me siento muy bien ahora mismo por haberlo hecho, así que no aumentes mi culpa, solo vete de una jodida vez y déjame en paz.

Lo vi asentir y salir con una mano cubriendo su sangrante nariz. Tarek no dijo nada y solo lo siguió. Marcus, en cambio, permaneció un poco más.

—¿Qué? —ladré cuando no hizo el intento de irse.

—No te estaba engañando a propósito —explicó—. Solo pensé que debería darle a la chica la oportunidad de decírtelo ella, sabía que en algún momento lo haría.

No respondí, porque sabía que en ese momento cualquier cosa que saliera de mi boca sería un insulto. Solo esperé a que se fuera y cuando al fin me quedé solo, permití que de nuevo aflorara mi furia. Miré la cama en la que dormimos la noche anterior, recordando el momento en que pensé que estaba con la persona correcta. Mis garras se alargaron y destrocé las sábanas y el colchón de paso, quería borrar todo rastro del engaño al que había sido sometido, no solo por la persona a la que creía amar, sino también por mi mejor amigo.

—Cam, por favor, detente.

Como invocado por mis más oscuros pensamientos, allí estaba él —o ella, ni siquiera sabía que pronombre usar—, con sus pequeñas manos aferrándose a mi camiseta. Rugí y me giré con tanta violencia que su cuerpo cayó de forma aparatosa encima de los restos de la mesa de centro. Me quedé paralizado y por varios minutos mi furia se transformó en culpa, al pensar que la había lastimado. Olvidándome de la ira, corrí a su lado. Su rostro estaba bañando en lágrimas, y sus ojos y nariz eran de color rojo. Mi estúpido corazón se sintió dolido y por un instante quise abrazarla.

—¿Estás bien? —pregunté, intentando que mi voz sonara lo más fría posible.

En lugar de responderme, sus manos aferraron mi rostro y su boca se pegó a la mía. Estaba tan desconcertado que la dejé besarme, incluso debo reconocer que le devolví el beso, permitiendo que me envolviera en su calor. Eran los mismos labios suaves que había besado antes, su textura y calidez no habían cambiado, pero algo sí lo había hecho, y cuando lo recordé, me alejé.

—No vuelvas a tocarme, la próxima vez no seré amable contigo, solo mantente lejos —advertí, retrocediendo.

—Cam, por favor, escúchame, y si hay algo en lo que puedas creer, cree que te amo, en eso nunca te mentí.

—De ti no creo nada y lo único que quiero es que desaparezcas de mi vista.

Apreté los puños y me concentré en respirar mientras la veía ponerse de pie luciendo derrotada; comprendía la sensación, porque así mismo me sentía yo. No supe qué me poseyó para hacerlo, pero antes de que se fuera, le hice una última pregunta, tal vez porque en medio de tantas mentiras, necesitaba que algo fuera cierto.

—¿Cómo demonios te llamas?

Se detuvo con la cabeza baja y despacio giró en mi dirección, luego levantando la mirada posó sus ojos en mí.

—Skye, me llamo Skye.

Un rato después, cuando en mi habitación no quedaba nada por destrozarse, me paseaba de un lado a otro maldiciendo que aún no fuera de noche. Tenía que salir de allí, el lugar parecía demasiado pequeño y me estaba asfixiando. Me dirigí al bar, esperando no encontrarme con nadie, no estaba de humor para aguantarlos. Pensé que era hora de irme y conseguir mi propio lugar, esa estupidez de la gran familia feliz no me estaba ayudando en ese momento. Tomé una cerveza y me senté en una de las mesas, la bebí de un solo trago y fui a buscar otra.

—Es una lástima que no nos podamos emborrachar cuando lo necesitamos. ¿Verdad? —escuché preguntar a Alexy un rato después, cuando frente a mí tenía al menos seis botellas de cerveza y dos de vodka vacías.

—Sí, una mierda total, en estos momentos envidio un montón a los humanos.

—Así es, sería tan bueno poder desconectarse de todo, aunque fuera solo un rato —comentó, mientras conseguía su propia cerveza.

—Discutiste con Alana.

No era una pregunta y su mueca fue toda la respuesta que necesité. Sabía que eso lo estaba matando, jamás había visto a Alexy siquiera mirando de mala manera a su mujer, ella era el centro de su mundo.

—Lamento que mi mierda te haya salpicado y, sobre todo, lamento la forma en que te traté hace un rato. No debí golpearte, aunque haya sido de forma accidental, eso no me hace sentir mejor.

—No digas estupideces —bufó—. Nada de esto es tu culpa, tú eres la víctima y por eso estoy tan molesto. Eres mi hijo, Cameron, y Alana sabe que cualquier cosa que te lastime me lastima también.

Permanecemos en silencio, él seguro rumiando en su interior la pelea con su esposa, yo tratando de alejar la opresión que sentía en mi pecho.

—¿Quieres ir a la oficina? —preguntó de pronto.

—¿Por qué?

—Falta poco para abrir el bar y no sé si quieres estar por aquí esta noche.

Me puse de pie enseguida, seguro como el infierno de que no quería nada estar ahí. Agarré una botella de vodka que estaba por la mitad y lo seguí a su oficina, allí me dejé caer en el sofá y cerré los ojos.

—¿Qué piensas hacer? —interrogó.

Negué y terminé lo que quedaba en la botella.

—No tengo ni puta idea. Ahora mismo lo único que quiero es salir de aquí. Voy a pedirle a Tarek las llaves de su cabaña y quedarme allí unos días.

—¿Estás seguro de que quedarte solo es una buena idea?

—Hoy todo me parece una mala idea.

Escuché su exhalación, sabiendo que Alexy se preocupaba por mí y deseando que no lo hiciera; quería cuidar de mí mismo y resolver mis problemas solo.

—Creo que iré ahora mismo a hablar con Tarek, quiero salir lo más pronto posible, si necesitas algo, solo llámame.

—Lo haré, no te preocupes.

Decidí que tenía que huir del bar, pensando, o más bien sabiendo, que la distancia no arreglaría nada. Aun así, no me detuve, porque en ocasiones huir es mejor que enfrentarte a la realidad.

18

ALEXY



Cam abrió la puerta para salir y estuvo a punto de tropezar con Alana. Ella lo miró con pesar y pareció que iba a decirle algo, él la ignoró, pasó por su lado y se alejó. La vi bajar la cabeza y cuando la levantó de nuevo y se enfocó en mí, su rostro estaba cubierto de lágrimas, sus hermosos ojos rojos e hinchados. Eso me estaba matando, odiaba verla llorar, aunque esta vez se merecía su llanto.

—Alexy —dijo en un susurro caminando hasta quedar a unos dos metros de distancia—. Lo siento tanto, por favor, perdóname —suplicó con un sollozo.

Cerré los ojos, tratando de calmarme. Nada me dolía tanto como saber que mi mujer estaba sufriendo, no importaba que fuera debido a su complicidad con el engaño de la prima de Ángela, que había conseguido romper el corazón de Cam.

—Estoy muy decepcionado —dije, abriendo los ojos y mirándola. Ante mis palabras, retrocedió como si la hubiera golpeado y más lágrimas inundaron su cara de ángel—. Confiaba en ti y me traicionaste, traicionaste a una de las personas más importantes de mi vida, mi hijo.

—Lo siento tanto, nunca fue mi intención mentirle a Cam o hacerlo sufrir, tú sabes que para mí también es importante, no lo lastimaría de forma intencional.

—Pero lo hiciste y ahora mismo se está yendo porque no soporta estar en el mismo sitio que la mujer que lo engañó, ¿sabes cómo me hace sentir eso?

Negó y un nuevo río de lágrimas bajó por sus mejillas, empapando el borde de su camiseta.

—Por favor, por favor, no me dejes, yo te amo —suplicó corriendo y aferrándose a mí.

¿Dejarla? ¿De dónde sacaba esa idea? ¿Acaso la muy ingenua pensaba que podría vivir sin ella? Era cierto que estaba enojado y mucho, pero no al punto de considerar la idea de echarla.

—Ángel.

La rodeé con mis brazos atrayéndola más cerca. Su frente estaba pegada mi pecho y sentí la humedad pasar la tela de mi suéter y tocar mi piel. Ahora me sentía como un bastardo insensible por dejar que pensara que ya no la quería, ¿en qué momento las cosas se habían volteado haciéndome quedar como el victimario?

—No puedo, no puedo vivir sin ti, haré lo que quieras, pero, por favor, no me odies.

—Ángel, mírame —ordené y obedeció enseguida. Limpié la humedad con mis dedos y acaricé sus mejillas. Al diablo el enojo, ya lidiaría con eso después. En ese momento lo único que me importaba era consolarla y conseguir alejar el dolor que veía reflejado en ella—. Ven —dije tomándola de la mano y conduciéndola al sofá.

Me senté y ella quedó de pie frente a mí. Estudié su pequeña figura, pensando en lo frágil que

parecía.

—¿Amor? —preguntó, dudando.

Amaba cuando me llamaba de esa forma.

—Shhh. —La callé, poniendo un dedo en sus labios.

Estiré las manos tomando la parte baja de su camiseta y tiré de ella sacándola por su cabeza. Luego desenganché el sujetador y lo lancé lejos. Enterré mi rostro en sus pechos y pasé la lengua por sus pezones, mientras la escuchaba suspirar. Busqué el botón de sus *jeans* y lo bajé por sus piernas, llevándome también sus bragas. Ella permaneció quieta, dejándome hacer mi voluntad, eso era algo que adoraba de mi ángel, siempre tan llena de confianza en mí, nunca dudaba, nunca me preguntaba, solo dejaba que yo tomara las riendas como quisiera.

Cuando la tuve desnuda me incliné y posé un beso en su vientre plano, imaginando, deseando que en algún momento ocurriera el milagro y pudiera verlo crecer con mi hijo. Desde que descubrimos que era posible que pudieran embarazarse aun siendo humanas, era una idea que rondaba mi cabeza a menudo. Aunque después volvía a considerarlo y me llenaba de terror pensar que ella, tan pequeña, no pudiera dar a luz a un bebé que no fuera humano. Dejé un reguero de besos desde su vientre, subiendo por sus pechos hasta llegar a su cuello, donde enterré mi rostro para aspirar su dulce aroma.

—Alana, te he amado incluso antes de darme cuenta, te amo más que a mi vida, estaría dispuesto a hacer lo que fuera por ti, a morir por ti. ¿De verdad crees que eso cambiaría solo porque estoy molesto contigo? —pregunté pasando mi lengua por un punto sensible.

—Yo... yo no... —Se detuvo como si intentara organizar sus ideas.

—No —respondí buscando sus labios—. Nada hará que deje de amarte, ni siquiera la muerte podría conseguir eso.

Me apoderé de su boca y la arrastré, dejándola a horcajadas sobre mis piernas. Sus manos se perdieron en mi cabello, un gesto que sabía que le gustaba. La ropa comenzó a estorbarme, así que me alejé un poco para quitarme el suéter. Gemí cuando por fin sus pechos se pegaron a mi piel sin restricciones. Acaricié cada parte de su cuerpo, apreté sus nalgas y me moví restregando la erección que amenazaba con romper mis pantalones de cuero contra su centro. Necesitaba estar en su interior, como necesitaba mi siguiente bocanada de aire, así que, no con pocas dificultades logré deshacerme del resto de mi ropa. El calor de su cuerpo llenó el mío, ese era mi mundo, la mujer en mis brazos, nada más importaba cuando la tenía así. Me recosté en el sofá bajo su atenta mirada.

—Quiero saborearte —dije y me encantó el brillo en sus ojos.

Sin detenerse a pensarlo siquiera se movió poniendo sus rodillas a cada lado de mi rostro, dejándome libre acceso a ese lugar que me volvía loco. Pasé la lengua por su centro, extasiado por su sabor, su cabeza cayó hacia atrás y sentí las puntas de su largo cabello hacer cosquillas en mi pecho. Separando sus pliegues, hice círculos con mi pulgar en su clítoris antes de introducir dos dedos en su interior. Gimió, aferrándose al borde del sofá con una mano, mientras la otra sostenía con fuerza mi cabello. Me perdí en el sabor que tanto amaba y disfruté de la sensación que me causaba tenerla entregada por completo a mí. Su cuerpo se tensó, haciéndome saber que estaba cerca de la liberación, así que apresuré el movimiento de mi lengua, acompañándolo con el de mis dedos; su grito de placer llegó hasta el fondo de mi alma. Cada aspecto de mi vida estaba destinando a hacerla feliz. Sus ojos empañados me miraron y la adoración que brilló en ellos me hizo sentir grande y poderoso.

—Te amo tanto —susurró.

—Yo también te amo, ángel, y te prohíbo que vuelvas a pensar que es de otra forma. —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios—. Ahora quiero estar dentro de ti.

Sin decir nada se inclinó apoderándose de mis labios y devoró mi boca, mordisqueando y lamiendo, al tiempo que se acomodaba para que mi pene estuviera justo en la entrada de su sexo. Estirando una mano me rodeó con sus cálidos dedos y comenzó a guiarme a su interior. El ramalazo de placer recorrió todos los músculos de mi cuerpo cuando estuve por completo enterrado en ella. Tomando sus caderas con mis manos, las insté a subir y bajar sobre mi eje, en una cabalgata desenfrenada cuyo fin solo podía ser la gloria. Mis caderas se arquearon como si tuvieran vida propia y salieron a su encuentro haciendo que las embestidas fueran más violentas. Rugí cuando alcancé mi liberación derramándome en su interior y la escuché gritar mi nombre cuando alcanzó la culminación a la par conmigo.

La recosté sobre mi pecho, apartándole el cabello del rostro, besé la cima de su cabeza y nos quedamos yaciendo desnudos. Rogué porque a nadie se le ocurriera entrar, pues al no haber planeado hacerle el amor allí, no había puesto seguro a la puerta.

—¿A dónde fue Cam? —preguntó y sentí su aliento acariciar mi piel.

—A la cabaña de Tarek. Quiere irse unos días, lo de la chica lo afectó, le costó mucho aceptar que estaba enamorado de un hombre, para luego descubrir que el hombre no era tal cosa.

Se levantó y quedó sentada sobre mis caderas. Mi miembro se agitó de nuevo en su interior.

—Estoy muy apenada por lo sucedido, pero te aseguro que Skye no es mala persona, ella de verdad lo ama, solo tenía miedo de decirle la verdad y que él la odiara como lo está haciendo justo ahora. No puedo juzgarla, porque yo también estaría dispuesta a hacer cualquier cosa para no perderte.

—Pues no tienes que hacer nada, ya me tienes, de todas las formas posibles —dije levantando las caderas para enfatizar mis palabras.

Volví a hacerle el amor varias veces, hasta que, agotada, se quedó dormida sobre mí. En ese momento aproveché para pensar en lo que había dicho sobre que la chica amaba de verdad a Cam. A veces es inevitable lastimar a las personas, incluso a aquellas a las que amamos. Decidí que le daría unos días a mi hijo para que se calmara y luego yo mismo trataría de convencerlo de hablar con Skye y escuchar sus motivos, después de todo, cada acto venía acompañado de una razón.

19

CAMERON



Lancé una piedra y la vi hundirse en las profundidades del lago. En la soledad de la cabaña de Tarek ya no estaba tan seguro de que huir hubiera sido la solución, si bien tenía que reconocer que me había ayudado a aclarar mis ideas. La furia se había desvanecido convirtiéndose en algo parecido a la pena. Yo había escuchado muchas veces hablar sobre los corazones rotos y aquel concepto siempre me parecía una total quimera, pero acababa de aprender de primera mano que no solo puede romperse, sino también doler como la mierda, y odiaba eso. Maldije mil veces a Steven por causarlo y me maldije a mí mismo por permitirle hacerlo.

Cansado de estar ahí sin hacer nada, lancé la última piedra que me quedaba del pequeño montón que había recogido y me puse de pie, lamentando no poder siquiera encontrar a un demonio; en ese lugar alejado no había humanos, por lo tanto, tampoco comida para ellos, no iban a perder el tiempo acercándose ahí. Caminé adentrándome en el bosque circundante a la cabaña, pensando que la naturaleza no era algo que disfrutara, estaba demasiado apegado al caos y el bullicio de la ciudad. No entendía qué había llevado a Tarek a comprar ese lugar y menos a pensar en vivir en él alguna vez.

Mi teléfono sonó y lo saqué de mi bolsillo, el nombre de Alexy brillaba en la pantalla. Recordé que le había dicho que me llamara si me necesitaba, por lo que respondí enseguida, pensando que tal vez había surgido algún problema.

—¿Pasa algo? —pregunté apenas presioné el botón de responder a la llamada.

—No, solo quería saber cómo te encuentras.

—Estoy bien, no tienes que preocuparte, de hecho, estoy pensando regresar mañana en la noche.

—Vaya, me alegro de que no te tomara tanto tiempo organizar tus ideas.

No le aclaré que mis ideas seguían siendo un maldito desorden, pero que estaba seguro de que allí no las iba a ordenar. Apenas había pasado un día desde mi huida del bar, y yo sentía como si llevara siglos lejos y la mierda continuaba cubriéndome.

—Voy a colgar, estoy dando un paseo y pienso hacer un recorrido por los alrededores en mi motocicleta, tal vez cazar alguna sanguijuela me ayude.

—¿Quieres que vaya allí y salga contigo? —Alexy nunca podía abandonar su papel paterno, lo había desempeñado por tanto tiempo que no lograba desprenderse de él.

—Estoy bien solo, de todos modos, te lo agradezco.

Colgué sin darle tiempo a despedirse y continué adentrándome en el bosque. Caminé durante una hora más hasta que comprendí que aquel paseo no tenía ningún sentido, así que regresé a la

cabaña y tomé la motocicleta. Vagué durante varias horas, inconsciente del tiempo, hasta que casi me quedé sin gasolina y mis ojos comenzaron a arder anunciando que estaba a punto de amanecer.

Regresé a la cabaña y una vez en el interior, me dirigí a una de las habitaciones. Recostado en la cama, recordé la última vez que estuvimos allí: fue cuando Emily y Marcus regresaron de Rusia. Quisimos desconectarnos un poco de todo y nos fuimos unos días de vacaciones. Como solo había dos habitaciones, Tarek y Ángela se quedaron con la principal, Alana y Alexy en la otra, y Emily y Marcus tomaron el sofá-cama de la sala, por lo que Steven y yo terminamos acampando afuera. Nos pasamos toda la noche conversando, era algo que hacíamos a menudo, solo pasar el tiempo hablando de todo y de nada importante. Con él — o, mejor dicho, con ella —, todo era sencillo, no existían las complicaciones y podía ser libre. Recordé que, al despertar a la mañana siguiente, estaba ciego; el sol se filtraba a través de las aberturas de la tienda de campaña que estábamos usando y no me permitía ver nada. Mi pequeño compañero fingió ayudarme a llegar a la cabaña, pero en cambio me guio por el camino e hizo que tropezara y cayera, dándome una zambullida en el lago. Fue su venganza porque la noche anterior yo lo había lanzado al agua. Se rio tanto, que estaba seguro que sus carcajadas lograban escucharse hasta la ciudad. Luego de que lo maldijera en todos los idiomas que sé y lo amenazara con hacerle algo peor cuando se durmiera, como meter una serpiente venenosa en su cama, me ayudó a llegar a la casa. Moví la cabeza y cerré los ojos, molesto porque cada pensamiento fuera dedicado a ella.

—Skye. —Pronuncié en voz baja el nombre en el que me había negado a pensar. En ese momento decidí que podía darme la licencia de hacerlo, total, nadie más que yo sabría lo tonto que era y cómo al decirlo había podido saborearlo y reconocer que en realidad me gustaba. Incluso sabía su significado.

Alcancé mi teléfono y busqué la lista de reproducción, necesitaba algo de ruido para lograr acallar mis pensamientos. Entonces las canciones comenzaron a fluir y demasiado tarde me di cuenta de que era una mala idea, ya que todas las había puesto ella allí: eran mis favoritas, pero también las suyas. Comprendí que no podía hacer nada para olvidarla, todo en mí estaba ligado a su recuerdo, grabado en mi piel como si fuera uno de mis tatuajes. El karma en definitiva podía ser una jodida perra cuando se lo proponía.

Me esperaba un largo día por delante, así que la mayor parte del tiempo me la pasé dando vueltas por el pequeño lugar. Al menos Tarek se había asegurado de que la luz no pudiera filtrarse por ningún lado, y la cabaña permanecía en penumbras, lo que ayudaba, porque ciego y aburrido ya era una combinación bastante mala. Intenté leer alguno de los libros de los estantes y casi terminé por lanzarlos a la chimenea, tenía que decirle al vikingo que su gusto por la literatura era una mierda. Intenté con la televisión y eso fue más frustrante, lamenté no haber llevado conmigo mi computadora. Todo era su culpa, salir corriendo de mi casa, olvidarme de mis cosas, sentirme como un león enjaulado, todo se lo debía a ella.

20

SKYE



S alí del baño vestida como mujer después de haber estado mirándome al espejo durante un rato bastante largo. Por alguna razón me sentía extraña en unos *jeans* ajustados de color negro y una camiseta blanca sin mangas. Lo único que compartieron Steven y Skye todo ese tiempo fue su gusto por las zapatillas Converse negras, mis favoritas. Las vendas ya no comprimían mis pechos y al menos eso se sentía liberador.

Me dirigí a la cama donde se encontraba mi maleta abierta a la espera de que terminara de empacar las últimas cosas que me faltaban. Tomé la gorra que me había regalado Cam la Navidad pasada. En aquel momento había odiado el regalo, porque no era lo que me hubiese gustado recibir; hasta que comprendí que, al ser un chico, era lo más lógico que podía obtener de otro. Así que la amé y la guardé todo ese tiempo, ni siquiera la usaba para que no se dañara. Era mi tesoro y tal vez lo único que conservaría de él.

Limpié una lágrima traicionera que escapó de mi ojo y cerré la maleta. En ese momento llamaron a la puerta y Ángela entró llevando a Gunnar en brazos. Una nueva sensación de pérdida me invadió cuando comprendí que ya no los vería a diario, que tal vez pasaría un tiempo antes de que volviera a tener oportunidad de abrazar a mi pequeño sobrino.

—¿De verdad vas a irte? —preguntó sin ocultar sus lágrimas.

—No puedo quedarme aquí, tú escuchaste a Alexy cuando me pidió que me fuera —respondí alargando los brazos para que me entregara al bebé. Pegué mis labios a su frente aspirando su dulce olor.

—Pero lo dijo porque estaba molesto, estoy segura de que si esperamos a que se calme y le pedimos a Alana que hable con él, cambiará de idea.

Negué, sabiendo que, aunque Alexy cambiara de idea, yo no lo haría, sentía demasiada vergüenza como para quedarme después de lo sucedido.

—No puedo, Ángela, no cuando Cam está solo en alguna otra parte porque no soporta verme. Todo esto es mi culpa, por primera vez tengo que dejar a un lado mi egoísmo y enfrentarme a las consecuencias de mis actos.

—Tú no eres egoísta, Skye, no digas eso —declaró sollozando. Mientras con un brazo sostenía al bebé, con el otro rodeó a mi prima. Ella y Gunnar eran la única familia de sangre que me quedaba y me estaba destrozando tener que irme y dejarlos—. ¿A dónde irás?

—No te preocupes por eso, voy a estar bien, tomé la decisión de regresar a Chicago.

—Estarás muy lejos, así no podremos verte mucho —se quejó.

—Ya lo sé, pero, aunque no nos veamos tan seguido, seguiremos en contacto y prometo que

vendré a visitarlos.

Había estado considerando a qué lugar ir desde el momento que Alexy me dijo que tenía que salir del bar. Ciertamente tenía miedo de estar por mi cuenta y por esa razón había decidido regresar a mi antiguo hogar, un lugar donde al menos no me sentiría perdida; pero también porque quedarme en San Francisco era una mala idea por muchas razones, la más importante: que no deseaba estar tan cerca de Cam y saber que me odiaba.

—¿Quieres que te ayude a empacar? —preguntó apartándose.

—No es necesario, ya tengo todo listo, ahora solo voy a llamar un taxi para que me lleve al aeropuerto.

—¿Vas a despedirte de los demás?

Hice una mueca, ojalá pudiera irme así no más, pero tampoco era una malagradecida. Tarek, Alexy y Marcus me abrieron las puertas del bar y me dieron un hogar y un empleo, así que lo mínimo que podía hacer era darles las gracias.

—Lo haré. ¿Dónde están las chicas?

—Están con los hombres en la sala de televisión. —Dejé salir un suspiro cansado, decidida a enfrentarme a ellos.

—Vamos, es hora de decir adiós.

Nuevas lágrimas brotaron de sus ojos y empaparon su rostro. Salimos de mi habitación y continué llevando al bebé en brazos; cuando llegamos al lugar que pocas veces era usado, me quedé de pie, insegura de qué acción tomar, así que le pasé a Ángela su hijo, no quería contagiar de nerviosismo al bebé.

—Buenas noches —saludé.

Sabía que ellos podían escucharme desde que veníamos por el pasillo, así que si no se habían girado en cuanto entré, era porque estaban demasiado enojados. Tarek me dirigió una mirada fría y desprovista de cualquier emoción, Marcus solo hizo un ligero asentimiento y Alexy, al que más temía enfrentar, solo se quedó allí, mirándome sin ninguna expresión que me indicara su estado de ánimo.

—Hola, Skye. —Fue Alana quien respondió el saludo y a su lado pude ver a Emily moviendo la mano con una tímida sonrisa. Iba a extrañar esas dos chicas también, demasiado; incluso a Abby, que aunque la veía menos, igual era mi amiga.

—Espero no haberlos interrumpido, yo solo quería despedirme de las chicas y darles a ustedes las gracias por todo —dije.

Nadie habló, lo que me hizo sentir todavía más incómoda.

—¿Despedirte? —preguntó Alana acercándose.

Emily la siguió y ambas se detuvieron a mi lado. Tragué con fuerza, intentando que mi voz no se quebrara antes de hablar.

—Así es, voy a irme.

—¿Irte? ¿Pero a dónde?

—De regreso a casa, supongo.

—Esta es tu casa.

No, aquella no era mi casa, tal vez fingí que lo era durante un tiempo y fui feliz con eso, no obstante, en ese instante me sentía peor que una intrusa. El lugar estaba incompleto sin Cam y necesitaba que regresara.

—Voy a estar bien, no se preocupen.

Emily tocó mi hombro y cuando le presté atención, su mirada recelosa me recordó que ella era

la única que sabía que no tenía ninguna casa a donde ir. Hice un movimiento imperceptible, rogándole que no dijera nada y su gesto cambió a uno de compasión.

—Vamos a extrañarte —dijo moviendo sus manos.

—Y yo a ustedes, por eso le prometí a Ángela que voy a visitarlas y llamarlas todo el tiempo.

Las abracé conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir. Los hombres no se movieron de su sitio y no dijeron nada, tampoco esperaba que lo hicieran. No solo los engañé, sino que arrastré a sus esposas en mi engaño.

Cuando me disponía a regresar a mi habitación para tomar mi maleta, Alexy por fin habló.

—Lamento que hayas sentido la necesidad de mentir y de esa forma hicieras pedazos los sentimientos de Cameron. —Ahí estaba la estocada final para mis sentimientos destrozados.

—Créeme, nadie lo lamenta tanto como yo —hablé, tratando de que mi voz sonara lo más firme posible. Dicho esto, giré y abandoné el lugar.

Escuché pasos a mi espalda y un momento después mis hermanas me alcanzaron. Esperaron a que pidiera el taxi y luego me acompañaron hasta la puerta trasera que daba al callejón. No se aventuraron a ir más allá porque tenían prohibido salir en la noche. Así que me despedí de ellas entre lágrimas y abrazos.

Arrastré mi maleta hasta la calle principal, donde se suponía que me recogería el taxi que me llevaría al aeropuerto. Esperé un tiempo bastante largo, durante el cual el clima decidió que no estaba lo suficientemente jodida, y una fuerte tormenta se desató sobre mi cabeza. Cansada de estar de pie y convencida de que estaba perdiendo el tiempo, comencé a caminar a la espera de que pasara otro taxi, no sin antes lanzar unas cuantas blasfemias al que no había llegado. Mi cuerpo empapado temblaba de frío y el peso de la maleta se estaba haciendo mayor, parecía que las cosas no podían ir peor, pero cuando el universo conspira en tu contra, lo hace con todo. Un automóvil que iba a toda velocidad pasó sobre un charco, lanzándome una gran cantidad de agua fría y lodo.

—¡Imbécil, hijo de puta! —grité, aunque era una pérdida de tiempo, pues el conductor ni siquiera escuchó. No obstante, eso no me detuvo, podía ser que le llegara la mala vibra que le estaba lanzando—. ¡Cabeza de chorlito, ojalá se te pinche una rueda, o mejor las cuatro! ¡Te deseo que choques con un poste y tu bolsa de aire no se abra para que tus dientes se rompan cuando tu estúpida cabeza se estrelle contra el volante!

—Parece que estás en problemas, ¿eh? —Salté ante la voz que apareció de la nada.

—Mierda, Nithael, casi me matas del susto.

—Supongo que estabas muy ocupada lanzando maldiciones, debo decir que es una buena colección de insultos la que tienes ahí. —Sabía que tenía el hábito de usar malas palabras, mi lista era larga y aumentó cuando conocí a Cam y tomé muchas de las suyas.

—¿Qué demonios haces en medio de esta tormenta? —pregunté, ignorando su comentario.

—¿Y me lo preguntas tú? —respondió enarcando una ceja.

—Bueno, a mí me echaron de la casa. ¿No me digas que Medhan se deshizo de ti también?

En lugar de responder a la broma, frunció el ceño.

—¿Te echaron en medio de este clima?

—En realidad cuando salí no estaba lloviendo, pero el taxi que pedí nunca llegó.

Negó con la cabeza y sin preguntarme nada, arrancó la maleta de mi mano y la alzó como si fuera una pluma.

—Vamos adentro, vas a conseguir una pulmonía.

—¿Adentro? —interrogué confundida.

—Medhan y yo vivimos ahí —contestó señalando la casa que estaba a su espalda.

—Ah, no sabía que ustedes vivieran tan cerca del bar.

Poniendo una mano en la parte baja de mi espalda, me guio al interior. Un suspiro aliviado escapó de mis labios cuando, al abrir la puerta, la calidez de la chimenea me alcanzó.

—Voy a buscar una toalla para secarte, ponte cómoda —me dijo antes de perderse de mi vista.

Pasado un minuto, el alivio de sentirme abrigada en su casa se esfumó cuando de alguna parte apareció un enorme lobo blanco. Me quedé paralizada mientras se acercaba a olfatearme. Seguramente él no pensaba que yo era la comida, ¿o sí?

—No, Winter no cree que seas su comida, solo siente curiosidad —respondió Medhan a mi pensamiento.

—¡Jesús! —exclamé cuando la sorpresa de escucharlo me golpeó—. Tienes que dejar de hacer eso, asustas como el infierno cuando respondes a algo que uno solo ha pensado —lo regañé.

Una sonrisa se dibujó en su atractivo rostro, tan parecido al de su hermano.

—Lo lamento, no puedo evitarlo. Por cierto, es muy extraño que nombres a Jesús y luego al infierno en la misma frase.

Nithael regresó con dos toallas, me tendió una y con la otra él mismo me ayudó a secar mi cabello. Lo hacía de forma suave y teniendo cuidado, y fue entonces que me di cuenta de algo: ninguno de los dos estaba extrañado de verme vestida de mujer, de hecho, Nithael me había dicho que me pusiera cómoda.

—Ya lo sabíamos —volvió a responder Medhan a mi pensamiento.

—¿Qué sabíamos? —interrogó su hermano, deteniéndose para cubrir mis hombros con la toalla que tenía en sus manos.

—Que yo era una mujer —respondí.

—Por supuesto que lo sabíamos, solo un ciego no se daría cuenta de eso —me dijo con una sonrisa.

—Eso sin contar con que te vistes como chico, pero no puedes evitar pensar como chica, incluso sé que te llamas Skye, he escuchado tu nombre en tus pensamientos varias veces —agregó Medhan.

—Buena esa parte de la información, no la conocía. Gracias, hermano, por compartirla —comentó Nithael con cierto sarcasmo—. ¿Fue por eso que te echaron del bar? —me preguntó mi caballero de brillante armadura. Asentí sin dar detalles—. Cameron es un imbécil por hacerte eso —dijo, tomándose por sorpresa cuando, rodeando mis hombros con su brazo, me acercó a su pecho.

—No fue él, a decir verdad, ni siquiera se encuentra en el bar. Fue Alexy quien me pidió que me fuera, y no lo culpo, yo les mentí.

El dolor de lo que había sucedido una vez más me embargó, extrañaba a Cam, y en ese momento, cuando más deseaba que me sostuviera en sus brazos, era otro quien lo hacía.

—Es mejor que vayas a cambiarte, dejé tu maleta en la habitación que está a la derecha, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Muchas gracias a los dos, pero no quiero molestarlos.

—No lo haces, ve y quítate esa ropa antes de que enfermes. Mientras te prepararé algo caliente.

—Aprecio mucho esto que estás haciendo —dije, poniendo la mano en su brazo.

Sus bonitos ojos de aquel extraño color violeta brillaron; era tan guapo, que estaba segura de

que, de no haber entregado mi corazón a Cam, podría haberme fijado en él. Cuando pasé por el lado de Medhan tomé su mano en la mía en un gesto de agradecimiento; él me dio un suave apretón y luego me soltó. Comprendí que había encontrado refugio en el lugar menos esperado.

Entré en la habitación, y cuando estaba a punto de cerrar la puerta, el lobo se coló detrás de mí. A pesar de ser un animal, te miraba de una forma que parecía que podía comprenderte. Lo dejé que me siguiera y cuando me acerqué a la cama para sacar ropa de mi maleta, se subió en ella y se acomodó.

—¿Así que vamos a dormir juntos? —le pregunté, acercando la mano despacio para acariciar su pelaje.

Al principio estaba algo temerosa, pero al ver que aceptaba mis caricias de buena gana, decidí que en realidad me gustaba bastante aquel hermoso ejemplar. Una sonrisa brotó de mis labios cuando comprendí que, vivía en un mundo demasiado extraño, de hombres que no eran humanos, demonios que se alimentaban de almas y lobos salvajes que se paseaban a sus anchas y dormían en tu cama, o, bueno, en ese caso en la de Nithael.

Tomé mi ropa y me metí al baño para ducharme, necesitaba quitarme lo rastros de agua sucia de la calle. Cuando estuve lista, peiné mi corto cabello y por un momento consideré la idea de dejarlo crecer otra vez. Volví a la sala para encontrar a los hombres sentados en la pequeña mesa del comedor. Ambos vestían de forma casual, Medhan con unos simples *jeans* azul claro y un suéter gris de cuello alto, su largo cabello estaba recogido en una coleta baja. Nithael, por su parte, se había cambiado la ropa que tenía cuando me encontré, y ahora estaba usando *jeans* negros y un suéter del mismo color de cuello en V. Su corto cabello permanecía en un atractivo desorden. Ver a uno solo de ellos era impresionante, pero a los dos juntos casi resultaba abrumador.

—¿Te sientes mejor, Dríade? —preguntó Nithael en cuando me vio.

—Lo estoy, gracias. Por cierto, ¿por qué me llamas así?

—Porque me recuerdas a una pequeña ninfa —respondió con naturalidad—. ¿Quieres comer algo?

No quería, pero ellos habían sido amables, así que solo asentí. Me senté al lado de Medhan y esperé hasta que Nithael regresó con una taza de humeante chocolate y un trozo de pastel de manzana.

—Así qué... ¿por qué ustedes no están molestos porque mentí? —pregunté dando un sorbo a mi bebida.

—Porque en realidad a nosotros no nos mentiste —respondió Nithael.

—Además, seguro tuviste alguna razón para no decir quién eras —agregó Medhan. Por supuesto que la tenía y sin proponérselo, sus palabras trajeron a mi cabeza imágenes que no quería recordar. Como en flashes, todo lo ocurrido aquella noche pasó por mi mente, cada detalle, el miedo y la desesperación que sentí. A pesar del tiempo transcurrido, cada vez que pensaba en eso un nudo de impotencia se formaba en mi pecho. Una gran mano cubrió la mía y cuando levanté la mirada, me encontré con los ojos de Medhan que habían cambiado de su habitual color violeta a un rojo profundo—. Detente —pidió.

La comprensión cayó sobre mí, él se había dado cuenta de todo lo que había en mi cabeza y sentí tanta vergüenza que quise huir.

—Lo lamento, no me di cuenta de que te estaba molestando.

—No me molestas tú, sino lo que hay en tus recuerdos.

—¿Alguien puede explicarme qué pasa? —demandó Nithael—. Sería bueno que recordaran que, a diferencia de mi hermano, yo no tengo el superpoder de leer mentes.

Hice un gesto de súplica a Medhan para que no dijera nada, por toda respuesta este cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos, tenían su color habitual.

—Créeme, hermano, eres afortunado por eso —declaró de forma solemne.

—¿Así que tú consideras que las personas a veces pueden tener un buen motivo para mentir? ¿Qué no todas las mentiras provienen de malas intenciones? —pregunté a Medhan.

Este se encogió de hombros y tragó el trozo de tarta que tenía en su boca antes de responder.

—Supongo que, como en todo, hay buenas y malas intenciones. Eso depende más de las circunstancias que de las personas en sí.

—¿Alguna vez te has preguntado cuál fue el motivo por el que te engañó Nayleen para robar el libro?

Su espalda tensa y su fría expresión fueron una clara muestra de que mi pregunta lo había molestado.

—Por regla general no pienso en ella.

Incluso a mí, una simple mortal que no sabía mucho del mundo, me sonó falsa su respuesta.

—Hace algunas semanas estuvo en el bar —comenté, midiendo su siguiente reacción.

Su ceño se frunció y sus manos aferraron la taza tan fuerte que esta explotó lanzando gotas de chocolate y trozos de porcelana por todos lados.

—¡Diablos! —exclamó Nithael.

Los dos saltamos fuera de nuestras sillas al mismo tiempo.

—Tengo que salir —dijo Medhan. Y abandonando la mesa, se dirigió a la puerta.

—Afuera está diluviando —advertí, pero fue tarde, él ya se había ido—. Lo lamento, no debí mencionar a Nayleen —me disculpé, comenzando a ayudar a recoger el desastre.

—No te preocupes, pero ya que lo dices, creo que me gustaría conocer a la mujer que con solo nombrarla logra que mi normalmente sereno hermano enloquezca.

—Todo limpio —dije cuando terminamos de recoger, un rato después—. Si esto fuera una escena de crimen no habría ninguna prueba del delito.

—Eres buena escondiendo delitos entonces —bromeó—. ¿Te gustaría sentarte a conversar un rato, o ya quieres ir a dormir?

—Conversar suena bien.

Nos sentamos en el sofá de la sala y me alejé cuando él se acomodó muy cerca de mí, su rodilla casi rozando mi muslo.

—¿A dónde ibas cuando te encontré en la calle? —preguntó y entonces recordé.

—Oh, mierda, perdí mi vuelo.

—¿Vuelo?

—Sí, pensaba ir a Chicago.

—¿Y qué hay en Chicago? —indagó.

Pensé en su pregunta con tristeza.

—Nada, allí ya no hay nada.

—¿Entonces por qué estabas yendo? ¿Querías huir de Cameron?

—En realidad solo intentaba evitarle la molestia de verme.

—¿Y por qué no querría verte? —preguntó acariciando mi mejilla con sus dedos.

—Él me odia —confesé sin poder ocultar la derrota en mi voz.

—Cameron no te odia, puede que sea joven, pero no es tan imbécil.

—Hablas como si tú fueras muy viejo —comenté estudiándolo. Él parecía tener la misma edad de Cam y ambos no se veían mayores de veinticuatro o veinticinco.

—Pues en realidad lo soy, demasiado viejo para siquiera pensar en ello.

—¿Cuántos años tienes? —interrogué curiosa.

Se acomodó quedando de perfil.

—Creo que ya perdí la cuenta de mi edad exacta o de la fecha en que nací, solo sé que sucedió doscientos años después del nacimiento de Medhan.

Intenté procesar la información con algo de conmoción. Sabía, por lo que habían dicho los hombres en el bar, que Medhan había nacido hacía alrededor de veinte mil años, lo que quería decir que Nithael estaba cercano a esa edad.

—Vaya, eso es mucho. —Me callé pensando que lo había ofendido con mi comentario, pero él estaba sonriendo.

—Antes de que me sigas recordando lo anciano que soy, es mejor que vayas a descansar, ya es un poco tarde.

—Tienes razón... —Hice una pausa, cuando de nuevo lo que dije sonó mal—. Me refiero a la hora, en realidad no eres un anciano, la cantidad de mujeres que te miran cuando pasas por su lado queriéndote quitar la ropa lo confirma, ya que no creo que nadie sea tan enfermo de querer desvestirse a su abuelo —expliqué de forma apresurada—. ¿Sabes qué? Mejor olvídale, creo que cuando intento arreglarlo lo arruino más.

Se rio con fuerza dejando ver sus brillantes dientes blancos.

—Lo sé, pero es divertido escucharte intentarlo.

—Eres malo —lo acusé mientras me dirigía a su habitación. Deteniéndome en la mitad del camino, giré para encontrarme con que todavía sonreía—. No quiero despojarte de tu cama, si quieres puedo dormir en el sofá.

—No te preocupes, estaré bien. De todos modos, voy a esperar a mi hermano para saber si ya se le pasó la locura que el nombre de Nayleen le causó.

—Está bien, que pases buenas noches.

—Igual tú, Dríade.

21

CAMERON



Por norma general, los lunes eran días de descanso para nosotros, además del único momento en que las chicas tenían permitido acercarse al bar, así que aprovechábamos para pasar la noche en familia. Me encontraba de pie en la barra con mi computadora encendida navegando por la red, intentando distraerme y no pensar en lo sucedido. Había llegado hacía unas horas al bar, después de cambiar de idea y quedarme cuatro días en la cabaña de Tarek. En cuanto me vieron, las chicas se lanzaron sobre mí pidiéndome perdón. Intenté seguir molesto con ellas, pero lo cierto es que las amaba, todas eran como mis pequeñas hermanas, y casi me vi obligado a perdonarlas; aunque en el fondo seguía sintiendo que, de cierta forma, me habían traicionado, sobre todo Alana, que era en quien más confiaba.

Maldije al percatarme de que, por estar distraído, había hecho una mala inversión y acababa de perder una pequeña fortuna. Dejé esa mierda de la bolsa de valores, si continuaba, iba a dejarlos a todos en la calle. Levanté la cabeza para ver que Alexy, Tarek y Marcus estaban conversando con Aidan, quien había ido de visita con Abby y Kevin; su mujer se encontraba sentada en una mesa con Alana y Emily, mientras el pequeño jugaba solo en un rincón con lo que parecía una nueva colección de superhéroes. Durante su conversación sentí la mirada de Aidan clavada en mí en todo momento, aunque escuchaba pequeños fragmentos de lo que decían, no estaba realmente prestando atención, por lo que no me enteraba de todo, pero al ser consciente de su escrutinio, imaginé que Alexy lo estaba poniendo al tanto de lo sucedido con Steven... “No, Steven no, Skye”, me corregí a mí mismo.

Seguí fingiendo que estaba concentrado en algo, aunque, para ser sincero, ni siquiera estaba seguro de lo que había en la pantalla, mi mente seguía yendo una y otra vez a ella, preguntándose en qué momento aparecería, y por qué yo seguía siendo tan estúpido como para esperar que lo hiciera. Los días transcurridos desde que descubrí el engaño no habían logrado aplacarme ni hacer que me sintiera mejor. Ángela no estaba tampoco, así que asumí que estarían juntas cuidando de Gunnar.

Alcané a ver por el rabillo del ojo a Aidan acercándose y quise salir corriendo, sabía que quería sacar a relucir su actitud de padre preocupado y no estaba de ánimo para aguantarlo.

—¿Podrías darme una copa de whisky? —preguntó quedándose de medio lado con el codo apoyado en la barra.

Tomé un vaso y lo deposité con más fuerza de la necesaria sobre la barra causando un sonido agudo, luego agarré la botella y sin prestar atención la llené casi hasta rebosar.

—Vaya, no sabía que existían los whiskies quíntuples —bromeó levantando el vaso, con

cuidado de no derramar su contenido.

—Bien, tienes tu trago, ahora suéltalo, di lo que sea que vayas a decir y no te quedes ahí solo mirándome.

—Hey, cuidado con tus palabras, no olvides que soy tu padre —me reprendió y continuó bebiendo—. Además, ¿cómo sabes que voy a decirte algo? ¿Acaso ahora lees la mente como Medhan?

Bufé y volví a prestar atención a la computadora.

—No creo que te hayas acercado aquí solo a beber un jodido whisky, estoy seguro de que, con tu dinero, debes tener algunos más finos y costosos en tu casa. No necesito leer mentes para saber tus motivos para estar ahí de pie fingiendo despreocupación.

Dejó salir un suspiro y volvió a dejar el vaso en la barra.

—Te daré la razón, la calidad de este licor es cuanto menos precaria —concordó con una mueca—. Demonios, ni siquiera sé cómo es que nadie se ha envenenado con esto aún. En cuanto a mis motivos para acercarme a ti, bueno, pueden ser muchos. Eres mi hijo, así que sería raro si no te saludara o intentara saber cómo estás.

—Primero: nadie se ha envenenado aún porque los clientes que vienen aquí no son tan estirados como para pedir un puto whisky, y segundo, ya me viste y sabes que estoy bien —le solté cortante.

—¿De verdad estás bien, Craig? —Apreté los puños, conteniéndome para no lanzar un puñetazo en su dirección; estaba seguro de que golpear a mi progenitor no me daría puntos en mi camino a la redención, en caso de que alguna vez quisiera encontrar alguna, claro. Cuando se dio cuenta de que no respondía, continuó hablando—. El hombre que me engendró era mi mejor amigo. —Fruncí el ceño, confuso por cómo había comenzado su discurso, pensando que tal vez el whisky de mala calidad estaba haciendo algún efecto negativo en él después de todo—. Durante doce años de mi vida él fue mi mentor, la persona a quien admiraba y quería imitar. Seguía sus consejos y me refugiaba en él cada vez que el hombre al que creía mi padre me golpeaba. Entonces, un día descubrí que no era hijo de quien pensaba, me habían engañado todo el tiempo; peor aún, la persona en quien más confiaba también me engañó cuando no me dijo quién era en realidad. Craig conocía mis penas y supo de mi dolor cuando me enteré de que no era hijo de Morog, aun así, eso no fue suficiente para atreverse a confesarme que él me había engendrado. Tuve que enterarme apenas unos minutos antes de que muriera, ¿y sabes qué aprendí de aquello? —Negué, sin salir de mi estado de confusión—. Aprendí que a veces las personas que nos aman también pueden mentirnos. Me hubiese gustado que Craig me contara la verdad antes y tener más tiempo para disfrutar de su cariño, pero no tuve la oportunidad, sin embargo, en mi corazón siempre supe que él me amaba.

—¿Y la conclusión es? —pregunté prestándole atención.

—La conclusión, Craig, es simple: cuando supe que eras mi hijo, pasé mucho tiempo observándote, queriendo aprenderlo todo de ti, lo que me llevó también a prestar atención a... ¿cuál es su nombre?

Apreté los labios, no quería decirlo en voz alta, porque si lo hacía se sentiría real; sería aceptar que Steven no existía y que en su lugar estaba ella.

—Skye —respondí en voz baja.

—Skye —repitió el nombre haciendo que me estremeciera—. Significa...

—Cielo —terminé por él.

Una sombra de sonrisa apareció en sus labios.

—La observé también, ya que ustedes parecían un ente único todo el tiempo, tú te movías a su compás y ella al tuyo, además, si es verdad que una mirada puede expresar un mundo de sentimientos, la suya siempre estaba llena de brillo cuando se enfocaba en ti. No era difícil saber cómo se sentía, aunque, por otra parte, tú resultabas confuso en ese sentido, al punto de que nunca se me ocurrió que pudieras albergar sentimientos por tu “amigo”. —Remarcó la última palabra y esto me hizo sentir bastante incómodo.

—¿La estás defendiendo? —protesté, pensando que no era la reacción que esperaba de él.

—No, Craig, jamás pondría a alguien por encima de ti y menos si ese alguien te causa algún tipo de dolor. Lo que quiero explicarte es que, al igual que mi padre no fue sincero, tal vez esa chica tuviera motivos para no decirte la verdad, y eso no significa que sus sentimientos sean menos válidos.

Abrí la boca queriendo darle una respuesta, pero fui interrumpido por Ángela, que llegó llevando a Gunnar en brazos. Su rostro estaba blanco y se veía bastante triste.

—¿Dónde está Skye? —preguntó Abby desde su posición sentada con Alana y Emily.

—Se fue hace unos días —respondió Ángela en voz baja.

Traté de procesar esa información y lancé una mirada acusadora a Alexy; era el único con quien había hablado los días que estuve fuera y nunca mencionó que ella se hubiese marchado.

—Era lo menos que podía hacer después de habernos tomado por tontos —declaró Tarek.

Su mujer lo fulminó con la mirada.

—¿Sabes a dónde fue? —preguntó otra vez Abby y quise agradecerle que hiciera la pregunta que deseaba hacer yo, pero eso también me hizo darme cuenta de algo. Ella, al igual que las demás, sabía la verdad sobre Steven.

Miré a Aidan, interrogante, y este asintió, confirmando mis sospechas.

—A Chicago, su abogado le está resolviendo el asunto de su herencia, pero me preocupa que no haya llamado, hace tres días que se fue, ya deberíamos tener noticias de ella —manifestó Ángela.

La tensión en mi cuerpo aumentó, ella no podía haberse ido tan lejos, ahora mi corazón estaba soportando un nuevo golpe, la idea de no verla más. Todos vimos a Emily levantar la mano, llamando la atención de la mujer de Tarek.

—No creo que haya ido allí —dijo, moviendo las manos.

—¿Qué está diciendo? —inquirió la mujer de Aidan, la única que todavía no conocía por completo el lenguaje de señas.

—¿Qué te hace pensar eso? —interrogó Ángela a Emily, sin responder la pregunta de Abby. La pelirroja esposa de Marcus dudó, como si no supiera si era correcto responder—. ¿Emily?

—Su abogado la llamó, Skye no puede recuperar su herencia, es por eso que comienza a preocuparme que no sepamos nada de ella. Tal vez deberíamos pensar en buscarla.

—¿Por qué no puede recuperar su herencia? —preguntó Ángela, acercándose a su marido para entregarle el bebé y centrarse por completo en la otra chica.

Me quedé allí, pareciendo ajeno al intercambio, pero procurando no perder detalle de lo que se dijera, ya que eso afectaba a la chica de la que estaba enamorado como un loco.

—Tu padre gastó todo su dinero, no le quedó nada.

Ángela dejó salir un sonido ahogado y se llevó la mano a la boca mientras comenzaba a negar.

—Él no pudo hacerle eso, no después de... —No terminó y deseé que lo hiciera, quería saber los secretos de la persona a la que creí conocer durante un año y que al final resultó ser solo una extraña.

—Lo lamento —se disculpó Emily—, ella no quería decirte nada. Según me contó, su abogado descubrió que tu padre usaba su dinero para, supuestamente, ayudar a una fundación de mujeres y niñas con problemas, que resultó ser una casa de prostitución.

—Santo cielo, la fundación de la que tanto hablaba, y que nunca conocimos. Siempre que le pedía ir allí para ayudar me daba alguna excusa.

—Hay algo más, su socio era Clint Fontana.

Esta vez fue Abby quien jadeó, retrocediendo. En apenas un parpadeo, Aidan estuvo a su lado para sostenerla. Tarek pareció olvidar su enojo y se acercó a consolar a su esposa, que tenía el rostro cubierto de lágrimas.

—No puede ser —dijo Ángela llorando y aferrándose a su esposo.

—¿Por qué se fue? —demandé, sorprendiéndolos a todos. Enseguida ocho pares de ojos estuvieron fijos en mí—. ¿Acaso es tan cobarde que prefiere huir a tener que enfrentarse a lo que hizo? —No sabía por qué me sentía tan furioso al saber que ella se había ido, pero de alguna forma era como si me hubiese abandonado.

Ángela no respondió, en cambio, le dirigió una mirada acusadora a Alexy.

—Yo le pedí que se fuera —respondió este sin perder su semblante tranquilo.

En ese momento escuchamos el ruido de un trueno, afuera se estaba desatando una tormenta y eso me hizo pensar en Skye sola en la calle y con frío. La furia pronto se convirtió en zozobra, no la quería herida ni sufriendo.

—¿Por qué hiciste eso? —grité con desesperación— ¿Acaso olvidaste que es humana? Debe de estar asustada y sin saber a dónde ir.

—Lo lamento, pensé que era lo que querías.

Mis ojos se pusieron rojos y tomé aire tratando de recuperar la calma.

—¿Cuándo vas a dejar de decidir por mí y pensar qué es lo que quiero? Nunca dije que quería que ella se fuera.

Alexy se masajeó el rostro, frustrado.

—Cameron, intento hacer lo mejor por ti, estabas enojado porque ella te mintió, porque nos mintió a todos. —Retrocedí sabiendo que sus intenciones no habían sido malas, el problema con Alexy era que se preocupaba demasiado por mí—. Además, no tienes de qué preocuparte, ella está bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Medhan vino aquí la noche que ella se fue, me dijo que Nithael la encontró en la calle y la llevó a su casa. Se está quedando con ellos.

Una imagen de Nithael mirando a Steven vino a mi cabeza, una vez más mis ojos cambiaron de color y sentí deseos de matar a alguien. Recordé el estúpido apodo y en un instante algo hizo clic. Maldije y golpeé la barra, mi computadora cayó y se estrelló contra el piso.

—Hijo de puta —ladré.

—¿Craig? —llamó Aidan.

Lo ignoré y comencé a caminar hacia la puerta.

—Cameron, ¿qué está pasando? —preguntó Alexy siguiéndome.

—Lo voy a matar —dije sin detenerme.

—¿A quién vas a matar? —interrogó, tomándome del brazo para hacer que me parara.

—Él lo sabía, siempre lo supo.

—Hermano, ¿podrías ser más explícito? No estamos entendiendo una mierda —declaró Tarek.

—Nithael, él sabía que Steven era mujer.

—¿Qué te hace pensar que lo sabía? —preguntó Aidan, acercándose hasta donde Alexy me seguía reteniendo.

—Él la llamó “dríade”.

—Una ninfa —dijo, y me sentí estúpido porque él lo captara enseguida y yo hubiese tardado tanto en darme cuenta del significado.

—Parece que nuestro hermano silencioso no era el único que nos ocultaba secretos —comentó Tarek lanzándole una mirada de censura a Marcus, quien mantuvo su semblante en blanco.

—Suéltame —ordené a Alexy y moví mi brazo para liberarme.

—No puedes ir allí y enfrentarte a Nithael, él y Medhan te matarán antes de que puedas parpadear.

—¿Acaso piensas que soy tan débil? —bufé, sintiendo la furia recorrer mi cuerpo. Estaba a punto de cambiar de forma y atacarlos a todos si no me dejaban ir.

—No, pero Medhan es poderoso y no creo que vaya a quedarse de brazos cruzados viendo cómo atacas a su hermano.

—Voy a ir a buscarla —siseé entre dientes.

—¿Por qué harías tal cosa?

—Porque es mía —declaré sin vacilar.

Su cabeza se movió en aceptación.

—Yo voy contigo, la traeremos, pero sin causar problemas. —Sus palabras parecían más una advertencia, una que no me tomé muy bien.

—No necesito que me sigas, puedo hacerlo solo. —Me zafé de su agarre y retrocedí para impedirle alcanzarme de nuevo.

—Si no dejas que uno de nosotros vaya contigo, no saldrás de aquí —amenazó Aidan y deseé romperles la cara a los dos.

No respondí nada, solo abrí la puerta y salí, que fueran ellos los que decidieran quién me acompañaría, a mí me importaba una mierda. Luego quise darme cabezazos con las paredes cuando me di cuenta de que los dos me habían seguido; conociéndolos, debí imaginar que lo harían.

La casa de Medhan estaba a apenas unas calles y, por fortuna, a esa hora y con la lluvia que estaba cayendo, todo estaba solitario, por lo que empleé toda mi velocidad y me tomó apenas unos segundos llegar allí. La puerta se abrió antes de que pudiera llamar y Nithael apareció en el marco, cruzándose de brazos e impidiéndome entrar.

—Me estaba preguntando cuánto tiempo te tomaría venir por ella. Lo que no imaginé fue que trajeras a tus papis contigo.

Sus palabras terminaron por desatar mi furia. Sin pensarlo, cambié de forma y me lancé sobre él, tomándolo del cuello con una de mis garras, lo empujé dentro de la casa y estrellé su espalda contra la pared, en la que se abrió una gran grieta.

—Cameron, suelta a mi hermano —demandó Medhan, pasando por nuestro lado con una tranquilidad que me sorprendió—. ¿Alguien desea beber *sbiten*? Es una bebida que aprendí a preparar cuando vivía en Rusia.

Por un segundo me distraje y esto le dio tiempo a Nithael de empujarme lejos, lanzándome sobre una maceta que quedó hecha trizas. Me puse de pie, dispuesto a atacarlo de nuevo, pero Alexy y Aidan se pusieron frente a mí para detenerme.

—Cameron, déjalo ya —ordenó Alexy.

—¿Dónde está? —demandé, mirando con odio al sujeto a quien quería matar.

Él se mostró tranquilo y me sonrió, condescendiente.

—Dríade está bien.

Sí, iba a matarlo.

—Siempre lo supiste, ¿verdad?

—¿Cómo no saberlo? No es mi culpa que tú estuvieras ciego.

Al menos no fingió desconocer de qué le hablaba y tuve que darle crédito por eso. Estaba a punto de arremeter contra él otra vez, cuando la voz de Medhan me detuvo.

—Cameron, no vuelvas a atacar a mi hermano. —Sabía que me estaba amenazando, aunque por su tono de voz, en apariencia aburrido, cualquiera pensaría que solo me hablaba del clima—. El *sbiten* es muy bueno durante el invierno, ayuda al cuerpo a mantenerse caliente.

—Puedes dejar tu mierda. ¿Dónde está ella? —exigí, cansado de su estupidez.

—Si te refieres a la chica, está dormida en la habitación de Nithael.

Era mejor que se hubiese callado si quería impedir que matara a su hermano. Pensar en ella en su habitación fue todo lo que necesité. Mis garras fueron directo a su garganta, esta vez no lo tomé por sorpresa, en un parpadeo cambió de forma también, repeliendo mi ataque.

—¡Basta! —ladró Medhan, poniéndose en medio. Seguía con su taza de lo que sea que estaba bebiendo y no parecía ni un ápice perturbado porque dos demonials estuvieran luchando en su pequeña sala de estar.

—Nithael, Cameron vino a buscar a su mujer, así que deja que se la lleve.

—Ella no es su mujer —declaró el aludido.

—Si pudieras escuchar lo que piensa la chica cada vez que está cerca de él, no estarías tan convencido de lo que dices.

Ahora el hermano mayor había conseguido un efecto positivo en mi estado de ánimo, no sabía si a propósito, pero no me importaba; era cierto, tal vez ella no era mi mujer en el sentido literal de la palabra, pero seguía siendo mía. Miré a Nithael con una sonrisa indulgente. Sus ojos violetas ahora ardían en un intenso rojo.

—Se irá solo si ella quiere; si no, cortaré tu cabeza antes de permitir que te la lleves.

—Me la llevaré y me gustaría verte intentando impedírmelo —lo reté.

No tuve tiempo de decirle nada más, porque en ese momento escuché los gritos de Skye y estos hicieron que todo rastro de animadversión desapareciera de mi cuerpo. Lo único en que pensé fue en protegerla.

22

SKYE



Mi sueño se vio interrumpido por un fuerte estruendo proveniente de la sala, seguido de voces, me pareció que una de ellas era la de Cam y, apartando las sábanas, me puse de pie con rapidez. Me dirigía a la puerta, cuando escuché el gruñido de Winter, al mirarlo, vi que tenía el pelaje del lomo erizado y enseñaba los dientes. Un extraño escalofrío recorrió mi cuerpo cuando miré en la dirección en la que el lobo gruñía. Allí estaba la sombra que creía haber imaginado. No sabía describir con exactitud su forma, solo que, aunque su cuerpo tenía un aspecto humanoide, su rostro era aterrador. Sus ojos de un color amarillo brillaban, sus dientes afilados quedaban expuestos, y en lugar de nariz tenía dos agujeros. Dos cuernos sobresalían de sus mejillas y dos más de su frente.

—*El tiempo se acaba... el tiempo se acaba* —repetía una y otra vez.

De pronto me tomó por sorpresa al aumentar de tamaño. Winter dejó salir un aullido y yo grité cuando la presencia se lanzó sobre mí. No registré que la puerta se abriera y cuando sentí unos brazos rodeándome, grité con más fuerza y me retorcí, intentando liberarme del agarre.

—Shhh, tranquila, soy yo, Cam.

Esa voz, susurrada en mi oído, fue todo el bálsamo que necesité, mis piernas dejaron de sostenerme y me derrumbé, por fortuna mantuvo su agarre y dejándome resbalar, me retuvo en sus brazos hasta que quedé de rodillas, con él rodeando mi cuerpo de forma protectora. Traté de llevar aire a mis pulmones, pero no lograba respirar con normalidad, mi cuerpo temblaba de forma violenta y una sensación de fatalidad me embargaba.

—¿Skye? Háblanos —escuché que decía Nithael y luego su rostro apareció frente a mí—. Tranquila —comenzó, alargando la mano en mi dirección solo para que esta fuera apartada de un tirón.

—No te atrevas a tocarla —amenazó Cam.

—El... el demonio —alcancé a decir en medio del castaño que producían mis dientes—. Él estaba aquí, vino por mí.

—Cariño, aquí no hay ningún demonio —explicó Nithael y escuché el gruñido de Cam a mi espalda—. ¿Puedes dejar de comportarte como un imbécil posesivo?

—¿Y tú puedes dejar de intentar acercarte a mi mujer antes de que arranque tu maldita cabeza?

—Los dos tienes que tranquilizarse —intervino Medhan y entonces fue cuando noté que también estaban Alexy y Aidan—. Skye, creo que tuviste una pesadilla, los demonios no pueden entrar aquí, si hubiese uno, todos los habríamos sentido.

Comencé a negar, no sabía cómo explicar lo que estaba pasando. Lo había visto y estaba

convencida de que Winter también, aunque el testimonio del lobo no servía de mucho en ese momento. Todo me resultaba confuso, cerré los ojos e intenté proyectar una imagen de lo sucedido, sabiendo que Medhan podría verlo, pero por alguna razón todo estaba en blanco.

—Es mejor que regreses a la cama y trates de descansar —propuso Nithael.

—Ella se va conmigo —declaró Cam poniéndose de pie y levantándose en sus brazos.

—Al menos podrías dejarla decidir qué quiere —expresó, con la furia bullendo en sus ojos—. ¿Dríade, quieres ir con él?

El agarre de Cam sobre mí se ajustó y supe que, si decía que iba a quedarme, se desataría una pelea y no quería eso. Nithael y Medhan me habían acogido en su casa durante los últimos tres días y me habían hecho sentir cómoda allí, por lo que no podía agradecer su hospitalidad causando una disputa.

—Voy a irme con Cam —le respondí y pude ver la decepción en su rostro.

—Está bien, pero si necesitas un refugio, no dudes en llamarme.

—Lo haré, gracias por todo.

Antes de que pudiera decir algo más, Cam salió de la habitación cargando conmigo.

—Déjame en el piso, puedo caminar. —Siguió caminando como si no me hubiese escuchado y eso me molestó—. ¿Podrías dejar de actuar como un completo idiota? No puedo solo irme así, necesito la maleta con mis cosas.

—Aidan, Alexy, ya que fueron tan amables de venir conmigo, ¿podrían encargarse de sus cosas? —gritó por encima del hombro.

Cuando alcanzamos la calle sentí como si estuviera en un *déjà vu* de la noche en que llegué. Un torrencial aguacero caía sin piedad, Cameron se inclinó para cubrirme con su cuerpo y evitar que me empapara. Recorrió el camino tan rápido que en un minuto estábamos en la puerta de Medhan y en el siguiente atravesábamos la del bar.

—Skye —escuché la exclamación de Ángela y no tuve tiempo de responderle. Mi transporte pasó frente al grupo de asombradas chicas, se dirigió por el pasillo en dirección a la vivienda, luego abrió la puerta de mi antigua habitación y me lanzó sobre la cama.

—No se te ocurra volverte a ir, y menos meterte de nuevo en la cama de Nithael —advirtió.

Bueno, ahora no solo estaba desconcertada, también furiosa por su insinuación.

—Vete a la mierda, Cameron, yo no me metí en la cama de nadie, él me prestó su habitación porque no tenía otro lugar a donde ir. ¿Acaso piensas que soy como tú que te acuestas con cualquiera? —grité deseando poder estampar mi puño en su bonita cara.

—Sí, y por acostarme con cualquiera fue que casi termino haciéndolo con Steven, ¿y qué crees? Resultó ser una completa farsa.

Eso dolió, más que cualquier golpe.

—Cam...

Antes de que pudiera decirle algo más, salió cerrando la puerta detrás de él con fuerza. Al momento siguiente las chicas entraron en una pequeña estampida.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Alana.

—Adoptaré la frase favorita de Tarek: “Que me condenen si lo sé” —respondí y volví a fijar mi atención en la puerta.

—Debiste haberlo visto, se puso hecho una furia cuando supo que estabas en casa de Nithael —explicó Abby—. Estaba como un loco celoso.

—Cam no estaría celoso por mí —dije, negándome a tener alguna esperanza.

—Claro que lo estaba —agrego Alana—. Y con toda la razón.

Cuando todas volteamos a verla de forma interrogante, levantó los hombros de forma despreocupada.

—¿Qué? No me digan que ninguna se ha fijado en Nithael —acusó y las demás nos miramos unas a otras antes de comenzar a asentir.

—Por supuesto —fue Abby la que habló—. No me malinterpreten, amo a Aidan, ese hombre es mi mundo y pienso que es el más guapo que puede existir, pero es imposible mirar a Nithael y Medhan y no reconocer su atractivo.

—Exacto —continuó Alana—. Abby sabe a lo que me refiero, yo también amo a Alexy más que a mi vida, pero no estoy ciega.

—Ninguna lo está —señaló Emily con una sonrisa.

—Y, de todos modos, ¿cómo fue que terminaste en la casa de los hermanos? —preguntó Abby—. Ángela dijo que te habías ido a Chicago.

Apreté los labios, molesta al recordar el motivo por el cual no alcancé a llegar al aeropuerto y terminé en el lugar menos esperado.

—El estúpido taxi que pedí nunca llegó, por lo que intenté conseguir otro, pero estaba cayendo un diluvio, un auto que pasó muy rápido terminó empapándome, así que Nithael solo apareció, como los héroes de las películas y me invitó a quedarme en su casa. Cuando recordé que debía llegar al aeropuerto, ya era tarde, y había perdido mi vuelo, me quedé esa noche pensando que podía conseguir otro al día siguiente, pero no había ninguno disponible.

—Menos mal que estaba allí, no quiero imaginar lo que te habría pasado en la calle y sola en la noche —comentó Ángela.

—Sí, fue bueno que apareciera, él y Medhan fueron muy amables y me trataron bien. Y su enorme lobo blanco, llamado Winter, durmió conmigo todo el tiempo.

—Lo conozco —dijo Emily—. Es realmente lindo.

—¿Qué dijo? —preguntó Abby, como hacía cada vez que se perdía algo de lo dicho por Em. Cuando le explicamos, miró a la pelirroja con un gesto de disculpa—. Lo lamento, Emily, te prometo que pondré más empeño en aprender el lenguaje de señas.

La otra correspondió con una sonrisa. Un suave toque en la puerta nos interrumpió y luego esta se abrió. Alexy se asomó y depositó mi maleta a un lado.

—Creo que vas a necesitar tus cosas —dijo y luego de lanzar un beso a su esposa, se fue.

Ella suspiró, soñadora, como hacía cada vez que él estaba cerca.

—Parece que ustedes se reconciliaron —comenté sintiéndome más tranquila.

—Lo hicimos —respondió con una sonrisa—. Y si no fuera porque me asusté mucho pensando que iba a dejarme, te daría las gracias, la reconciliación estuvo de lo mejor.

—Ya lo creo —intervino Ángela—. Se pasaron toda la noche encerrados en la oficina, diría que tendrás suerte si para este momento no tienes ya un pequeño Alexy ahí —dijo señalando el estómago de la rubia.

Ella abrazó su torso suspirando.

—Qué más quisiera, pero parece que yo no tengo la suerte que tuviste tú.

—¿Estás pensando tener un bebé? —pregunté curiosa.

Asintió sin dudar.

—Me encantaría, sueño con tener un hijo de Alexy y que se parezca a él, sería la cosa más bonita.

Todas nosotras éramos tan jóvenes, que de alguna forma me parecía extraño que pensáramos en hogar con hijos y esas cosas. La mayor era Ángela que tenía veintitrés, luego yo que cumpliría

veintidós en pocos meses y Emily que acababa de cumplir veintiuno. Alana y Abby apenas llegaban a los diecinueve, a la última todavía le faltaban unas semanas para cumplirlos.

—Yo, en cambio, no pensaré en tener más hijos hasta que Gunnar sea adulto, a veces me siento tan cansada.

—¿Qué hay de ustedes, piensan en hijos? —interrogué a Abby y Emily.

—Yo no, al menos no por el momento, tengo casi diecinueve y he sido madre desde que cumplí siete cuando nació Kevin, eso es más de la mitad de mi vida. Sin contar con que Aidan apenas acaba de encontrar a Cam y todavía sigue buscando la forma de acercarse a él, además de estar criando a Kevin como suyo. Lo que quiere decir que ya tenemos hijos suficientes, por suerte tenemos toda la vida para tener otros.

Llegó el turno de Emily, yo conocía su miedo a no ser buena madre y esperé para ver si lo diría a las demás.

—No lo sé, no he pensado en eso, a veces creo que no lo haría bien y eso me asusta —confesó, moviendo las manos despacio para que entendiéramos, al tiempo que Alana iba traduciendo para que Abby se enterara de lo que estaba diciendo—. No es que no quiera tenerlos, pero no creo que sea el momento, quiero ser un poco egoísta y tener a Marcus para mí sola un poco más.

Todas sabíamos que para la pelirroja no había nada más en el mundo que su marido.

—Es bueno que tengan todo el tiempo, así que ahora o dentro de cien años, será igual —les dije, alegrándome porque cada una de ellas era feliz.

Continuamos hablando un rato más hasta que se hizo demasiado tarde. Abby y Ángela abandonaron mi habitación, la primera tenía que regresar a su casa y mi prima debía alimentar al bebé. Emily y Alana se quedaron un poco más, hasta que Marcus apareció buscando a su esposa y ella corrió a sus brazos encantada. Luego de esto, Alana también se despidió y se fue.

Al día siguiente no lograba animarme a salir de la habitación, si bien era cierto que Cam me había traído de regreso, no era tan ilusa como para pensar que eso significaba que ya me había perdonado. Pasadas varias horas, me convencí a mí misma de que no podía estar escondida como un conejo en su madriguera; si iba a quedarme en el bar, tenía que hacer algo, por lo que, dándome ánimo, salí en busca de Alexy para pedirle que me permitiera regresar a trabajar. Por fortuna no tuve que ir muy lejos, pues lo encontré bajando la escalera que llevaba a la vivienda.

—Hola —saludé de forma tímida.

—Hola, Skye —respondió y me pregunté si para él resultaba tan extraño usar mi verdadero nombre como para mí escuchárselo—. No puedo creer que no nos hayamos dado cuenta de que eras mujer, no hay un solo rasgo masculino en ti —comentó de pronto.

—De nuevo lo lamento y te aseguro que no lo hice con mala intención.

—Supongo que no —fue su escueta respuesta.

—Me preguntaba si tal vez podría hablar contigo —comenté dubitativa, poniendo las manos detrás de mi espalda.

—Por supuesto, ¿quieres ir a la oficina?

—En realidad lo que quiero decirte no es muy privado, solo quería preguntarte si es posible que vuelva a trabajar en el bar, ya sé que ustedes están molestos y que no merezco que me acepten, pero ahora mismo no sé qué otra cosa hacer.

Se quedó estudiándome un momento, de una forma que me hizo sentir incómoda. Alexy era de esa clase de personas que nunca expresan en su rostro lo que están pensando, así que cualquier

cosa que dijera te caía de sorpresa.

—Es cierto que estamos molestos contigo, sin embargo, también es cierto que fue Cam quien decidió traerte de regreso, y yo no pienso discutir sus decisiones. Ya que vas a quedarte, pues no veo problema en que retomes tu empleo.

—Muchas gracias —exclamé recuperando un poco la tranquilidad que había perdido en días pasados.

—Depende de ti ganar de nuevo la confianza que se te dio una vez —dijo antes de pasar por mi lado y alejarse.

Suspiré sabiendo que en muchas ocasiones la confianza es como un jarro de porcelana que se rompe y por más que se intente unir las piezas, estas nunca vuelven a encajar de forma exacta. Al menos tenía mi trabajo y eso sirvió para animarme un poco.

Esa noche, de regreso en el bar, fue como estar en casa; era extraña la forma en que aquel lugar me resultaba familiar y acogedor. No había visto a Cam, así que asumí que habría salido de caza. Corine era quien estaba en la barra, ella y las demás me miraron como un bicho raro cuando aparecí vestida de mujer. Todas comenzaron a soltar exclamaciones, algunas afirmando que siempre sospecharon que yo no era hombre y otras, como Lila, la amante de Cam, comentando que era obvio que había algo extraño en mí. Ignoré sus comentarios y me dediqué a lo mío.

Me encontraba atendiendo una de las mesas, cuando sentí que alguien rodeaba mi cintura con un brazo y me atraía a su regazo. Solté un grito cuando me percaté de que era uno de los clientes, un sujeto con el cabello largo hasta los hombros y cubierto de tatuajes, que tomó mi barbilla con su mano haciendo tanta presión que me causó dolor e intentó pegar su boca a la mía. Antes de que lo consiguiera, estampé mi puño en su cara. A pesar del ruido del bar, el rugido que surgió de la nada fue audible y cuando logré quitar las manos del sujeto de mí, Cam apareció a mi lado. Lo tomó por el brazo con el cual me estaba sosteniendo y lo dobló en su espalda, sabía que no estaba haciendo mucha fuerza, aun así, el tipo aulló de dolor y cayó de rodillas.

—¿No conoces las reglas, imbécil? No se puede tocar a las mujeres que trabajan aquí —le gritó—. Ahora quiero que te largues y si te vuelvo a ver, romperé cada uno de tus malditos huesos.

El hombre solo asintió y cuando Cam lo liberó, se puso de pie y casi salió corriendo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —me gritó, enfocando su furia en mí.

—Trabajando, ¿qué más iba a hacer?

—Eres una mujer, no deberías estar paseándote en medio de todos esos borrachos.

—¿Por qué no? Las demás lo hacen.

—Ellas tienen la fuerza suficiente para matar un hombre de esos con un solo golpe, en cambio tú eres...

—Una simple humana —terminé por él.

—No me refería a eso, además, no puedes creer que simplemente vas a salir viéndote así y ellos te van a pasar por alto.

Me miré sin comprender de qué estaba hablando, estaba vestida con unos *jeans* azul claro con rotos en mis rodillas, una camiseta de tirantes y mis *Converse*, ni siquiera usaba maquillaje para que no creyera que intentaba llamar la atención.

—Eso que acabas de decir es demasiado machista, sobre todo viniendo de ti —lo acusé, molesta.

—No lo estaba diciendo en ese sentido —se defendió.

—Ah, ¿no? Entonces explícame, ¿cuál es tu problema con la forma como me veo?

Se pasó la mano por la cabeza en un gesto que lo hacía lucir exasperado.

—Vas a hacerme decirlo, ¿verdad? Pues bien, el problema es que te ves jodidamente caliente y malditamente linda, pero esto tú ya lo sabes, así que no jodas conmigo y si vas a trabajar aquí, al menos mantente detrás de la barra o vete a la bodega, de paso nos haces un favor a todos y te quedas lejos de los imbéciles cabrones con complejo de pulpo.

Su declaración hizo que mi pulso se acelerara, una enorme y tonta sonrisa se dibujó en mis labios.

—¿Tú crees que soy linda? —interrogué.

Su ceño se frunció y me lanzó una mirada fría.

—No te hagas ilusiones, no te estaba declarando mi amor eterno, solo constatando un hecho, aún sigo pensando que eres una maldita mentirosa.

Me quedé de pie viéndolo marcharse, molesta y a la vez dolida, no entendía por qué había querido traerme de regreso si era obvio que mi presencia lo incomodaba.

CAMERON



Tenía que salir del bar, huir de ella o de los sentimientos que me provocaba. Era como si por primera vez la hubiese visto, cuando fui a buscarla a casa de Medhan estaba tan concentrado en mi ira, que apenas si reparé en ella, pero esta vez lo hice, la vi de verdad, a Skye, ya no más a Steven. Por primera vez la realidad me golpeó y lo hizo con fuerza, mi amigo no existía, pero la chica estaba allí y era tan hermosa que estuve a punto de sucumbir y besarla, o estrecharla en mis brazos, esta vez sabiendo a quién abrazaba realmente. Estaba luchando contra lo que sentía, una mezcla de sensaciones que no lograba controlar, a veces ganaba el enojo y otras el inmenso deseo de decirle que no importaba cuánto me hubiese engañado, que la perdonaba igual.

No me di cuenta de a dónde me dirigía hasta que me vi frente al edificio de Aidan; sabía la dirección, pero nunca había estado allí. Me sorprendí al percatarme de que, de forma inconsciente, buscaba refugio en su hogar. Estacioné la motocicleta y me dirigí al interior. Un hombre vestido con uniforme se encontraba en la recepción.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó, poniéndose de pie.

Este no parecía tan estirado como aquel del restaurante, lo que no evitó que de nuevo me sintiera inadecuado: mi recién descubierto padre sí que sabía cómo escoger los lugares.

—Vengo a ver a Aidan McKenna—respondí, esperando que no se pusiera pesado y me pidiera que me fuera.

—Un momento, voy a llamar para avisar que está usted aquí, ¿puede decirme su nombre?

—Cameron.

Me quedé de pie en mi lugar mientras hablaba, escuché la conversación y supe que fue Abby quien le respondió y le dijo que me dejara pasar. El hombre me hizo un gesto hacia el ascensor y me encaminé allí, entonces me detuve, al caer en cuenta de que no sabía en qué piso vivían.

—¿Podrías decirme que piso es?

—El último.

Por supuesto, tenía que ser el último, era McKenna, después de todo. Mientras subía, me quedé admirando la vista que las paredes de cristal del ascensor ofrecían de la ciudad, tenía que reconocer que era bastante impresionante. Cuando por fin llegué a mi destino, encontré a Abby de pie en la puerta del apartamento esperándome. Su largo cabello del color de la noche flotaba suelto a su alrededor como un manto. Como siempre que la veía, no podía evitar sentirme algo impactado por la belleza de la chica, aunque apenas si le di un vistazo, pues todos sabíamos que

ella odiaba que la miraran y sobre todo que alguien hiciera alusión a su aspecto físico.

—Hola —saludé asegurándome de no acercarme demasiado, ya que además de su esposo, su hermanito y algunas veces las chicas, no soportaba ser tocada por nadie más.

—Cam, qué gusto verte —saludó con una sonrisa—. Aidan se va a poner feliz de que hayas venido. Está en la ducha, así que espero que no me haya escuchado hablar con el portero y se sorprenda cuando vea que estás aquí.

—Te lo agradezco, espero no molestar al haber venido sin avisar.

—Claro que no, pasa.

Cuando entré, la opulencia me impactó y enseguida supe que jamás podría encajar en un lugar como ese. Todo a mi alrededor gritaba dinero y poder.

—Cam —gritó el pequeño Kevin, apareciendo de alguna parte y corriendo a abrazarme. Me alegró escuchar su voz, aunque esta sonara discordante por la falta de costumbre.

—Veo que ha progresado con las terapias —dije y su hermana asintió—. Lo estás haciendo bien, amigo. —Lo animé despeinando su cabello. Me agradaba bastante el chico.

—¿Te quedas a cenar con nosotros? —preguntó Abby, distrayéndome de la efusividad de su hermano.

—Yo no...

—Ni se te ocurra decir que no quieres molestar —me interrumpió como si pudiera leer mis pensamientos—. Si lo haces, usaré una sartén que tengo en tu cabeza —me amenazó y sonreí, se parecía mucho a las amenazas que usaba Alana.

—Siendo así, creo que voy a quedarme.

—Sabia decisión —dijo comenzando a alejarse, en el camino se detuvo y giró de nuevo en mi dirección—. Cam, no te he pedido disculpas por lo de Skye, lamento que ninguna te dijera la verdad, pero espero que sepas que no lo hicimos con la intención de jugar con tus sentimientos o burlarnos de ti...—Hizo una pausa y bajó la mirada al suelo antes de levantarla de nuevo y enfocarse en mí—. Cada vez que Skye mencionaba cómo tú ibas a odiarla cuando lo supieras, todas la animábamos diciéndole que no sería así, que tú mejor que nadie la podrías comprender, y ahora, viendo como está la situación, no puedo dejar de sentir que además de engañarte a ti, también la engañamos a ella.

—Yo no la odio —respondí a la defensiva.

—Pero tampoco estás dispuesto a perdonarla, o al menos preguntarle los motivos que tuvo para fingir ser alguien más.

—¿Y cuáles son esos motivos? —pregunté y la vi apretar los labios en una línea.

—No lo sé, Cam, en realidad ninguna de nosotras conoce las razones, ni siquiera Ángela, supongo que eso es algo que tendrás que averiguar tú, claro, si es que te interesa la respuesta.

Apenas terminó de hablar, se fue, supuse que en dirección a la cocina. Kevin me tomó de la mano, sacándome de mi estupefacción por las palabras de su hermana y me arrastró hasta la sala de televisión donde estaba preparado un video-juego. Comenzó a enseñarme todo lo que tenía, muy animado, y me fue contagiando un poco de su entusiasmo.

—¿Craig? —escuché la voz de Aidan y alejé mi atención de lo que trataba de explicarme el pequeño—. Qué gusto verte —dijo acercándose.

Me puse de pie y me tomó por sorpresa cuando me rodeó en un abrazo.

—Disculpa que viniera sin llamar —me excusé, alejándome.

—No digas eso, tú eres bienvenido cuando quieras, esta es tu casa. —Moví la cabeza sin decir nada que me pudiera comprometer, ya que no sentía aquel lugar de ninguna forma como mi hogar

—. ¿Te parece si vamos al estudio y conversamos un rato? —propuso.

—Por supuesto, muéstrame el camino.

Me condujo por un pasillo y abrió la puerta de su estudio haciéndose a un lado para invitarme a pasar.

—Es una buena vista la que tienes ahí —observé, fijándome en los grandes ventanales iguales a los de la sala.

Escuché la puerta cerrarse y me quedé de pie viéndolo pasar por mi lado, al tiempo que me hacía un gesto con la mano para que me sentara en el gran sofá.

—Bueno, ya que no puedo ver la luz del sol, tengo que desquitarme de alguna forma y tener la mejor vista de la noche. Aparte de que me ayuda a no sentirme encerrado, odio esa sensación.

No dijo nada más, pero tampoco era necesario, pasar trescientos años en una sucia mazmorra seguro convertía en claustrofóbico hasta al más fuerte.

—Lo entiendo —fue todo lo que dije, antes de desviar de nuevo mi atención a la iluminada ciudad.

—Si quisieras podrías tener esta vista —comentó sentándose a mi lado.

—¿Cómo?! —pregunté extrañado por su comentario.

—Que podrías venir a vivir aquí si quieres, no me refiero a este apartamento, no estoy seguro de que te sientas cómodo conviviendo con nosotros, pero dos pisos más abajo hay uno que estoy seguro te gustaría, tiene casi el mismo diseño de este, puede ser tuyo si lo quieres.

—Hey, detente, amigo, por favor. Deja de ondear tu chequera frente a mis ojos, ¿está bien?

Frunció el ceño.

—Lo lamento, Craig, no es mi intención ofenderte, solo que pienso que, si eres mi hijo, ¿por qué no podrías disfrutar de mi fortuna?

—Porque estoy bien como y donde vivo, no necesito tu dinero. De todos modos, ¿cómo fue que lograste conseguir tanto? —pregunté, pensando que, si me interesaba por algo suyo, tal vez olvidara la idea de ser el papi dadivoso.

—¿Te gustaría beber algo? —preguntó, dirigiéndose al bar.

Negué y lo vi llenar medio vaso de whisky. Caminó de vuelta, se sentó a mi lado y encendió un cigarro. Tomó un trago y luego dio una larga calada.

—Servir a Razvan me representó algún beneficio, yo era quien me encargaba de sus negocios ilícitos. Era bueno en eso y logré hacerlo ganar mucho dinero con la venta de armas. Así que me delegó todas las funciones, al principio comencé sacando pequeñas cantidades de sus ganancias e invirtiéndolas, así fue como comencé. Me interesé por los bienes raíces e hice algunas inversiones que me proporcionaron muy buenos frutos. Y de pronto, sin darme cuenta, tenía tanto dinero que ni siquiera sabía cómo gastarlo. Tener tiempo sin límites ayuda.

—¡Vaya! —exclamé, impresionado—. Yo también hago algunas inversiones, pero no soy ni de lejos tan bueno como tú, aunque tengo suficiente dinero ahorrado para poder vivir tranquilo durante algunos años y he ayudado a los demás a tener el suyo.

Me estudió un momento con un gesto indescifrable.

—Creo que lo has hecho muy bien, estoy orgulloso de ti.

Incómodo, me puse de pie y me acerqué al ventanal, cavilando que tal vez había sido mala idea ir allí. Y ni siquiera sabía que me había llevado hasta ese lugar.

—¿Por qué te molesta tanto que te haga cumplidos? —preguntó.

Me giré para enfrenarlo.

—La verdad, no lo sé, tal vez porque siento que solo buscas ganar mi aceptación.

—Y es justo eso lo que busco, Craig, que me aceptes.

—¿Por qué demonios sigues llamándome así? —repliqué, un poco molesto. Cada vez que usaba ese nombre me sentía como si se estuviera refiriendo a alguien más, a un completo desconocido.

—Porque ese es tu nombre, el que yo te di cuando naciste, el que tenía tu abuelo. —Dejé salir un suspiro frustrado, por alguna razón no lograba conectar con la idea de ser ese niño a quien él se refería—. ¿De verdad no merezco que al menos intentes verme como a un padre?

Me quedé viéndolo, pensando en la mejor manera de responder a su pregunta.

—No es que me cueste verte como a mi padre, lo que en realidad me cuesta es aceptar que tú me veas como otra persona. Toda mi vida he sido Cameron, el que trabaja en un bar, el que atiende borrachos y drogadictos cada noche para ganarse la vida, el que no soportaría usar un traje elegante y menos una maldita corbata sin sentirse asfixiado, pero tú insistes en que sea alguien más. No sé quién es ese Craig, no quiero vivir en uno de tus apartamentos lujosos, no quiero ir a restaurantes donde los meseros me vean y me traten como a un criminal. Todo eso me hace sentir incómodo.

Cuando terminé de hablar permaneció en silencio meditando mis palabras, como si en su cabeza estuvieran girando los engranajes que, por fin, conseguían conectar todas las piezas sueltas.

—Lo siento mucho, nunca he pretendido convertirte en otra persona, solo he querido acercarme a ti. No me daba cuenta de que lo estaba haciendo de la forma incorrecta. Cr... Cam, no te ofrecí vivir aquí porque quiera cambiarte, lo hice porque pensé que era algo que te gustaría. Entiendo que tu vida es diferente y estoy dispuesto a tratar de encajar en ella si con eso logro que me dejes entrar.

Abrí la boca para responderle, cuando me interrumpió el llamado a la puerta, esta se abrió y Abby asomó la cabeza.

—Perdón por molestar, pero la cena está servida y no quería que se enfriara.

—Está bien, *mo chridhe* —le dijo Aidan con una ligera sonrisa—. ¿Vamos, Cameron?

Asentí y comencé a seguirlo, pero antes de salir lo detuve, tenía que decir algo más.

—¿Sabes? Eres un gran sujeto, admiro toda esa fuerza que tienes y la voluntad que le pones a todo. Solo necesito un poco de tiempo para lograr encajar todo y comprender que mi vida no es solo aquello que he tenido siempre y que conozco, que hay una parte que apenas me está siendo revelada y con la cual tengo que reconciliarme.

—Lo entiendo, sé que debe de ser difícil y tal vez en mi afán por llegar a ti he pasado eso por alto, pero te prometo que te daré todo el tiempo que te haga falta y que siempre estaré aquí cuando me necesites.

Le agradecí por sus palabras, eran las que, sin saberlo, necesitaba escuchar. Antes de que nos fuéramos se acercó a mí y poniendo su mano en mi cuello, acercó su frente a la mía.

—Solo quiero que sepas lo feliz que me siento de por fin haberte encontrado.

Algunas horas después vagaba por la ciudad sin rumbo fijo. Haber ido a ver a Aidan fue de cierta forma liberador, pasar un rato con su familia se sintió bien, aunque yo mismo parecía ajeno a la escena. Él no me preguntó el motivo de mi visita y yo tampoco lo mencioné, como si en un acuerdo tácito hubiéramos decidido fingir que era una visita informal, como la de cualquier amigo.

Sin darme cuenta, terminé en el mirador Battery Spencer, donde alguna vez estuve con Steven.

Por momentos me dolía y me costaba aceptar que en realidad esa persona no existía. Era como si de pronto, además de perder a quien creía amar, también hubiese perdido a otro amigo, al menos con Raven sabía que estaba muerto y que no lo volvería a ver, pero Steven se había esfumado ante mis ojos.

Dejé la motocicleta en el estacionamiento y comencé a subir la colina. Eran las dos de la madrugada, por lo que no esperaba encontrar a nadie allí, pero me equivoqué: una pareja de turistas, tal vez inconscientes de la hora y del peligro, se besaban y tocaban de forma apasionada mientras un demonio los acechaba en las sombras. Si los humanos tuviesen un poco más de instinto de supervivencia, yo no tendría que jugar al puto héroe. Consideré la idea de irme y dejarlos a su suerte, total, no eran mi problema y al demonio seguramente lo encontraría de nuevo, ya que eran reacios a abandonar los lugares donde encontraban alimento seguro. No obstante, a diferencia de mis hermanos, yo sentía más empatía por los humanos, y no me molestaba tanto rescatarlos de su estupidez. Me quité la camiseta y la dejé caer al piso antes de hacerles notar mi presencia.

—Si en algo aprecian su vida, les aconsejaría que se larguen de aquí.

En cuanto me escucharon se pusieron alertas, aunque aún ajenos al demonio que se encontraba unos metros a su espalda.

—Mira, amigo, nosotros no queremos problemas —me dijo el tipo, un chico rubio con aspecto de pertenecer a una fraternidad de *nerds* de alguna universidad de la Ivy League.

Hice un chasquido con la lengua ante su tono de voz en apariencia formal.

—Te aseguro que yo soy el menor de tus problemas aquí. —Apenas terminé de hablar, el demonio rugió dispuesto a lanzarse sobre ellos—. Estúpidos humanos —mascullé, sabiendo que, si no se largaban de una vez, no podría hacer nada para evitar que me vieran cambiar de forma y atacar a la sanguijuela. Por fortuna parecieron recobrar la cordura y en el último momento salieron corriendo.

Arremetí contra él antes de darle tiempo a que lo hiciera conmigo. Rodamos por la tierra levantando una nube de polvo. Gruñó cerca de mi garganta y tuve que levantar la cabeza para impedir que me la desgarrara. Me puse de pie, arrastrándolo conmigo, y le di una patada en las bolas para apartarlo, y luego, con un gancho, logré encajar mi garra debajo de su mentón, retraje mi brazo y se lo desprendí, llevándome parte del hueso maxilar. Lancé el trozo de carne al piso con una mueca de asco y volví a atacar. La fuerza del impacto nos lanzó por encima de la inútil cerca de protección y cuando me di cuenta, caíamos por el acantilado. El demonio clavó sus garras en mis hombros impidiéndome soltarlo. Maldije cuando me di cuenta de que no tenía tiempo de volar y que iba a impactar con las aguas de la bahía. Plegué mis alas para evitar el daño que la caída causaría y tomé aire cuando la inmersión fue inminente. Las frías aguas me envolvieron y sentí como si pequeños cuchillos cortaran mi piel. La caída hizo que me soltara y esto me dio la oportunidad de herirlo en el pecho. Mis alas mojadas eran más pesadas y mis movimientos más lentos, pero por fortuna mi contrincante también parecía tener problemas para moverse.

En lugar de atacar de nuevo, la sanguijuela intentó alejarse. Era una pena para él que, aunque no era el héroe de la humanidad, sí me gustaba matar demonios, así que no iba a dejarlo ir. Nadé hasta alcanzarlo, lo tomé por uno de sus pies y lo arrastré de nuevo al fondo, rodeé su cuello con mi brazo y sus garras se movieron intentando alcanzarme, sin embargo, antes de que lo consiguiera, desgarré su vientre permitiendo que sus intestinos se derramaran. No entendía cómo era que eso no los mataba, tenía que haber una regla que dijera que cortar por partes a un puto

demonio debería ser suficiente, pero no, tenías que cortar su jodida cabeza si querías librarte de él y eso fue lo que hice: decapité al bastardo y dejé al mundo con una sanguijuela menos.

Nadé hasta alcanzar la superficie y tomé una bocanada de aire. Desplegué mis alas y volé de vuelta al acantilado. Podía haber ido directo a donde había dejado mi motocicleta, pero siendo el más imbécil de todos los imbéciles del mundo, no podía solo olvidarme de la camiseta, pues había sido un regalo de... ella, cuando fingía ser alguien más. En ese momento, un relámpago cruzó el cielo y este se abrió dejando que cayeran grandes goterones de agua.

—¿En serio? —pregunté, fulminando al firmamento como si fuera el culpable de mi odio infinito por los inviernos lluviosos de San Francisco.

Cambié a mi forma humana, tomé la camiseta del suelo y regresé a buscar mi motocicleta, sintiendo como las fuertes gotas golpeaban mi piel.

24

SKYE



Fregué el piso con fuerza, aunque no era necesario, pues este ya no podía estar más limpio. Mi obsesión por el orden había empeorado en los últimos días, casi no dormía y me sentía por completo fuera de control. Aquella odiada voz me seguía persiguiendo, cada vez parecía hacerse más fuerte y estar más cerca, haciéndome sentir que en cualquier momento de verdad me llevaría al infierno.

Las cosas con Cam no habían cambiado, él seguía actuando como si yo no existiera y aunque no lo había visto irse a alguna de las habitaciones con ninguna mujer, sí parecía hablar mucho con Lila, cada vez que lo veía sonreír a algo que ella decía, era como si un trozo de mi corazón se desprendiera.

Escuché un ruido en la puerta y di un grito, llevándome la mano al pecho retrocedí, chocando con el cubo del agua y haciendo que se volcara y derramara todo su contenido. Cuando mi mirada fue en esa dirección, allí estaba, como invocado por mis pensamientos o tal vez como una respuesta a mis súplicas.

—¡Mierda, Cam! Casi me matas del susto —exclamé, viéndome de pie en medio de un charco de agua sucia.

Él no respondió nada, y yo tampoco esperaba que lo hiciera, no me había dirigido la palabra en lo que parecía ya mucho tiempo. Entró en la cocina y lo seguí con la mirada hasta que se acercó a la encimera y puso la cafetera. Me sorprendió, porque Cam odiaba el café, pero a lo mejor había decidido cambiar de gustos. Se mantuvo de espaldas a mí, lo que me dio oportunidad de estudiarlo: su ropa se veía mojada, y algunas líneas de sangre bajaban por la manga de su camiseta, manchando sus brazos. Seguro había salido y encontrado algún demonio. También noté que la camiseta que tenía puesta era la que le había regalado algunos meses atrás. Fue una vez que salí con las chicas, y al pasar por una tienda, la vi y enseguida pensé en él. Sin dudarlo la compré, el problema llegó cuando quise entregársela y tuve que inventar un pretexto para justificar el hacerle un regalo sin causa aparente. Terminé diciéndole que la había comprado para mí, y por error me quedaba demasiado grande, excusa estúpida teniendo en cuenta que Cameron medía casi cuarenta centímetros más que yo, por lo que su ropa tenía, al menos, cinco tallas más que la mía, no había forma de equivocarse. Pero él, sin darle mucha importancia, la aceptó.

Resuelta a ignorarlo como él estaba haciendo conmigo, comencé a recoger el desastre que había causado. Lo bueno era que tenía que limpiar de nuevo, lo que me mantendría ocupada un rato más. Lo escuché moverse y seguí escurriendo el trapero para quitar los restos de agua, de

pronto se acercó a la mesa y depositó en ella una taza de humeante café.

—Son las tres de la mañana, no sé qué haces limpiando a esta hora. —Era la frase más larga que me había dicho desde que me sacó de la casa de Medhan—. Tómame el café y vete a dormir.

A pesar de la orden implícita en sus palabras, por un momento una pequeña llama de esperanza se encendió en mi interior, aunque se apagó rápidamente cuando vi que su rostro continuaba inexpresivo. No lo estaba haciendo porque quisiera acercarse a mí de nuevo, era solo que no podía evitar ser amable, era parte de su naturaleza.

—Gra... gracias —dije en un susurro.

Tragué el nudo que se formó en mi garganta y parpadeé para intentar alejar las lágrimas. Mantuve la cabeza baja, procurando que no se diera cuenta de cuánto me afectaba tenerlo cerca y al mismo tiempo sentir que estaba a miles de kilómetros de mí. Lo escuché exhalar con fuerza y esperé con el corazón acelerado a que dijera algo más, sin embargo, no lo hizo. Comenzó a alejarse hacia la puerta y esta vez fue como si el último trozo de esperanza que me quedaba se rompiera. Cuando se hubo ido, me dejé caer de rodillas y apoyé las palmas de las manos en el piso sin importarme quedar empapada de agua sucia y lloré.

Por segunda vez esa madrugada me vi sobresaltada cuando una palma se posó en mi hombro. Ahogué un grito cuando levanté la cabeza con violencia y me encontré con el rostro frío de Marcus.

—Asumiré que resbalaste y caíste en el charco, y estabas llorando debido al golpe —dijo.

Quise reírme, aunque, como siempre, sabía que no estaba haciendo un chiste. Marcus era incapaz de decir algo gracioso o bromear, de hecho, nunca lo había visto siquiera sonriendo, así que asumí que solo intentaba ayudarme a mantener mi dignidad. Me limpié las lágrimas con el brazo y me puse de pie.

—Esa será la versión oficial —declaré, tomando el balde y poniéndolo a un lado, mientras Marcus iba al refrigerador y sacaba el envase de jugo para llenar un vaso—. ¿Por qué tú no estás molesto conmigo como los demás? —pregunté.

A pesar de que me permitían quedarme en el bar, no era como si me hubiesen perdonado; además de la frialdad de Cam, tenía que lidiar con las miradas desconfiadas de Tarek y Alexy. Marcus era el único que seguía actuando igual, aunque él siempre se mantenía lejos de todos, así que era difícil notar algún cambio en su actitud.

—¿Por qué debería estarlo? —preguntó sin girarse mientras bebía.

—Por haberlos engañado —respondí, en un tono que decía que debería ser obvio.

—Solo se pude engañar a quien te permite hacerlo —contestó y esta vez se volteó, apoyándose en la encimera, y se cruzó de brazos—. Tú me recuerdas a mi hermana, Darline, también solía vestirse de chico. Siempre estaba usando mi ropa.

Su confesión me tomó por sorpresa, yo no conocía su historia, solo uno que otro retazo que los demás dejaban salir de vez en cuando. Por su parte, Marcus jamás compartía nada de su vida con nadie, ni hablaba con libertad de lo que fuera que hubiera pasado con su familia.

—Darline debió de ser una chica increíble —dije, sintiéndome un poco conmovida porque hubiese decidido hablarme de su hermana.

—Lo era —fue lo último que dijo antes de salir de la cocina, dejándome con la sensación de que acababa de darme lo que para él significaba un montón de información.

Regresé a mi habitación luego de dejar la cocina brillando. Con desconsuelo miré el reloj que apenas marcaba la cinco de la mañana, el maldito tiempo comenzaba a convertirse en mi enemigo.

Dormir no era una opción en ese momento, por lo que decidí buscar uno de mis libros. Nunca le había explicado a Cam mi predilección por la historia, aunque él se la pasara diciendo que no entendía mi fascinación por las épocas pasadas, pero mi madre, que era historiadora, me había inculcado el amor por todo lo antiguo, incluso cuando le dije que quería estudiar licenciatura en Historia, me apoyó, feliz, y esa era la carrera que estaba siguiendo cuando mis padres murieron y tuve que dejarlo todo.

Me hubiese gustado compartir todo eso con Cam, pero además de que pocas veces mencionaba a mis padres, no podía contarle mucho sobre mí, porque, a diferencia de Skye, Steven no tenía un pasado ni una historia que contar.

Me cambié de ropa y me puse el pijama, luego me metí en la cama dispuesta a enfocarme en la lectura. Si el demonio quería venir a buscarme, al menos me encontraría despierta.

Puse la basura en el contenedor que estaba en el callejón y haciendo una mueca de asco giré para regresar al interior. Entonces fue cuando vi la figura que se acercaba corriendo. Era Nayleen y parecía que llevaba mucha prisa, cuando estuvo cerca noté, además, que su rostro estaba cubierto de lágrimas.

—Nayleen, ¿qué te pasa? —pregunté poniéndome frente a ella.

Por un momento pareció confundida de verme.

—Stev... tú

—Soy Skye, pero esa es una larga historia.

Asintió mirando por encima de mi hombro como si buscara algo.

—¿Dónde está Alexy?

—Creo que le escuché decir que iba a casa de Medhan.

—Por favor, dime dónde es, yo necesito encontrarlo, él tiene que ayudarme. —Estaba hablando tan rápido que se me dificultaba comprender lo que decía.

—Oye, tranquila, yo te acompaño.

Sin decir nada me tomó de la mano y me arrastró. Ella era varios centímetros más alta que yo, por lo que me costaba seguirle el paso y casi tuve que correr.

—¿Puedo saber qué está pasando?

—Mi madre —fue su única respuesta.

No sabía que tuviera una madre, ella era tan extraña y reservada que no teníamos idea de dónde vivía o con quién.

Cuando llegamos a casa de Medhan, llamé a la puerta y fue Nithael quien abrió, y me dedicó una sonrisa amable.

—¿Está Alexy? —pregunté—. Nayleen lo necesita.

Su mirada fue directo a la chica y la estudió enarcando una ceja.

—¿Así que esta es la famosa Nayleen? —fue más un comentario que una pregunta—. Pasen, ellos están...

No terminó de hablar, cuando Alexy y Medhan se precipitaron a la sala. La chica pasó por mi lado casi chocando con Nithael en el proceso y para sorpresa de todos, en lugar de buscar refugio en su hermano, se lanzó hacia Medhan y lo abrazó por la cintura.

—Nayleen, ¿qué sucede? —interrogó Alexy.

—Mi madre, por favor ayúdenme —sollozó sin apartar los brazos de un asombrado Medhan,

que al final terminó por devolverle el gesto.

—¿Tu madre? —indagó Alexy con el ceño fruncido.

Parecía que el hermano tampoco conocía la existencia de la madre en cuestión.

—Por favor, por favor, ayúdenme —seguía suplicando la chica.

—Tranquila —dijo Medhan, suavizando su gesto y pasándole la mano por el cabello—. Llévanos a donde está ella.

Nayleen aceptó moviendo la cabeza y cuando se separó de él, no lo dejó ir del todo, y le sujetó la mano. Los tres, Medhan, Alexy y Nayleen salieron de la casa y yo me quedé con Nithael, sin saber qué era lo que acababa de pasar.

—Ella es una chica extraordinaria, nunca había visto a alguien así —comentó Nithael.

—Sí, es muy linda —concordé—. Aunque no olvides que tu hermano está enamorado de ella.

Su risa llamó mi atención y cuando lo miré, tenía un gesto burlón en el rostro.

—No lo decía por eso, la belleza no es algo que importe mucho para nosotros.

—Supongo que cuando algo te sobra, porque lo tienes a montones, no le das mucha importancia —comenté con sarcasmo.

En lugar de molestarse, rio aún más.

—En cualquier caso, cuando dije que nunca había visto a nadie como ella, me refería a un híbrido.

—¿Híbrido?

—Así es, Nayleen es mitad humana, mitad demonio, eso es algo extraño incluso para nosotros.

—Oh, cierto, no lo había pensado, es que cuando te acostumbras a convivir con las rarezas, ya nada te sorprende —dije, dándole un empujón con mi hombro.

—No estoy seguro de si sentirme halagado o insultado de que me hayas dicho raro —respondió con una sonrisa.

Me agradaba Nithael, no en el sentido romántico — mi corazón ya estaba ocupado por Cam y estaba segura que sería así por el resto de mi vida —, pero sí en el fraternal. Él era lo más cercano que tenía a un amigo.

—Ya tengo que regresar al bar, nos vemos luego.

—Nada de nos vemos luego, yo te acompaño, no es bueno que una diminuta humana ande sola por la calle a esta hora.

—En mi caso, consideraré eso de diminuta humana como insulto.

Caminamos por la acera despacio y en silencio, no tenía mucha prisa por llegar y a él no parecía molestarle mi parsimonia.

—Así que, ¿cuál es tu historia? —pregunté para tener algo de qué hablar.

—¿Por qué supones que tengo una?

—Un sujeto que ha vivido casi veinte mil años no solo debes tener una, sino miles de historias, pero esta vez me conformaré solo con una.

De nuevo esa sonrisa, que podría conseguir que una mujer se arrancara el corazón y lo pusiera en una bandeja para él, apareció en sus labios.

—No sé qué contarte, solo pregunta lo que quieras saber.

—Está bien, iré por la más obvia, ¿por qué no tienes una compañera?

Su rostro se ensombreció y un manto de dolor cubrió sus brillantes ojos.

—La tuve.

—¿La tuviste en el pasado?

Por toda respuesta, hizo un leve movimiento de cabeza.

—Estuvimos juntos por más de doscientos años.

—Vaya, eso sí que es toda una vida, comparado con los matrimonios humanos que la mayoría solo duran unos meses, ustedes sí que se toman eso de juntos por siempre de forma literal.

—Los humanos suelen ser muy volubles en cuanto al amor —comentó.

—¿Qué pasó con tu compañera?

—Murió.

—La extrañas. —No fue una pregunta, era obvio por el cambio en su semblante y tono de voz que aún le dolía. Ahí estaba la verdad de Nithael, su secreto guardado, seguía amando a una mujer que no existía.

Cuando llegamos a las puertas del bar, me detuve quedando frente a él.

—Gracias por la compañía.

—Eso suena como que ya me estás despidiendo, tal vez quiera tomar una cerveza o algo. —Torcí la boca y miré detrás de mi espalda, pensando si dejarlo entrar era una buena idea—. Te preocupas mucho por lo que piense Cam y él sigue siendo un tonto —declaró, sorprendiéndome—. Vamos adentro, a veces algunas personas solo necesitan un empujón para saber cuál es la dirección correcta. —Dicho esto, rodeó mis hombros con su brazo y me instó a entrar en el bar.

—¿A qué te refieres con eso del empujón? —pregunté, insegura de querer conocer la respuesta.

—Ya lo verás, por cierto, no tendrás que agradecerme luego, tómalo como un obsequio de tu nuevo mejor amigo.

—¿Y quién te otorgó ese título?

—Yo mismo, no necesito que nadie me dé nada, solo tomo lo que quiero.

Su enorme cuerpo me mantuvo lejos de las manos indeseadas de los clientes con complejo de pulpo, como los llamaba Cam, pero a Nithael nadie lo salvó de las mujeres que, sin su permiso, acariciaban sus brazos o le destinaban sonrisas invitadoras. Él se mantuvo estoico, como si los demás no existieran. Cuando llegamos a la barra, se sentó en uno de los bancos.

—¿Puedes darme una cerveza? —pidió con un brillo travieso.

Sabía que maquinaba algo y me hubiese gustado saber lo que era para estar preparada.

Corine, que estaba en ese momento a cargo de servir los tragos, actuó como si yo no hubiese llegado. Nunca fui santo de su devoción siendo Steven, pero como Skye parecía que me había declarado la guerra. Sin permitirle amedrentarme, tomé una cerveza y la puse frente a Nithael.

—¿Así que cuál es tu plan? —pregunté, apoyando mis brazos en la superficie lisa.

—¿Plan? La gente pierde demasiado tiempo haciendo planes, sin saber que las mejores cosas son las que surgen de la espontaneidad, porque son las que de verdad salen del corazón. —Bebió un sorbo y me hizo un guiño.

—Vaya, ahora resulta que eres poeta —me burlé.

Ignorando mi comentario, siguió hablando.

—Por ejemplo, si ahora mismo me acercara a ti y te besara, eso te tomaría por sorpresa y sería mejor que si te avisara. —Mientras decía eso, aproximó su rostro al mío. Una sensación de pánico se apoderó de mí, yo no quería ser besada por nadie que no fuera Cameron—. No te alejes —ordenó aferrando mi mano cuando comencé a retroceder. Su rostro estaba apenas a unos centímetros y temí que mi corazón, que latía agitado, se detuviera en cualquier momento. De pronto, levantó la vista por encima de mi hombro y una sonrisa un tanto malvada se pintó en sus labios—. Parece que ya nos vio —dijo, volviendo a poner sus ojos en los míos.

—¿Ya nos vio quién? —Apenas terminé de formularle la pregunta, cuando algo lo separó bruscamente de mí. Por un momento me quedé sin saber qué estaba pasando, cuando me di cuenta de que Cam lo tenía aferrado por el cuello mientras Nithael yacía en el suelo sobre el montón de astillas de una mesa—. ¡Mierda! —exclamé y corrí para tratar de detener lo que estaba sucediendo—. Cam, detente —grité, agarrándolo de la camiseta, pero eso era como querer mover un tren usando un trozo de soga. Cuando vi que no funcionaba, salté sobre su espalda rodeando su cuello con mis brazos—. Cam, por favor, déjalo ir, él te estaba provocando a propósito.

Eso pareció hacerlo reaccionar y se puso de pie. En lugar de soltarlo, abracé su cintura con mis piernas, quedando colgada de él como un mono.

—Te advertí que no te acercaras a ella —dijo con un tono de voz que incluso a mí me asustó.

Sin embargo, Nithael, que no parecía tener instinto de supervivencia, sonrió.

—¿Por qué no puedo acercarme? No hay nada ni nadie que lo impida, ¿o sí? —Pude ver en sus ojos que estaba retando a Cam deliberadamente, lo que no sabía era por qué.

—Nithael, cállate, no busques que sea yo quien te golpee —amenacé y su sonrisa se amplió.

—Dríade, sabes que siempre haré lo que tú quieras.

Cam rugió y maldijo a mi amigo por hacer eso.

—Cameron, vámonos, por favor, solo ignóralo.

—Esta es mi última advertencia, si te vuelvo a ver cerca de ella, te mataré. —Levantando sus brazos, me giró, sorprendiéndome que, a pesar de su enojo, fuese delicado al bajarme de su espalda y ponerme sobre mis pies—. Vete —ordenó.

—Pero...

—Ahora, Skye, sal de aquí. —Su tono me dijo que no admitiría ninguna réplica por mi parte.

—Si comienzas una pelea y acabas con el bar, Alexy se va a enojar mucho —traté de razonar.

—No voy a matar a nadie, al menos no hoy, así que puedes irte tranquila.

Abrí la boca queriendo decirle algo, pero sus ojos cambiaron de rojo a verde de forma intermitente, lo que hizo que me detuviera. Giré dispuesta a alejarme, y antes de hacerlo le eché un vistazo a Nithael, que estaba limpiándose un hilo de sangre que le brotaba del labio y me sonrió, haciéndome un guiño. Estúpido, ese había sido su maldito plan, ahora no sabía si sentirme aliviada porque quisiera ayudarme o matarlo yo por joderlo todo. Aunque, técnicamente, mi situación no se podía joder más de lo que ya estaba.

25

CAMERON



Cuando ella se fue, me enfrenté a Nithael, listo para atacarlo de nuevo, pero él me sorprendió al dirigirme una simple sonrisa que decía que había ganado algo, aunque yo no estaba seguro de qué. Luego se giró y salió del bar.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lila apoyando una mano de largas uñas color carmesí en mi brazo. No entendía qué predilección tenían las mujeres demoniales con la pintura de uñas roja, pero casi todas las que trabajaban en el bar la usaban.

—No fue nada —respondí de forma escueta apartándome de su toque.

—¿Qué te parece si vamos...? — Desde que mi relación con Steven se rompió, volverse a meter en mi cama parecía haberse convertido en su misión.

—Ya te dije que no estoy interesado, Lila — respondí, cortante, y me alejé en dirección al lugar que en realidad me interesaba.

Al llegar a la puerta de Skye, solo la empujé y entré sin llamar. Estaba sentada en el piso con la espalda apoyada en el sofá y un libro, que supuse era de historia, en la mano. Cerré y me recosté en la puerta con los brazos cruzados; sus ojos encontraron los míos y se quedaron fijos en ellos. Ninguno dijo nada, solo nos dedicamos a estudiarnos. Era tan malditamente hermosa que solo mirarla hacía que me excitara al instante. La había estado ignorando las últimas semanas, o eso fue lo que quise que ella pensara, pues en realidad me había dedicado a mirarla cuando no se daba cuenta. Así fue como descubrí muchas cosas de Skye y de las diferencias que tenía con Steven. Ella había hecho un jodido buen trabajo actuando como chico, debió pasar mucho tiempo aprendiendo las poses de los hombres, porque siendo una chica, no tenía nada masculino. Su cuerpo era menudo, pero no demasiado delgado, tenía las curvas adecuadas y en más de una ocasión me descubrí fijándome fascinando en sus pechos, que se marcaban con las ajustadas camisetas que usaba. Ya no escondía nada y eso me dio la oportunidad de empaparme de toda ella.

—¿Qué? —demandó un rato después, cuando el silencio entre nosotros se hizo pesado.

Me encogí de hombros.

—Me estaba preguntando, ¿qué mentira usaste para embaucar a Nithael?

Eso, por supuesto, no era cierto, pero no pude evitar querer pincharla un poco para ver su reacción, que no tardó en manifestarse. Se puso de pie como un resorte lanzando el libro, lo que me dijo que de verdad la había enojado, pues los consideraba sus tesoros.

—Yo no estoy embaucando a nadie —se defendió, acercándose a mí.

Me mordí el interior de la mejilla para intentar no sonreír ante la furia que desprendían sus

ojos. La observé desde mi posición, mucho más alta que la suya.

—Ah, ¿no? Supongo que lo mío no se puede contar como engaño entonces.

Vi el efecto inmediato que causaron mis palabras, porque su furia enseguida fue sustituida por vergüenza y sus mejillas se tornaron de un bonito color rosa.

—Yo...

Antes de que dijera algo más, continué hablando.

—¿Qué pasa entre tú y Nithael? —pregunté.

—Eres tonto, Cam. Él solo te estaba molestando y tú caíste en su juego.

Eso ya lo sabía, lo supe en el instante en que el sujeto se fue con su sonrisa estúpida, pero quería saber qué tanto había participado ella en aquel juego.

—¿Así que ahora te dedicas a tomarme el pelo junto con el imbécil? Además de mentirosa, eres una conspiradora genial, creo que estás perdiendo tu tiempo aquí, deberías buscar empleo en alguna comedia de televisión barata.

Sus ojos se volvieron a encender y, sin que lo esperara, su puño salió disparado y asestó un golpe en mi pecho, que era el sitio más alto al que conseguía llegar. Apenas si lo noté, pero ella sí debió sentirlo mucho, porque una mueca de dolor se pintó en su rostro y se aferró el puño con la otra mano. Iba a reírme, pero entonces sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pequeña tonta —dije tomando su mano lastimada en las mías.

Un sollozo salió de sus labios y pensé que se había hecho mucho daño, pero cuando volvió a hablar, supe que el motivo de su llanto era otro.

—Lo siento, Cam, lo siento tanto, ya no soporto que me odies —confesó pegando su frente a mi pecho.

—Yo no te odio —La rodeé con mis brazos. Y era cierto, en mí no había un solo gramo de odio. Los días observándola me habían enseñado que, si bien saber que me había mentido fue un golpe duro, mis sentimientos hacia ella eran fuertes. Me separé un poco y usando mis dedos levanté su barbilla para mirarla directo a los ojos. Al verlos llenos de lágrimas y las gotas saladas bañando sus mejillas, supe que había perdido la batalla: en el momento en que le entregué mi corazón, sin importar si fue a Steven o a Skye, lo hice para siempre—. No te odio —repetí, antes de bajar la cabeza para apoderarme de sus labios.

Allí estaba la calidez que había sentido antes, la que me embriagaba al punto de dejarme sin aliento. Mis manos bajaron acariciando su costado y su espalda, para terminar posándose en sus nalgas, que apreté pegándola más a mí. Ella se puso de puntillas y rodeándome el cuello con sus brazos, me devolvió un beso desesperado con el que, sin decir una palabra, me seguía pidiendo perdón. Inclinéme un poco más, aferré sus piernas para levantarla y hacer que abrazara mi cintura con ellas. Cuando lo hizo, su calor me envolvió. Sin separar nuestros labios, caminé hasta la cama, donde apoyé su espalda y afinqué mis rodillas para que mi peso no la aplastara.

—Perdóname, Cam —susurró en medio del juego de lenguas, mezclando la humedad de nuestro beso con la de sus lágrimas—. Te amo, por favor, perdóname.

—Shhh, no lo sigas diciendo —pedí.

—¿Qué no te diga que te amo? —preguntó sonando herida.

—No, eso puedes hacerlo todo el tiempo, me refería a que no sigas pidiendo perdón.

Antes de que pudiera decir algo más, la besé de nuevo, dejando claro que los rencores habían quedado relegados. Me desplazé por su mejilla, di un ligero mordisco al lóbulo de su oreja y luego le pasé la lengua. Giró su cabeza a un lado para darme un mejor acceso, oportunidad que aproveché para lamer su cuello, haciendo un camino hacia el valle entre sus pechos. Necesitaba

descubrirla, así que no perdí tiempo y levanté su camiseta para sacarla por su cabeza, ella se irguió un poco ayudándome en el proceso. Después desaté su sujetador para por fin encontrar lo que se me había negado por tanto tiempo. Estudié sus pechos, fascinado, como si fuera la primera vez que veía unos. No eran demasiado grandes ni tampoco muy pequeños. Coronados por unos pezones de color rosa, me invitaban a probarlos. Bajé la cabeza y tomando uno de los pequeños botones entre los dientes, le di un ligero tirón antes de acariciarlo con la lengua. Escuché su suspiro de satisfacción.

—Son muy bonitos —dije, succionándolo—. ¿Cómo es que conseguiste esconderlos? —pregunté con verdadera curiosidad.

—Yo... —comenzó y se detuvo como si necesitara aclarar sus ideas—. Usaba vendas.

—¿Vendas? —indagué, levantando la cabeza. Ella tragó antes de asentir—. Eso debió de ser incómodo.

—Lo era, y en ocasiones un poco doloroso.

Quería saber sus motivos y, de hecho, era mi misión conocerlos, pero no en ese momento; ya buscaría la ocasión para conseguir toda la información que me iba a permitir entenderla. En ese instante lo único que deseaba era explorar cada rincón de su cuerpo y estaba más que preparado para hacerlo, por lo que regresé a la tarea de jugar con sus pezones. Succioné primero uno y luego el otro, viendo cómo se alzaban, deseosos de mis atenciones.

—Cam —susurró, aferrando con fuerza mi cabello y causando que un cosquilleo de placer recorriera mi espalda.

Enterré mi rostro entre sus pechos disfrutando de la suavidad de su piel. Me alejé de sus manos y bajé por su vientre demorándome un poco en el hueco de su ombligo.

—¿Vas a dejarme hacer lo que quiero esta vez? —pregunté levantando la mirada para encontrarla con los ojos cerrados.

—Siempre, Cam, siempre puedes hacerme lo que quieras —respondió sin abrir los ojos.

—Mis palabras favoritas en el mundo —dije con una sonrisa.

Desabroché sus *jeans* y los bajé por sus piernas junto a su ropa interior. Cuando me encontré con la barrera de sus zapatillas *Converse* y me apresuré a quitárselas, sonreí al recordar que Steven también las usaba; a pesar de ocultarse, ella siguió conservando algo de sí misma. Me alcé quedando de rodillas para poder apreciar su gloriosa desnudez. Recorrí con la vista su piel blanca y sin ninguna marca, entonces mis ojos se detuvieron en el lugar en medio de sus piernas que me invitaba a probarlo. Me incliné y separé sus muslos con mis hombros para conseguir llegar a donde deseaba. Primero lo chupé como si fuera un dulce y luego usé mi lengua. Su cuerpo se sacudió en reacción a lo que le estaba haciendo. Todo lo que escuchaba eran sus jadeos junto al latido de su corazón. Sin dejar de lamer, separé sus pliegues para permitir el acceso a uno de mis dedos, que se deslizó dentro de ella con facilidad producto de su humedad y comenzó a entrar y salir con rapidez, mientras yo mordisqueaba y succionaba su hinchado clítoris. La sentí estrecharse alrededor de mi dedo y supe que estaba cerca de alcanzar el orgasmo, así que aumenté mis movimientos para ayudarla, y la satisfacción me invadió cuando la escuché gritar mi nombre. Di unos pocos lametazos más antes de ponerme de pie para desvestirme. Sin demora se sentó en la cama y, con sus ojos fijos en los míos, llevó las manos al borde de mis *jeans* para comenzar a desabrocharlos mientras yo me quitaba la camiseta. Liberó mi pene erecto e inclinándolo su rostro en mi dirección, lamió la punta y luego se la introdujo en la boca. Un gruñido de placer escapó de mis labios, sin embargo, eso no era lo que tenía en mente. Así que me alejé de la tentación.

—Me encanta que hagas eso, pero ahora mismo me estoy muriendo por estar dentro de ti —

dije, empujándola de vuelta a la cama para terminar de desvestirme.

Me estudió en silencio con los ojos que, aún rojos por las lágrimas derramadas, ahora brillaban de placer. Me acomodé sobre ella apoyando las palmas de mis manos a ambos lados de su cuerpo.

—Separa tus piernas para mí —pedí pasando la lengua por sus labios. Como en un acto reflejo, las separó enseguida. Me puse en medio de ellas y fue como recibir una descarga eléctrica cuando la punta de mi hinchado miembro rozó su centro—. ¿Es cierto que nunca has estado con otro hombre? —pregunté queriendo asegurarme de no ser muy rudo si era su primera vez.

—Eres el primero —respondió.

—Haré que sea bueno para ti —prometí.

Empecé a penetrarla y se sentía tan estrecha que tuve que hacer un gran esfuerzo para no terminar antes de tiempo. Intenté ser cuidadoso, pero sus caderas se movían yendo a mi encuentro y haciéndome la tarea difícil. Nunca había estado con una virgen, en mi raza no se le daba mucha importancia a eso de la castidad. El sexo era solo un medio de disfrute, no algo que se guardara para alguien especial. Las mujeres demoniales podían ser rudas y agresivas en la cama, por lo que comencé a preocuparme de que Skye fuera demasiado frágil y pudiera lastimarla. Luego pensé que mis hermanos tenían esposas humanas y ellas jamás parecían lastimadas, así que tendría que funcionar para nosotros también.

Cuando llegué a la barrera que me impedía seguir, hice una pausa y tomé aire.

—Lo siento por esto —me disculpé antes de embestir con fuerza para romperla. Escuché su grito amortiguado cuando su rostro se escondió en mi hombro y sus dientes apretaron con fuerza mi carne—. Solo será un momento y el dolor pasará, lo prometo —dije acariciando su cabeza.

—Más te vale que así sea, si no, nunca más te dejaré hacerme esto —declaró y tuve que sonreír.

—¿Estás bromeando? —interrogué fingiéndome ofendido—. Ahora que sé lo que se siente estar dentro de ti, te aseguro que te haré el amor de todas las formas posibles, tendrás suerte si no te mantengo desnuda y atada a la cama todo el tiempo.

Mis palabras parecieron calmarla, porque sentí que su cuerpo empezaba a relajarse.

—¿Me lo juras? —preguntó apartando su rostro para mirarme a los ojos.

—Te lo juro —respondí y la besé.

Sin separarme de sus labios comencé a entrar y salir, abrazando el placer más infinito que alguna vez había sentido. Sus piernas me rodearon, y apoyando sus talones en mi trasero, me instó a moverme más rápido. Lo hice y así logré que ambos alcanzáramos juntos el éxtasis.

Acostado de lado con el codo apoyado en la cama, la observé dormir. Su corto cabello se encontraba desordenado luego del sexo y me pregunté si alguna vez lo habría tenido largo. Quería saber más sobre ella, me daba cuenta de que, a pesar de todo lo que sentíamos y compartíamos, apenas la conocía; pero estaba seguro de que ese era el comienzo del fin de los secretos y le daría solo un poco de tiempo más antes de comenzar a hacer preguntas.

Levanté la cabeza para ver qué hora era y fue cuando lo sentí. Los vellos de mi cuello se erizaron y la sensación de ser observado alcanzó cada poro de mi cuerpo. Me levanté de la cama, listo para atacar a quien se hubiese atrevido a entrar en la habitación de Skye, pero no vi a nadie. De pronto, ella despertó con un grito de horror. Me acerqué para envolverla en mis brazos y me

senté, llevándola a mi regazo.

—Tranquila, estoy aquí, nadie te hará daño —le aseguré, besando su sien y atrayendo más cerca de mí su cuerpo tembloroso.

Apenas tuve tiempo de reaccionar, cuando la puerta se abrió de golpe y Alexy irrumpió en la habitación. Lo primero que hice fue alcanzar la sábana para cubrir su cuerpo desnudo antes que él pudiera verla, por fortuna apartó la mirada enseguida al darse cuenta de la situación.

—¡Mierda! —exclamó.

Detrás de él irrumpió Tarek, y pronto toda la familia había invadido el pequeño espacio. Acomodé mejor a Skye para que cubriera mi propia desnudez.

—¿Es mucho pedir que llamen antes de entrar? —protesté molesto.

Vi a Alexy enarcar una ceja en nuestra dirección de forma interrogante.

—¿Hay alguna razón por la que debí adivinar que estabas aquí? —preguntó.

—Fuera todos —ladré, sintiendo que Skye continuaba temblando como si no se hubiese percatado de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Ella está bien? —preguntó Ángela con preocupación.

—El demo... el demonio —susurró Skye—. Él vino por mí.

Era lo mismo que había dicho la noche que fui a buscarla a casa de Medhan

—¿De qué demonio habla? —interrogó Tarek dando un paso más dentro de la habitación.

—Pequeña, mírame —pedí levantando su rostro para que me prestara atención—. Todo está bien, estoy aquí.

—Él viene, Cam —sollozó aferrándose a mi brazo—. Siempre viene, nunca me deja en paz.

—¿Cameron? —comenzó Alexy y le lancé una mirada de advertencia.

—Necesito que salgan todos de aquí para que ella pueda calmarse. Cuando estemos vestidos iremos a hablar con ustedes —ordené y por fin vi a mis hermanos asentir en acuerdo.

Los tres salieron llevando a sus mujeres con ellos.

La abracé, meciéndola, hasta que sus temblores desaparecieron y entonces la ayudé a vestirse, para luego ponerme mi ropa.

—¿Quieres contarme lo que pasó? —pregunté abrazándola y haciendo que apoyara su cabeza en mi pecho.

—Sí, pero creo que debería hacerlo con los demás.

—Está bien, vamos con ellos.

Sin apartarme de ella puse un brazo sobre sus hombros y la guie hacia donde estaban los otros. La sala de televisión estaba en silencio. Las chicas, todavía con sus pijamas, se encontraban sentadas con caras de preocupación. Cuando Skye y yo entramos, todas las miradas se dirigieron a nosotros. Ángela fue la primera en reaccionar y correr a abrazar a su prima. Me negué a dejarla ir, así que hizo lo que pudo con mi brazo entre las dos.

—¿Estás bien, cariño?

—Lo estoy —respondió con una sonrisa tímida.

—¿Qué es eso del demonio que dijiste? —volvió a preguntar Tarek con la crudeza que lo caracterizaba. Él no daba vueltas, solo iba al tema y punto.

Skye tomó aire y puso su brazo alrededor de mi cintura, como si necesitara algo en que apoyarse.

—Hace varias semanas que lo veo, comenzó una noche cuando Cam y yo limpiábamos el bar. Desde entonces aparece regularmente.

—¿Ves a un demonio que nosotros no vemos? —indagó Alexy pareciendo escéptico.

—Así es —respondió ella sin dudar.

Las chicas lucían preocupadas; los hombres, incrédulos. Sabía lo que estaban pensando, era imposible que un demonio entrara al bar de forma incorpórea, pues para poder salir del infierno debían tomar forma humana y esos cuerpos materiales no podían hacerse invisibles.

—¿Chicas? —llamé la atención de las mujeres—. ¿Por qué no le ayudan a Skye a mudarse a mi habitación?

—¿Mudarme a tu habitación? —preguntó la aludida, confundida por mi cambio de tema.

—¿Prefieres que vaya yo a la tuya? —indagué con aparente despreocupación.

—Ni siquiera me preguntaste si quería mudarme contigo —dijo frunciendo el ceño.

—En realidad, ya vivimos juntos desde hace más de un año, lo único que cambiará es que dormiremos en la misma cama, así que no pensé que fuera necesario preguntar. Pero te lo propondré más tarde, de rodillas si quieres, lo prometo.

—Quieres que nos vayamos, ¿verdad? —preguntó, adivinando mis intenciones.

Tomando su rostro en mis manos, me incliné para besarla.

—Te doy mi palabra de que te contaré todo cuando termine de hablar con ellos —dije sin separar mis labios de los suyos.

—Ellos no me creen —afirmó más que preguntar.

Era cierto, no la creían, pero no pensaba decirle eso.

—Solo voy a hablar un rato y luego te busco.

—¿Tú tampoco me crees? —preguntó y el dolor brilló en sus ojos.

—Por supuesto que te creo y haré lo que sea para descubrir qué es lo que te está atormentando. Ahora, por favor, ve con las chicas y lleva tus cosas a mi habitación.

—Está bien —concordó y me dio un último beso antes de irse acompañada por las demás.

—Sabes que lo que dice es imposible, Cam —declaró Alexy en cuanto nos quedamos solos.

—Ella no está mintiendo —expuse determinado.

—No te ofendas, pero la chica no es conocida precisamente por su sinceridad —intervino Tarek—. ¿Qué te hace pensar que no está inventando eso del demonio que la visita solo para ganar tu atención?

Fijé mi mirada furiosa en él para dejarle claro que no iba a permitir que hablara mal Skye

—Ella no está mintiendo —repetí de nuevo las palabras con más énfasis—. Si bien estoy de acuerdo con ustedes en que no es una sanguijuela, estoy seguro que hay algo detrás de mi mujer. —Volví mi atención a Alexy, porque estaba seguro que me apoyaría sin importar nada más—. Yo no puedo verlo, pero lo siento, lo sentí hoy y también la primera vez que ella afirmó haberlo visto. No sé lo que es, pero está ahí.

—¡Diablos! —exclamó Alexy pasándose la mano por su largo cabello—. Si es verdad lo que dices, entonces no solo tu chica está en peligro, sino también nuestras mujeres.

—Eso es una locura —volvió a atacar Tarek—. No hay forma de que un demonio venga a nuestra casa y nosotros no lo notemos.

—Un demonio común, no, pero ¿qué hay de un demonio primario? —inquirió desde su posición Marcus, el hermano silencioso que solo hacía las preguntas correctas en el momento adecuado.

—¿Un demonio primario? —pregunté perplejo.

Entre los demonios se podían distinguir tres clases: los menores, a los que nos enfrentábamos casi a diario, que habían sido creados como simples sirvientes; los ángeles caídos, que, aunque

técnicamente no eran demonios, entraban en el grupo, ya que, al ser expulsados del cielo, por regla general terminaban refugiándose en el infierno; y, finalmente, los primarios, concebidos desde la esencia misma del mal. Y si bien los primeros constituían nuestro principal objetivo, era a los últimos a quienes más se debía temer.

—Nosotros nunca nos hemos cruzado con uno de ellos —comenté—. No son solo subcriaturas que buscan almas de las cuales alimentarse, son seres poderosos capaces de causar los peores desastres solo por satisfacción. ¿Por qué uno de ellos iría tras de mi mujer? —Nada de aquello tenía sentido.

—Nosotros no nos hemos cruzado con ninguno —agregó Marcus—, pero Medhan y Nithael sí, tienen uno como padre. Ahora, por qué va tras de la chica, eso no lo sé, y es lo que tenemos que investigar.

—Cierto —exclamó Alexy—. Necesitamos que ellos vengan y nos ayuden a descubrir qué está pasando. —Dejé salir un gruñido y recibí un gesto reprobatorio por parte de mi padre—. Cameron, vas a tener que hacer a un lado tus diferencias con Nithael si quieres ayudar a tu mujer.

—Lo sé —dije dándome por vencido.

—Entonces pongámonos en marcha, hay que llamarlos y pedirles que vengan esta noche, ahora ya está amaneciendo, así que no podrán hacerlo.

—Está bien, por favor, tú llámalos, yo voy a ver cómo se encuentra Skye.

—No hay problema, por cierto —comentó cuando ya me dirigía a la puerta—. Te felicito por tu unión.

Eso me hizo caer en cuenta de algo.

—¡Mierda! —Me lanzó una mirada interrogante y me apresuré a aclararle la situación—. Skye y yo no estamos unidos, pero ya mismo voy a solucionar el problema.

Cuando terminé de hablar, salí apresurado a buscarla.

SKYE



A lana y Ángela charlaban animadas mientras doblaban mi ropa y la acomodaban en el armario de Cam. Sabía que debería estar ayudándolas, pero no podía dejar de pensar en lo que estarían hablando los hombres en ese momento. Por fortuna, ellas no parecían darse cuenta de mi poca disposición. El lado de la cama se hundió y giré mi rostro para ver a Emily sentarse junto a mí.

—Estás preocupada —dijo. Como siempre, era la más sensitiva de todas—. ¿Es por eso del demonio? —preguntó y asentí. En realidad, eran varias cosas las que estaban preocupándome, pero no quería ahondar en los detalles—. Ellos no van a dejar que nada malo pase.

—Lo sé, Cam me protegerá —dije sabiendo con seguridad que él nunca dejaría que nada malo me alcanzara, pero en el fondo con temor de que lo que me perseguía fuera más fuerte; después de todo, Cam no lo había visto, aunque en dos ocasiones se apareció mientras estábamos juntos.

—Están haciendo un excelente trabajo —comentó el aludido apareciendo de pronto en la puerta—, y estoy muy agradecido con ustedes por eso, pero me gustaría pedirles que me dejen solo con mi mujer.

—Eso suena tan bonito —exclamó Ángela con entusiasmo.

Las tres se apresuraron a abrazarme, luego a Cam, y cuando al fin terminaron las felicitaciones, se fueron.

—¿Te sientes mejor? —pregunto él acercándose y poniéndose de cuclillas frente a mí.

—Sí, estoy mejor —respondí colocando la palma de mi mano en su mejilla, la cubrió con la suya y permanecimos así un momento—. ¿Cómo terminó todo? —pregunté no muy segura de querer que me dijera que habían llegado a la conclusión de que estaba imaginando cosas o, peor, inventándolas.

—Vamos a esperar a esta noche cuando vengan Nithael y Medhan, ellos podrán aclararnos un poco más lo que está pasando. Tengo que ser sincero contigo y decirte que nosotros no tenemos idea de a qué nos estamos enfrentando.

—¿Entonces no llegaron a la conclusión de que no es verdad lo que digo?

—Claro que no.

—Tendrías razón en no creerme —dije bajando la cabeza.

—Skye, no vamos a ir allí de nuevo, eso está en el pasado. No más disculpas. Solo conozco una verdad y es aquella que puedo vislumbrar en tus ojos.

Me lancé a sus brazos y me atrapó impidiendo que cayéramos los dos al piso.

—Te amo, Cam, te amo tanto.

—Y yo a ti, pequeño pedazo de cielo.

—Eso es tierno, sobre todo viniendo de ti —comenté sonriendo con mi rostro escondido en su cuello.

—Yo puedo ser tierno cuando quiero —explicó poniéndose de pie sin soltarme.

—¿Sabes por qué mi mamá me puso el nombre de Skye? —pregunté dispuesta a comenzar a compartir cosas de mi vida con él. Negó y se sentó en la cama; yo me acomodé a horcajadas en su regazo—. Porque dijo que cuando nació era el día con el cielo más despejado que había visto.

—Entonces tu madre hizo bien. —Mientras hablaba, acarició mi rostro con los dedos—. Ahora entiendo que no es cierto que no pueda ver la luz del día, porque si te veo a ti es como si de verdad viera el cielo.

Lo empujé para que quedara recostado en la cama y bajé la cabeza para besarlo. Mi lengua salió al encuentro de la suya cuando buscó entrar en mi boca. Sus manos, debajo de mi camiseta y sujetador, acunaron mis pechos. Gemí cuando atrapó mis pezones con sus dedos y tiró de ellos. Estaban un poco adoloridos debido a toda la atención que les prestó antes, cuando me hizo el amor, pero no me importó, la mezcla de dolor y placer envió una oleada de calor a mi centro. Me alejé irguiéndome sobre caderas y comencé a tirar de mi camiseta para quitármela, cuando lo conseguí, hice lo mismo con el sujetador. El brillo de deseo en sus ojos me encendió. Me quedé quieta viendo cómo sus manos buscaban mis pechos de nuevo para acariciarlos y me abandoné al placer que eso me provocaba. Dejé caer la cabeza hacia atrás cerrando los ojos y jadeé cuando sus dedos en uno de mis pezones fueron reemplazados por la humedad de su lengua.

—Cam, te necesito dentro de mí —rogué apurándome a sostener su cabeza para que no abandonara su tarea.

—¿No estás adolorida? —preguntó poniendo su mano en medio de mis piernas. Sin importar que tuviese los *jeans* puestos el calor me atravesó.

—Solo un poco, pero te necesito ahora. —Esta vez no rogué, más bien ordené que me tomara.

—Así que mi chica es una mandona en la cama, creo que eso es algo que acabamos de descubrir juntos —bromeó arrancándome una sonrisa.

Sin previo aviso y con una velocidad que me dejó mareada, me giró, apoyando mi espalda sobre la cama y se puso encima. Su boca descendió sobre la mía, devorándola, al tiempo que su mano trabajaba en el botón de mis pantalones. Cuando consiguió desabrocharlo, la introdujo dentro de la tela que ocultaba mi sexo. Sus dedos separaron mis pliegues antes de enterrarse profundo en mi interior. Mis caderas se levantaron con violencia ante la inesperada intromisión. Me atormentó hasta casi llevarme al orgasmo y entonces alejó su mano. Comencé a protestar por la interrupción, cuando una vez más me sorprendió arrancándome el resto de la ropa. En apenas un segundo se desvistió y volvió a caer sobre mí, y separando mis piernas, me penetró. Ya no fue tan delicado como la primera vez y eso hizo que aumentara mi pasión. Se movió entrando y saliendo, embistiéndome, haciéndome jaderar por la fricción que su miembro causaba cada vez que tocaba un punto sensible. Nuestras bocas se fusionaron como si, más que un beso, compartiéramos el aire. Un grito conjunto llenó la habitación cuando ambos llegamos al clímax y de nuevo supe lo que era estar en el paraíso, o al menos en un lugar muy parecido a él.

—Cuando vine no lo hice pensando en hacerte el amor —comentó pegando sus labios a mi frente.

—Ah, ¿no?

—No, en realidad vine a entregarte mi alma.

Su revelación me tomó desprevenida.

—¿Cómo?

—Ya sabes, compartir...

—Ya conozco los tecnicismos —expliqué interrumpiéndolo—. Recuerda que tres de mis hermanas o, mejor dicho, cuatro, si contamos a Abby, están unidas a sus esposos.

—¿Entonces?

—Mi pregunta debió ser: ¿de verdad quieres unirme a mí?

—Claro que lo deseo, pero solo si tú lo deseas también.

Lo miré a los ojos, aquellos estanques de color esmeralda que me tenían atrapada y sentí como el calor de la emoción se instalaba en mi pecho.

—Por supuesto que lo quiero, no hay nada que quiera más en el mundo que estar contigo.

—Te recordaré eso en quinientos años, cuando te haga enfadar y quieras patear mi culo.

—Incluso dentro de quinientos años, y enfadada, te seguiré amando —comenté sin dudar.

Sus caderas se movieron, recordándome que seguía dentro de mí. Comenzó despacio y luego aumentó sus arremetidas; no supe cómo lo consiguió, pero logró encenderme de nuevo. Y así, adentrándose tanto en mi cuerpo como en mi corazón, pronunció las palabras.

—Skye, eres mi mejor versión del cielo. Te amo, mi corazón te eligió incluso cuando no sabía quién eras, aún entonces te amé y te amaré mientras continúe respirando y seguro también cuando el aire y la vida me abandonen. Todo yo te pertenezco, cada parte de mi ser, incluso mi alma, la cual te entrego para que se una a la tuya y sean una sola por la eternidad.

Sentí la humedad cuando lágrimas — lágrimas de júbilo — rodaron por mis mejillas. Las palabras pronunciadas con reverencia habían calado hasta el fondo de mi ser y me hicieron sentir grande.

—Mi Cam, mi hermoso chico, mi mejor amigo y la persona que más me conoce, aunque piense que no sabe nada de mí. Tú fuiste el centro de mi mundo desde el primer instante en que mis ojos se posaron en ti. Ahí, cuando tú ni siquiera lo imaginabas, mi corazón me abandonó para irse contigo, tu voz se convirtió en la luz que me guiaba en el silencio. Mi alma te perteneció desde entonces, aunque yo no lo supiera, pero ahora te la entrego para que se una a la tuya y sean una sola por la eternidad.

Mientras hablaba el brillo de sus ojos fue como un faro que me mostraba esa playa segura a la que debía llegar. Una vez pronuncié la última palabra, nos fundimos en un abrazador beso, mientras nuestros cuerpos encajaban en un baile perfecto que nos llevó a la cima del éxtasis.

—Todavía faltan unas dos horas para que lleguen Medhan y Nithael —anunció Cam esa tarde mientras ataba mis zapatillas. Nos habíamos bañado juntos y ahora me ayudaba a vestirme—. ¿Quieres que esperemos afuera con los demás o nos quedamos aquí hasta que sea la hora? —preguntó apoyando sus brazos en mis rodillas.

—Prefiero quedarme aquí contigo —confesé ganándome una brillante sonrisa.

—También lo prefiero —respondió besando mis labios—. ¿Siempre tuviste el cabello de esta forma? —indagó tomando los cortos mechones.

Eso me dio una idea.

—En realidad no, lo corté el mismo día que llegué aquí, ¿te gustaría ver cómo era antes?

—Claro, eso sería genial —respondió entusiasmado.

Me alejé corriendo hacia la caja que había traído desde mi habitación, donde escondía todos los que consideraba mis tesoros y busqué el álbum de fotografías. En pleno siglo veintiuno, cuando las personas usaban sus teléfonos celulares para almacenar sus fotos, era extraño ver que alguien tuviese un álbum. Por fortuna, mi madre era de la vieja escuela y amaba mantener en papel sus recuerdos, así que comenzó a guardar imágenes mías desde que nací y lo hizo cada año hasta que tuve la edad suficiente para ayudarla en la tarea.

—Ven acá —dije sentándome en la cama y palmeando el lugar a mi lado para invitarlo a sentarse conmigo.

En lugar de hacer eso, gateó detrás de mí y acomodó sus piernas a cada lado de las mías, acercándose hasta que mi espalda quedó pegada a su pecho. Esa posición me gustaba mucho más, así que me refugié en su calor y me dispuse a compartir mis recuerdos. Abrí la primera página donde estaban mis fotografías de bebé y lo escuché hacer comentarios sobre lo adorable que era. Cuando llegamos a mi adolescencia, afirmó que era hermosa y después, al ver las fotos de mi edad adulta, dijo que le gustaba con el cabello largo tanto como con el corto, y que no le importaría si algún día decidía dejarlo crecer. Mis mejillas se calentaban cada vez que me hacía un elogio. Así fuimos pasando páginas, riendo en algunas, sintiéndome triste en otras, cuando las imágenes de mis padres aparecían.

—Vaya, esto fue interesante —comentó al final—. Nunca había visto uno de estos.

—¿No habías visto un álbum de fotografías? —pregunté incrédula.

—Nosotros no tomamos fotos, lo más cercano que he visto por aquí a eso son los dibujos de Marcus. Además, recuerda que cuando los demás nacieron ni siquiera se habían inventado las cámaras fotográficas —terminó haciéndome un guiño.

—Cierto, no había pensado en eso.

Cerré el álbum y lo dejé sobre la mesa de noche. Girándome en sus brazos apoyé mi mejilla en su pecho; un suspiro feliz escapó de mis labios cuando lo sentí besar mi cabello.

—¿Alguna vez me contarás qué te llevó a convertirte en Steven? —Me tensé ante su pregunta y mi cuerpo tembló—. No tienes que decírmelo si no quieres —se apresuró a agregar ante mi reacción.

Esos eran los motivos por los que me había resultado imposible no enamorarme de Cam. Él tenía la capacidad de aceptarte incluso sabiendo que no estabas dando todo de ti.

—Sí quiero decírtelo. —Mi voz salió en un susurro y tragué intentando aclararla—. Cuando Ángela se fue y me quedé sola en casa de sus padres, tenía la intención de huir lo más pronto que pudiera, pero no tenía dinero ni un lugar a donde ir, porque mi tío me había quitado la herencia de mis padres. Así que solo estaba esperando el momento adecuado para hacerlo. Una tarde llevó a un anciano de su iglesia, un hombre de unos setenta años y me informó que iba a casarme con él. Cuando me negué, me golpeó, y esa misma noche entró en mi habitación desnudo para intentar violarme. —Sus brazos se pusieron tensos a mí alrededor y escondí más mi rostro en su pecho, sabiendo que estaba en mi lugar seguro y que nada ni nadie iba a sacarme de ahí—. Grité por ayuda y fue cuando apareció mi tía; tontamente, pensé que para ayudarme, pero cuando su esposo le ordenó que se fuera, ella solo lo hizo, y me dejó allí a merced de un lunático que profesaba un falso amor al prójimo. Como pude escapé y me escondí en el baño hasta que, dándose por vencido, salió de mi habitación. Aproveché la oportunidad y hui, pero era solo una chica sola en la calle, sin dinero y sin nadie que pudiera ayudarme. Entonces decidí que como chico correría menos peligro: sería más difícil que mi tío me encontrara, y evitaría que otros hombres intentaran hacerme lo mismo. Llegué al bar buscando a Ángela, pero también porque, desde la primera vez

que estuve frente a este lugar sentí una extraña fascinación por él. ¿Recuerdas aquella noche de la protesta en la puerta? —pregunté y sentí su cabeza moverse afirmando—. Ángela y yo estábamos ahí, y pensé que este lugar debía ser emocionante, se lo comenté cuando llegamos a casa y me molesté con ella cuando vino en una ocasión a advertir a Alana sobre los planes de su padre y no me permitió acompañarla. La curiosidad que despertaba en mí el bar era grande. Imaginé que sería un sitio genial, cosa que confirmé cuando mi prima me invitó a entrar el día que vine a buscarla pidiéndole ayuda. Al principio solo esperaba quedarme unos días hasta juntar algo de dinero, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó cuando me detuve.

—Pero entonces te vi y ya no quise irme nunca.

—Me alegra que te quedaras.

Levanté la cabeza para encontrarme con sus labios que se acercaban. Nos besamos hasta que nos dimos cuenta de que, si no nos deteníamos, terminaríamos otra vez desnudos, cosa que no me hubiera importado mucho. Sin embargo, Cam me recordó que Medhan y Nithael estaban a punto de llegar.

Fuimos los últimos en entrar, los otros estaban todos acomodados en la sala de televisión. Era noche de abrir el bar, pero supuse que Alexy había dejado eso en manos de Corine.

—Hola —saludé cuando todos nos miraron.

—Dríade —contestó Nithael desde su lugar. Cam me atrajo a su lado en una clara demostración de posesividad. El otro correspondió con una enorme sonrisa—. Los felicito —dijo sin inmutarse por el arranque de Cam.

—Alexy nos explicó que necesitan nuestra ayuda —manifestó Medhan con voz serena.

—Así es —respondió Cam por mí—. Pensamos que un demonio primario está detrás de mi mujer.

—¿Un demonio primario dices? —interrogó Medhan, mirando a su hermano, y luego de vuelta a nosotros—. ¿Estás segura de que es un demonio primario, Skye?

—No sé lo que eso significa —expliqué—. Solo sé que esta cosa se aparece y me habla todo el tiempo.

—¿Lo ha visto o escuchado alguien más? —sondeó Nithael.

—Yo puedo sentirlo, pero no lo he visto —comentó Cam.

—Entonces no creo que se trate de un demonio primario —declaró Nithael—. Si bien estos tienen la capacidad de hacerse invisibles con los humanos, nosotros todavía podríamos verlos, nuestra parte demoniaca nos hace inmunes a algunos de sus trucos.

—¿Qué es lo que te dice, Skye? —Medhan parecía de verdad interesado, al menos no mostró signos de desconfianza, como habían hecho Alexy y Tarek esa mañana.

—Solo algunas palabras, cosas como que mi hora está cerca o que mi tiempo se acaba.

—¿Por qué no me dijiste eso? —preguntó Cam.

—No lo sé, pensé que si le decía a alguien me tacharían de loca, después de todo nadie parecía verlo o escucharlo además de mí.

—¿Qué aspecto tiene ese ser? —Medhan volvió a la ronda de preguntas y sentí que todos me miraban a la espera de mis respuestas. La imagen de la aterradora criatura vino a mi mente, haciéndome estremecer como cada vez que tenía la desagradable idea de aparecerse—. Eso no es un demonio —aseguró Medhan antes de que lograra responder su pregunta.

—¿Qué viste en su mente? —preguntó su hermano.

—Mágoras —apuntó.

Nithael frunció el ceño en un gesto preocupado que me asustó. Me pegué más a Cam buscando refugio, temía que mi caso no tuviese solución.

—¿Qué diablos es Mágoras? —demandó mi chico—. Nunca he escuchado nada de eso.

—No se trata de qué sino de quién —respondió Medhan—. Mágoras es un recolector de almas. Como todos sabemos, a pesar de que los humanos suelen representar a la muerte como un ente, en realidad esta es solo un estado en el cual el cuerpo es separado del alma, sin embargo, si existen los guardianes de muerte. A través de los tiempos se les ha conocido de muchas formas y con muchos nombres: es Mors en la mitología romana, representado por una entidad vestida de negro y llevando en las manos una guadaña; en Grecia, Tánatos, personificado por una figura alada, y en Escocia, Cù Sìth, que tiene la forma de un perro. Ellos son los encargados de conducir estas almas a sus diferentes destinos, ya sea el cielo o el infierno. Las almas que no son reclamadas, debido a que abandonaron su cuerpo cuando aún no les correspondía hacerlo, terminan quedándose estancadas en el sitio que todos conocen como el limbo o purgatorio, y es allí donde precisamente entra en juego Mágoras, ese es su lugar.

—¿Estás diciendo que un espíritu de la muerte vino por mí? —chillé sintiendo un fuerte estremecimiento recorrer mi cuerpo.

—Así es —respondió Medhan y odié que se le ocurriera usar la sinceridad en ese momento.

—Lo extraño es... —comenzó Nithael—, que Mágoras no sale de su hogar a menos que busque un alma que cree que le pertenece.

—¿Por qué demonios la cosa esa se saldría para buscar el alma de mi mujer pensando que le pertenece? ¿Ahora no solo tenemos que preocuparnos de los demonios que se alimentan de almas?

Medhan me miró y en el interior de sus ojos pude ver todo el misticismo acumulado durante milenios de vida.

—¿Por qué querría mi alma? —pregunté con voz entrecortada.

—Mágoras es una especie de coleccionista, él no se alimenta de las almas, las colecciona. Cada alma que llega al purgatorio y se queda varada allí es una más para engrosar su colección, de alguna forma él las conoce y sabe cuál debe quedarse allí y cual continuar su camino. Tiene la capacidad de manipular el hilo de la vida desde el nacimiento, por lo que sabe cómo va a terminar cada una de ellas e incluso las que lo harán antes de tiempo y es a esas a las que se dedica a esperar.

—Nada de lo que dices tiene sentido —tronó la voz de Cam—. Si lo que hace es coleccionar almas, ¿por qué persigue a Skye?

—La única explicación que encuentro es que su vida debió terminar en algún momento y Mágoras esperaba la llegada de su alma al purgatorio, pero un suceso externo cambió los hechos. Dime, Skye, ¿estuviste alguna vez en peligro de muerte?

Comencé a negar, pero en ese momento recordé algo.

—No estoy segura, pero siempre pensé que el día que murieron mis padres yo debí morir con ellos.

—¿Cómo fue eso?

—Aquel día estábamos los tres en el auto, íbamos a celebrar su aniversario, pero antes de salir recibí una llamada de una compañera de la universidad que necesitaba unos apuntes, así que me bajé y les dije que los alcanzaría en el restaurante porque tenía que esperar a la chica. Ellos murieron a unas calles de la casa cuando fueron embestidos por un camión de carga. —Un ligero asentimiento fue todo lo que obtuve por su parte—. Si ese Mágoras controla el hilo de la vida,

¿por qué no cortó el mío y se tomó el trabajo de venir hasta aquí?

—Porque no es tan simple, la muerte es un hecho que debe darse de forma natural, que sea el alma quien decida que es el momento de abandonar el cuerpo. Si Mágoras corta de forma deliberada ese hilo que une a cuerpo y alma será castigado.

—No entiendo —dije comenzando a perder la compostura.

Los demás estaban tan silenciosos que incluso llegué a pensar que habían abandonado la sala, pero un rápido vistazo me dijo que todos continuaban en su sitio, luciendo diferentes expresiones que iban desde el desconcierto y la preocupación en los rostros de los hombres hasta el temor en los de las chicas. Cam estaba callado, pero seguía sosteniéndome y era lo único que me impedía derrumbarme. Medhan se paseó un rato por la habitación, pensativo, antes de volver a hablar.

—Si Mágoras mata a un humano será duramente castigado por el ser supremo. Entonces él se dedicará a atormentarte hasta hacerte perder la cordura y que seas tú misma quien acabe con tu vida. De esa forma, él tendrá el alma que desea y no será la mano que acabó contigo.

Una fuerte opresión se instaló en mi pecho. Llevaba varias semanas en las que apenas dormía, la presencia siniestra me seguía a todos lados y lo escuchaba constantemente, lo que me hizo pensar que Medhan tenía razón: cualquiera que tuviese que vivir con eso seguro terminaría perdiendo la razón y deseando morir.

—Lo que no me queda claro es, ¿por qué esperó hasta ahora para venir a buscarme? Mis padres murieron hace casi tres años.

Medhan negó pasándose la mano por la barbilla.

—No estoy seguro de qué responder a eso, con Mágoras es difícil saber. Puede ser que esperara a que se cumpliera tu destino y murieras de alguna forma durante ese tiempo, y al ver que eso no pasaba, decidió tomar el asunto en sus manos. Como dijo Nithael antes, es raro que se aventure a salir de su morada e incluso así no lo hace de forma física.

—La maldita cosa esa no seguirá molestando a mi mujer —declaró Cam—. No se lo permitiré.

—Creo que ahora tienen otro problema más grande —intervino Nithael, que había estado un tiempo en silencio—. Si ustedes están unidos, comparten su alma, lo que quiere decir que Mágoras no podrá tomarla, y eso nos deja en el siguiente dilema: él irá por ti, Cam, a diferencia de tu chica humana, no hay ninguna ley que le prohíba acabar contigo, por lo que me atrevo a asegurar que intentará matarte a ti para luego regresar a ella. Vendrá a buscarte.

—Mi hermano tiene razón, Cameron —agregó Medhan—. La noche que fuiste a buscar a Skye, ella afirmó haberlo visto, pero cuando intenté entrar en su mente, todo estaba en blanco, en aquel entonces creí que solo estaba confundida y que por eso no tenía claras las ideas, pero ahora entiendo que Mágoras se ocultó a propósito y si en este momento nos permite verlo es porque quiere que sepamos que vendrá por ti.

—No si yo lo busco primero —lo escuché decir con firmeza.

—Maldición, esto no está pasando —ladró Alexy.

Retorcí mis manos con desesperación; por mi culpa, Cam estaba en peligro y su padre tenía derecho a estar enojado conmigo.

—Lo siento mucho, yo no...

—Detente. —La orden fue enfática. Cam se puso frente a mí, dándole la espalda al resto. Sus ojos me perforaron y contuve las ganas de llorar—. No vas a disculparte por eso, no es tu culpa lo que está sucediendo.

—Pero él no iría detrás de ti si no fuera porque me quiere a mí.

—Tal vez él te quiera, pero yo te quiero más y que me condenen si dejo que la maldita muerte

te separe de mí. —En su mirada pude ver la promesa y la certeza de que él no me dejaría ir — .
Te amo —susurró besando las lágrimas que bajaron por mis mejillas—. ¿Alguna idea de cómo detenerlo? —preguntó irguiéndose y mirando a los hermanos.

Limpié mis mejillas con el brazo intentando recobrar la compostura y esperé por la respuesta.

CAMERON



El silencio que siguió a mi pregunta se me hizo ensordecedor, no me importaba si tenía que ir al infierno o a algún lugar cercano, iba a hacerlo por ella, por mi Skye.

—¿De verdad estás pensando en enfrentarte a la muerte? —demandó Nithael incrédulo.

—Por supuesto que vamos a hacerlo —se apresuró a responder Alexy.

—Alexy, no... —comencé a negarme, él levantó la mano deteniéndome.

—Cameron, ninguno de nosotros ha hecho nunca nada solo, cada cruzada que libramos y de la que conseguimos salir victoriosos fue porque el brazo de nuestros hermanos estuvo allí, listo para prestar batalla junto a nosotros. ¿Qué te hace pensar que esto lo harás solo?

—Alexy tiene razón —agregó Tarek—. Nosotros no somos un singular, Cam, somos un equipo y como tal trabajaremos.

—Apoyo —fue todo lo que dijo Marcus.

Miré a cada uno de ellos con profundo agradecimiento, aunque al mismo tiempo temeroso de lo mal que podía salir todo.

—Buenas noches —se escuchó la voz de Aidan desde la puerta. Ya me extrañaba que Alexy no le hubiese dicho nada—. Lamento llegar tarde —se disculpó mientras entraba con su esposa tomada de la mano—. Henry tuvo un inconveniente y se retrasó para ir a cuidar a Kevin, pero ya estamos aquí. —La pequeña Abby le sonrió a Skye cuando vio mi brazo anclado en sus hombros. Todos respondieron el saludo y yo me preparé para el interrogatorio —. ¿Qué es exactamente lo que está pasando? —preguntó con su marcado acento escocés.

Antes de que alguien más se adentrara en detalles innecesarios, decidí responder.

—En resumen, un maldito guardián de la muerte, o Mágoras, como lo llaman Nithael y Medhan, está detrás de mi mujer.

—¿Mágoras? ¿Están seguros de eso?

—¿Tú lo conoces?

—No en persona, pero si escuché a Razvan una vez mencionarlo. ¿Y qué vamos a hacer? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Vamos?

—Por supuesto, Cam, tú eres mi hijo y todo lo que te afecte me afecta, así que “vamos” es la palabra correcta.

Dejé caer los hombros sabiendo que el asunto se había convertido en un problema colectivo. Un pesado silencio descendió sobre nosotros, Medhan y Nithael aún no respondían a mi pregunta de si había alguna forma de parar a Mágoras y mi paciencia se estaba agotando.

—Gunnar se acaba de despertar —le dijo Tarek a su esposa.

—Voy a ir a verlo. Chicas ¿qué les parece si me acompañan y de paso preparamos algo de café?

Las otras se movieron, pero Skye se mantuvo a mi lado.

—Vamos, Skye, ven con nosotras —la invitó Abby, extendiendo una mano en su dirección.

Les agradecí que quisieran llevársela, pues no quería que nada de lo que se dijera pudiera alterarla.

—Yo...

—Por favor, ve con ellas —le pedí.

—De nuevo me estás echando cuando el tema que están tratando también me involucra —me reclamó.

—No te echo, es solo que tus hermanas quieren estar contigo —mentí.

Dejando salir un suspiro exasperado se apartó para irse. Antes de que diera dos pasos, la atrapé y la atraje para besarla. Tomé su boca de forma posesiva, dejando claro ante todos que me pertenecía—. Te amo.

—Yo también te amo.

—Veo que solucionaron sus diferencias —dijo Aidan sonriendo—. Felicidades, hijo. —Me dio un corto abrazo y luego se inclinó hacia Skye—. Felicidades a ti también, pequeña. —Besó su frente de forma paternal antes de retirarse para mirarla a la cara—. Ahora también tengo una hija.

Ella lo miró como si acabaran de salirle tres cabezas, lo que me hizo reír.

—¡No te pases, amigo! —exclamó en voz alta y los demás también rieron cuando escucharon sus palabras—. Eres el marido de una de mis mejores amigas, casi mi hermana, por lo tanto, eso te convierte en mi cuñado y es lo máximo a lo que puedes aspirar. No te ofendas, pero no voy a decirle “papi” a un sujeto que aparenta solo unos pocos años más que yo. Ya somos una familia bastante rara para que sigamos aumentando las rarezas.

Una carcajada escapó de mis labios seguida de las de los demás. Incluso el propio Aidan rio con fuerza.

—Está bien —concordó—. Cuñado entonces.

—Me gusta que nos entendamos —expuso dando una suave palmada en su brazo antes de pasar por su lado e irse—. Tú marido es raro —la escuchamos susurrarle a Abby mientras salían.

—Lo sé —respondió esta, también en un susurro, como si hubiesen olvidado que de todos modos podíamos escucharlas—, pero aun así lo amo con locura.

—Eso es porque también eres rara —agregó Skye.

—Ella me gusta —me dijo Aidan, sonriendo, cuando las chicas se hubieron ido. Ni siquiera pareció molestarle que le dijeran raro o a su mujer.

—Sí, a mí también —declaré con orgullo.

—Y ya que dejamos claro que Aidan no puede ser el papá de nadie, porque en apariencia no tiene la edad suficiente, ¿qué tal si regresamos al tema que nos ocupa? —propuso Nithael retornando a la seriedad que por un momento habíamos olvidado.

—Solo necesito que me digan cómo detener a Mágoras —pedí.

—¿Sería mucho pedir que el sujeto esté dispuesto a tener una charla amistosa, tipo “amigo, puedes dejar en paz a mi mujer que yo la quiero más que tú”? —comentó Tarek desde su lugar, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—Que te jodan —ladré, al no encontrarle gracia a su broma.

—Es lo único que desearía esta noche, a mi mujer bien dispuesta; pero ya ves, tú decidiste

joder con la muerte y aquí estamos —respondió.

—La única forma de detenerlo es matándolo, pero hasta el momento no conozco a nadie que lo haya intentado o, para el caso, siquiera considerado —manifestó Medhan.

—Pues yo lo haré —afirmé.

—Para eso tendrías que encontrarlo primero —explicó.

—¿Se supone que tengo que esperar que vuelva a aparecerse?

—No es así como funciona, tienes que buscar su forma física, lo que Skye ve es solo su esencia, él no se transporta en cuerpo fuera de su morada.

—¿Eso quiere decir...?

—Que tendrás que ir por él hasta el purgatorio —respondió antes de que terminara la pregunta.

—Bien, entonces que así sea.

—Ni siquiera te preguntaste cómo hacerlo —dijo mirándome con un extraño brillo de respeto.

—No me lo pregunto porque no me importa cómo, voy a llegar a donde sea para proteger a mi mujer.

—Cam, nosotros nunca hemos cruzado el límite que separa la tierra de otros mundos, por lo que no sabemos exactamente cómo llegar hasta Mágoras, lo único que conocemos al respecto, por las enseñanzas que recibimos de nuestro padre, es que es la misma ruta que conduce al infierno, conduce al purgatorio, lo que me lleva a suponer que si encontramos la forma en que los demonios salen de este, también sabremos cómo entrar. Sin embargo, hay algo que debes tener en cuenta: si por error te equivocas y sobrepasas el límite, en lugar de en el purgatorio terminarás en el infierno, y de allí no podrás salir jamás.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó Alexy.

—Tal vez sí, en lugar de matarlos, los vigilamos —propuso Tarek.

—Eso sería complicado, en cuanto nos acerquemos a ellos y sientan nuestra presencia, o van a enfrentarnos, o a huir —dije y los vi asentir—. Se me ocurre otra cosa. ¿Por qué mejor no atraparlos vivos y ver si logramos que nos digan cómo salen?

—Esa es una buena idea, después de todo eres bastante inteligente —comentó Nithael—. Ahora entiendo por qué Skye se quedó contigo.

Le lancé una mirada amenazante que no logró borrar su sonrisa burlona.

—¿Qué? No puedes quejarte, tienes a la chica. Por cierto, de nada.

Ignoré su sarcasmo y volví mi atención a los demás.

—¿Entonces qué estamos esperando? —preguntó Aidan mostrándose listo para la acción—. Tenemos que comenzar esta misma noche.

—Esperen —gruñó Marcus, hablando por fin desde que habíamos llegado—. Primero tenemos que determinar un lugar a donde podamos llevar a los demonios. No voy a traer ninguna maldita sanguijuela cerca de mi Em.

—Ninguno de nosotros los quiere cerca de nuestras mujeres —estuvo de acuerdo Alexy.

—No se preocupen por eso, tengo una bodega vacía en Tenderloin, podemos llevarlos allí y acabar con ellos cuando ya no nos sirvan sin problema —añadió Aidan.

—¿Hay algo que no tengas, *highlander*? —demandó Tarek, burlón.

—Sí, imbécil, tu estúpida cabeza vikinga adornando la pared de mi sala —respondió este y le enseñó el dedo medio.

—No se puede tener todo en la vida —le dijo el rubio.

Unos minutos después teníamos un plan armado, atraparíamos a los demonios y los conduciríamos a la bodega, allí los obligaríamos a hablar. Rogaba por que el plan funcionara, ya

que los demonios no eran conocidos por ser muy colaboradores con nosotros y jamás habíamos necesitado mantener a alguno vivo.

—Creo que tenemos todo listo —dije apartándome del grupo—. Voy a despedirme de mi chica y salimos.

—Nosotros debemos hacer lo mismo —comentó Alexy.

Él, Tarek, Marcus y Aidan me siguieron hacia donde se encontraban ellas: en la habitación de Tarek rodeando al bebé. Gunnar era un pequeño afortunado, tenía cinco mujeres derretidas por él. En cuanto me vio, Skye se levantó y fue directo a mis brazos.

—Ven, vamos a hablar un momento —le dije sacándola de la habitación para llevarla a la nuestra.

Cuando cerré la puerta detrás de nosotros, la empujé contra la pared para besarla, y como siempre me devolvió el beso sin reservas. Agarré su trasero con mis manos, y la levanté para hacer que rodeara mi cintura con sus piernas. Sabía que me estaban esperando y que no tenía mucho tiempo, pero eso no me importó cuando la tuve en mis brazos. Con uno las sostuve y con el otro, sin demora, levanté su camiseta y sujetador liberando sus pechos. Mi palma acunó uno de ellos y mis dedos jugaron con su pezón, que ante mi toque se levantó, erecto. Bajé la cabeza deseando probarlos, primero uno y luego el otro, los mordisqueé y succioné disfrutando de la sensación de tenerlos en la boca.

—Cam —mi nombre escapó de sus labios, acompañado de un jadeo.

La necesitaba, nada más importaba en ese instante. Rasgué sus pantalones apartando la odiada tela que me impedía tenerla y después alcancé el botón de los míos, lo desabroché y bajé un poco, liberando la erección que gritaba por ella. La penetré con fuerza y ambos gemimos ante la intrusión.

—Lo siento, pequeña, tengo que ser rápido. Afuera me están esperando.

—No me importa si es rápido, te necesito —sollozó, enterrando sus uñas en mis hombros, lo que envió un cosquilleo por toda mi espalda.

Moví mis caderas entrando y saliendo de mi propio paraíso, del lugar que sería mi hogar por siempre. Quería que fuera tan bueno para ella como lo estaba siendo para mí, así que, alargando la mano entre nuestros cuerpos, llegué hasta su clítoris, que comencé a frotar en círculos. Sus piernas apretaron más el agarre en mi cintura y supe que estaba llegando. Mi cuerpo se tensó y luego exploté, vaciándome por completo en su interior un segundo después de que ella terminara gritando mi nombre.

Sin separarnos, la conduje a la cama, donde la recosté sobre su espalda. Despacio salí de su interior y una vez más me sentí maravillado cuando la miré, con sus ojos brillando por la pasión compartida, los labios hinchados por mis besos y las mejillas sonrojadas. Su camiseta enrollada dejaba al descubierto sus pechos y el resto de su cuerpo desnudo, excepto por sus pies, donde seguía llevando las zapatillas.

—Tengo que irme —dije acomodando como pude a mi amigo dentro del pantalón y volviendo a subir la cremallera.

—¿A dónde? —preguntó sentándose para bajar su camiseta, cosa que lamenté, pues ya no podía ver las pequeñas cumbres que tanto me gustaban.

—Vamos a ir a cazar demonios.

—¿Ahora?

Me puse de cuclillas para quedar a su altura, apoyando las palmas de mis manos en sus

rodillas desnudas y obligándome a no mirar su sexo, pues sabía que no saldría de allí nunca si volvía a hacerle el amor.

—Tenemos que conseguir que nos digan cómo llegar a Mágoras.

—Está bien, espérame, busco algo de ropa y voy contigo —declaró, empujándome para ponerse de pie.

Por un momento me entretuve viendo su bonito trasero, hasta que me di cuenta de lo que había dicho.

—Espera —me apresuré a detenerla—. Tú no puedes ir.

—¿Por qué no? La vez pasada me llevaste y todo salió bien, ¿era más sencillo llevar a Steven porque era hombre?

—No es eso y lo sabes, pero hoy no puedo llevarte, cielo, esto es peligroso, no vamos a matar a los demonios, sino a capturarlos vivos.

—Pero...

—Skye, por favor, confía en mí en esto, necesito que estés segura para poder hacerlo —supliqué tomando su rostro en mis manos y mirándola directo a los ojos—. Te necesito a salvo.

—Y yo te necesito a salvo a ti —dijo con un gesto derrotado—. No puedo estar sin ti, Cam.

—No lo estarás, al menos no por mucho tiempo, solo serán unas horas, incluso puedes esperarme en la cama para que continuemos —propuse con picardía pasando un dedo por su centro y sintiendo la humedad que había dejado nuestra sesión de sexo rápido.

Ella se pegó más a mí ante mi gesto y odié tener que irme.

—Te esperaré entonces —dijo acercando su rostro para que la besara, cosa que hice sin dudar.

—¿Qué te llevó tanto tiempo? —preguntó Tarek burlón cuando por fin salí.

—Al menos yo tuve algo en que entretenerme —respondí enseñándole el dedo medio.

—Bien, ya que estamos todos, lo que haremos será lo siguiente —comenzó Alexy, que era el líder indiscutible y quien siempre dictaba lo que iba a hacerse sin que nadie lo pusiera en duda—: Cam y yo iremos en las motocicletas mientras Aidan nos sigue en su camioneta. Nosotros formaremos un grupo. Medhan y Nithael el otro y, finalmente, Tarek y Marcus. La premisa es atrapar a los demonios vivos, no importa cómo lo hagan, pueden desmembrarlos si quieren, siempre y cuando todavía conserven la capacidad de hablar.

Cuando estuvimos de acuerdo, partimos a nuestra búsqueda. Por primera vez hallar un demonio no era solo una forma de disminuir un poco el mal que estaba azotando la tierra, al menos para mí se convirtió en un acto de pura necesidad, por lo que estuve atento debatiéndome entre la ansiedad y la desesperación a medida que las horas pasaban y ninguna sanguijuela aparecía.

—Vamos a encontrarlos —dijo Alexy percatándose de mi zozobra.

—Tienen que aparecer, los hijos de puta no pueden esconderse justamente hoy.

La madrugada llegó y apenas nos quedaban unas tres horas antes del amanecer. Apreté la dirección de mi motocicleta perdiendo la esperanza, pero con la convicción de que volvería a salir esa noche en cuanto cayera el sol y todas las noches siguientes hasta hallar alguno. La fortuna estuvo de mi lado, pues cuando estaba a punto de encaminarme de regreso al bar, vi a uno salir de un callejón, parecía que acababa de alimentarse, por lo que seguro se dirigía a donde fuera que se ocultaran durante el día. Aceleré para llegar a él y cuando se dio cuenta, intentó huir; pisé el

acelerador y me lancé a la acera sin molestarme en estacionar mi moto y escuché el ruido que hizo esta al impactar con el pavimento cuando se giró y cayó. Corrí tras el demonio que parecía ir a la velocidad del viento, a punto de girar en una esquina, lo intercepté, derribándolo. Alexy y Aidan llegaron detrás de mí y me ayudaron a inmovilizarlo. La criatura gruñía enseñándonos los dientes y levantó la cabeza, escupiendo su espesa baba sobre Aidan.

—Hijo de puta, acabas de arruinar mi traje —bramó y lo pateó.

El demonio luchó por escapar de mi agarre, pero me aseguré de mantener sus brazos atrapados en su espalda, cuidándome de no ser alcanzado por sus garras.

—Creo que para lo que necesitamos, algo le sobra —dije moviéndome para buscar una mejor posición.

—¿Algo como qué? —preguntó Alexy apoyando la bota en su cabeza e inmovilizándola contra el sucio asfalto.

Sin responder, permití que mis garras se alargaran y corté sus brazos de un tajo. El demonio rugió y se retorció de dolor.

—Es mejor que nos apresuremos a llevarlo a la bodega, falta poco para que amanezca —dijo Aidan yendo hasta su camioneta, donde habíamos dejado algunas cuerdas y un trozo de lona. Eso por sí solo no era suficiente para mantenerlo inmóvil, por lo que tendríamos que usar nuestra fuerza y mantenernos lejos de sus afilados dientes hasta llegar al lugar indicado. Lo envolvimos en la lona y atamos con las cuerdas, la falta de brazos disminuía su capacidad de lucha y eso facilitó nuestro trabajo cuando tuvimos que meterlo en la parte trasera de la camioneta de Aidan. Subí con él para asegurarme de que no se desatara, mientras que Alexy corría por su motocicleta. La mía no me preocupó, tenía algo más importante en mente.

—Llamaré a Henry para que se ocupe de tu moto y la lleve al bar —dijo Aidan. Era bueno que siempre tuviese una solución para todo.

El demonio se retorció con violencia haciendo el camino hasta la bodega algo trabajoso, no obstante, conseguimos llegar allí sin mayores contratiempos. Alexy y yo lo bajamos mientras Aidan se apresuraba a abrir el portón para dejarnos pasar. Lo arrastramos dentro y lo dejamos caer en un rincón.

—¿Qué se supone que es este lugar? —pregunté mirando alrededor.

Era una construcción de aspecto antiguo con altas paredes y vigas de acero en el techo. Algunas palomas habitantes del lugar desplegaron el vuelo cuando escucharon el ruido que estábamos haciendo.

—Es el viejo almacén donde Razvan guardaba las armas con las cuales traficaba —respondió Aidan, quitándose su chaqueta con una mueca de asco y lanzándola al piso—. Puto demonio, era mi traje favorito.

—Seguro debes tener otros veinte trajes favoritos, no te preocupes —dije inclinándome para asegurarme de que la sanguijuela no se desataba. Unos minutos después escuchamos los motores de las motocicletas de Tarek y Marcus, que acto seguido entraron llevando cada uno un demonio. Las recién llegadas sanguijuelas parecían más muertas que vivas: les faltaban las extremidades y tenían varias heridas en sus cuerpos.

—Alexy dijo que no tenían que estar enteros —explicó Tarek con un encogimiento cuando los miré con una ceja enarcada.

Lanzaron los dos despojos al lado del que acabábamos de traer. Justo detrás de ellos llegaron los hermanos. Ellos no parecían tener problemas con su captura, pues, aunque lo traían a empujones, entró caminando por su cuenta.

—¿Qué demo...? —No terminé de formular la pregunta cuando el sujeto rugió y se proyectó en dirección a Medhan, quien sin ningún problema lo derribó.

El prisionero levantó la cabeza dejando ver su nariz sangrante y lanzando una mirada que prometía venganza. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, eran como el color de la plata fundida con destellos brillantes. Su cabello, que más que rubio era blanco, estaba cortado al rape a ambos lados de su cabeza y largo en el centro. Vestía unos simples *jeans* de color azul claro, camiseta blanca y botas de motociclista. Un piercing adornaba su ceja derecha.

—Él no es un demonio —declaré.

—¿En serio? —preguntó el aludido con sarcasmo—. Parece que tus amigos no son tan inteligentes como tú.

—¡Silencio! —demandó Medhan usando la autoridad que milenios de vida le conferían—. No pongas a prueba nuestra paciencia —advirtió—. Puede que no seas un demonio, pero eso está más en tu contra que a tu favor, recuerda que los ángeles caídos son técnicamente humanos una vez que los expulsan del cielo, te convendría recordar eso cuando intentes enfrentar a alguno de nosotros.

—¿Cómo diablos terminaron ustedes con un ángel caído? —indagué, estudiando al hombre que, despacio, se puso de pie.

En efecto, estos se convertían casi en humanos cuando perdían todos sus poderes angelicales y lo único por lo que se distinguían era por su estatura, igual a la nuestra, además de sus rasgos físicos.

—Parece que aquí nuestro nuevo “mejor amigo” —respondió Nithael haciendo la señal de comillas— se portó mal en su casa y por eso lo echaron, entonces buscó refugio en casa del amigo mala influencia, o sea, el infierno. Y ya que salió de su guarida a darse un paseo por la tierra sin ningún otro objetivo que seducir a chicas humanas, pensamos que podría hacer algo más productivo y señalarnos la forma de entrar a su morada de acogida.

—Vaya, parece que ahora del infierno dejan salir a cualquiera —comentó Tarek acercándose al ángel y dándole un repaso que prometía una muerte lenta y dolorosa si intentaba algún truco.

—Con las puertas de ese maldito lugar abiertas gracias a Razvan, agradece que no estamos de mierda de demonio hasta el cuello —agregué.

Un gruñido se escuchó a la izquierda y escasamente tuvimos tiempo de girarnos para ver que la sanguijuela que había traído con Alexy y Aidan se había liberado. Apenas un segundo después de que lograra ponerse de pie, de un zarpazo y a una velocidad que ninguno habría tenido tiempo de detener, Marcus le cortó la cabeza.

—Mierda, hermano, ¿qué te pasa? —bramé furioso.

—Estaba gruñéndome, ningún puto demonio me gruñe —respondió y se alejó de nosotros.

—Teníamos que haberlo dejado en casa —comentó Aidan, moviendo la cabeza a ambos lados en negación.

—Todavía tenemos tres opciones —dijo Tarek mirando a sus presas. Uno de ellos estaba tendido en un charco de su sangre, parecía que todo el líquido vital había abandonado su cuerpo—. O tal vez solo dos.

Negué encaminándome al ángel caído, el único que parecía poder darnos información, y cuando lo alcancé, no tuve reparos: lo aferré por el cuello y lo estampé contra la pared. Era apenas uno o dos centímetros más bajo que yo, aun así, lo levanté sin problema, dejando que sus pies colgaran a varios centímetros del suelo.

—No me pondré con rodeos, así que ahora mismo vas a decirme cómo entrar al infierno.

Una sonrisa burlona apareció en sus labios.

—¿Qué te hace pensar que tengo que hacerte favores?

—El hecho de que no te lo estoy pidiendo, solo te estoy dando la oportunidad de sufrir mucho o muy poco dolor, porque créeme, no tendré reparos en romper cada hueso de tu cuerpo y abrirte una zanja desde el cuello hasta el ombligo por el simple placer de hacerlo.

Era cierto que el sanguinario del grupo era Tarek, pero estaba dispuesto a ocupar su lugar si con eso conseguía lo que necesitaba, nada iba a detenerme de salvar a mi cielo. Él no pareció intimidado por mis palabras, de hecho, me sostuvo la mirada con tanta frialdad como era posible. Tuve que darle crédito por eso, era solo un hombre, casi humano, en medio de siete que no lo éramos y se mantuvo firme.

—¡Habla! —ordené permitiendo que mis ojos cambiaran al color rojo y que mis garras se alargaran cortando su piel. Un hilo de sangre descendió manchando el borde de su camiseta blanca. Apenas parpadeó.

—Bien, amigo, parece que quieres ponerte difícil —comentó Alexy ubicándose detrás de mí —. Verás, frente a ti tienes a un hombre desesperado por salvar a su mujer, por lo que te aseguro que no se detendrá ante nada. Contrario a lo que puedas pensar, nosotros solo asesinamos demonios y tenemos motivos, por lo que no estamos interesados en acabar con tu vida; pero no pienses ni por un momento que no lo haremos si con ello conseguimos lo que necesitamos.

Esto lo hizo reaccionar un poco, y moviendo su cabeza, centró su mirada en mí.

—¿Es cierto lo que dice? ¿Estás haciendo esto por tu mujer?

—Así es —respondí sin aflojar mi agarre.

—Bien, aleja tus malditas garras de mí y voy a decirte lo que quieres.

Lo estudié un momento para asegurarme de que no se trataba de ninguna treta y lentamente fui abriendo mi garra para liberarlo. Cuando lo hice, se llevó la mano al cuello y luego miró sus dedos manchados de sangre.

—El hecho de que no tenga un lado demoniaco no me hace menos peligroso, te convendría recordar eso la próxima vez.

Ante su amenaza, gruñí, acercándome de nuevo dispuesto a atacarlo.

—Detente, Cam —intervino Alexy, empujándome a un lado.

El hombre nos ignoró y con deliberada parsimonia comenzó a quitarse su camiseta para limpiarse la sangre que continuaba manando de su cuello, diciéndome con ese gesto que, si bien iba a colaborar, lo haría en sus propios términos.

SKYE



Estábamos en la sala de televisión sentadas en el piso, nadie había mencionado nada, pero la preocupación era obvia en los rostros de todas. Ya había amanecido y no teníamos noticias de los hombres. Ninguno llamó ni respondieron sus teléfonos cuando intentamos contactarlos. En una improvisada cama que su mamá hizo para él a su lado, Gunnar dormía tranquilo, ajeno a los conflictos del mundo, y deseé con todas mis fuerzas que se mantuviera así siempre. Abby había llamado a Henry cada cierto tiempo para asegurarse de que su hermano se encontraba bien.

—No puedo más —declaró Alana, poniéndose de pie—. Tenemos que hacer algo.

—¿Y qué propones que hagamos? —pregunté siguiéndola.

Abby y Emily nos imitaron. La única que se mantuvo en su sitio fue Ángela, que estaba callada con una mano puesta sobre su pequeño hijo.

—No lo sé, Skye, no lo sé, yo solo quiero a mi Alexy, lo necesito aquí conmigo —gritó, desesperada.

—Emily y yo vamos a buscar el té para los nervios, creo que nos hace falta —declaró Abby tomando a la pelirroja de la mano.

—Alana, todas los necesitamos —dije, tomándola por los hombros para intentar tranquilizarla.

—¿Por qué nunca podemos estar en paz? —sollozó—. Siempre parece haber algo que nos quiere destruir.

—Oye, tranquila. —La abracé dándole consuelo—. Cuando decidimos entregar nuestros corazones a unos hombres que no eran humanos, sabíamos que nuestro camino no sería fácil, a pesar de ello, los amamos sin miedo. Por favor no dejes que tu temor te haga perder la confianza.

—¡Chicas! —gritó Abby mientras entraba corriendo seguida de Emily, que sostenía de forma precaria una bandeja con una jarra y varias tazas—. Acabo de hablar con Henry, Aidan lo llamó y ellos están bien. Dice que no hablaron mucho porque tenían muy mala recepción. El problema es que Henry iba camino a buscarlos y otro auto lo chocó, me llamó porque la policía llegó al lugar y lo retuvo, él necesita que nosotras lo hagamos.

—Entonces démonos prisa —declaró Alana moviéndose.

Me adelanté a recibir la bandeja que traía Emily y la ayudé a ponerla en la mesa.

—¿Vamos a ir todas? —preguntó Ángela poniéndose de pie.

—No —contesté—. Tú vas a quedarte cuidando del bebé.

—Pero...

—Pero nada, Ángela —intervino Abby—. Si sales de aquí con Gunnar y resulta peligroso para él, Tarek se enfadará, es mejor que tú te quedes, las demás iremos.

—Odio sentir que soy la más inútil de todas —manifestó con pesar.

—Tú no eres inútil —la animé—. Es solo que tienes otra responsabilidad, tal vez la más grande, Gunnar es nuestro futuro y tu misión es mantenerlo a salvo.

—Está bien, solo tengan cuidado.

Todas nos movimos, alistándonos para salir, entonces lo sentí: era el familiar escalofrío que recorría mi cuerpo desde los pies a la cabeza. El temblor que se apoderaba de mis manos y mis rodillas dificultándome el movimiento. La certeza de ser observada.

—*Él no te salvará.* —Escuché la voz que parecía salida del averno. Ninguna de mis amigas parecía darse cuenta, todas continuaban hablando sobre lo que haríamos a continuación sin percatarse de la oscuridad que se cernía sobre mí—. *Él morirá si intenta cambiar tu destino, él morirá, él morirá.* —La letanía se repetía como un eco.

—Déjame en paz, maldito —grité cubriendo mis orejas, en un vano intento de acallarlo.

—*Él morirá y tú vas a seguirlo.*

Giré buscándolo y lo encontré parado a unos pasos de Gunnar. El bebé se agitó un poco y la siniestra criatura bajó la cabeza, estudiándolo. Cuando volvió su atención en mi dirección, separó sus dientes afilados como cuchillas. Un fuerte dolor atravesó mi sien haciéndome tambalear.

—¿Skye? —escuché que dijo alguna de las chicas y luego los brazos de Ángela me alcanzaron para ayudarme a recuperar la estabilidad.

—¿Era él? —preguntó otra.

Apenas atiné a asentir un poco para evitar que mi cabeza explotara. El dolor lacerante parecía aumentar a cada segundo.

—Creo que debes quedarte con Ángela —dijo Alana.

—No —susurré, pues hasta abrir la boca para hablar me mataba.

—Henry envió una van que llegará en cualquier momento, debemos estar listas para partir enseguida.

—¿Skye? —La voz de Ángela estaba cargada de preocupación cuando nos dirigimos a la puerta.

—Voy a estar bien, todo lo que tengo que hacer es llegar a Cam —dije apoyándome en Emily, que era la más cercana.

Ella, al comprender mi malestar, pasó uno de mis brazos sobre sus hombros y rodeó mi cintura con el suyo. Cuando salimos del bar, en efecto, un van nos esperaba en la entrada. Vi a Abby acercarse al conductor y luego de intercambiar unas palabras con él, regresó con un gesto de preocupación.

—Él no va a conducir para nosotras, lo que nos deja en un lío, a menos que Emily o tú, Skye sepan hacerlo, ya que Alana y yo no.

Emily negó con un gesto de disculpa.

—Yo lo hago —declaré tomando un fuerte respiro, lo que me causó otra ráfaga de dolor.

—No parece que estés en condiciones —dijo Abby.

—Soy la única que puede y nada va a impedir que llegue con Cam, lo necesito. —Yo misma fui consciente del tinte desesperado en mi voz, pero por alguna razón sentía que iba a morir sin verlo.

—Entonces vamos, Henry me explicó dónde es el sitio, así que todo lo que tenemos que hacer esregar la dirección en el GPS de la van.

Cuando nos subimos, quise gritar pues el ruido que causaron las puertas al ser cerradas, fue como si clavaran agujas en mi cerebro. Mi vista estaba un poco nublada, sin embargo, me las arreglé para encender el vehículo y comenzar a conducir. Lo estaba haciendo de forma errática y temí causar un accidente, lo que casi consigo en un semáforo. Alana tuvo que gritarme para que frenara y escuché los bocinazos de los otros autos cuando lo hice y los neumáticos chirriaron contra el asfalto.

—Skye, estás muy pálida y tus manos están temblando.

—*Él va a morir.* —La voz de Alana o Abby, no estaba segura de cuál de las dos hablaba, se mezcló con la que seguía sonando en mi cabeza.

Volví a poner el auto en marcha, seguí las instrucciones de Abby y aunque tardamos más tiempo del requerido, por fin llegamos.

—Ahí, Skye, dobla en esa esquina, Henry me dijo que teníamos que ir por la puerta trasera. —Obedecí usando las pocas fuerzas que me quedaban, aunque al hacerlo rocé la pared con el frente de la van, causando un agudo chillido. —Todo está bien —dijo, poniendo su mano sobre la mía, que seguía fija en el cambio de marchas—. Vamos por nuestros hombres.

Asentí y quitándome el cinturón de seguridad, abrí la puerta para bajarme, en cuanto lo hice mis rodillas se doblaron y hubiese caído de no ser porque logré sostenerme. Una vez más, Emily corrió a mi lado para ayudarme, mientras Abby nos conducía hacia la entrada. Ninguna de nosotras dudó de lo que estábamos haciendo, todas teníamos un propósito que cumplir. La puerta hizo un molesto chillido al abrirse y varias palomas volaron sobre nuestras cabezas dejando un rastro de plumas en el aire. Pasamos en medio de un montón de cajas vacías e hicimos a un lado lo que parecía ser una cortina de plástico.

—¿Qué demonios hacen ustedes aquí? —rugió alguien.

—¿Cam? —dije en voz baja.

—¿Skye? —Su voz me llegó amortiguada y mis ojos comenzaron a cerrarse, estaba perdiendo la conciencia. El dolor se hizo más intenso y aquella maldita cosa no se callaba. —Cielo. —Unos brazos conocidos me sostuvieron y suspiré sabiendo que si moría era con él. —Háblame por favor —suplicó acariciando mi mejilla.

—No se calla, no quiere callarse y ya no lo soporto.

—Aquí estoy pequeña, te prometo que haré que se vaya. —Sus cálidos labios tocaron mi frente y fue como un bálsamo.

—Duele mucho.

—¿Dónde te duele? —Su tono estaba cargado de desesperación. Sus manos palparon mi cuerpo como si buscara alguna herida.

—Mí... mi cabeza va a explotar —dije sintiendo que la oscuridad me arrastraba.

—Skye, no te quedes dormida, ¡mírame! —ordenó.

Quise decirle que nada deseaba más que pasar el resto de mi vida mirándolo, que si esa fuera la única cosa que pudiera hacer sería feliz, no obstante, sentía que una fuerza superior tiraba de mí hacia las tinieblas. Intenté levantar mi mano para tocarlo, pero pesaba demasiado.

—... amo... —fue lo último que alcancé a decirle antes de que la oscuridad me envolviera por completo apartándome de mi corazón.

29

CAMERON



—¡Skye! —grité desesperado—. Maldición, pequeña, abre los ojos. —Su cuerpo se quedó laxo en mis brazos y una ola de terror me invadió. —Cielo, no, no puedes irte.

—Ella no se ha ido, Cam —declaró Medhan poniéndose de rodillas a mi lado para tomarle el pulso—. Su cuerpo solo entró en un estado de catarsis, sin embargo, tenemos que actuar rápido, si pasa mucho tiempo, no podremos hacer que regrese.

—¿Se puede saber por qué vinieron ustedes y no Henry? —ladró Aidan acercándose a su mujer.

Esta negó limpiándose las lágrimas sin apartar los ojos de mi pequeña cuando me levanté con ella en brazos.

—Henry sufrió un accidente en la vía, nada grave, pero la policía llegó y no lo dejó moverse del lugar, no tuvo más opción que llamarme.

—Gracias por venir, chicas —les dije, mirándolas. Cada una de ellas abrazaba a su esposo.

—Skye dijo que te necesitaba, que solo estaría bien contigo —lloró Alana y los brazos de Alexy la cubrieron.

—Tenemos que salir de aquí ya mismo —dije moviéndome hacia la salida.

—No podemos. —La voz de Abby me detuvo y giré para enfrentarla.

—¿Por qué no podemos? —Su rostro enrojeció de vergüenza.

—Lo lamentamos mucho, pero ni Alana, ni Emily ni yo sabemos conducir, fue Skye quien nos trajo y ninguno de ustedes podrá hacerlo, se quedarán ciegos en cuanto salgan de aquí.

—Jodido infierno, maldito Mágoras, hijo de puta.

—Yo los llevo —tronó el ángel caído. Por un momento me había olvidado de él.

—¿Puedes ver durante el día? —pregunté con algo de escepticismo.

—Sí, y deberías agradecer que, a diferencia de ustedes, no estoy maldito.

—Sí, bueno, viendo dónde vives, no estás muy bendito tampoco —ironizó Tarek.

Una vez en el bar, conduje a Skye a nuestra habitación y la deposité con cuidado en la cama. Le quité los zapatos y los *jeans* intentando que estuviese más cómoda y la cubrí con la sábana. No saldríamos en busca de Mágoras hasta esa noche, por lo que me pasé todo el día sentado a su lado sosteniendo su mano. Su rostro estaba pálido y unas profundas ojeras se dibujaban bajo sus ojos. Estaba aterrado de pensar que Mágoras había ganado y me la había quitado, pero su corazón

seguía latiendo. Ella se estaba aferrando a la vida, por lo que, decidido, me agarré con fuerza a la esperanza. Skye era mía, mi mujer, mi mundo y nadie me la iba a quitar.

—¿Hijo? —habló Aidan y puso una mano en mi hombro—. Aker nos dijo cuál es el lugar.

—¿Quién? —pregunté sin apartar la mirada de la chica que se había convertido en mi propio cielo.

—El sujeto que atraparon Nithael y Medhan.

—Está bien.

—Iremos esta tarde en cuanto se oculte el sol.

—Está bien —volví a repetir.

Comprendiendo mi poca disposición para mantener cualquier charla, me dio un ligero apretón y volvió a dejarme solo.

Las horas pasaron lentas, como si cada vez que mirara el reloj este se burlara de mí, atrasándose a propósito. Cuando al fin marcó las seis, me preparé para lo que venía.

—Voy a traerte de vuelta, mi amor, voy a pelear por ti —susurré besando sus labios. Cuando me puse de pie, las compañeras de los otros aparecieron como invocadas—. Por favor, cuídenla por mí.

—Lo haremos, no te preocupes —prometió Ángela.

Les agradecí y me fui a cumplir la misión más importante de mi vida: salvar la otra mitad de mi alma.

Todos estaban reunidos en el bar luciendo gestos sombríos, excepto el tal Aker, que parecía tranquilo sentado en una mesa apartado de los demás.

—Llegó la hora —dije dirigiéndome a él.

—Está bien, pero te advierto que no pueden ir todos.

—¿Qué mierda es esa de que no podemos ir todos? —demandó Alexy.

—¿A alguno se le ocurrió pensar el alboroto que causarían siete demonials acercándose al infierno? Satanás estaría más que encantado de poder apresar sus almas y convertirlos en esclavos.

—Eso no importa, igual iremos.

—No. —Lo corté sabiendo que Aker tenía razón. Íbamos a meternos a la boca del lobo y ponernos en bandeja para terminar siendo esclavos en el infierno—. Iré solo.

—Y un demonio que lo harás, Cam —gritó Alexy.

—Por supuesto que no —agregó Aidan.

—Necesito que dejen de actuar como padres sobreprotectores —ladré—. ¿De verdad van a exponerse y dejar a sus mujeres viudas? A ver tú, Tarek, ¿vas a dejar a Ángela sola para que críe a Gunnar?

—No pretendo morir —respondió de forma despreocupada.

—¿Qué hay de ti, Marcus? ¿Quién cuidará de tu amada Em si no regresas?

La incertidumbre brilló en sus ojos, no había nada que mi hermano quisiera más en el mundo que a su mujer.

—Voy a volver —afirmó.

—Puede que vuelvan, pero también es posible que no, y no pienso correr ese riesgo, así que nadie me acompañará y se acabó la discusión.

—Craig, soy tu padre y no vas a darme órdenes —rugió Aidan—. No te atrevas a decirme lo

que debo o no hacer —advirtió apuntándome.

—Tú tienes a Abby y a Kevin.

—Y también te tengo a ti y nada en el mundo te va a volver a alejar de mi lado.

Despeiné mi cabello tirando de las puntas impaciente, estaba perdiendo la batalla y el tiempo se acababa, ¿por qué demonios todos tenían que ser tan malditamente tercos?

—Yo iré con Cam. —La sorpresiva intervención me dejó estupefacto. Miré a Nithael, esperando ver alguna mueca burlona, pero él lucía totalmente decidido—. No tengo ninguna mujer ni hijos ni nada que cuidar, así que no corro riesgos.

—Yo los acompaño —se ofreció Medhan.

—¡No! —gritamos su hermano y yo al mismo tiempo. Él frunció el ceño.

—No te ofendas, *daquiros*^[1], pero no hace mucho corrías detrás de tu mujer como un caballero andante dispuesto a salvar a su damisela en apuros —le dijo Nithael.

—Nayleen no es mi mujer, solo le presté ayuda cuando la necesitaba.

—Pues para ser solo un gesto de caridad, parecías muy preocupado por la chica.

—Nithael... —El nombre salió como una advertencia.

—Tu hermano tiene razón, Medhan, tú tampoco puedes ir y no solo porque necesitas quedarte y averiguar que va a pasar con Nayleen, sino porque serías la primera presa perseguida allí, para ninguno es un secreto que tienes poderes que nosotros no, por lo que serás como un faro atrayendo el mal contra ti.

Medhan masculló una maldición que nos desconcertó a todos. Él no solía perder la compostura nunca.

—Más te vale que no mueras —advirtió dirigiéndole una profunda mirada a su hermano pequeño—. No quiero ser yo quien explique a *matrorha*^[2] la razón por la cual no regresaste.

—Cam, ¿estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó Alexy.

—Estoy seguro, ustedes deberían poder entenderme mejor que nadie, ya que estoy convencido de que, al igual que yo, serían capaces de ir hasta el infierno por sus mujeres.

—Todos te entendemos, pero eso no consigue que estemos menos preocupados.

—Voy a volver, que se joda Mágoras, él no me va a arrancar del lado de mi Skye.

Me despedí de Alexy, Tarek y Marcus. Aidan se quedó de pie esperando su turno hasta el final.

—Por favor, regresa, hijo —pidió atrayéndome en un abrazo y besando mi mejilla.

—Lo haré, eso dalo por hecho.

Asintió entregándome las llaves de su camioneta.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —pregunté a Aker, quien se hallaba sentado en la parte de atrás de la camioneta. Nithael estaba en el asiento del pasajero.

—Hacia Muir Woods.

Conduje sin importarme romper los límites de velocidad, mientras más pronto encontrara el lugar, menos tardaría en regresar con mi chica.

—¿Por qué conducen autos? ¿Qué hay de sus alas? ¿Solo las tienen como adorno?

Nithael bufó ante las preguntas.

—¿Piensas que somos idiotas? Vivimos en una ciudad, ¿qué crees que pensarían los humanos sin ver un enorme pájaro surcando el cielo? —contesté mirándolo por el espejo retrovisor. No era tan tonto como para confiar en él, así que, a pesar de estar concentrado en la conducción, también

tenía un ojo puesto en el sujeto.

—Les dan demasiada importancia a los humanos, ni siquiera merecen un poco de nuestra atención. —Su voz estaba cargada de veneno. Nithael y yo compartimos una mirada suspicaz.

—¿Algún problema con la subcriaturas? —preguntó burlón mi compañero.

—Ninguno, no pierdo mi tiempo pensando en ellos.

Ignoré la conversación, que no me interesaba mucho, y me concentré en el camino. Muir Woods se encontraba en el condado de Marin, a solo doce kilómetros del puente Golden Gate. Cuando pasaba por este sentí la opresión en mi pecho, por un instante levanté la cabeza hacia el mirador, recordando la noche en que Skye, aún disfrazada de Steven, y yo pasamos un tiempo sentados allí.

“Sé fuerte, pequeña, por favor, sé fuerte”, rogué para mis adentros.

Las primeras secuoyas, los árboles gigantes que custodiaban el bosque, aparecieron a la vista, consiguiendo que mi adrenalina aumentara. Busqué dónde estacionar y bajé seguido de mis acompañantes. Como era habitual en el lugar, una espesa niebla parecía envolverlo todo, creando una atmosfera misteriosa. Sin decirnos nada, Aker comenzó a caminar adentrándose por uno de los senderos que seguía la ruta de Osean View; iba a seguirlo cuando Nithael me detuvo poniendo una mano en mi hombro.

—¿Qué pasa si nos está conduciendo a una trampa? —preguntó haciendo un gesto con la barbilla hacia el hombre que ya iba varios metros por delante de nosotros.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr, si no estás seguro de ir, es mejor que regreses al bar.

—No dije que no pensara ir, solo que no confío en él.

—¿Y crees que yo sí? Ahora mismo no confío ni en mi sombra, pero por Skye estoy dispuesto a todo.

Soltando un suspiro exasperado apartó su mano y ambos comenzamos a seguir al ángel caído que permanecía en silencio.

—¿Por qué decidiste venir? —le pregunté a Nithael un rato después.

—Porque tu mujer es mi amiga, sé que tú piensas que estoy interesado en ella de forma romántica, pero no es así. Estoy demasiado destrozado para pensar en amar a alguien, sin embargo, Skye me agrada. Además, parece que soy el único aquí que no tiene nada que perder.

—Agradezco tu sinceridad —dije.

—Tal vez sería bueno que fuéramos más rápido —comentó Aker sin mirarnos—. El lugar está a unos tres kilómetros.

—Haberlo explicado antes —protesté, pasando por su lado con Nithael pisándome los talones. Aproximadamente a un kilómetro, me di cuenta de que el ángel no estaba—. Mierda —exclamé deteniéndome en el acto.

—Demonios —masculló Nithael cuando estuvo a punto de chocar conmigo.

Nos quedamos mirando detrás de nosotros al camino que habíamos hecho y entonces lo vimos acercarse corriendo. Permanecemos en el mismo sitio esperando que nos alcanzara y cuando lo hizo, tenía una mirada asesina en sus ojos.

—No me refería a que usaran su estúpida velocidad sobrenatural, imbéciles —ladró.

—No te pases, amigo, recuerda que no estás aquí de paseo —amenacé y lo vi apretar los dientes.

Esta vez nos adaptamos a él, cuya velocidad apenas podía rebasar el límite humano. Lo que no significaba que no fuéramos muy rápido.

—¿Por qué te echaron del cielo? —le preguntó Nithael.

—Ese no es tu puto asunto —fue su agresiva respuesta.

—Tienes razón, no me interesa a quién jodiste allá para que merecieras el destierro.

—Es aquí —declaró Aker cuando nos acercamos a un grupo de árboles.

No sé por qué había imaginado que nos conduciría a alguna cueva o algo por el estilo, pero en el lugar que señalaba no había más que niebla rodeando los troncos de los enormes árboles, que parecían luchar por alcanzar las nubes.

—¿Me estás jodiendo? —pregunté mirando alrededor sin comprender nada.

—No eres mi tipo para pensar en eso —respondió—. Ese es el camino, solo tienen que ir hacia la niebla.

Estudí el lugar señalado intentando encontrar algún portal, pero lo único que conseguía ver era la espesa vegetación. Decidí no perder el tiempo en dudas, no era momento de titubear. Me dirigí hacia el tupido follaje escuchando los pasos de Nithael detrás de mí; poco después me sorprendió escuchar otros, Aker se unió a nosotros sin decir nada. Haciendo a un lado las ramas de los árboles más bajos y pisando la maleza nos adentramos en las profundidades del bosque cobijados por la densa niebla. Entonces ocurrió. Un segundo nos hallábamos atravesando un conjunto de arbustos y al siguiente bajo nuestros pies se abrió una especie de hoyo negro que nos condujo por una empinada y cavernosa cueva. Miré alrededor, algo impactado por lo que acababa de suceder.

—Eso fue interesante —comentó Nithael.

—¿Qué pasa si un humano se cruza con esto? —interrogué en dirección a Aker.

Este hizo un encogimiento.

—A mí no me importaría si alguno cayera por el agujero y fuera directo al infierno, pero lo cierto es que no sucedería nada, ellos pasan por encima de la boca de la cueva sin siquiera notarla. El portal no se abre para los humanos, esto solo puede hacerlo alguien con un poder oscuro, como ustedes que son mitad demonio.

Sabiendo que el tema de los humanos no era del agrado del hombre, me callé y continué el descenso que se hacía cada vez más empinado y trabajoso, mis botas resbalaban en las rocas y estas se desprendían bajo mis pies, rodando por la ladera. En algún momento me quedé en silencio tratando de escuchar la caída, pero era como si el pozo en el que nos estábamos adentrando no tuviese fin. El silencio solo era interrumpido por nuestras respiraciones, todos concentrados en el difícil camino. A medida que nos adentrábamos en lo profundo de la tierra, el aire se hacía más pesado y húmedo, mezclándose con el moho.

—Esto es todo lo que estoy dispuesto a acompañarlos —declaró Aker varios kilómetros después—. Me costó mucho salir del maldito infierno y no voy a arriesgarme a volver allí de nuevo.

—Te entiendo, no te preocupes, nosotros continuaremos desde aquí —dije, sabiendo que había hecho más de lo que le pedimos.

—Espero que la humana valga la pena lo que estás haciendo —comentó volviéndose para empezar a subir la cuesta.

—Ella lo vale todo —afirmé sin vacilar—, por cierto, si necesitas ayuda o un lugar donde quedarte, puedes volver al bar y pedirselo a cualquiera de mis padres, Aidan o Alexy, ellos te ayudarán.

—¿Tienes dos padres? —preguntó perplejo.

—Ya ves, algunos tenemos suerte —dije mientras seguía para alcanzar a Nithael.

—Que tengan buen viaje —lo escuché decir a mi espalda.

Llegamos a un punto donde la cuesta terminaba y de pronto nos vimos ante lo que parecía ser un acantilado; al acercarnos a la orilla, solo pudimos ver oscuridad en el fondo.

—¿Y cuál es el plan desde aquí? —preguntó Nithael sentándose con los pies colgando en el borde.

Nuestras ropas estaban cubiertas de mugre y las uñas llenas de tierra por intentar sostenernos de las escarpadas paredes de roca.

—Pienso que tendremos que volar —respondí quitándome la camiseta para atarla a mi cinturón y me dispuse a cambiar de forma. Al verme se levantó e hizo lo mismo.

—Sabes que si nos equivocamos y elegimos mal el camino terminaremos encerrados para siempre en el infierno, ¿verdad? —preguntó echando un vistazo hacia la oscuridad.

—Nunca lo he tenido más claro que en este momento —respondí.

Entonces desplegamos nuestras alas y nos lanzamos al vacío, totalmente a ciegas y sin la menor idea de lo que nos esperaba. Incliné mi cuerpo de modo que mi cabeza quedó hacia abajo, de esta forma caía más rápido. Cerré los ojos, invocando una imagen de Skye sonriendo, diciéndome que me amaba y eso me animó, al pensar que esa sonrisa sería el premio que obtendría por salir de allí vivo.

SKYE



La oscuridad, esa que de forma irremediable se instala en el corazón y en el alma de las personas, me estaba arrastrando lejos de los brazos de mi amado Cam. Luchaba por salir de ella con todas mis fuerzas, pero sentía que se me estaban agotando.

—*Él viene y entonces va a morir* —decía la voz.

—Él es más fuerte que tú —deseé responder, pero la mía se había perdido. Sabía que estaba viva, pues era imposible que muerta lo escuchara hablar, no obstante, mi cuerpo no respondía.

—*Él morirá* —declaró dejándome ver su rostro, que parecía flotar sobre mí mostrando una sonrisa siniestra de dientes puntiagudos y aterradores ojos de color amarillo.

No, Cam no moriría, nunca creería en eso, porque hacerlo significaría que el guardián de la muerte había ganado y entonces la oscuridad me tragaría por completo para nunca más dejarme salir.

31

CAMERON



A penas tuve tiempo de girar mi cuerpo cuando sin previo aviso un piso de piedras apareció frente a mis ojos, y terminé estrellándome de forma estrepitosa contra la superficie rocosa. Gemí cuando mi brazo se dobló dolorosamente. Nithael no tuvo mejor suerte que yo, pues escuché su cuerpo caer con un ruido sordo y a él lanzar una maldición.

—¿Estás bien? —pregunté incorporándome para sentarme.

—El maldito piso apareció de pronto —se quejó y lo vi ponerse de pie girando el cuello. De su frente manaba un tenue hilo de sangre—. ¿Ahora por dónde? —indagó mirando a nuestro alrededor.

A simple vista parecía que estábamos en algún pozo sin salida. A pesar de que en la tierra nuestra vista era aguda y podíamos ver sin problemas en la oscuridad, aquí se nos estaba dificultando la tarea.

—Tiene que haber una ruta por la cual podamos salir —dije tanteando las paredes. El lugar era amplio, por lo que me llevó un tiempo encontrar lo que parecía ser la entrada a un túnel—. Por aquí —me apresuré a decir.

Caminamos a tientas, plegando nuestras alas para que no terminaran enredándose en las rocas que formaban las paredes del reducido espacio.

—Jodido Mágoras, tenía que vivir en el peor hueco —declaró Nithael andando detrás de mí.

—¿Ya te estás arrepintiendo de haber venido? —pregunté.

—En realidad no, esto parecen las vacaciones que necesitaba, y, en caso de que no te hayas dado cuenta, arrepentirse no es una opción. Tal como yo veo las cosas, acabamos de entrar en el purgatorio, de lo que no estoy seguro es de que haya una forma de salir.

Yo tampoco estaba seguro, pero eso no iba a detenerme; de todos modos, no planeaba salir de allí sin antes haber acabado con Mágoras. El túnel se hacía cada vez más angosto, al punto que tuvimos que pasar de lado e inclinar nuestras cabezas para no rozar las paredes y el techo. El calor comenzaba a ser abrazador y el aire, tan pesado que se hacía difícil respirar. Llegamos a un punto donde parecía imposible cruzar, por lo que debimos regresar a nuestra forma humana, y aun así las rocas arañaron mi espalda y mis hombros cuando me arrastré en medio de ellas para llegar al otro lado. Parecía que no íbamos a salir nunca, cuando por fin la grieta se amplió, y nos encontramos de pie en una delgada cornisa. Unos desgarradores gritos aturdieron nuestros oídos.

—Jodido infierno, ¿qué diablos es eso? —demandé.

—Las almas que se quedaron varadas en el purgatorio y ruegan por piedad —respondió

Nithael tapándose las orejas con las manos, como si de alguna forma aquellos lastimeros llantos pudiesen ser acallados.

—Tenemos que seguir —dije pegando mi espalda a las paredes de las rocas e inclinando la cabeza hacia adelante para intentar ver qué tan alta era la caída. Pero una vez más se hizo imposible adivinar dónde estaba el fondo.

—Maldición, es bueno que no podamos sufrir de claustrofobia, este maldito lugar es espeluznante —comentó mi acompañante en la misma posición, con la espalda apoyada en la pared.

—No creo que sea buena idea volar de nuevo si no estamos seguros de lo que hay abajo, propongo que sigamos la ruta de la cornisa y veamos hasta dónde llegamos antes de arriesgarnos con nuestras alas.

—Te sigo —respondió y comenzamos a bajar por el angosto camino.

Los gritos se hacían cada vez más fuertes. Pequeñas rocas se desprendían del borde y caían al vacío. Llevábamos un buen rato descendiendo en silencio cuando el camino se cortó de forma abrupta. Me detuve escaneando el lugar para ver si continuaba más abajo y fue entonces que noté la cornisa que estaba justo frente a nosotros.

—Allá —exclamé señalando el lugar para que Nithael pudiera verlo.

—Lo tengo.

Volvimos a tomar la forma demonials y emprendimos el vuelo. Desde el aire era fácil notar que dicho saliente estaba conectado a lo que parecía la entrada de una cueva. En cuanto nuestros pies tocaron el suelo, una sorpresiva explosión nos lanzó hacia atrás. Mi cuerpo rodó por el piso y apenas tuve tiempo de registrar la caída de Nithael por el precipicio, grité intentando arrastrarme hacia el lugar, cuando lo vi aparecer de nuevo volando. Aterrizó en el saliente con las piernas separadas y listo para el ataque. Me puse de pie imitando su posición.

—Demonials en mis dominios —habló una voz siniestra que parecía provenir de todas partes.

—Muéstrate —ordené y lo vimos aparecer caminando desde el fondo de la cueva. Era una criatura más alta que nosotros, con el cabello de color rojo fuego y los ojos amarillos. En donde debería estar su nariz solo tenía dos agujeros y unos puntiagudos dientes quedaban expuestos. Dos pares de cuernos sobresalían de su frente y mejillas—. Vaya que eres feo —comenté dándole un repaso.

—Hay que tener valor o ser muy estúpido para venir aquí —declaró.

—O estar muy desesperado por salvar a la mujer que amas —agregué.

—El alma de la humana me pertenece, ella debió estar aquí y jamás una se me ha escapado.

—Te equivocas, Mágoras, el alma de mi mujer es mía, ella me la entregó de forma voluntaria, por lo que ahora yo soy su dueño.

—Cuando tú mueras será liberada, entonces iré por ella.

—Parece que el tipo aquí está muy convencido de que puede matarte —comentó Nithael a mi espalda. Mágoras, que por primera vez se fijaba en él, levantó uno de sus brazos y mi compañero salió volando hacia el oscuro abismo—. Maldición, deja de lanzarme al puto acantilado, te olvidas de que tengo alas y puedo volar —espetó cuando subió de nuevo, limpiando la sangre que brotaba de su nariz.

—Creo que se acabó la charla, vine aquí con un propósito y que me condenen si me voy sin cumplirlo —advertí antes de atacarlo.

No alcancé siquiera a tocarlo antes de que me enviara volando contra la pared de roca. Gemí ante el sonido que hicieron algunos de mis huesos al romperse. Por el rabillo del ojo vi a Nithael

intentar una maniobra, que luego comprendí era solo un método de distracción para que Mágoras se enfocara en él y así darme una oportunidad, la cual aproveché sin demora. Salté sobre su espalda, clavando mis garras en la base de su cuello. Rugió encorvando su cuerpo hacia atrás, lo que mi compañero aprovechó para herirlo en el pecho, haciendo un tajo de hombro a hombro. De pronto desapareció y apareció a mi espalda, apenas alcancé a reaccionar, cuando me lanzó disparado hacia un costado, mi hombro golpeó un borde afilado que causó un gran corte.

Luchar con demonios era relativamente sencillo, pues poseían el mismo poder que nosotros, pero Mágoras era otra cosa. Nunca antes habíamos tenido que enfrentarnos a un espíritu de la muerte. Me puse de pie de un salto y volví al ataque, todo lo que tenía a mi favor era la fuerza de voluntad y la certeza de que mi cielo dependía de mí para vivir. Mágoras arremetió contra Nithael, y este cayó de rodillas cuando uno de sus golpes lo alcanzó en el vientre. Abrí mis alas y me elevé buscando tener una ventaja sobre nuestro rival; pronto comprendí que no tenía ninguna cuando él, sonriendo, se elevó y quedó agazapado en el techo de la cuerva. Desde allí saltó sobre mí, me aferró y juntos comenzamos a caer, justo antes de que aterrizáramos logré hacer un giro para que fuera su espalda la que recibiera el impacto. Un bramido salió de sus labios mezclándose con los sollozos de las almas que, desde alguna parte, seguían implorando. Clavé mis garras en su hombro, tan profundo que atravesaron su carne hasta tocar las rocas. Mágoras no tenía garras, pero sus uñas eran como navajas afiladas que cortaron la piel de mi pecho desde el hombro hasta casi mi ombligo. Gruñí, girando mi cuerpo para alejarme de sus uñas y entonces Nithael apareció a mi lado y hundió sus garras en el pecho de la bestia, que desapareció de nuestra vista para reaparecer detrás de él, y tomándolo por sorpresa, lo envolvió con sus brazos haciendo presión.

Nithael gritó de dolor cuando los huesos de sus costillas rugieron, rompiéndose. Maldije y saltando por encima de ellos, corté la mano de Mágoras, que inmediatamente volvió a crecer. Mi compañero se apartó rodeándose el torso con el brazo, en su rostro una mueca de dolor.

—Maldita cosa, ¿caso no te mueres nunca? —dije con furia yendo hacia él.

Nithael me imitó y ambos atacamos al mismo tiempo enterrando nuestras garras en cualquier lugar que pudiéramos alcanzar, sin embargo, nuestro trabajo parecía inútil, pues sus heridas sanaban de inmediato, cosa que no estaba sucediendo con nosotros: la herida en mi vientre sangraba profusamente y por el gesto de mi acompañante, era evidente que tenía un dolor insoportable; sin embargo, tuve que darle crédito, pues ni siquiera se quejó y siguió atacando sin piedad. En un giro, Mágoras fue en su dirección, él no tuvo tiempo de apartarse y como si fuese en cámara lenta vi que las uñas de su mano derecha cortaban una de sus alas, partiéndola en dos, al tiempo que la otra abría un canal en su vientre.

—Nithael, esto no está funcionando —grité interponiéndome entre él y Mágoras, y esquivando las navajas que fueron directo a mi rostro.

—¿En serio? —escupió con ironía.

Seguí repeliendo el ataque de la mejor forma que pude, mientras Mágoras me llevaba al borde del precipicio.

—Fuego —escuché decir a Nithael.

—¿Cómo? —pregunté inseguro de lo que quería decir.

—Intentemos con fuego. —Cuando dijo esto, los ojos de Mágoras destellaron y con un rugido volvió a atacarnos. Al entender por fin a qué se refería, extendí mis brazos y lo vi hacer lo mismo. Me elevé por encima de la bestia, mientras que Nithael permaneció en el piso. Sentí cómo la corriente recorría mis brazos y el calor emanaba de mis palmas. —Ahora —gritó y ambos caímos

sobre Mágoras, su cuerpo se convulsionó y explotó en llamas. Sin perder tiempo, usé mis garras para cortar su cabeza, al tiempo que veía a mi compañero desgarrar su corazón. Nos alejamos jadeantes viendo cómo se consumía hasta quedar reducido a cenizas.

“Mi Skye es libre”, pensé.

—¿Cómo supiste lo del fuego? —pregunté mientras me acercaba a ayudarlo, pues parecía no poder sostenerse en pie.

—No lo sabía, solo se me ocurrió, el fuego es poderoso, capaz de destruirlo todo, así que valía la pena intentarlo.

—Tenemos que salir de aquí.

—No puedo volar, mi ala está destrozada.

Eché un vistazo y, en efecto, no tenía muy buena pinta.

—No hay problema, te tengo —dije sosteniéndolo y elevándome para alcanzar la cornisa por la cual habíamos llegado.

Un nuevo problema se presentó frente a nosotros cuando tuvimos que internarnos por el estrecho pasillo, pues yo pude regresar a mi forma humana, pero él no. Me quedé atrás, asegurándome de que sus alas pasaran por el reducido espacio. Ignorando el dolor lacerante que me quemaba el pecho, lo insté a continuar avanzando. Esta vez el camino fue más tortuoso y nos llevó más tiempo alcanzar el oscuro pozo en el cual aterrizamos la primera vez que nos lanzamos al oscuro vacío. Una vez allí tuve que sortear otro obstáculo, habíamos llegado allí volando, por lo que la única forma de salir era usando nuestras alas.

—Voy a levantarte y subirte, ¿está bien? —pregunté y lo vi asentir.

Tomé aire y poniendo mis brazos debajo de sus axilas, volé. Apreté los dientes con fuerza cuando una nueva ráfaga de dolor me atravesó. Volaba a tientas sin estar convencido de hacia dónde nos dirigíamos, hasta que logré llegar a un sitio seguro.

—No me parece que este sea el mismo lugar desde donde nos lanzamos —comenté mirando a mi alrededor sin encontrar nada familiar.

—No importa, de todos modos, hay que buscar una salida.

Lo observé mientras se ponía de pie apoyándose en las palmas de las manos, su cuerpo inestable se tambaleó obligándolo a buscar apoyo en la pared de roca.

—Ve adelante, yo te sigo —lo insté. De esa forma, me aseguraba de que no cayera rodando.

Sus pasos eran lentos y me adapté a su ritmo. Mientras caminábamos, no pude evitar regocijarme de lo que acababa de suceder. Lo habíamos conseguido: gracias a Nithael y a su ayuda, mi amada Skye era libre.

SKYE



La oscuridad comenzó a retroceder, al igual que la niebla. Ya no sentía que me arrastraba, era como si de pronto se cortara la cadena invisible que me unía a ella y tomando un soplo de aire, pudiera por fin volver a respirar. La imagen de Mágoras de desvaneció y el peso que apisonaba mi pecho se aligeró. Abrí los ojos y tomé una bocanada de oxígeno.

—¿Skye? —Escuché una voz, me sentía desorientada, por lo que giré la cabeza en todas las direcciones queriendo saber en dónde me encontraba—. ¿Estás bien, cariño? —preguntó Ángela a mi lado. A su alrededor se encontraban Alana, Emily y Abby.

—¿Cam? ¿Dónde está Cam? —Las chicas compartieron miradas preocupadas que hicieron que mi corazón se acelerara—. ¡Cam! —grité desesperada—. ¿Dónde está?

—Tranquila —dijo Ángela poniendo una mano en mi pecho para impedirme sentarme—. Tienes que calmarte.

—Quiero a Cam.

—Skye, escucha —comenzó Alana sentándose al otro costado de la cama—. Cam y Nithael se fueron en busca de ese tal Mágoras y no sabemos nada de ellos.

—No, eso no es posible.

—Tienes que tranquilizarte —agregó Abby—. Aidan y Alexy están haciendo todo para localizarlos.

—Pero...

—Ellos no están muertos, al menos eso es lo que cree Medhan —dijo Ángela con pesar.

No, Cam no estaba muerto, él no podía irse y no volver jamás, el que me hubiese despertado y la imagen de Mágoras desapareciera tenía que significar que estaba bien, era a esa posibilidad a la que me aferraría.

—Quiero levantarme.

—¿Te sientes bien para ponerte de pie? —interrogó mi prima ayudándome.

—Sí, necesito ir a hablar con Alexy y Aidan, quiero saber cuáles son sus planes para encontrar a mi Cam.

Con su ayuda me bañé y cambié de ropa, luego todas nos dirigimos a donde se encontraban los hombres. Al entrar pude notar los gestos sombríos que intercambiaron en el instante en que me vieron.

—Skye —tronó la voz de Aidan, que se acercó para rodearme con sus brazos—. Si tú estás despierta significa...

—Que Cam lo consiguió —terminó Alexy.

—Pero, entonces, ¿dónde está él? —pregunté ansiosa.

—No lo sabemos, pequeña, estamos intentando encontrar una forma de ir a buscarlos a él y a Nithael, pero Aker, el tipo que los llevó hasta donde se hallaba el portal, desapareció, y no hemos podido dar con él.

—Tiene que haber otra forma —dije con urgencia.

—Te aseguro que vamos a encontrarlo —prometió Aidan acariciando mi mejilla.

A partir de ese momento se convirtió en nuestra misión hallar la forma de buscar a Cam y Nithael, los hombres se concentraron en hacer planes mientras las chicas se quedaban a mi lado dándome ánimo. A medida que las horas pasaban, el peso de lo que les podía haber pasado caía como una enorme roca sobre mis hombros.

—No debes preocuparte —dijo Medhan, poniéndose a mi lado.

—De nuevo metido en mi cabeza —lo acusé.

—Desearía no estar en la cabeza de la gente la mayor parte del tiempo, sin embargo, no puedo evitarlo.

—¿Tú no estás preocupado por Nithael?

—Lo estoy, solo intento pensar que, si mi hermano estuviese muerto, yo podría sentirlo, de la misma forma que tú sentirías si lo estuviese Cam, después de todo, sus almas están unidas.

—Algo me dice que él va a volver, solo que en ocasiones un irresistible temor de que no sea así se apodera de mí. Tú viste lo aterrador que puede ser ese tal Mágoras y eso que solo aparecía su espíritu, no quiero ni imaginar lo que sería tener que enfrentarse a él en persona.

—Eres valiente, pequeña Skye, muchos humanos no habrían soportado el ataque de Mágoras con tanto valor como tú lo hiciste.

Permanecemos en silencio viendo a los otros moverse de un lado a otro, yendo y viniendo, intentando que nuestras vidas volvieran a estar completas.

—¿Si amas a Nayleen, por qué no la perdonas? —pregunté un rato después.

Medhan se quedó en silencio como si meditara mi pregunta.

—¿Qué te hace pensar que la amo? —Una ligera sonrisa apareció en mis labios ante su débil intento de evitar la realidad.

—La forma en que corriste a ayudarla aquel día que la llevé a tu casa. Yo no sé leer la mente de las personas como tú, pero fue obvio que te preocupabas por ella.

—Su madre estaba enferma, yo solo le presté mi ayuda. La compasión y la caridad no tienen nada que ver con los sentimientos.

—Tal vez no, si están destinadas a personas que no tienen nada que ver contigo, pero no es el caso tuyo y de Nayleen. No sé qué pasó entre ustedes cuando robó el texto, pero estoy convencida de que, si le dieras la oportunidad de explicarse, ella te diría lo que pasó. Lo sé porque a mí me lo dijo.

—Es complicado, sobre todo cuando le das la oportunidad a alguien de hacer lo correcto y toma el camino equivocado.

—Yo espero que ustedes vuelvan a encontrar el camino que los lleve a juntarse —declaré sincera.

Medhan me gustaba, era un gran tipo, y Nayleen, muy a pesar de lo que había hecho, no me parecía una mala persona.

—Si nuestros caminos están destinados a cruzarse, lo harán, tenlo por seguro.

Se alejó sin decirme nada más para ir a reunirse con los otros y yo aproveché para juntarme

con las chicas.

CAMERON



—¡Mierda! —exclamé cuando nos vimos en medio de un bosque cubierto de nieve.
—¿Dónde estamos? —preguntó Nithael con los ojos cerrados, su brazo rodeaba su costado, que sangraba profusamente, y en el rostro tenía dibujado un gesto agónico. Su ala se encontraba extendida y separada en dos.

Tomé forma humana y casi grité cuando un dolor lacerante me atravesó. La herida que iba desde mi hombro derecho hasta mi ombligo estaba abierta y dejaba expuestos los huesos de mi clavícula.

—No tengo la más mínima idea, pero estoy seguro como el infierno que no estamos en ningún lugar cercano a nuestra casa. Al menos debemos agradecer que sea de noche, aunque no estoy seguro de la hora.

—Genial, voy a morir aquí con el culo congelado. Solo ruego porque no hayamos terminado en Siberia y mi hermano nunca sepa qué pasó conmigo —se quejó haciendo una mueca. Estudié el entorno desconocido con preocupación. Si de verdad estábamos tan lejos, no había forma de que llegaran a nosotros antes de que Nithael muriera, porque estaba seguro de que iba a morir, sus heridas eran graves y, por alguna razón, él no había cambiado de forma.

—¿Puedes volver a tu apariencia humana? —pregunté, acercándome para revisar su ala. Ninguno tenía camisa, así que el frío penetraba hasta nuestros huesos. Negó moviendo apenas la cabeza—. Voy a tratar de averiguar dónde estamos y llamar a los demás para que vengan a ayudarnos. —No respondió y mi zozobra aumentó—. Voy a moverte un poco para tratar de ocultarte, si hubiera lobos cerca, podrían atacarte.

—Está bien —dijo en un susurro.

Me incliné plegando sus alas y siseó de dolor, levantándolo aguanté como pude mi propio sufrimiento, no iba a permitir que el tipo que se había arriesgado a ir conmigo a las puertas del infierno muriera, así tuviera que cargarlo hasta llegar a casa. Caminé unos pasos hasta donde divisé un árbol caído, me dejé caer de rodillas depositando a Nithael de nuevo en el hielo y usando mis manos cavé la nieve hasta hacer un pequeño refugio, luego lo empujé hasta dejarlo en él. Tomé su ala sana y la puse sobre su cuerpo intentando que lo cubriera.

—Voy a tratar de regresar lo más pronto posible, intenta no ser un imbécil y morirte mientras no estoy.

Un amago de sonrisa apareció en sus labios.

—Eso es lo que tú quisieras, pero no voy a darte el gusto —dijo dejando salir un quejido.

Me levanté y regresé a mi forma demonials, así sería más sencillo encontrar una ruta. Me elevé

en el aire y respiré aliviado cuando pude ver las luces parpadeantes de un pueblo cercano. Volé por encima de los árboles, pero seguía perdiendo mucha sangre, lo que hacía que me sintiera débil, así que decidí descender y usar mis piernas. No comprendía por qué mis heridas y las de Nithael no estaban sanando, normalmente lo hacían de forma rápida, pero esta vez no daban muestras de querer cerrarse, lo que me daba mala espina. Una vez más tomé apariencia humana y caminé en medio del bosque hasta llegar a un sendero. Lo seguí, esperando que me llevara a la civilización, una parte de él estaba hecho con escalones de madera, lo que significaba que en alguna época del año ese camino era usado. Saber que al menos estábamos en algún lugar habitado y no perdidos en medio de la nada me hizo sentir más tranquilo. Continué bajando hasta llegar al final del sendero y caminé en dirección a donde había visto las luces.

Un rato después, por fin divisé la primera señal de vida, una pequeña casa enclavada en un claro. Me acerqué, esperando conseguir algo que me ayudara, las luces estaban apagadas y no parecía haber nadie, lo que me dificultaba averiguar qué hora era. No se veía como si estuviera abandonada, más bien como si sus habitantes estuvieran fuera. La rodeé hasta encontrar una ventana sin seguro, si iba a irrumpir en el hogar de alguien, la idea no era hacerlo por la fuerza. La abrí con cuidado de no hacer ruido, por si mi percepción inicial de que sus habitantes no se encontraban estaba equivocada. Entré a la que parecía ser la habitación principal y con prisa me dirigí al baño esperando encontrar algunas vendas para cubrir mi herida, que seguía sangrando. Había dejado un rastro bastante obvio sobre la nieve que, de ser seguido, podía permitir encontrarme con facilidad. No había vendas en el botiquín, por lo que sin perder el tiempo regresé a la habitación y rebusqué en el armario hasta encontrar una sábana, que rasqué formando tiras. Vendé mi herida y luego rebusqué hasta dar con un suéter bastante feo de cuadros rojos y verdes. Me lo puse sin importarme, no estaba en condiciones de elegir, y tomé la manta más gruesa que pude hallar para cubrir a Nithael con ella. Salí de la habitación caminando con cuidado, la chimenea parecía que no había sido encendida en varios días. Cuando comprobé que, en efecto, no había nadie, revisé por todos lados intentando encontrar un teléfono y maldije al darme cuenta de que no había ninguno. Me fui de la casa y escondí la manta que había robado para Nithael en un pequeño cobertizo que estaba a pocos metros, así podría recogerla de regreso.

No me llevó mucho tiempo llegar al pueblo, el dolor en el pecho me seguía quemando y lo único que quería era regresar a los brazos de mi amada Skye. Por algunos minutos me había negado a pensar en ella para evitar que la desesperación se apoderase de mí por no tener manera de comunicarme y saber si ya estaba sana y salva. Busqué con la mirada los pocos letreros de los negocios que había, intentando que alguno me dijera en dónde me encontraba. Todos estaban escritos en inglés, por lo que me relajé un poco y descarté la idea de estar en algún país europeo. Me acerqué a una cafetería y miré por los ventanales, el interior estaba vacío excepto por una chica que se encontraba detrás del mostrador. Supe que esa era mi oportunidad, así que revisé mi aspecto para asegurarme que no parecía salido de alguna carnicería. Llevaba unos pantalones de cuero negro que disimulaban el rojo de la sangre y gracias a mi vendaje improvisado la herida no estaba sangrando demasiado, aunque una pequeña mancha ya comenzaba a formarse en el suéter robado, lo que me dijo que tenía que apresurarme.

—Hola —saludé a la sorprendida chica, quien por un momento se vio conmocionada, aunque luego su gesto cambió a uno de interés. Era el efecto natural que causábamos en los humanos, y decidí que esto podía jugar a mi favor, así que le sonreí.

—Ho... hola —respondió tartamudeando.

Me negué a pensar en el aspecto que tendría un sujeto con pantalones de cuero, botas de

motociclista y un espantoso suéter.

—Lamento si te asusté, no era mi intención, solo me preguntaba si podrías prestarme tu teléfono.

—¿Mi teléfono? —preguntó, confusa.

Eso me preocupó, esperaba no estar en alguna comunidad amish, donde no existiera la tecnología. La estudié, buscando indicios en su vestimenta, pero estaba tan abrigada que era difícil saberlo. Por otra parte, tenían electricidad y cuando entré al pueblo alcancé a ver algunos autos.

—Sí, ya sabes, para llamar a alguien que está en otro lugar —expliqué poniendo mi mano en la oreja imitando un teléfono.

Ella sonrió avergonzada.

—Oh, lo siento, un teléfono claro, puedes usar ese —dijo señalando uno que estaba al lado de la caja registradora.

—Te lo agradezco. —Lo alcancé y estaba a punto de marcar, cuando me di cuenta de que no tenía idea de cómo se llamaba aquel pueblo ni en qué continente estaba—. Una cosa más, ¿podrías decirme dónde estamos?

—¿Perdón?

Si antes parecía raro, ahora resultaba sospechoso y eso fue fácil de adivinar cuando escuché su corazón acelerarse.

—Lo que pasa es que un amigo y yo estábamos de excursión cerca de aquí, así que decidimos recorrer la zona, pero nuestro auto se averió y yo caminé hasta aquí para buscar un teléfono porque el mío murió.

—¿De excursión en invierno?

Cada vez que decía algo empeoraba las cosas, solo necesitaba que me diera el maldito nombre del pueblo, y más bien estaba logrando que en cualquier momento llamara a la policía. Ella continuaba mirándome entre suspicaz e interesada.

—Así es, nos gusta la aventura, pero ahora lo único que necesito es llamar a mi papá para que venga por nosotros. —Confíe en que chico que llamaba a su padre para pedirle ayuda resultara menos intimidante.

—Por supuesto, el pueblo se llama Haines. —Mierda ese nombre no me decía nada, debí prestar atención a las malditas clases de Geografía que me impartía Tarek cuando era joven.

—¿Haines...?

—¿Sí...? —indagó, ladeando la cabeza.

—¿Y el estado? —pregunté imitando el gesto.

—¿No sabes a qué estado viniste de excursión?

—Había bebido un montón cuando acepté hacer el viaje, así que estaba demasiado borracho para recordarlo —dije en voz baja, como si le hiciera una confesión.

—Ya lo creo —comentó con una sonrisa—. Estamos en Alaska.

Demonios, el jodido Mágoras era un hijo de perra, por su culpa habíamos terminando en ninguna parte.

—Claro, Alaska, no sé cómo lo olvidé, mi amigo y yo planeamos este viaje durante meses. Ahora llamaré a mi padre.

Le di la espalda para llamar, pero era consciente de sus ojos puestos en mí. Marqué el número de Aidan porque sabía que era el que nos podría sacar del apuro con mayor rapidez. Contestó al segundo timbre.

—¿Diga?

—Papá, soy yo, Cam —dije eso en voz alta, sabiendo que la chica escucharía y se tranquilizaría. Luego caí en cuenta de que le había dicho a Aidan “papá” por primera vez.

—Cam, hijo, ¿dónde estás? —Su tono estaba cargado de urgencia y algo parecido al alivio.

—Luego te explico, ahora lo único que quiero es saber cómo está Skye, por favor dime que está bien —supliqué sintiendo la opresión en mi pecho. Si todo había sido en vano no iba a poder vivir sin ella.

La línea se quedó en silencio un momento y luego escuché el mejor sonido del mundo.

—Cam, mi amor. —Cuando me fui ella estaba inconsciente y ni siquiera sabía si iba a poder traerla de vuelta.

—Cielo —susurré sintiendo que de nuevo podía respirar.

—¿Estás bien? —preguntó sollozando.

—Estoy bien, pequeña, no te preocupes.

—Por favor, vuelve, me estoy muriendo sin ti.

—No llores, estaré contigo lo más pronto posible.

—¿Me lo juras?

—Por mi alma, que eres tú misma.

—Te amo.

—Yo también te amo, Skye. —Un segundo después escuché de nuevo la voz de Aidan.

—Hijo, ¿dónde están? ¿Cuándo piensan regresar? Estábamos muy preocupados por ustedes, llevan todo un día fuera.

Su afirmación me sorprendió, pues no parecía que Nithael y yo hubiésemos estado tanto tiempo en la morada de Mágoras.

—Por eso te llamé, tenemos un problema y necesitamos ayuda —expliqué, susurrando para evitar que la chica, que seguía pendiente de mi conversación, escuchara—. Por alguna razón que no comprendo terminamos en un pueblo de Alaska llamado Haines.

—Pregúntale cómo está mi hermano —escuché que decía la voz de Medhan.

—Nithael está herido, no sé qué está pasando, pero nuestras heridas no están sanando, una de sus alas está destrozada y no puede regresar a su apariencia humana, necesito que él venga contigo y lo ayude a sanar.

—Voy a organizarlo todo, Alexy, Medhan y yo saldremos para allá lo más pronto posible, aunque te advierto que esto puede llevarnos varias horas y no creo que consigamos llegar antes del amanecer, por lo que te aconsejo que tú y Nithael busquen un refugio seguro hasta entonces.

—Gracias —dije suspirando aliviado.

—Nunca me agradezcas lo que haga por ti, hijo. Mejor dime cómo llegar allí.

—Terminamos en medio de un bosque, tuve que caminar un poco para encontrar el pueblo, espera un momento —dije, alejando el auricular de mi oreja para dirigirme a la chica—. Disculpa, ¿por casualidad conoces el nombre del bosque que queda cerca de aquí, ese desde donde se puede ver el pueblo y que tiene una ruta hecha con escaleras de madera?

Ella me miró enarcando una ceja.

—Por supuesto, ¿qué habitante del pueblo no conocería el monte Ripinsky?

Le hice un ligero asentimiento y volví mi atención a la llamada.

—¿Escuchaste? —pregunté a Aidan.

—Sí, lo tengo, ahora mismo comienzo con los preparativos.

—Saliendo del pueblo en dirección norte, al pie de la ladera hay una pequeña casa de color marrón y blanco, esta tiene un viejo cobertizo a unos pocos metros, voy a llevar a Nithael allí para

resguardarlo del frío.

—Está bien... ¿hijo?

—¿Sí?

—Estoy feliz de saber que estás bien, por favor, mantente a salvo hasta que pueda llegar allí.

Más que una recomendación, sus palabras me sonaron a petición, esto me hizo comprender cuánto significaba tener a un padre que se preocupara por mí.

—Lo haré.

Cuando colgué me sentía más ligero y hasta con deseos de sonreír, solo faltaban algunas horas para ver a Skye de nuevo, podría resistir. Me llevé la mano al pecho cuando sentí mi herida escocer y mis ojos se nublaron por un momento. Me negué a rendirme, no en ese momento que tenía tan cerca la posibilidad de llegar a ella.

—Gracias por tu ayuda, mi padre te pagará la llamada en cuanto venga.

—No te preocupes por eso, no fue nada, ¿tienes hambre? —preguntó y mis tripas gruñeron en respuesta.

—Creo que sí. —La observé mientras se movía por el lugar y empacaba dos sándwiches en una bolsa de papel, luego llenó dos vasos con un líquido humeante, un segundo después me llegó el olor a chocolate.

—Para tu amigo —explicó entregándome los vasos.

—Eres muy amable —dije con una sonrisa.

Caminé hasta la puerta y estaba a punto de salir cuando la escuché hablarme.

—No me preguntaste mi nombre, pero es Anabel.

—Yo me llamo Cameron.

—Bueno, Cameron, tal vez cuando soluciones lo de tu auto averiado y tú papá venga por ti, podrías... no sé, venir a charlar un rato y tomarte algo antes de regresar a tu casa.

Posiblemente para otro habría sido sencillo decirle que sí, después de todo, luego de salir de esa cafetería, sabía que no volvería a verla. Pero yo no era como los otros e incluso aceptar su invitación, aunque fuera de mentira, se sentía como traicionar a la mujer que amaba, así que decidí ser sincero.

—Te agradezco la invitación, pero lamento decirte que no puedo aceptar, estoy casado. —Y decirlo se sintió demasiado bien, sí, era un hombre casado y perdidamente enamorado de mi mujer.

—Oh, entiendo, entonces que te vaya bien.

—Gracias —dije y salí de allí.

SKYE



- Ya escucharon, tenemos que movernos —dijo Aidan poniéndose en marcha.
—¿Aidan? —Lo llamé acercándome a él—. Por favor, déjame ir con ustedes.

—Cariño, aún estás débil y es mejor que permanezcas aquí. Cam fue al infierno para salvarte y no me perdonaría si te pierde por un descuido.

—Pero...

—Te prometo que lo traeré sano y salvo —dijo poniendo sus manos en mis hombros.

Quería insistir, pero en el fondo sabía que tenía razón, mi cuerpo todavía no estaba lo bastante fuerte, empeñarme en ir con ellos sería retrasarlos y lo único que deseaba era tener a Cam en mis brazos de nuevo.

—Está bien —acepté levantando la mano para darle un suave apretón a la suya—. Por favor, tráemelo pronto.

—Lo haré, lo prometo.

Besó mi frente antes de continuar moviéndose por todos lados, me quedé viéndolo mientras hablaba por teléfono. Sentí unos brazos rodear mis hombros y giré la cabeza para ver a Ángela a mi lado, luego Alana, Abby y Emily me rodearon.

—Aidan y Alexy lo traerán pronto —me aseguró Abby.

—Lo sé.

Aproximadamente dos horas después estaban listos para partir, Alana y Abby abrazaron a sus esposos y yo aproveché para acercarme a Medhan.

—Por favor, dile a Nithael que nunca voy a olvidar lo que hizo por nosotros —le pedí.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Se lo diré, pero estoy seguro que él lo apreciará más si se lo dices tú misma.

—Y pienso hacerlo, en cuanto regresen.

—No te preocupes tanto, pequeña Skye —dijo recordándome que podía leer mis pensamientos.

—No puedo evitar tener miedo.

—Lo comprendo, no obstante, estoy seguro de que Cam desea que seas fuerte.

Asentí sabiendo que tenía razón. Cam había hecho un viaje demasiado largo y peligroso, lo mínimo que podía hacer era mantenerme fuerte por él.

—¿Puedo pedirte un favor? —me dijo de pronto, lo que me tomó por sorpresa; nunca imaginé que Medhan pudiera necesitar que yo hiciera algo por él.

—Claro que sí, lo que sea —respondí sin dudar.

—¿Podrían tú y Emily cuidar de Winter hasta mi regreso? Sé que él confía en ustedes porque

las conoce.

—Por supuesto, yo no tengo problema en cuidarlo y estoy segura de que Emily también estará encantada.

—Te lo agradezco, voy a ir a buscarlo y traerlo para dejarlo aquí con ustedes.

Los vimos partir cuando Henry llegó a buscarlos y desde ese momento la angustia fue mi compañera, los demás no decían mucho, pero sus gestos sombríos expresaban más que sus palabras.

—La espera puede ser un poco larga, así que será mejor que intentes descansar —me aconsejó Tarek.

Asentí y estaba a punto de irme, cuando decidí que, a pesar de que las cosas con Cam habían mejorado, nunca me había disculpado realmente con él.

—¿Sabes? —Me acerqué y me detuve a su lado—. Lamento haberte engañado y haber forzado a Ángela a hacerlo también.

Me miró con una ceja alzada y un amago de sonrisa.

—Reconozco que son unas fantásticas mentirosas —indicó de forma tranquila.

—¿Ya no estás molesto conmigo?

—No, Skye, tú eres como una hermana para Ángela y ahora compañera de Cam, eso te convierte en mi hermana también, por lo que dedicaré mi vida a protegerte como lo haría con cualquiera de mi familia.

—Gracias —dije dándole un apretón a su mano, sus dedos se cerraron en torno a la mía.

—Siempre, pequeña.

—Vamos, Winter.

El lobo, al que Medhan había traído antes de marcharse, me siguió sin problemas y nos alejamos rumbo a la habitación que compartía con Cam. Me senté en el centro de la cama con las piernas cruzadas, de alguna forma esperando que tal vez la voz de Mágoras volviera a escucharse, pero lo único que me recibió fue el silencio. Winter se subió a mi lado y apoyó su cabeza en mi rodilla. Acaricié su pelaje suave, nunca iba a dejar de sentir fascinación por la belleza del animal.

—¿Podemos pasar? —preguntó Alana asomando la cabeza por la puerta.

—Claro, eso no tienen que preguntarlo.

Todas entraron. Ángela, con Gunnar en brazos, se quedó mirando al lobo.

—¿Él no va a atacarnos o algo? —preguntó recelosa.

—No digas tonterías, trae aquí a Gunnar, a él le gustará jugar con Winter. —Pareció dudar antes de entregarme al bebé, pero al fin lo hizo. En cuanto lo dejé al lado del lobo, este levantó la cabeza estudiándolo con curiosidad, y el pequeño sonrió, poniendo su manita en el cuello del animal. Luego gateó para subirse a su lomo, mientras Winter volvía a recostarse tranquilo en mi rodilla. Gunnar tenía pocos meses, pero, aunque era mitad humano, parecía haber heredado todos los genes demoniales, lo que hacía que creciera más rápido de lo normal—. Viste, te dije que le iba a gustar.

—Es un animal hermoso —declaró Abby acercando su mano para tocarlo.

El lobo no se movió, como si no le importara ser el centro de atención.

—Lo es —estuvo de acuerdo Alana.

Emily se sentó a mi lado y en cuando lo hizo, Winter volvió a levantar la cabeza y acercó su

hocico a la mano de la chica. Ella le devolvió el gesto acariciándolo.

—Parece que ustedes fueran viejos amigos —dije al verlos interactuar.

Ella apartó la mano de él para poder hablarnos.

—Así es, nos conocimos cuando estuve en su casa en Rusia, me asustó un poco la primera vez que lo vi, pero luego me di cuenta de que es muy amigable.

Varias horas después, Emily y Ángela se fueron con sus esposos, mientras que Alana y Abby se quedaban haciéndome compañía.

—¿No quieren ir a dormir? —les pregunté pensando que se quedaban conmigo solo por compromiso.

—Oh, lo lamento, ¿estás cansada? —exclamó Alana—. No nos dimos cuenta de que querías descansar.

—No es eso, es que no quiero que se queden aquí solo por no dejarme sola, voy a estar bien.

—No es por eso que nos quedamos —aclaró Abby—. Es porque ninguna de nosotras va a estar tranquila hasta que no regresen nuestros esposos.

—Ya entiendo.

—Ellos van a estar bien —me tranquilizó Alana, sentándose a mi lado mientras Abby lo hacía al frente.

Y así nos quedamos las tres esperando, rogando porque al pasar el tiempo este nos devolviera nuestros corazones, las otras mitades de nuestras almas.

CAMERON



Regresé a la casa que antes había invadido, y me percaté de que seguía con las luces apagadas: sus dueños no habían regresado, lo que me convenía, porque el cobertizo era, sin duda, un buen lugar para ocultarse. Abrí un poco la puerta de este y dejé la comida dentro, pero mantuve el vaso con el chocolate caliente en mi mano para llevárselo a Nithael. Esta vez conocía la ruta, así que fui más rápido en recorrer los kilómetros que me separaban del lugar donde lo había dejado, aunque el viento era cada vez más violento.

Cuando por fin alcancé a Nithael, se encontraba tan quieto que por un instante temí que estuviese muerto. Corrí hasta llegar a su lado y me dejé caer de rodillas. Volví a tranquilizarme cuando escuché el débil latido de su corazón.

—¿Nithael? —Lo llamé sacudiendo su brazo. Dejó salir un quejido, pero continuó sin moverse—. Amigo, no te atrevas a morirte, tu hermano viene en camino para ayudarte. Lo tomé por los hombros, lo levanté hasta dejarlo sentado y puse el vaso en sus labios—. Bebe, esto te ayudará a entrar en calor.

Lo obligué a beber todo el contenido del vaso y luego, haciendo un gran esfuerzo, me puse de pie con él en brazos.

—¿A dónde me llevas? —preguntó sin fuerzas.

—A un lugar donde puedo mantenerte caliente hasta que los demás lleguen. La buena noticia es que seguimos en América, la mala es que estamos en Alaska y tardarán varias horas en llegar hasta aquí.

Caminé, sorteando algunos obstáculos y sintiendo que mis rodillas se doblaban. La pérdida de sangre me estaba debilitando, pero me negaba a permitir que Nithael muriera luego de lo que había hecho por Skye y por mí. Le debía a ese hombre más que mi vida y se lo iba a compensar como fuera. Al llegar al sendero con escaleras de madera, mis piernas flaquearon y estuvimos a punto de rodar, por fortuna logré inclinar nuestro peso hacia mi espalda y solo caí sentado, sosteniendo el cuerpo de Nithael para que no se golpeará.

Me llevó varios minutos lograr llegar a la parte baja, y de allí alcanzar el cobertizo fue sencillo. Llevé a Nithael al interior y buscando un sitio seco lo deposité con cuidado sobre un viejo trozo de lona, luego lo cubrí con la manta que había tomado de la casa.

—Tienes que comer algo.

Asintió, y moviéndose muy despacio, intentó apoyarse en un codo, pero eso parecía ser mucho esfuerzo para él, así que lo ayudé a hacerlo. Se recostó contra la pared, quedando sentado, y le

pasé el sándwich que me había dado la chica.

—Entonces, ¿lograste pedir ayuda? —preguntó, haciendo una mueca, como si el dolor fuera demasiado.

—Así es, una chica de una cafetería, la que me dio la comida, me prestó su teléfono y pude llamar a Aidan.

—¿Cómo está ella? —indagó y no fue necesario que me dijera a quién se refería.

—Está despierta, hablamos unos pocos segundos.

—Me alegro por ti —dijo y lo vi dejar su comida a un lado, como si incluso el trabajo de masticar fuera demasiado para él.

—En parte es gracias a ti, te debo mucho por haber ido conmigo.

—Skye merecía vivir y ser feliz, así que no me debes nada.

Nos quedamos allí, yo sentado y él acostado, cada tanto me encargaba de moverlo y obligarlo a hablar para asegurarme de que no se estuviera muriendo. Me sentía agotado, una sensación algo extraña para mí, que estaba acostumbrado a que mi cuerpo se recuperara rápido luego de recibir cualquier herida.

Sentí la picazón en mis ojos cuando el día empezó a despuntar y la luz se filtró por las ranuras de la madera del cobertizo. Me pasé la mano por el cabello desordenado, sintiendo una creciente frustración. Lo único que quería era regresar y estrechar a Skye en mis brazos, llevarla a la cama y hacerle el amor hasta que ambos olvidáramos que el mundo era un lugar capaz de cubrirse de oscuridad, y que los seres más malignos se paseaban por él a sus anchas sin que los humanos, ocupados en sus propias vidas, se percataran de lo que los rodeaba.

Mi vista se nubló, la luz estaba siendo ocupada por las tinieblas, había olvidado esa sensación, que era la que me embargaba cada día, cuando era apenas un niño y vivía en un basurero. Y muy en el fondo, reconocí que odiaba la maldición.

La conversación que en alguna ocasión tuve con Steven sobre los sitios que me gustaría visitar si pudiera verlos vino a mis recuerdos y me permití imaginar cómo sería hacer aquello, tener esa libertad de recorrer el mundo conociendo diferentes lugares, empaparse de los detalles y guardarlos en tu cabeza como un álbum de fotografías personal.

Nithael se quejó, sacándome de mis pensamientos, me apresuré a acercarme a rastras hasta alcanzarlo.

—¿Nithael? —El silencio que siguió a su respuesta se me hizo eterno.

—Sigo vivo. —Su voz fue apenas un susurro.

—Más te vale, imbécil, si mueres tu hermano va a patear mi culo.

—No puedo ver nada —se quejó.

—¿En serio? Vaya, bienvenido a la vida demonials, no podemos ver durante el día —ironicé.

—Idiota, no hagas que me arrepienta de haberte ayudado a recuperar a Dríade.

—Y tú no busques que me aproveche de que estás medio muerto y termine el trabajo.

Nos quedamos un rato sin decir nada, entonces volví a escuchar su voz.

—Una vez tuve una compañera —dijo. No respondí nada, pero me quedé prestando atención —. Su nombre era Roshanna, y desde el primer momento en que la vi supe que había perdido mi corazón y mi alma.

—¿Qué sucedió con ella? —pregunté, extrañado de que estuviera compartiendo esa información conmigo. A pesar de haberme acompañado en aquel viaje, en realidad no éramos amigos.

—Yo la maté —declaró sin titubear.

—¿Cómo?!

—Esa es la misma reacción que tuvo mi hermano cuando se lo dije —explicó tosiendo.

—Es que no... no comprendo.

—Roshanna se pasó al lado oscuro y yo estuve a punto de seguirla, pensando que mi amor era suficiente para mantenerse, incluso en la oscuridad, pero estaba equivocado. Los buenos sentimientos nunca se deben mezclar con las tinieblas, porque comenzarían una batalla en la que alguno de los dos terminaría por extinguirse.

—Lamento que tuvieras que hacerlo —dije comprendiendo sus motivos.

Pasamos el resto del tiempo de espera hablando de nuestras vidas. A veces Nithael parecía perder las fuerzas y se callaba, entonces tenía que obligarlo a que volviera a hablar, pues estando ciego esta era la única forma de saber que aún seguía con vida. La tranquilidad volvió cuando la niebla de mis ojos se fue disipando, dando paso a la luz que para nosotros significaba la oscuridad.

—Ya es de noche —declaré sin obtener respuesta—. ¿Nithael? —lo llamé moviendo su hombro—. Mierda, hombre, no puedes morirme ahora, Medhan está a punto de llegar —prometí, sacudiéndolo con demasiada fuerza, aun así, apenas se quejó—. Demonios, ¿por qué tardan tanto?

Comencé a pensar que la única solución era cargarlo hasta encontrar otra forma de llegar a casa, cuando escuché las voces afuera del cobertizo.

—¿Craig? —era la voz de Aidan llamándome y estaba tan agradecido, que por primera vez no me molestó que usara un nombre que no era el mío.

—Estamos aquí —grité y un segundo después la puerta se abrió, dando paso a las tres figuras.

—¿Cam, estás bien? —se apresuró a preguntar Alexy, dejándose caer a mi lado.

—Hijo —exclamó Aidan acercándose para abrazarme.

—Estoy bien, es Nithael quien necesita ayuda.

Sin decir nada, Medhan se inclinó al lado de su hermano, estudiando sus heridas.

—Él se está yendo —declaró con voz carente de emociones.

—Pues tráelo de regreso —ordené.

—No me digas qué hacer, Cameron, es mi hermano y por supuesto que haré lo que sea por él. —Enfocando toda la atención en el hombre que yacía en el piso inconsciente, Medhan extendió sus manos sobre él—. *Daquiros*, tienes que regresar —susurró cerrando los ojos. Aidan, Alexy y yo nos quedamos observando lo que sucedía. Los segundos pasaron sin que nada sucediera y ya estaba temiendo lo peor, cuando el cuerpo de Nithael se convulsionó y abriendo los ojos, tomó una bocanada de aire—. Estás de vuelta —dijo Medhan con una sonrisa.

—Maldición, pero podría estar muerto con lo doloroso que resultó traerme —se quejó Nithael sentándose.

—¿Te sientes bien? —pregunté, asombrado por la recuperación.

—Sí, no pienses en celebrar mi muerte —respondió sonriendo.

—Tú también estás herido, Cam —comentó Medhan, acercándose con la mirada fija en la mancha que cubría el suéter robado.

Haciendo un gesto afirmativo lo saqué por mi cabeza, revelando la herida que cruzaba mi pecho. El hombre extendió sus manos sobre mi piel, al principio no sentí nada, pero luego fue como si algo me quemara. Un insoportable dolor que pareció surgido de mi interior se extendió por todo mi torso, me alejé maldiciendo y entonces la herida se había ido.

—Demonios, eso dolió —gruñí, acariciando el lugar con la palma de mi mano.

—La vida duele, Cam, vivir en ocasiones es doloroso, pero eso es lo que hace que valga la pena.

—¿Por qué no estábamos sanando de todos modos? —pregunté limpiando los restos de sangre —. ¿Acaso no te parece raro, Nithael?

Este asintió, pero fue su hermano quien me dio la respuesta.

—Mágoras representaba la muerte, y esta no discrimina entre humanos o cualquier otra criatura. Corroe los cuerpos hasta convertirlos en nada, ni siquiera nosotros somos inmunes a eso. Esa es la razón por la que no estaban sanando, la muerte los estaba destruyendo.

—¿Sabías eso antes de que entráramos al purgatorio?

—Lo sabía —respondió tranquilo.

—¿Y no se te ocurrió mencionarlo?

—¿Habría hecho alguna diferencia?

—Ninguna —contesté sin dudar.

—Hola, Henry —saludé al hombre que nos esperaba cerca del avión de Aidan.

—Cameron, me alegro de volver a verte.

—Igual yo —dije pasando por su lado.

—Les trajimos ropa por si desean cambiarse —comentó Aidan.

Le agradecí que pensara en todo y fui al baño para limpiarme un poco y deshacerme de la ropa sucia. Una vez hecho esto me sentí un poco mejor, pero la ansiedad todavía estaba presente. Necesitaba ver a Skye, tenía que llegar a casa y a asegurarme de que estaba bien.

Cuando sobrevolamos territorio cercano a San Francisco me sentí como en un *déjà vu*, rememorando el mes que habíamos pasado fuera y cómo deseaba estar de regreso, en aquel entonces pensando que solo extrañaba estar en casa, cuando la verdad era que mi corazón ya estaba ocupado por completo con el enano. Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando pensé en lo asustado que estaba por sentirme atraído por un chico y lo que me costó reconciliarme con la idea.

—No nos han dicho que pasó allí —comentó Alexy.

Aidan, que estaba a su lado, lo acompañó con un asentimiento.

—Cierto, Craig, dínos que pasó con Mágoras.

—Pasó que está muerto, Nithael y yo logramos acabar con él.

—Sí, lo hicimos, justo después de que él casi acabara con nosotros —agregó el aludido.

—Fue jodidamente difícil, llegué a pensar que no íbamos a conseguirlo —expliqué recordando los momentos en que Mágoras me apareció invencible.

—Yo estoy verdaderamente asombrado de que lo consiguieran —dijo Medhan—. Ustedes acabaron con un guardián de la muerte.

—Estamos orgullosos de ti, Cam, de los dos —declaró Aidan—. Y felices de que estén de regreso.

Una vez que aterrizamos y estuvimos dentro de la camioneta que nos llevaría al bar, sentía mi espalda tensa y mis dedos tamborileaban sobre mi rodilla contando los minutos que faltaban para verla. Cuando las luces neón por fin aparecieron a la vista, me lancé del vehículo antes de que se

detuviera por completo. Corrí hacia el callejón para alcanzar la puerta trasera, la abrí y me apresuré al interior, saltando desde lo alto de las escaleras para aterrizar justo al final.

—¡Skye! —grité dando largas zancadas por el pasillo.

Ella salió de la sala de cocina seguida por el resto de la familia y cuando corrió a mis brazos, sentí que de nuevo estaba completo.

—Cam —dijo mi nombre antes de saltar.

La atrapé y la besé con fuerza.

—Me da gusto verlos a todos, que Nithael les cuente los detalles —dije haciendo un gesto con la mano y llevándola a la habitación.

—Cabrón, me alegra que volvieras —gritó Tarek a mi espalda.

Cerré la puerta y la conduje hasta la cama donde la recosté sobre su espalda.

—Mi cielo —susurré perdiéndome en sus ojos.

—Mi amado Cam, estoy tan feliz con tu regreso —sollozó.

Me incliné para besar las lágrimas que comenzaron a brotar de sus ojos, antes de volver a apoderarme de su boca. Con urgencia rasgué su ropa en un acto impaciente por sentir su piel, y procedí a despojarme de la mía. Cuando estuvimos desnudos, me enterré en ella sin preámbulos. Ambos gemimos al unísono y sus caderas se levantaron para encontrarse con las mías. De un giro la dejé sentada a horcajadas sobre mí, y me deleité con la apariencia que presentaba mientras subía y bajaba sobre mi eje, cabalgándome. Sus pechos se balanceaban al ritmo de sus movimientos, invitándome a probarlos, lo que hice sin demora. Me erguí hasta quedar apoyado en mis codos, y acerqué mi rostro para llevarme uno de sus pezones a la boca y succionarlo con fuerza. Sus manos se aferraron a mi cabello para sostenerse y al mismo tiempo para empujarme más hacia sus pechos, que saboreé sin piedad. Mi cuerpo se tensó cuando estaba a punto de culminar y sentí el suyo tensarse también haciendo presión sobre mi erección, lo que me llevó a la cumbre al tiempo que la escuchaba gritar mi nombre.

36

SKYE



Yacíamos en la cama, mi cabeza estaba apoyada en su pecho, y los latidos de su corazón resonaban como música en mis oídos.

—Te amo —dijo acariciando mi cabello.

—Y yo te amo a ti —respondí girando mi cabeza para que nuestras miradas se encontraran—. Tenía mucho miedo.

—Yo también tuve miedo de no conseguirlo y no poder traerte de vuelta.

—En realidad no era eso lo que me atemorizaba —expliqué haciendo círculos con mis dedos sobre sus brazos—. Tenía miedo de que no volvieras, de que Mágoras te impidiera regresar a mí.

—Ni siquiera él hubiese podido conseguir eso —declaró con seguridad.

Me moví para subirme sobre su cuerpo y alcanzar su boca, y fue entonces que sentí nuevamente su erección rozando mi cadera.

—Te quiero ahora —dije acomodándome para que coincidiera justo con mi centro.

—Yo te quiero siempre —contestó antes de volver a enterrarse profundamente en mi interior.

Hicimos el amor tantas veces que perdimos el sentido de todo, incluso del tiempo y no fue hasta que se me ocurrió mirar el reloj que me di cuenta de que eran las seis de la tarde del día siguiente. No habíamos salido para hablar con los demás y la comida nos la había dejado alguna de las chicas en la puerta.

—¿Qué te parece si vamos con los otros? —propuse sentándome en la cama.

Lo vi negar y pensé que iba a decirme que nos quedáramos en la cama.

—Luego, ahora quiero que vayamos a otro lugar.

—¿A dónde? —pregunté curiosa.

—Ya veras, primero tenemos que ducharnos.

Una vez listos, me arrastró fuera del bar hasta el callejón donde estaba su motocicleta. Cuando nos subimos, rodeé su cintura con mis brazos y aceleré por las calles de la ciudad. Amaba viajar con Cam en la parte trasera de su moto, era una sensación similar a volar. Condujo bastante rato, en apariencia sin rumbo fijo, hasta que se desvió y terminamos justo frente al 555 California Street.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté levantando la cabeza para admirar la impresionante construcción, la segunda más alta de la ciudad.

—Vamos a volar —respondió, arrastrando su motocicleta hacia el área más oscura.

—¿Volar? —interrogué, siguiendo sus movimientos.

—Así es —dijo mientras se quitaba la camiseta y la depositaba sobre la moto.

Entonces cambió de forma, se me acercó y sin previo aviso me levantó, poniendo una mano en mi espalda y la otra detrás de mis rodillas, y se elevó en el aire. Un montón de sensaciones me invadieron al mismo tiempo, pasando del temor inicial a la fascinación y llegando finalmente la euforia cuando miré hacia abajo y vi cómo los edificios iban quedando a nuestros pies. Cam soltó mis piernas y mantuvo sus brazos a mi alrededor, cuidando de que sus garras no alcanzaran mi piel.

—Abre los brazos —susurró en mi oído. Lo hice y con una sonrisa que amenazaba con romperme la mandíbula, disfruté del viento que golpeaba mi rostro a medida que ascendíamos. Cuando sus botas tocaron la azotea del imponente edificio, me bajó dejando que mi cuerpo resbalara por el suyo, hasta que también mis pies estuvieron firmes en la superficie.

—Santo cielo, eso fue fascinante —exclamé emocionada.

—Mira —me ordenó, girándome para dejarme de frente a la ciudad. Desde allí se podía ver todo, los millones de luces que parpadeaban, el mundo que circulaba totalmente ajeno a las maravillas que se presentaban ante él.

—Cam, esto es hermoso —dije encantada.

Poniéndose detrás de mí me rodeó con sus brazos y me di cuenta de que no había cambiado a su apariencia humana, lo que no me importó: estaba loca por Cam en cualquiera de sus versiones. Sentí el calor de su aliento cuando sus labios besaron mi cabeza. Nos deleitamos de la vista en silencio, dejando que fuera la belleza del paisaje la que dijera todo.

—¿Sabes? —comenzó—. Lo hice, aprendí de memoria los lugares que me gustaría que visitáramos.

—¿En serio? —interrogué girando un poco mi rostro hacia él—. ¿Cuándo hiciste eso?

Lo vi tragar sin apartar su atención de las luces de la ciudad.

—Cuando... cuando estuvimos distanciados.

Aquello me golpeó, aunque me odiaba, él había pensado en algo que quería hacer conmigo.

—Tú me odiabas en aquel entonces —dije con amargura y algo de dolor por recordar la forma en que lastimé sus sentimientos.

—Yo nunca te odié, Skye —respondió esta vez mirándome—. Jamás podría odiarte.

—Mi Cam...

Giré todo mi cuerpo y tomando su rostro entre las manos, lo acerqué a mí para besarlo.

—No me dijiste qué te parece la idea de conocer esos lugares —comentó, nuestros rostros tan cerca que su aliento salió como una caricia.

—Contigo a donde sea, siempre que esté a tu lado cualquier lugar será una aventura.

—Esa es mi chica aventurera. Y hablando de aventuras, ¿alguna vez se te ocurrió hacer el amor en la azotea de un rascacielos?

Reí por lo que implicaban sus palabras.

—No hasta que te conocí —respondí y me alejé para comenzar a desvestirme.

Una enorme sonrisa de esas que hacían que mi corazón se agitara se dibujó en sus labios. Me quité la ropa con parsimonia, deseando alagar el momento, haciendo que cada instante valiera la pena. Me quedé frente a él completamente desnuda y cuando comenzó a volver a su apariencia humana, lo detuve.

—Espera —grité y corrí a su lado—. Te quiero así —confesé y llevé mis manos al botón de sus *jeans* para comenzar a quitárselos. Se quedó quieto dejando que lo desnudara, ayudándome solo cuando tuve que quitarle las botas. Cuando terminé mi trabajo lo estudié, admirada de su

belleza. El viento que soplabla fuerte a esa altura despeinó su cabello y sus enormes alas se agitaron, haciendo aquel momento aún más mágico—. Eres tan hermoso que pareces irreal —dije ganándome una abierta sonrisa de satisfacción.

—Ven a comprobar qué soy de verdad —me apremió y así lo hice.

Cuando llegué a su lado, me levantó, haciendo que rodeara su cintura con mis piernas y me penetró con fuerza. Nunca tendría palabras para describir lo que significó aquel momento, pues ni siquiera la magia alcanzaba para explicarlo. Éramos Cam y yo, dos almas que se fundían convirtiéndose en una sola, irrompible, inseparable.

Regresamos al bar entre risas y bromas, aquellas que compartíamos cuando yo era Steven, como si de alguna forma hubiésemos recuperado esa parte de nosotros que perdimos por culpa de mis mentiras. Abrimos la puerta del sótano y en el pasillo comenzamos a besarnos, sus manos fueron debajo de mi camiseta para acariciar mis pechos y estaba a punto de quitármela, cuando un carraspeo nos sacó de la burbuja.

—Perdón por la interrupción —se disculpó Alexy—, pero los estábamos esperando. ¿Podrían, por favor, venir a la sala de televisión?

Ambos reímos por haber sido atrapados en nuestras demostraciones de afecto y lo seguimos hasta el lugar donde se encontraban todos los de la casa, además de Medhan, Nithael, Aidan, Abby y Kevin, que jugaba en un rincón con Gunnar y Winter. En cuanto vi a Nithael, corrí hacia él.

—Gracias —dije abrazándolo.

—No hay nada que agradecer, Dríade, para eso están los amigos.

—Y tú eres el mejor amigo que he tenido —declaré poniéndome de puntillas para besar su mejilla.

—Hermano —saludó Cam sin la menor sombra de rencor.

Ahora en su mirada solo había agradecimiento. Alargó una mano hacia Nithael, este la tomó y ambos se fundieron en un corto pero significativo abrazo.

—Bueno, me alegra que estemos todos juntos de nuevo —comenzó Alexy—, como una gran familia, a la que ahora también se unen Medhan y Nithael, a quienes siempre vamos a considerar nuestros hermanos.

Cam me atrajo a su lado y recosté mi cabeza en su pecho a la espera de lo que se iba a decir.

Medhan hizo un gesto poniéndose la mano en el pecho en el lugar que ocupaba su corazón y Nithael lo imitó.

—El sentimiento será recíproco —afirmó el hermano mayor.

Alexy asintió y continuó hablando.

—Nuestras vidas han cambiado, para bien o para mal, las cosas que sucedieron han hecho que, de ahora en adelante, tengamos que dar un enfoque diferente a nuestras existencias. En breve, Medhan y Nithael partirán hacia su hogar, donde viven sus padres. —Miré a mi amigo y este me hizo un gesto de sentimiento—. Todos sabemos que su partida no será para siempre, que todavía tenemos asuntos pendientes que resolver.

El silencio fue toda la explicación que se necesitaba, nadie había olvidado que seguíamos en peligro, que en cualquier momento la tierra podría cubrirse del mal.

—Pero es momento de vivir de verdad, no con la sombra de lo que puede pasar, sino vivir, por y para nosotros, para nuestras familias, para las mujeres que amamos y que se convirtieron en el

centro de nuestras vidas. En mi caso, no solo por mi ángel —dijo, besando a Alana—, sino por el ser que creamos juntos —confesó, poniendo la palma de su mano en el vientre de la chica.

Un grito colectivo se escuchó en el lugar y todas nos lanzamos a abrazar a nuestra hermana.

—Santo cielo, no puedo creerlo —dije, atrayéndola a mis brazos.

—Gunnar tendrá un primo o prima con quien jugar —celebró Ángela uniéndose.

—Voy a ser tía —gritó Abby eufórica.

Emily mostraba una sonrisa radiante cuando se acercó para posar su mano en el vientre de Alana.

—Felicidades —le dijo antes de besar su mejilla.

Por su parte, los hombres se repartieron abrazos y felicitaciones. El momento fue de total felicidad gracias a la criatura que, sin saberlo, alegraba el corazón de todos.

—Agradecemos a todos su emoción —dijo Alexy recuperando a su mujer, que en medio de la celebración había sido alejada de su lado—. Estoy tan feliz que temo que todo sea producto de un sueño.

—Si es un sueño, que nadie nos despierte —comentó Cam riendo.

—Ahora vas a tener un hermanito, Cam —le dijo, mirándolo con afecto.

—Y no sabes lo emocionado que estoy por eso —respondió mi chico—. Tú más que nadie se merece esta alegría, estoy convencido que serás un gran padre. Yo tuve la fortuna de saber lo que es ser criado por ti y le auguro a ese niño o niña el mejor de los futuros.

—Gracias, hijo —expresó Alexy sin poder esconder la emoción en su voz.

—Creo que es hora de anunciar la otra parte —intervino Tarek.

—¿Hay más? —pregunté— ¿Ángela también está embarazada? —grité, mirando a mi prima.

—¿Qué? No, yo no...

—Dulce no está embarazada, aunque me encargaré de que eso no sea así por mucho tiempo —prometió el vikingo.

Mi prima se sonrojó, pero no se dejó amilanar por la broma.

—Más te vale que te pongas a trabajar entonces —dijo ganándose una mirada ardiente por parte de su marido, que la acercó a su lado dándole un beso apasionado.

—Alexy, apúrate a terminar la reunión, que tengo trabajo que hacer —lo apremió el rubio. Todos reímos de los comentarios.

—Bien, volviendo al tema que nos interesa, quería comentarles que Tarek, Marcus y yo llevábamos un tiempo considerándolo y finalmente decidimos que lo mejor será vender el bar. Gunnar está creciendo y este no es el mejor ambiente para él; Alana y yo traeremos una nueva vida al mundo y queremos lo mejor para la criatura. Y Marcus y Emily tal vez lo hagan en el futuro.

—¿Vender el bar? —preguntó Cam—. ¿Cuándo decidieron eso y por qué no me lo dijeron?

—Lamentamos no habértelo dicho, pero últimamente tú tenías tus prioridades y ninguna de ellas estaba ligada a este lugar, por lo que decidimos que era mejor que te enfocaras en ellas.

—Entiendo.

—Ya hablamos con Aidan, y su compañía de bienes raíces se encargará de la compra-venta.

—¿Y dónde vamos a vivir entonces? —pregunté mirándolos a todos.

—La casa que fue destruida por los esbirros de Razvan está terminando de reconstruirse, Alana y yo iremos a vivir allí. Tarek y Ángela se mudarán a la cabaña, y Marcus y Emily adquirieron un terreno cerca, por lo que se quedaran con mi mujer y conmigo hasta que su casa se construya. También invité a Nayleen, para que ella y su madre vinieran, pero se negó. Cam, Aidan me contó sobre su ofrecimiento de irte a vivir a su edificio, aunque está de más decirte que tú y

Skye son bienvenidos con nosotros también.

Mi chico negó y me miró sonriendo.

—Les agradezco mucho su ofrecimiento, tanto a ti como a Aidan, pero Skye y yo tenemos otros planes.

—¿Otros planes? —tronó la voz del escocés—. Craig, hijo, sabes que yo puedo ayudarte a conseguir el lugar que desees si es que tú y Skye prefieren su intimidad.

—Gracias, papá —dijo Cam, tomándonos por sorpresa a todos cuando por primera vez reconoció a Aidan como su padre. El aludido brilló de emoción al escucharlo—. Pero lo cierto es que no estamos buscando un hogar, al menos no por ahora, acabamos de decidir que queremos viajar y conocer el mundo.

—¿Conocer el mundo? —fue la exclamación colectiva.

—Así es —agregué emocionada—. Vamos a vivir nuestra propia aventura.

—Cierto —terminó Cam, inclinándose para besarme.

—Entonces que así sea —se escuchó la voz de Alexy

El resto de la noche se convirtió en una celebración, por la vida, por los sueños cumplidos, por las aventuras por vivir y las guerras que se avecinaban a las cuales nos enfrentaríamos con la fortaleza que nos otorgaba la felicidad de saber que, sin importar nada, seríamos siempre un frente unido.

Epílogo

CAMERON



Todos permanecemos de pie viendo como el letrero de neón se apagaba para siempre, cerrando de alguna forma un capítulo en nuestras vidas, y dejando recuerdos grabados en nuestras mentes y corazones. Experiencias malas y buenas. Era momento de hacer cambios y tomar nuevos caminos, dejar atrás el pasado y pensar en lo que nos deparaba el futuro. Observé a cada uno de mis hermanos y padres, hombres que durante siglos caminaron a mi lado y lo seguirían haciendo hasta el final de mis días. Alexy, mi padre de corazón, el hombre a quien le debía todo, quien me enseñó que siempre debes seguir tu corazón pues, sin importar cuantos tropiezos encuentres en el camino, este siempre te llevara a un final seguro. Él abrazaba a la pequeña Alana mientras la palma de su mano descansaba en el vientre de la chica de forma protectora. Habían conseguido su milagro y era el momento de disfrutar de él. Tarek sostenía a Gunnar en un brazo y con el otro rodeaba los hombros de Ángela. Marcus abrazaba a Emily, quien tenía la cabeza apoyada en su pecho. Finalmente, sosteniendo a Abby, estaba Aidan, el hombre que me engendró. Me costó mucho reconciliarme con la idea de él siendo mi padre, pero lo conseguí y eso hizo que por fin alcanzara la paz y la dicha. Éramos, además, buenos amigos y eso representaba un gran comienzo. Miré a mi lado y Skye me sonrió de esa forma que me hacía pensar que todo estaría bien.

—Es hora de irnos —comentó tomando mi mano y dándome un suave apretón.

Asentí devolviéndole el gesto con la euforia de lo que íbamos a hacer recorriendo mi cuerpo.

—¿Así que esta es la despedida? —preguntó Alexy, con una mezcla de pesar y orgullo, cuando me acerqué para abrazarlo.

—Claro que no, tómalo como una recolección de aventuras que te contaré cuando volvamos a vernos.

Sonriendo me abrazó con fuerza.

—Cuídate mucho y, por favor, regresa.

Sabía cuánto le estaba costando dejarme ir, Alexy siempre se había ocupado de cuidarme y sentía que era su responsabilidad hacerlo, por fortuna en camino venía una nueva responsabilidad que seguro lo mantendría ocupado un tiempo.

—Lo haré, no lo dudes, siempre encontraré la forma de regresar a mi hogar. Y no olvides que prometiste llamarme si llega el momento —dije haciendo referencia al hecho de que aún no

sabíamos qué pasaría con el infierno abierto.

—Te llamaré si ocurre algo —concordó.

Me aparté para abrazar a Alana, que se estaba limpiando las lágrimas que cubrían su rostro.

—Más te vale que regreses para el nacimiento del bebé —amenazó con un gesto que pretendía ser serio, pero que falló cuando hizo un puchero y dejó salir un sollozo.

—Por supuesto que regresaré, no me lo perdería por nada del mundo.

Besé su frente y con la mano le acaricié el vientre todavía plano.

—¿Así que tú disfrutas mientras nosotros nos quedamos aquí esperando que la mierda nos caiga? —preguntó Tarek con fingido enfado.

—No te preocupes, cuando se desate toda la mierda, vendré corriendo a salvar tu culo — prometí ganándome un bufido.

—Más te vale, pequeño cabrón —dijo palmeando mi hombro.

Besé a Ángela y al pequeño Gunnar, luego a Emily y a Abby. Con Marcus fue más sencillo, con él no era necesario decir nada, así que solo le di un corto abrazo.

—Cuidate y ten un buen viaje —fue todo lo que salió de su boca.

Las despedidas continuaron, los abrazos, buenos deseos y lágrimas corrieron de uno a otro. Finalmente llegó el turno de Aidan, y a pesar de ser un hombre duro, no me pasó desapercibido el brillo en su mirada.

—Ni siquiera tuve tiempo de conocerte lo suficiente y ya te vas —declaró con gesto contrariado.

—Es una suerte que no me esté yendo para siempre y que tengamos toda una vida para conocernos.

—Lo sé —dijo poniendo la palma de su mano en mi mejilla—. Aunque no haya sido yo quien cuidó de ti y te enseñó todo lo que sabes, estoy muy orgulloso de tu valentía a la hora de enfrentarte a todo por lo que amas. Nunca terminaré de agradecer a Alexy por hacer de ti el gran hombre que eres.

—Gracias, papá —dije abrazándolo.

Las despedidas terminaron y la hora de partir llegó, estaba emocionado por lo que se presentaba frente a nosotros en el horizonte, y con muchas expectativas por lo que vería en el camino que estábamos a punto de emprender.

—¿Lista? —le pregunté a Skye mientras la besaba.

—Lista, es hora de saber a dónde nos llevará esta aventura.

—¿A dónde crees que será? —pregunté y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—No estoy segura, pero tampoco importa, siempre que sea contigo a mi lado, el destino siempre será el paraíso.

—Te amo —susurré, tomando su rostro en mis manos para robarle un beso.

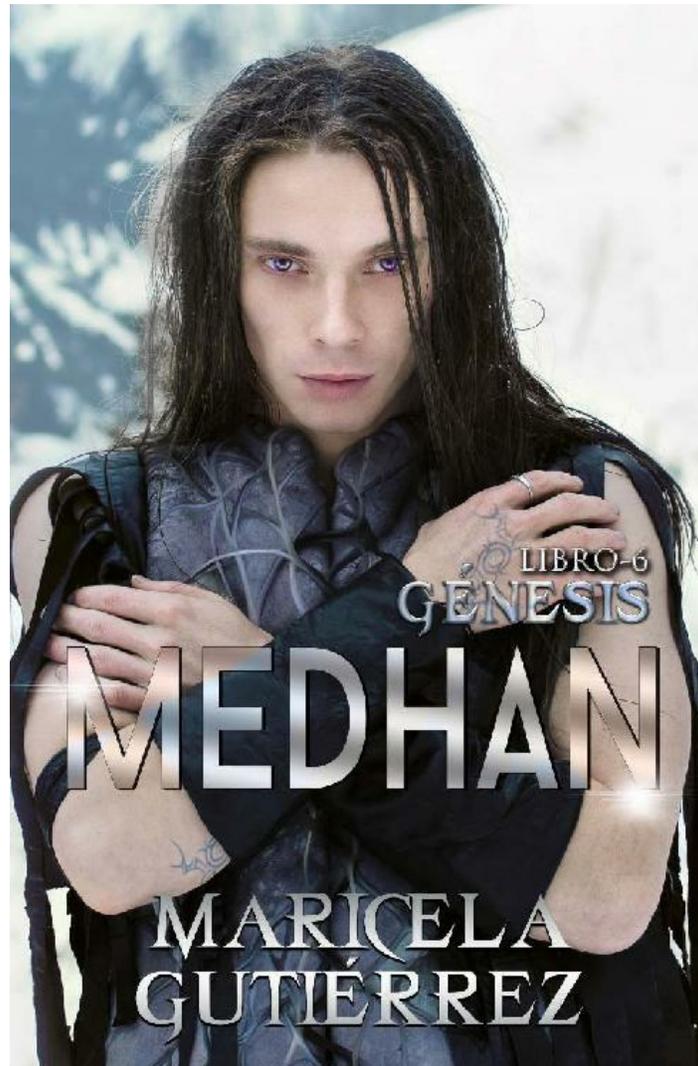
—Y yo te amo a ti, mi bello Cam.

Nos subimos a la motocicleta y giré mi rostro para ver a los demás en línea pendientes de nuestra partida. Luego de decirles adiós con la mano, aceleré.

—El mundo nos espera —gritó Skye, abriendo los brazos como si pretendiera volar.

Reí en voz alta pensando en mi familia y sabiendo, en lo profundo de mi corazón, que sin importar que tomáramos rumbos distintos, en algún punto nuestros caminos siempre volverían a cruzarse.

PRÓXIMAMENTE



Engendrado por dos seres que debían ser enemigos, en el interior de Medhan habitan el bien y el mal. Desde su nacimiento fue marcado por un propósito y durante miles de años vagó en solitario tratando de descubrir cuál era. Y cuando por fin lo halló, duró menos que un suspiro, pues en el momento en que decidió entregar sus sentimientos, también falló en cumplir su misión.

Desde el instante en que tuvo vida, Nayleen se convirtió en esclava, y durante toda su existencia no ha querido nada más que ser libre, por ello cuando se le presente la oportunidad de obtener su libertad, no dudará en hacer un pacto con el demonio. Lo que ella no sabe es que en el proceso no solo perderá su alma, sino también su corazón, cuando tenga que traicionar al hombre que ama para conseguir sus propósitos.

Algo oscuro se acerca, el infierno está a punto de desatarse en la tierra y Nayleen y Medhan

tendrán que hacer a un lado sus diferencias y unir fuerzas si desean sobrevivir.

AGRADECIMIENTOS

No puedo pasar un solo día de mi vida sin agradecer a Dios por las oportunidades, por haberme puesto en un camino que yo sola jamás habría encontrado.

A mi familia, que sin dudarlo creyó en mí y me animó a continuar el viaje. Mis hermanas, Nancy, Odis y Cene, mis mayores fans, quienes me hacen sentir grande cuando, en ocasiones, mi fe no alcanza.

A mi mamá, mi modelo a seguir, un ejemplo de fortaleza y pasión por el trabajo. A mi papá un hombre fuerte que no se deja vencer por las adversidades y que me enseñó cada día la importancia de trabajar por conseguir aquello que anhelo.

Gracias a ustedes, queridas lectoras, que una vez decidieron darle la oportunidad a mis letras y con ello me permitieron entrar en sus corazones. Gracias por cada vez que me escriben diciéndome cuánto les gustaron mis historias, por acompañarme en este camino y ser siempre un apoyo.

A ti, que has leído esta historia, y que sin conocerme sabrás quien soy, porque en cada palabra que escribo está grabado un trozo de mi alma.

SOBRE LA AUTORA



Maricela Gutiérrez Bonilla nació en Trujillo, un pequeño pueblo ubicado al norte del departamento del Valle, Colombia. A los ocho años se mudó con su familia a la ciudad de Cali, donde vivió la mayor parte de su vida. Estudió una carrera técnica en Administración y Finanzas, y, después de casarse, se trasladó a Ecuador, donde reside actualmente con su esposo y su hija.

Desarrolló su amor por la literatura desde muy niña y pasó por diferentes géneros, pero no fue hasta que llegó a sus manos *María*, una novela publicada en 1867 por el escritor vallecaucano Jorge Isaacs, que descubrió su pasión por la novela romántica. A partir de ese momento se convirtió en una ávida lectora de este género. Escribió algunos relatos cortos que nunca pensó en publicar, hasta que decidió darle vida a una historia de esas que tanto le gustaban, de esta forma nació *Abre tus alas*, su primer libro. Posteriormente, publicó otras historias como *Lo que oculta tu alma y Más allá del horizonte*. En este momento se encuentra trabajando en su más reciente proyecto, una serie de corte paranormal llamada *Génesis*.

^[1] Hermano

^[2] Madre